

# TRANSICIÓN HEGEMÓNICA Y GOBIERNOS ALTERNATIVOS

DEL POPULISMO AL PROGRESISMO  
EN AMÉRICA LATINA

Blanca Rubio



ALASRU

Asociación Latinoamericana de Sociología Rural

 CLACSO





# **Transición hegemónica y gobiernos alternativos**

Rubio Vega, Blanca. Transición hegemónica y gobiernos alternativos: del populismo al progresismo en América Latina / Blanca Rubio Vega. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; México : ALASRU - Asociación Latinoamericana de Sociología Rural, 2024.

Libro digital, PDF - (Coediciones)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-904-3

1. Hegemonía. 2. Populismo. 3. América Latina. I. Título.

CDD 321

Diseño de portada: Tsunki Escandón Dután

Diagramación: Tsunki Escandón Dután

# **Transición hegemónica y gobiernos alternativos**

Del populismo al progresismo  
en América Latina

**Blanca Rubio**



ALASRU

Asociación Latinoamericana de Sociología Rural  
Fundada en 1987



**CLACSO**



**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

### **CLACSO Secretaría Ejecutiva**

**Karina Batthyány** - Directora Ejecutiva

**María Fernanda Pampín** - Directora de Publicaciones

### **Equipo Editorial**

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial

**Solange Victory y Marcela Alemandi** - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

**CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE**

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a [libreria.clacso.org](http://libreria.clacso.org)

*Transición hegemónica y gobiernos alternativos: del populismo al progresismo en América Latina* (CLACSO; México: ALASRU, noviembre de 2024).

ISBN 978-987-813-904-3



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

### **CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel. [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | [clacso@clacsoinstn.edu.ar](mailto:clacso@clacsoinstn.edu.ar) |

[www.clacso.org](http://www.clacso.org)



Suecia

Sverige

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador; Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

## ÍNDICE

Prólogo .....	12
Introducción .....	16
Nota teórico — metodológica .....	22

### **CAPÍTULO UNO. LA TRANSICIÓN HEGEMÓNICA DE GRAN BRETAÑA (1873 - 1945)**

La primera fase de la transición hegemónica: 1873-1914 .....	37
La segunda fase de la transición hegemónica: 1914-1929 .....	41
La Gran Guerra .....	41
Los fabulosos años veinte .....	45
La tercera fase de la transición hegemónica. 1929 — 1945 .....	48
La gran depresión de 1929 .....	48
La crisis agrícola de 1929 .....	53
De la crisis a la segunda guerra mundial .....	56
La segunda guerra mundial .....	59
El vacío de poder .....	61

### **CAPÍTULO DOS. EL POPULISMO**

El impacto de la transición hegemónica en América Latina .....	66
Antecedentes. El dominio en la etapa del liberalismo .....	66
El impacto de la crisis de 1929 en América Latina .....	68
El debilitamiento de la dependencia .....	70
El declive de la oligarquía .....	72
La recuperación y la emergencia del desarrollo industrial .....	74
El populismo .....	78
El populismo y el nuevo régimen de acumulación .....	80
El carácter antiimperialista del populismo .....	86

El populismo y los sectores dominantes .....	88
El populismo y los movimientos sociales .....	90
Las experiencias históricas del populismo .....	93
El Peronismo .....	93
El Varguismo .....	99
El Cardenismo .....	108
El declive del populismo .....	123
Las transformaciones que generó el populismo .....	127

### **CAPÍTULO TRES. LA TRANSICIÓN HEGEMÓNICA DE ESTADOS UNIDOS**

La etapa inicial de la transición. 1973-2001 .....	134
Ascenso y consolidación de la hegemonía norteamericana .....	134
La crisis capitalista de 1973 .....	137
La falsa salida de la crisis en los años ochenta .....	140
Los años noventa y la <i>belle époque</i> .....	141
La crisis de hegemonía en los años dos mil .....	145
De la crisis de las punto.com a la gran depresión del 2008 .....	145
La crisis capitalista estructural: 2007-2008 .....	146
La crisis general .....	146
La crisis alimentaria mundial .....	149
La respuesta neoliberal frente a la crisis .....	151
La recuperación parcial y el inicio de la crisis: 2014-2020 .....	153
La crisis de hegemonía: 2000-2023 .....	155
Crisis de hegemonía y pandemia .....	163
La guerra de Ucrania .....	168
El vacío de poder .....	174

### **CAPÍTULO CUATRO. EL PROGRESISMO: 1999-2023**

Las causas del ascenso de los gobiernos progresistas .....	179
La crisis de hegemonía de Estados Unidos .....	179
La crisis del neoliberalismo .....	181
Los gobiernos progresistas .....	188
Las fases del progresismo .....	191
El ascenso: 1999-2008 .....	192
La consolidación: 2008-2014 .....	198
La forma de estado progresista .....	201

El progresismo: una caracterización .....	203
Las políticas de los gobiernos nacional populares hacia el campo.....	213
Los avances y logros de los gobiernos progresistas .....	222
El reflujo del progresismo: 2014-2018 .....	227
Ascenso de los gobiernos de derecha .....	227
Las causas del reflujo progresista .....	230
La salida autoritaria de la crisis capitalista .....	230
Recuperación del lugar estratégico de América Latina para Estados Unidos .....	231
Las causas estructurales del reflujo del progresismo .....	233
Una correlación de fuerzas desfavorable .....	235
El impacto en la región del retorno de la derecha .....	240
El nuevo ciclo de gobiernos progresistas .....	241

## **CAPÍTULO CINCO. LOS CASOS DEL PROGRESISMO**

Brasil .....	248
Introducción .....	248
El ascenso de Lula .....	248
El primer periodo: 2002-2006 .....	252
El segundo periodo de gobierno: 2006-2012 .....	255
La orientación desarrollista del gobierno de Lula y las políticas públicas .....	257
La política rural de Lula .....	260
La política antimperialista de Lula .....	263
Las contradicciones y limitaciones del gobierno de Lula .....	265
La desindustrialización .....	269
La orientación primario exportadora de la economía .....	272
Dilma Rousseff .....	273
Bolivia .....	278
Antecedentes: La etapa heroica .....	279
Primer período de Evo Morales. 2006-2010 .....	281
El ascenso al gobierno: 2006-2007 .....	281
El punto de bifurcación: 2008 .....	283
El segundo período: 2010-2015 .....	288
El tercer período: 2016-2019 .....	293
El patrón de desarrollo de Evo Morales .....	294
La cuestión rural .....	301

Las transformaciones del modelo de desarrollo. ¿Hubo cambios estructurales?.....	309
El golpe .....	311
El triunfo de Arce .....	315
México .....	316
Introducción .....	316
El contexto adverso en el que surge .....	317
Las causas de su surgimiento .....	318
La elección .....	320
Las políticas públicas de AMLO .....	323
La política energética .....	323
La austeridad republicana .....	325
La lucha anticorrupción .....	326
La política social y laboral .....	328
La política de salud .....	331
La política hacia la violencia .....	333
La política hacia la ciudadanía .....	334
AMLO y los sectores productivos .....	337
La política industrial .....	338
Las políticas hacia el campo .....	344
El gobierno de AMLO: una caracterización .....	362
Limitaciones, avances y contradicciones del gobierno de AMLO ..	367

## **CAPÍTULO SEIS. DEL POPULISMO AL PROGRESISMO:**

### **UNA REFLEXIÓN FINAL**

El populismo .....	374
La transición hegemónica de Estados Unidos .....	378
Una visión comparativa entre el populismo y el progresismo .....	381
El vínculo entre los gobiernos y las fracciones de la burguesía .....	384
Brasil .....	387
Bolivia .....	390
México .....	391
Visión de conjunto.....	394
Perspectivas y conclusiones .....	395
Bibliografía .....	400



## Prólogo

La producción académica de la profesora Blanca Rubio es fecunda y abundante, desde su clásico trabajo "Explotados y excluidos", pasando por "El dominio del hambre" o "Las transformaciones rurales en la transición capitalista", hasta su nuevo libro: "Transición hegemónica y gobiernos alternativos", son muestra clara de su convicción académica, rigurosidad metodológica y compromiso con los sectores sociales. Una característica presente en cada una de sus obras consiste en que el lector puede devorar las páginas ya que la lectura científica social es tan cuidadosamente presentada y la claridad teórico-conceptual es excepcional.

Conjugar docencia, investigación y militancia en las organizaciones rurales en general y particularmente de mujeres campesinas ha permitido a la autora alcanzar una lucidez intelectual enorme y a la vez desarrollar una aguda percepción sobre las implicaciones geopolíticas en las dinámicas locales y la influencia de los actores extraterritoriales. La lectura geopolítica ha sido un eje transversal y permanente en las contribuciones de Blanca Rubio, así como también ha sido su visión histórica estructural.

En cada uno de sus escritos, clases o conferencias tiene la forma más adecuada para llegar al lector, estudiante o asistente. Domina el arte de dejar una huella imborrable en cada persona que tiene el placer de acercarse a su pensamiento y acciones, principalmente porque muestra de manera científica la pesada cruz que han cargado y cargan los sectores sociales, ya sea por el despojo de sus territorios, por la sistémica dependencia a los mercados internacionales, por el futuro de la sostenibilidad del sistema agroalimentario, por la preocupación al acceso a la alimentación o por la claridad con la que presenta las experiencias locales que resisten los procesos hegemónicos.

Con este mismo compromiso, profundidad, objetividad y claridad nos regocija ahora la autora con su nuevo libro: "Transición hegemónica y gobiernos alternativos". El documento camina desde los

populismos de los años 30 hasta los progresismos de la primera década de los 2000. Muestra con nitidez las complejas crisis que atravesamos como sociedad global. El eje central del libro consiste en describir cómo lo viejo está por morir, pero no muere, y cómo lo nuevo tampoco termina de nacer. Es un documento didáctico escrito desde la visión geopolítica, emocionante de leer, es una resignificación a la canción de Silvio Rodríguez "La era está pariendo un corazón".

A lo largo de este libro, se nos presenta un exhaustivo análisis que aborda la compleja relación entre dos movimientos políticos que han marcado profundamente la historia reciente de América Latina: el populismo y el progresismo. La autora no solo describe los principales rasgos de cada uno de estos movimientos, sino que también nos ofrece una visión comparativa que nos permite comprender mejor las dinámicas internas que los han definido y los factores externos que han influido en su desarrollo.

El capítulo final, que sirve como una reflexión conclusiva, sintetiza los puntos más importantes del libro y ofrece una perspectiva crítica sobre los logros y fracasos tanto del populismo como del progresismo en su intento por transformar las estructuras económicas y sociales de los países de la región. Desde el declive de la hegemonía británica hasta la crisis financiera de 2008, el texto nos lleva a través de momentos clave de la historia global que han impactado directamente los contextos latinoamericanos.

Uno de los puntos más interesantes de esta obra es la reflexión sobre el populismo, entendido aquí como un fenómeno que, en el contexto latinoamericano, tuvo la capacidad de transformar radicalmente las estructuras productivas y sociales. A través de una serie de políticas incluyentes, centradas en la industrialización y la autosuficiencia, los gobiernos populistas lograron un impacto que, en muchos casos, benefició a las clases trabajadoras y campesinas. Este análisis nos invita a reconsiderar el papel del Estado como motor de transformación y a reflexionar sobre las potencialidades de una clase capitalista de vanguardia, liderada por un Estado con una clara orientación hacia el desarrollo industrial.

El progresismo, por su parte, se enfrenta a desafíos distintos, especialmente en un contexto global dominado por el capital financiero y especulativo. A diferencia del populismo, el progresismo no consolidó un proyecto transformador claramente definido, lo que ha limitado su capacidad para generar cambios estructurales profundos. Esta falta de un nuevo régimen de acumulación, junto con las dinámicas globales de poder financiero, ha condicionado el alcance de las políticas públicas progresistas, llevándolas a una relación contradictoria con el capital y a establecer pactos de gobernabilidad que, en muchos casos, han debilitado su capacidad de acción.

La comparación entre populismo y progresismo que la autora desarrolla a lo largo del libro es uno de los aspectos más valiosos de la obra. Mientras que el populismo supo aprovechar un contexto internacional favorable, el progresismo se ha encontrado con un entorno hostil, donde las élites financieras y corporativas han mantenido su poder a través de mecanismos complejos de control económico y político. Esta diferencia histórica es fundamental para entender por qué, a pesar de los esfuerzos de los gobiernos progresistas, no han logrado transformar de manera sustancial las estructuras de poder en la región.

En este sentido, el libro plantea una serie de preguntas fundamentales: ¿Qué condiciones deben darse para que un movimiento político logre cambios estructurales duraderos? ¿Cómo pueden los gobiernos progresistas romper con las dinámicas de poder impuestas por el capital financiero y especulativo? ¿Es posible generar un nuevo régimen de acumulación que permita un desarrollo inclusivo y sostenible en América Latina?

El lector encontrará en estas páginas un análisis riguroso y detallado, respaldado por una sólida base teórica, que no solo ofrece respuestas, sino que también invita a una reflexión profunda sobre el futuro de los movimientos políticos en América Latina. A través de la confrontación entre populismo y progresismo, se nos presenta un panorama amplio y matizado de las posibilidades y limitaciones

que enfrentan estos movimientos en su búsqueda por transformar las estructuras de poder en la región.

En conclusión, este libro es una invitación a reflexionar sobre la historia y el presente de América Latina desde una perspectiva crítica, pero también esperanzadora. El análisis aquí presentado es un recordatorio de que los cambios estructurales no son el resultado de acciones aisladas o coyunturales, sino que requieren de un contexto global favorable y de una correlación de fuerzas que permita a los gobiernos implementar políticas transformadoras. Sin embargo, como se demuestra en estas páginas, el desafío no solo reside en las condiciones externas, sino también en la capacidad de los propios movimientos políticos para generar un proyecto coherente y viable de desarrollo que trascienda las limitaciones del sistema capitalista actual.

Este libro es, en definitiva, una lectura obligada para quienes desean comprender mejor los procesos políticos y económicos que han definido a América Latina en las últimas décadas, y para aquellos que buscan respuestas a las grandes preguntas sobre el futuro de la región en una época de cambios globales.

*Docente Universidad del Azuay  
Carlos Pástor Pazmiño*

## Introducción

Vivimos tiempos tumultuosos de incertidumbre y barbarie, en los que el caos, la degradación social y la violencia se imponen en la vida cotidiana de los habitantes del planeta. Son tiempos de transición hegemónica. Cuando la potencia dominante declina su poder, la lucha por preservarlo y la competencia por obtenerlo por parte de las potencias aspirantes, genera una hecatombe mundial que trastoca desde sus entrañas al sistema capitalista. Son tiempos de transformación en los que se conjuga la destrucción y la reorganización en un proceso sin tregua en el que, como diría Gramsci: (1975, p. 37) “La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo se muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados”.

Son también épocas fascinantes, pues a pesar de la destrucción y la violencia que conllevan, entrañan también la semilla del cambio, de lo germinal, lo impredecible y con ello la posibilidad de remontar el injusto sistema y sus determinaciones funestas.

La transición hegemónica de Estados Unidos inició en los años setenta, cuando declinó su capacidad productiva con relación a las potencias emergentes, Alemania y Japón. En los años noventa inició su fase otoñal al predominar el dominio del capital financiero sobre el productivo, mientras que en los tempranos dos mil enfrentó la crisis capitalista de mayor envergadura desde los años treinta. En la segunda década del siglo XXI el imperio norteamericano enfrenta una crisis de hegemonía, por lo que ha iniciado su fase terminal.

Cuando las potencias entran en la fase final de su hegemonía, suelen emerger gobiernos que salen de su control e impulsan cambios de gran calado, apoyados por movimientos sociales. Desde esta perspectiva, los gobiernos nacional — populares, por llamarles genéricamente, forman parte de las transiciones hegemónicas mundiales recientes.

Durante la transición hegemónica de Gran Bretaña, pero particularmente en su fase terminal, después de la crisis de 1929, emergieron los llamados gobiernos populistas en un amplio grupo de países de América Latina.

De igual manera, en la crisis hegemónica de Estados Unidos, han surgido los llamados gobiernos progresistas en la región, como una expresión del vacío de poder mundial que se generó con el declive norteamericano.

La fase de transición hegemónica aún no termina, pero es posible ya definir sus rasgos sobresalientes, sus contradicciones y alcances, a la luz de las referencias históricas que proveen las transiciones anteriores, fundamentalmente aquella de la que emergió el imperio estadounidense.

Desde esta perspectiva, un eje analítico fundamental para entender a los gobiernos alternativos es por un lado, el proceso de transición hegemónica, puesto que ellos emergen de esta ruptura, y por otro, resulta fundamental estudiar a los gobiernos de esta índole en etapas anteriores con el fin de conocer, las causas de su emergencia y su capacidad transformadora.

En particular el análisis que toma como referente a los populismos de la primera mitad del siglo XX, permite constatar que dichos gobiernos tuvieron una gran capacidad transformadora desde un punto de vista estructural, mientras los gobiernos alternativos de los dos mil han sido incapaces de modificar los ejes estructurales de las economías.

¿Por qué los gobiernos populistas tuvieron tal alcance? ¿Cuáles fueron las condiciones económicas y políticas de la transición hegemónica de Gran Bretaña que permitieron a los gobiernos alternativos de la época calar hondo en la transformación?

Y en este mismo tenor, ¿Por qué los gobiernos progresistas han surgido con las alas tan cortas? ¿Cuáles son las condiciones económicas y políticas de la transición hegemónica actual, que han castrado el potencial transformador de estos gobiernos?

Consideramos que la clave de estas interrogantes se encuentra en las características y modalidades de las dos transiciones hegemónicas; su nivel de desarrollo, sus contradicciones y alcances pero, sobre todo, la forma como se resolvieron y dieron pie al nacimiento de un nuevo régimen de acumulación y una nueva potencia mundial, bajo una determinada correlación de fuerzas.

A pesar de que la actual transición todavía no se ha superado, podemos ya vislumbrar su impacto sobre los gobiernos alternativos, con el fin de comprender las profundas contradicciones que atraviesan y la necesidad impostergable de potentes movimientos sociales para lograr cambios esenciales en el sistema.

En este contexto, el objetivo del presente libro consiste en indagar las causas estructurales que han determinado la escasa capacidad de transformación de los gobiernos alternativos del siglo XXI en América Latina. Este proceso lo analizamos en términos generales poniendo énfasis en el ámbito rural, por considerar que es un aspecto central de las políticas públicas que permite además, comprender el alcance de las transformaciones sociales.

En consecuencia, tomamos como eje el vínculo de la transición hegemónica con el ascenso de dichos gobiernos, y el referente de los gobiernos populistas de los años treinta, ante su capacidad de transformación estructural.

A pesar de que todos los procesos históricos son diferentes, considero que tanto el populismo como el progresismo son susceptibles de comparación, aun cuando se trate de fenómenos diferentes que ocurren en etapas históricas distintas; toda vez que son procesos políticos transitorios que emergen en períodos de ruptura, tanto de la hegemonía de la potencia mundial como del régimen de acumulación.

Asimismo, el análisis del populismo, y sobre todo de los procesos económicos que lo engendraron, ofrece un alud de reflexiones, determinaciones, preguntas y soluciones a los problemas planteados, que puede enriquecer la visión que se tiene actualmente sobre los alcances de los actuales gobiernos alternativos.

La hipótesis central que pretendemos demostrar consiste en que, los populismos de los años treinta pudieron impulsar cambios estructurales porque surgieron cuando ya existían las condiciones maduras para el régimen de acumulación llamado de Sustitución de Importaciones, al cual impulsaron; mientras los progresismos surgieron prematuramente, cuando las condiciones mundiales no han permitido aún la emergencia de un nuevo régimen de acumulación que sustituya al neoliberalismo, a la vez que la transición hacia un nuevo hegemon no se ha alcanzado, lo cual impide que dichos regímenes puedan impulsar cambios estructurales en las economías y en particular en el campo.

Mientras en el populismo la correlación de fuerzas fue favorable a la burguesía industrial que encabezaba la transformación, en el progresismo dicha correlación ha sido desfavorable a los gobiernos, debido a que persiste el dominio del capital financiero y corporativo internacional, mientras no se avizora aún el sector capitalista que los sustituirá como forma de dominio.

Aun cuando el tema de los gobiernos progresistas ha sido ampliamente estudiado, tanto desde una perspectiva general, como por países; consideré pertinente impulsar esta investigación, en primer término, porque el tema no ha sido abordado desde la óptica histórica comparativa y en menor medida desde el vínculo estructural de los gobiernos con la transición hegemónica y la crisis de hegemonía. En segundo lugar, el impacto rural de estos gobiernos ha sido también poco abordado, aunque existe un libro referencial de gran valía coordinado por Cristóbal Kay y Leandro Vergara, que analiza el tema en términos genéricos y por países, de una manera crítica y profunda (Vergara y Kay. 2018). Sin pretender en ningún momento superarlo, sin embargo, partimos de cuestionamientos diferentes y por ello, podemos llegar a resultados distintos. En tercer término, el ascenso en México de un gobierno progresista obliga a estudiar este fenómeno desde una visión crítica y propositiva a la vez.

A pesar de que se analiza el progresismo en el período de 1999 a 2023, se hace hincapié en el llamado primer ciclo que comprende de

1999 a 2017, toda vez que se encuentra más desarrollado, mientras que los gobiernos del segundo ciclo —2018/2023— tienen un desenvolvimiento incipiente.

Se parte de una *Nota teórica — metodológica* en la que se discuten los conceptos de transición hegemónica, crisis de hegemonía, crisis señal, crisis capitalista, populismo, progresismo, gobiernos nacional — populares, con el fin de poner “sobre la mesa” las herramientas teóricas que iluminan el análisis propuesto.

En el primer capítulo, se aborda la transición hegemónica de Gran Bretaña, la crisis capitalista de 1929 y el impacto de estos procesos en la agricultura mundial y en América Latina, con el fin de rastrear las causas económicas y sociales que generaron la emergencia de los populismos.

En el segundo capítulo, se analiza el ascenso del populismo en América Latina, así como las transformaciones económicas y políticas que alcanzó, principalmente en el ámbito rural. Se estudian los casos de Argentina, Brasil y México, por considerar que constituyen los más representativos del fenómeno, en tanto fueron los escenarios de la industrialización con mayor desarrollo en la región y con ello del régimen por sustitución de importaciones.

En el tercer capítulo se analiza la transición hegemónica de Estados Unidos y en particular la crisis de hegemonía, la crisis capitalista que estalló en el 2008 así como la crisis alimentaria. También se abordan las causas económicas del surgimiento de los gobiernos progresistas.

En el cuarto capítulo se analizan los gobiernos progresistas de América Latina así como las transformaciones que alcanzaron en el ámbito económico general, pero esencialmente rural. Se aborda una caracterización general del fenómeno, así como los alcances y limitaciones de su desarrollo. A pesar de que los gobiernos progresistas presentan múltiples diferencias dada la heterogeneidad de los países en donde han surgido, en el libro se hace alusión fundamentalmente a las características de los países más desarrollados, donde hubo

procesos de industrialización más avanzada, por considerar que sería en ellos donde podrían presentarse cambios estructurales.

En el capítulo quinto se analizan los casos que consideramos representativos del progresismo. El de Brasil y el de Bolivia, ambos con ciclos completos de ascenso y declive. También se aborda el caso de México, como un proceso aún inconcluso pero ya con delimitaciones que permiten conocer hacia donde se dirigen los cambios principales.<sup>1</sup>

El hecho de que no coincidan exactamente los casos elegidos para el populismo y el progresismo tiene que ver con analizar aquellos que son representativos en cada etapa histórica. Para el progresismo se cambió el de Argentina por el de Bolivia, por considerar importante estudiar un caso radical (Venezuela, Bolivia y Ecuador), con el fin de constatar que, aun en estos países, no se alcanzaron los cambios estructurales como en la fase del populismo.

Finalmente, el capítulo sexto presenta un análisis comparativo del populismo con el progresismo y las causas de sus distintos alcances estructurales. Funge, asimismo, como un capítulo de conclusiones.

---

<sup>1</sup> En el análisis de cada caso se desarrollan de manera más amplia los argumentos que explican las causas por las cuáles se eligieron estos países como representativos del problema de investigación.

## Nota teórica — metodológica

En este capítulo abordamos las determinaciones teóricas que rigen la investigación, con el fin de poner sobre la mesa de la discusión el enfoque que se ha privilegiado, los ejes elegidos para el análisis y las categorías y conceptos utilizados.

Partimos de la crítica de la economía política, por considerar que es la visión teórica más potente para analizar la etapa actual. El marxismo es la corriente que ha desarrollado con más lucidez la teoría de la crisis capitalista y por tanto, quien tiene las herramientas para explicar los procesos de transición que analizamos. Además, es la que ha abordado en mayor medida y desde una perspectiva teórica, los procesos del populismo y el progresismo.

Como señalamos también, esta investigación está basada en una visión histórica estructural que considera que, estudiar el fenómeno del populismo de la primera mitad del siglo XX, arroja luz sobre la comprensión del progresismo, por lo que constituye un referente indispensable para comprender la etapa actual y sus especificaciones históricas.

Sumergirse en la historia y conocer el fenómeno del populismo ha sido un privilegio en tanto constituye un proceso acabado que puede ya vislumbrarse en su totalidad, como el espejo nítido de la etapa que vivimos y enfrentamos en el caos de la transición. Si bien es un fenómeno diferente del progresismo, la historia ofrece claves invaluable para ver el presente desde otra mirada.

En esta investigación partimos del hecho de que, tanto el populismo como el progresismo han surgido en etapas de ruptura, es decir, de transición hegemónica, por lo que su naturaleza, sin demeritar los aspectos políticos, responde a causas estructurales en el desarrollo del capitalismo, que corresponden al declive de un régimen de acumulación y de una potencia hegemónica.

En este contexto, los dos ejes teóricos que rigen esta investigación son el concepto de transición hegemónica y el de gobiernos

popular—nacionales, como se ha llamado genéricamente al populismo y al progresismo.

El capitalismo avanza por ciclos económicos y de poder que llevan a una etapa de expansión en el proceso de acumulación, en la cual rige una potencia hegemónica, quien logra imponer sus intereses como si fueran los colectivos y conjunta por tanto dominio y consenso de las élites mundiales.

Según Arrighi, la hegemonía hace referencia:

[...] al poder de un Estado para ejercer funciones de liderazgo y gobierno sobre un sistema de Estados soberanos. En principio, este poder puede implicar tan solo gestión ordinaria de este sistema tal como se encuentra instituido en un momento dado. Históricamente, sin embargo, la autoridad sobre un sistema de Estados soberanos ha implicado siempre, cierto tipo de acción transformadora, que ha cambiado el modo de funcionamiento del mismo de forma fundamental (Arrighi, 2014, p. 42).

Este poder se impone por la vía de la coerción, pero emerge básicamente de un consenso en el cual la potencia hegemónica ejerce un liderazgo real, que descansa en el consentimiento de los dominados. Por ello la hegemonía alude,

[...] al poder adicional del que goza un grupo dominante en virtud de su capacidad para impulsar la sociedad en una dirección que no solo sirve a sus propios intereses, sino que también es entendida por los grupos subordinados como provechosa, conforme a un interés más general (Arrighi, 2007, p. 159).

Las potencias hegemónicas atraviesan por tres fases de su desarrollo: la fase productiva, en la cual preservan una superioridad sobre las demás potencias, tanto tecnológica como en el terreno de la productividad del trabajo. Esta constituye la fase propiamente de la hegemonía plena de una potencia. La segunda es la fase comercial y la tercera es la fase financiera, que marca ya la etapa “otoñal” de su desarrollo.

Esto indica que las potencias hegemónicas despliegan su poder en el ámbito productivo a nivel mundial, que constituye el poder capitalista propiamente dicho. Sin embargo, cuando se empiezan a debilitar, no les queda más remedio que ejercer el poder por vías escurias, en tanto ya no tienen la fuerza intrínseca capitalista.

Cuando la potencia hegemónica no logra impedir la difusión de la nueva tecnología a los países competidores, a la vez que el incremento en los salarios y el desgaste tecnológico incrementan sus costos y ralentizan su competitividad, se inicia su declive: “[...] la hegemonía genera expansión, esta genera caos y del caos brota una nueva hegemonía) que también es evolutivo (cada nueva hegemonía refleja una mayor concentración de recursos organizativos y un mayor volumen y densidad dinámica del sistema)” (Arrighi y Silver, 2001, p. 41).

El declive se manifiesta a través de las expansiones financieras, las cuales son el resultado de una sobreacumulación de capital e intensificación de la competencia mundial en busca de inversiones rentables, lo que crea un enorme volumen de liquidez que se encamina a procesos de especulación, generando una distribución de la riqueza en favor de los capitales territorializados en la potencia hegemónica. La financiarización permite a dicha potencia conservar el poder por un tiempo, pero a la vez exacerba las contradicciones del sistema, las cuales acaban estallando en enormes crisis capitalistas, en las que se debilita el dominio de la potencia hegemónica, a la vez que se agotan las condiciones para continuar con el régimen de acumulación establecido. Cuando las potencias hegemónicas no pueden ya conservar el poder por la vía financiera, se manifiesta claramente su declive, y entonces irrumpe un nuevo centro hegemónico que las sustituye.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> “Estas expansiones financieras permiten al líder de cada expansión productiva y comercial que se acerca a su fin, cosechar los frutos de su liderazgo bajo la forma de un acceso privilegiado a la sobreabundante liquidez que se acumula en los mercados financieros mundiales y contener, al menos por un tiempo, las fuerzas que atentan contra la prolongación de su dominio” (Arrighi y Silver, 2001, 40).

Entre el declive de una potencia hegemónica y el ascenso de otra, ocurre una transición hegemónica en la cual, además de cambiar el país hegemón, se transforma un régimen de acumulación por otro, con la emergencia de un nuevo sector del capital dominante.

Dichas transiciones son “épocas de cambio, tanto de la agencia principal de los procesos de acumulación de capital a escala mundial, como de las estructuras político — económicas en las que estaban inmersos estos procesos” (Arrighi y Silver, 2001, p. 29).

Las transiciones se caracterizan por constituir un caos sistémico en el que ocurre un proceso total de reorganización radical del sistema — mundo “que cambia sustantivamente el carácter de los elementos del sistema, la forma en que se relacionan entre sí, y el modo en que el sistema funciona y se reproduce” (Arrighi y Silver, 2001, p. 29).

Las transiciones hegemónicas ocurren en períodos muy prolongados, como aconteció en la transición de Holanda a Gran Bretaña, así como la de este último país a Estados Unidos. De hecho, el período de plena hegemonía de las potencias es más bien corto, pues puede abarcar 25 o 30 años, como fue el caso de la hegemonía de Estados Unidos, que alcanzó su poder pleno en 1945, al concluir la segunda guerra mundial, para iniciar su declive en 1973, con la crisis capitalista mundial.<sup>3</sup> Por ello, los ciclos completos de duración de una potencia hegemónica, que incluyen su origen, plenitud y decadencia, pueden durar alrededor de 100 años.

En las transiciones hegemónicas confluyen tres procesos interrelacionados entre sí: la exacerbación de la competencia por el poder de parte de las empresas y los estados; la intensificación de los conflictos sociales y el ascenso de lo que Arrighi llama, nuevas configuraciones de poder, que darán pie al surgimiento de una nueva potencia hegemónica (Arrighi y Silver, 2001, p. 36).

---

<sup>3</sup> “A lo largo de la historia del capitalismo, los períodos dilatados de crisis, reestructuración y reorganización, en resumen, de cambio discontinuo, han sido mucho más habituales que los breves lapsos de expansión generalizada de acuerdo con una senda de desarrollo definida, como aconteció durante las décadas de 1950-60” (Arrighi, 2014, p. 13).

En el caso de los gobiernos nacional — populares, el proceso fundamental lo constituye la escalada de los movimientos sociales, en tanto surgen de las luchas populares que a su vez expresan la exacerbación de las contradicciones del capitalismo. Asimismo, en la etapa final de la transición ocurren los procesos de crisis y colapso de hegemonía.

Arrighi define las crisis de hegemonía como

[...] una situación en la que el Estado hegemónico vigente carece de los medios o de la voluntad para seguir impulsando el sistema interestatal en una dirección que sea ampliamente percibida como favorable, no solo para su propio poder, sino para el poder colectivo de los grupos dominantes del sistema (Arrighi, 2007, p. 160).

En este contexto, la potencia hegemónica sigue ejerciendo el poder como dominio, pero no a través del consenso, pues los subalternos ya no se identifican con sus intereses como propios.

Las crisis de hegemonía pueden ser de dos órdenes. Una *crisis señal*, que es aquella en la que se han fracturado ya las condiciones para preservar la hegemonía por la potencia dominante, pero en la que cabe una solución prolongada (Arrighi, 2007, p. 161) y la *crisis terminal*, en la cual la potencia hegemónica no tiene ya más recursos ni condiciones para preservar el poder.

Los colapsos hegemónicos, por su parte, constituyen la etapa final de la transición hegemónica. Son puntos de inflexión en los cuales el capitalismo ingresa en un caos sistémico que lleva a la desintegración del sistema hegemónico construido.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> “Por caos sistémico entendemos una situación de grave y aparentemente irremediable desorganización sistémica. Cuando la competencia y los conflictos desbordan la capacidad reguladora de las estructuras existentes, surgen intersticialmente nuevas estructuras que desestabilizan aún más la configuración del poder dominante. El desorden tiende a autorreforzarse, amenazando con provocar (o provocando efectivamente) un resquebrajamiento completo de la organización del sistema” (Arrighi y Silver, 2001, p. 40).

Para los fines de este trabajo, interesa estudiar las transiciones hegemónicas como generadoras de conflictos sociales, que desbordan la capacidad del sistema para resolver los problemas de manera institucional, acorde con los intereses hegemónicos. Asimismo, interesan particularmente las etapas de crisis hegemónica en las que han surgido los gobiernos alternativos o nacional — populares, debido a la debilidad de la potencia hegemónica para seguir impulsando gobiernos sometidos a sus designios.

Tanto en la etapa del populismo como del progresismo ocurrió una transición hegemónica de gran envergadura, que explica, debido a las contradicciones que en ella se generaron, el ascenso de los gobiernos alternativos. En este contexto, dichos gobiernos son por su naturaleza transitorios y tienden a declinar cuando se configuran las condiciones para el surgimiento y consolidación de los procesos germinales que sustituyen a los decadentes. Es decir, cuando se fortalece la clase del sector dominante que comanda el nuevo régimen de acumulación y surge la potencia hegemónica que impulsará un nuevo orden mundial.

Desde esta perspectiva, el concepto de transición hegemónica resulta crucial, tanto en el ámbito económico, debido al debilitamiento de la potencia hegemónica, como en el nivel político, como resultado del ascenso de los movimientos sociales y de la crisis de las representaciones políticas de la clase dominante.

Asimismo, la transición hegemónica permite dilucidar la capacidad transformadora de los gobiernos alternativos, en función de la etapa en la cual surgen, pues aquellos que emergen en la etapa madura de la transición tienen mejores condiciones para cambiar las estructuras, mientras los que surgen en etapas tempranas, tienen una capacidad más limitada para llevar a cabo cambios estructurales.

Desde esta perspectiva, no se puede afirmar que los gobiernos nacional — populares son transformadores o reformistas en sí mismos, sino que están sujetos a las condiciones históricas, fundamentalmente al hecho de que el capital dominante haya declinado o persista su poder. En el primer caso, pueden impulsar cambios

estructurales (dentro del capitalismo), mientras que en el segundo pueden constituir un factor de continuidad para el régimen decadente, al atemperar las contradicciones sociales.

Por otra parte, los gobiernos alternativos han sido estudiados en mayor medida con relación al debilitamiento de las élites locales y en menor medida vinculados al declive de la potencia hegemónica, por lo que aquí reivindicamos la importancia de las transiciones hegemónicas en el origen de su surgimiento.

A este conjunto de regímenes de gobierno emanados de la transición les llamamos nacional — populares como un término genérico que los abarca a todos.<sup>5</sup> El principal rasgo en común consiste en que emergen en un vacío de poder, como resultado del debilitamiento de las élites mundiales y locales ante la crisis que atraviesa el sistema capitalista.

Los regímenes nacional — populares no pueden ser considerados como una alternativa al sistema capitalista. Son por su naturaleza una forma de estado inmersa en el capitalismo, que surge cuando se agotan los mecanismos de dominio del capital en una configuración determinada. Constituyen, en este sentido, una alternativa dentro del mismo sistema, pero lleva intrínseca, sobre todo en las transiciones totales, una rebelión contra el imperio y una vocación popular que los torna atractivos para las clases subalternas. Además, en algunos casos, pueden impulsar cambios estructurales, dependiendo del avance de la transición.

Los gobiernos nacional — populares son de carácter transitorio y constituyen la expresión de una ruptura, por lo que son un parteaguas en la crisis epocal. Suelen, por tanto, tener una corta duración a la vez que albergan inestabilidad y conflictividad ante los embates de la clase decadente (Borón, 2012, p. 139).

---

<sup>5</sup> El concepto de lo “nacional-popular” es de origen gramsciano, planteado como “una forma de la realidad sociocultural producida y/o reconocida por una articulación entre intelectuales y pueblo-nación que, al expresar y desarrollar un ‘espíritu de escisión’ frente al poder, es capaz de distinguirse de éste” (Portantiero y De Ipola, 1981, p. 10).

En cuanto a los conceptos utilizados para designar a los gobiernos alternativos, existe una amplia discusión al respecto, que incluye la que se desarrolló en la segunda postguerra por el concepto de populismo, como el debate actual referido al progresismo.

Con respecto al populismo, no existe un consenso en su definición ni se ha impuesto una visión en particular. Sin intentar un tratamiento exhaustivo de las interpretaciones, ya que no es el objetivo del libro, aquí me referiré a las visiones más difundidas. Existen las posiciones que consideran al concepto populismo como una categoría analítica que puede aplicarse a-históricamente y por tanto, llaman así a los gobiernos que surgieron en los años treinta, a los que se desplegaron en las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado y a los que se desarrollan actualmente (Freidenberg, 2007, p. 55).

También se ha utilizado el concepto de populismo para gobiernos de izquierda y de derecha, sustentado en criterios de tipo subjetivo de atracción popular del líder, como es el caso de los planteamientos de Laclau:

Para Laclau, el populismo es la articulación de temas populares en oposición al bloque en el poder. Cuando esta articulación antagónica de los temas populares es llevada a cabo por las clases explotadas, el populismo es de izquierda, progresista; cuando es efectuada por fracciones periféricas a las clases dominantes, que intentan reestructurar el bloque en el poder en beneficio propio, el populismo es reaccionario (es decir, fascista) (Mouzelis, 1994, p. 459).

En este libro no tomamos esta posición, por el hecho de que no se considera el carácter histórico del concepto y, al incluir posiciones de derecha y de izquierda se pierde la especificidad política del concepto.

Tanto el populismo como el progresismo devienen de experiencias ubicadas en tiempos diferentes, por lo que preferimos utilizar los conceptos como categorías históricas y no analíticas, y en este sentido, referidas cada una de ellas a la etapa en la que surgieron (Moira y Petrone, 1999, p.15). En este sentido, seguimos la perspectiva

de autores como Octavio Ianni y Carlos Vilas, quienes ponen énfasis en el contexto histórico en el que surgen los gobiernos que analizamos. Desde esta perspectiva para Ianni, el populismo “corresponde a una modalidad particular de organización y desarrollo de las relaciones y contradicciones de las clases sociales en América Latina” (Ianni, 1975, p. 19).

En este sentido, dicho proceso constituye la expresión política de una configuración estructural determinada en ciertas sociedades de América Latina, cuyas características son “Amplias convergencias político sociales que articulan la movilización popular en nombre de intereses nacionales, revalorización del Estado como principio organizador de la pluralidad social, ordenador del bienestar social general en contra de la visión del mercado” (Vilas, 2005, p. 94).

Para dicho autor:

[...] el populismo puede ser visto como un movimiento de masas que aparece en el centro de las rupturas estructurales que acompañan a la crisis del sistema capitalista mundial y a la crisis de las oligarquías latinoamericanas [...] Puede ser visto, asimismo, como la respuesta a una crisis de hegemonía (ausencia de dirección política) en el marco de una crisis del sistema capitalista y de las presiones por impulsar la industrialización, por encima de los límites que fijaba el sistema exportador tradicional (Vilas, 1994, p. 92).

En esta misma tónica para Ianni (1973, p. 85), “el populismo es un movimiento de masas que aparece en el centro de las rupturas estructurales que acompañan a la crisis del sistema capitalista mundial y las correspondientes crisis de las oligarquías latinoamericanas”.

El populismo, por lo tanto, responde a una coyuntura histórica específica, y su característica fundamental, para los fines de este trabajo, es que enfrenta a una clase social en particular, las oligarquías exportadoras (burguesías agrario — financiero — comerciales exportadoras), a la vez que impulsa a una clase del bloque dominante, la burguesía industrial nacional, con el apoyo de las clases populares, justo en el proceso en el cual dicha clase es emergente y comanda

un nuevo régimen de acumulación, en el marco del surgimiento de otra potencia hegemónica. Desde esta perspectiva, el populismo es un fenómeno de avanzada en el ámbito capitalista, en tanto enfrenta al mundo que está por morir.

En cuanto a la conceptualización de los gobiernos actuales, se han utilizado desde el marxismo los conceptos de *Bonapartismo* y *Cesarismo* para referirse a los gobiernos progresistas, como aquellos que emergen de un equilibrio catastrófico de fuerzas y tienen un impacto importante en el debilitamiento y control de los movimientos sociales, por lo que les denominan también, transformismo o revoluciones pasivas. Para Modonesi el concepto:

[...] alude directamente a la emergencia y centralidad de una figura carismática que cumple una función política específica en un contexto de empate catastrófico y en particular, [...] impulsa y visibiliza una revolución pasiva operando como factor de equilibrio entre clases y entre tendencias conservadoras y renovadoras y de pasivización, en particular catalizando las demandas populares y asumiendo, por delegación — la representación formal de los intereses de las clases subalternas” (Modonesi, 2012, p. 148).

A pesar de que se trata de una posición crítica e interesante, no utilizamos esta conceptualización debido a que, como señala Michael Löwy tanto el *Bonapartismo* como el *Cesarismo* surgieron de una confrontación entre las clases dominantes, como una salida para conservar el poder (Modonesi, 2017, p. 2), mientras los gobiernos populistas y progresistas en cambio emergieron de movimientos sociales de orden popular. Asimismo, el apoyo en el *Bonapartismo* emerge de bases fragmentadas, mientras en el populismo son bases obreras organizadas (Vilas, 1994, p. 44).

Con respecto al concepto de equilibrio catastrófico que corresponde al *Cesarismo*, alude a una situación en la cual las fuerzas en disputa se equilibran de una manera tal, que la continuación de la lucha solo puede concluir con la destrucción recíproca. Como señala Ianni, este no fue el caso en América Latina, por lo menos en el caso

del populismo, pues el enfrentamiento ocurrió entre los gobiernos populistas apoyados por las bases populares y las oligarquías sustentadas en el imperialismo decadente (Ianni, 1975, pp. 57-58).

Se han utilizado otros conceptos para denominar el proceso actual, como el ya mencionado populismo, o bien *Ciclo de impugnación al neoliberalismo* (CINAL) (Thwaites y Ouviaña, 2018, p. 20); *Neodesarrollismo y socialdesarrollismo* (Katz 2015, p. 22), *Proyecto de capitalismo extractivo* (Alonso-Fradejas, 2018, p. 351), *Nueva izquierda* (Vilas, 1994), *Neopopulismo* (Pipitone, 2015, p. 262 y Vergara y Kay, 2018, p. 388)<sup>6</sup>, *Posneoliberalismo y antineoliberalismo* (Sader, 2009, p. 183), *Estados compensatorios* (Webber, 2019, p. 114), *Gobiernos populares* (Osorio, 2016, p. 16), *Nacional — populares* (Merino y Stoessel, 2019, p. 235), entre otros.

Desde mi perspectiva preferimos llamarle *Progresismo*, en tanto es el término que más impacto ha tenido en los estudios sobre el tema,<sup>7</sup> además de que es un concepto amplio, que incluye tanto visiones desarrollistas como socialdesarrollistas, posiciones de izquierda y de centro izquierda, visiones populares, etc., lo cual permite caracterizar el fenómeno en su conjunto.

Distinguimos el progresismo del populismo, toda vez que corresponde a otra etapa capitalista, y lo reconocemos como una categoría histórica que forma parte de la transición capitalista de la hegemonía norteamericana, en la cual ocurre un debilitamiento de las élites, fundamentalmente en el terreno político, que se expresa en el agotamiento de las representaciones políticas, en el marco del declive del neoliberalismo, que permite el ascenso de gobiernos no alineados,

---

<sup>6</sup> “El término neo-populismo es probablemente el más apropiado aquí porque los gobiernos de izquierda se mantuvieron firmemente dentro del ámbito de la política “nacional-populista” latinoamericano, que siempre ha marcado una tensión dentro de las clases populares, entre el corporativismo y la autoorganización o la autonomía” (Vergara y Kay, 2018, p. 388).

<sup>7</sup> Entre los estudiosos que utilizan este término se cuentan Gudynas (2015, p. 54), Svampa (2018, p. 27), Monedero (2019, p. 174), Machado y Zibechi (2016, p. 15); Gaudichaud (2019, p. 40), García Linera (2016, p. 13), Filmus (2019, p. 40-41), Estrada (2012, p. 312), Crespo y Ghibaudi (2017, p. 29), Borón (2013, p. 128) y Arellano (2022, p. 73), entre otros.

sostenidos sobre las masas populares, que impulsan procesos de nacionalización de los recursos naturales así como políticas redistributivas del gasto público, enfrentan un declive de poder de la clase capitalista de avanzada, por lo que establecen pactos de gobernabilidad con las fracciones capitalistas dominantes del neoliberalismo: capital financiero, corporativo y extractivo.

El progresismo constituye una nueva configuración de las relaciones de poder entre las clases sociales, y puede ser de carácter moderado, como los casos de Brasil, Uruguay, Argentina y México, o radical, como los casos de Bolivia, Ecuador y Venezuela, que impulsaron nuevas constituyentes favorables a las clases subalternas. Esta distinción, sin embargo, no afecta su esencia.

Los gobiernos progresistas surgen en muchos casos impulsados por movimientos sociales, en una fase de disputa, en la que tanto las potencias, los capitales y las clases subalternas pugnan por imponer sus intereses, ante el quiebre de las condiciones que permitieron una hegemonía plena. Dichos gobiernos forman parte de esta disputa, por lo que no constituyen un proceso unívoco, homogéneo ni lineal, sino contendientes sujetos a la correlación de fuerzas en la vorágine de la transición.



**CAPÍTULO I**  
**LA TRANSICIÓN HEGEMÓNICA**  
**DE GRAN BRETAÑA**  
**(1873 - 1945)**

Gran Bretaña emergió como la potencia hegemónica en 1815, después de que se consumó la derrota de Francia en Rusia en 1812. La paz de Viena, señala Polanyi (2013, p. 19), trajo al mundo 100 años de paz, en los cuales no ocurrió ninguna conflagración de índole mundial.

Persiguiendo su interés nacional en la preservación y consolidación de una estructura de poder fragmentada y “equilibrada” en la Europa continental, Gran Bretaña pudo crear así la idea de que su aplastante poder mundial se ejercía en interés general, tanto de los antiguos enemigos como de los antiguos aliados, de las nuevas repúblicas como de las viejas monarquías europeas (Arrighi y Silver, 2001, p. 67).

El imperio británico, como suele ocurrir, fue superior al holandés, en tanto aquel se expandió por la vía comercial, mientras Inglaterra dominó no solo por esta vía, sino por la de la producción industrial, al convertirse en el “Taller del Mundo.”

Gran Bretaña alcanzó su consolidación como la primera potencia mundial entre 1850 y 1873. Este país, por sí solo “desarrollaba una quinta parte del comercio mundial y dos quintas partes de productos manufacturados. Más de un tercio de la Marina mercante del mundo navegaba bajo bandera británica, y esta proporción aumentaba sin cesar” (Kennedy, 2009, p. 249).

Además, para 1830 correspondían a Gran Bretaña dos tercios del crecimiento industrial de Europa, a la vez que constituía el mercado principal de las materias primas mundiales, pues absorbía casi la mitad de la caña de azúcar, el té y el trigo que se comercializaba internacionalmente (Hobsbawm, 2013, p.47).

A pesar de que había perdido la colonia norteamericana, al ocurrir la guerra de independencia de Estados Unidos en 1776, el dominio que estableció en la India le permitió expandir su poder, pues la contribución del país asiático a su balanza de pagos consolidó sus inversiones en el extranjero, al tiempo que las reservas monetarias indias completaron sus propias reservas (De Cecco, citado en Arrighi y Beverly, 2001, p. 70).

Gran Bretaña impuso su propio sistema monetario, el patrón oro, con lo cual, además de la superioridad industrial y comercial, se convirtió en el centro del sistema monetario internacional.

Hacia 1870 — 1875, Gran Bretaña era el primer país acreedor del mundo, con un capital de unos 6,000 millones de dólares invertidos en el extranjero. A la víspera de la primera guerra mundial esta cifra superaba los 18,000 millones de dólares. El total de los capitales invertidos en el extranjero era del orden de 44,000 millones de dólares. Francia ocupaba el segundo lugar de los países acreedores y Estados Unidos, a pesar de sus 3,500 millones de dólares invertidos en el exterior, era un país deudor, puesto que el capital extranjero recibido era de 7,200 millones de dólares (Niveau, 1974, p. 169).

### **La primera fase de la transición hegemónica: 1873-1914**

El auge y expansión del Imperio perduró alrededor de 20 o 25 años, durante la época Victoriana, para iniciar prematuramente su declive en 1873, con el estallido de la llamada *Gran depresión*, proceso con el cual se iniciaría la transición hegemónica.<sup>8</sup>

La principal crisis del siglo XIX, tuvo sus raíces en el impulso del Liberalismo durante el auge del Imperio. Gran Bretaña abrió las fronteras a la libre importación, lo cual generó una enorme competencia entre los países abastecedores de materias primas que tenía como destino final el Imperio. Esto trajo consigo una sobreproducción de mercancías que derivó en el declive de los precios, con lo cual la temida deflación se hacía presente.

---

<sup>8</sup> Existe una discordancia sobre la fecha y la etapa en la cual inicia el declive de Gran Bretaña. Autores como Guillén Romo y Alejandro Dabat, ubican este proceso en la primera guerra mundial en 1914. Sin embargo, aquí seguimos la periodización de Arrighi y Beverly, en tanto concuerda con su visión teórica e histórica de las transiciones hegemónicas que hemos planteado antes (Guillén, 2013, p. 125 y Dabat, 2016, pp. 18-19).

El resultado fue la Gran Depresión de 1873 — 1896 [...] El colapso de los precios de las mercancías reducía a la nada las rentas del capital. Los beneficios se evaporaban, y los tipos de interés cayeron hasta niveles tan bajos que hubo economistas que “acariciaron la posibilidad de un capital tan abundante que su coste fuera nulo”. (Arrighi y Beverly, 2001, p. 73)

La crisis de 1873, reconocida como la primera crisis financiera mundial (Marichal, 2010, p. 41) se intentó paliar a través de políticas proteccionistas en las principales economías del momento — excepto Gran Bretaña— a pesar de lo cual, no fue resuelta, pues continuó la sobreproducción de bienes, principalmente de consumo. Este proceso generó la intensificación de la competencia entre las potencias de la época, fundamentalmente en una escalada armamentista que, según Arrighi provocó un proceso inflacionario en el ámbito mundial. Con ello se impulsó una expansión ficticia del capital, por lo que se consideró que la crisis se había superado (Arrighi, 2014, p. 323).

La intensificación de la competencia trajo consigo el fortalecimiento de las potencias rivales de Gran Bretaña, principalmente Alemania y Estados Unidos, las cuales empezaron a tener crecimientos industriales superiores a los de Reino Unido. En el caso de Alemania, las exportaciones pasaron de menos de la mitad de las británicas, a estar por encima de estas en el período de 1883 a 1913. En cuanto a la producción industrial, que constituía la principal fortaleza de la primera potencia, también decayó su participación

Si consideramos en conjunto la producción industrial y minera (incluyendo la industria de la construcción) de las cuatro economías nacionales más importantes, en 1913 los Estados Unidos aportaban el 46 por 100 del total de la producción; Alemania, el 23,5 por 100; el Reino Unido, el 19,5 por 100 y Francia 11 por 100 (Hobsbawm, 2013, p. 59).

Además, mientras el 50% de las exportaciones de la periferia convergían en Gran Bretaña en 1860, para 1900 solo llegaban al 25%. Se había iniciado por tanto, el declive relativo y productivo de Gran

Bretaña con relación a las potencias ascendentes. Para dicho país, el proceso inflacionario había elevado los costos, por lo que resultaba sumamente difícil sostener el enorme imperio y controlar a sus adversarios, quienes se colocaban cada vez mejor en el tablero mundial.

En los años que van de 1896 a 1913, previo al estallido de la primera guerra mundial, se vivió una expansión mundial sustentada en el proceso inflacionario, que benefició a los más ricos de la época e implicó un aumento en la producción y las ganancias; se conoció como la *belle époque*, o la era *eduardiana*. Era el último fulgor de un Imperio que ya estaba herido de muerte.

[...] cuando el sol económico de la inflación disipó de nuevo la niebla, brilló en un mundo diferente”. Habían cambiado sobre todo dos cosas: los puntales industrial e imperial de la hegemonía británica se habían erosionado sin remedio, y Gran Bretaña había dejado de ser el taller del mundo (Arrighi y Beverly, 2001, p. 73).

Toda vez que la sobreproducción continuó, se generó una lucha encarnizada por conseguir mercados por parte de las potencias principales. Esto trajo consigo una enorme competencia por apropiarse colonias para expandir sus dominios y colocar sus mercancías.

Entre 1876 y 1915, aproximadamente una cuarta parte de la superficie del planeta fue distribuida o redistribuida en forma de colonias entre media docena de estados. El Reino Unido incrementó sus posesiones en diez millones de kilómetros cuadrados, Francia en 9 millones, Alemania adquirió más de dos millones y medio y Bélgica e Italia algo menos. Los Estados Unidos obtuvieron unos 250,000 km de nuevos territorios, fundamentalmente a costa de España, extensión similar a la que consiguió Japón con sus anexiones a costa de China, Rusia y Corea (Hobsbawm, 2013, p. 68).

El declive productivo de Gran Bretaña se compensó, como ocurre en todos los imperios en decadencia, con su fortalecimiento financiero.

En el mercado internacional de capitales, el Reino Unido conservaba un dominio abrumador. En 1914, Francia, Alemania, los Estados Unidos, Bélgica, los Países Bajos, Suiza y los demás países acumulaban, en conjunto, el 56 por 100 de las inversiones mundiales en ultramar, mientras que la participación del Reino Unido ascendía al 44 por 100 (Hobsbawm, 2013, p. 59).

Fue en ese entonces en el que, la poderosa City de Londres, cobró toda su dimensión. “Si Londres fue alguna vez realmente el centro económico del mundo, y la libra esterlina su fundamento, fue entre 1870 y 1913” (Arrighi y Beverly, 2001, p. 74).

Como planteó Hobsbawm. (2013, p 53):

El típico hombre de negocios, al menos de los grandes negocios, no era ya tanto un miembro de la familia fundadora, sino un ejecutivo asalariado, y aquel que miraba a los demás por encima del hombro era más frecuentemente el banquero o accionista que el gerente capitalista.

Como señalamos en la *Nota Metodológica*, cuando las potencias hegemónicas ingresan en la fase de financiarización, es decir, cuando su poder industrial y comercial se mengua y se ven obligadas a compensarlos a través del poder financiero, se inicia la *fase del otoño*, que en el caso de Gran Bretaña, comparada con Holanda, fue muy prematura, en tanto la desintegración de su sistema comercial apenas había comenzado (Arrighi y Beverly, 2001, p. 75).

Junto con la decadencia del imperio británico, surgió también en el ámbito mundial un proceso de ascenso de los movimientos sociales en las grandes potencias en disputa. Primero, el declive de los precios había radicalizado los movimientos campesinos pues los granjeros en el mundo vieron reducidos sus ingresos, mientras la fase inflacionaria de la *Belle Époque* llevó al encarecimiento de los bienes de consumo para los obreros, con lo cual se disminuyeron sus salarios reales. Esta etapa de bonanza ficticia para los capitalistas, fue también de pobreza y degradación para las clases populares, por

lo que en ella se incubaron las grandes revoluciones que estallarían a principios del siglo XX (Hobsbawm, 2013, p. 54).

Podemos concluir que la gran recesión iniciada en 1873 no fue resuelta y las medidas que se tomaron para paliarla, solamente provocaron la intensificación de la competencia entre las grandes potencias, por lo que las contradicciones del capitalismo decimonónico se exacerbaban fuertemente.

## **La segunda fase de la transición hegemónica: 1914-1929**

### ***La Gran Guerra***

Para quienes vivieron en la época que estamos narrando, la primera guerra mundial, llamada la Gran Guerra, constituyó el derrumbe total de su mundo, construido penosamente a lo largo de cien años sin confrontaciones mundiales.

Las causas de la guerra remiten a la intensificación de la competencia entre las grandes potencias que hemos mencionado, en el marco de una sobreproducción de mercancías y capitales que demandaban mercados y colonias. El declive de la gran potencia provocado por la recesión abrió el cauce para la lucha interestatal por el poder, principalmente en las potencias emergentes como Alemania:

[...] para los dos beligerantes principales, Alemania y Gran Bretaña, el límite tenía que ser el cielo, pues Alemania aspiraba a alcanzar una posición política y marítima mundial como la que ostentaba Gran Bretaña, lo cual automáticamente relegaría a un plano inferior a una Gran Bretaña que ya había iniciado el declive. Era el todo o nada (Hobsbawm, 1994, p. 38).

En este contexto, la guerra fue el resultado de rivalidades que se venían construyendo entre las potencias, —principalmente entre

Alemania y Gran Bretaña— y estallaron cuando un joven terrorista mató en Serbia al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria, el 28 de junio de 1914.

Alemania decidió apoyar a Austria, mientras Rusia y Francia apoyaron a Serbia. Gran Bretaña se unió a este último frente ante la invasión alemana de Bélgica, que dio a Londres la justificación moral para intervenir en la guerra.

Estados Unidos decidió entrar tardíamente en la guerra, cuando Gran Bretaña estuvo a punto de quedar sometida a un cercamiento por Alemania, dado que la Gran Isla recibía todos los suministros por el mar y fue asediada por los submarinos germanos, hasta casi sufrir un estrangulamiento (Hobsbawm, 1994, p. 36).

Para entonces había quedado claro, que las grandes potencias estaban decididas a frenar a toda costa el gran empuje alemán y sus aspiraciones territoriales dentro y fuera de Europa, toda vez que se había revelado como la gran fuerza militar dominante, a la vez que ya era la más poderosa desde el punto de vista industrial (Hobsbawm, 2013, p. 328).

Como es ampliamente conocido, la entrada de Estados Unidos a la guerra definió la correlación de fuerzas y Alemania fue derrotada el 11 de noviembre de 1918, lo cual trajo graves consecuencias para este país. El fin de la guerra se firmó en el Tratado de Versalles, que infringió elevados montos de reparación al país perdedor, a quien se consideró culpable de la guerra y de los 10 millones de muertos que trajo la conflagración mundial.

En efecto, se impidió a Alemania poseer una flota importante, se le prohibió contar con una fuerza aérea y se redujo su ejército de tierra a solo 100 000 hombres. Se le impusieron unas “reparaciones” [...] teóricamente infinitas, se ocupó militarmente una parte occidental del país; y se privó de todas las colonias de ultramar (Hobsbawm, 1994, p. 41).

Tales condiciones impuestas a un país que, aunque derrotado, era todavía una gran potencia mundial, traerían como consecuencia posteriormente la reanudación de las hostilidades mundiales.<sup>9</sup>

Hasta antes de la guerra, Gran Bretaña era el acreedor absoluto de las grandes potencias, incluido Estados Unidos. Sin embargo, durante la conflagración, Inglaterra requirió de enormes volúmenes de suministros de todo tipo provenientes de los Estados Unidos, con lo cual, al terminar la conflagración, los papeles se habían cambiado. Toda vez que la guerra no ocurrió en su territorio, Estados Unidos salió fortalecido, convirtiéndose en el acreedor neto por aproximadamente 3,700 millones de dólares (Guillén, 2013, p. 127).

En todo caso, lo cierto es que el centro de las finanzas mundiales se había trasladado naturalmente al otro lado del Atlántico entre 1914 y 1919, al aumentar las deudas internacionales de Europa y convertirse los Estados Unidos en la mayor nación acreedora del mundo (Kennedy, 2009, p. 447).

En este contexto, la primera guerra mundial dio una segunda estocada al Reino Unido en su calidad de potencia hegemónica mundial.

Cuando comenzó efectivamente la guerra, la transición de la hegemonía británica a la estadounidense entró en su segunda fase. El debilitamiento de la hegemonía británica como consecuencia de la industrialización de la guerra se hizo manifiesto. Gran Bretaña y sus aliados lograron contener a Alemania, y la guerra incluso incrementó la extensión del imperio ultramarino británico, pero los costes financieros de estos éxitos político — militares aceleraron el eclipse de la potencia británica por la estadounidense (Arrighi y Beverly, 2001, p. 79).

---

<sup>9</sup> “A pesar de sus pérdidas territoriales, de las restricciones militares y de la inestabilidad económica, Alemania era todavía potencialmente, después de 1919, una gran potencia de enorme fuerza. Alemania poseía todavía una población mucho más numerosa que Francia y su capacidad de producción de hierro y acero era tres veces superior” (Kennedy, 2009, p. 457).

Lo que iba quedando claro era en primer lugar, que la potencia que rivalizaba con el hegemon, no era la que eventualmente lo sustituiría, como ocurrió también en la transición de Holanda a Gran Bretaña. Alemania disputó el poder de Gran Bretaña dos veces a través de la guerra, pero no fue quien sustituyó su poder mundial. En el imperio holandés, Francia disputó el poder de los países bajos, pero fue Inglaterra quien alcanzó la hegemonía (Arrighi y Beverly, 2001, p. 97).

Sin embargo, al concluir la primera guerra mundial y a pesar de la superioridad económica de Estados Unidos, este país no pudo ocupar el lugar de Inglaterra como la potencia hegemónica mundial, en parte, como lo han señalado algunos autores, debido a su política aislacionista (Dabat, 2016, p. 20), pero principalmente porque su control sobre la liquidez mundial, no lo dotaba aún para administrar el sistema financiero internacional que recaía todavía, y con gran fuerza, en Gran Bretaña (Arrighi, 2014, p. 327).

La primera Guerra Mundial sacó a la luz los problemas más delicados del período, volviéndose ineludibles pero no proveyó los medios para resolverlos. Tal es el caso del ascenso fulgurante de Estados Unidos que destruyó la hegemonía inglesa sin lograr reemplazarla. El liderazgo faltó en un momento en que era indispensable. Inglaterra ya no podía desempeñar su antiguo rol y Estados Unidos no se encontraba en condiciones de ejercerlo (Guillén, 2013, p. 127).

Existe un consenso entre los autores en el sentido de que la primera guerra mundial no resolvió las contradicciones del sistema capitalista, ni en términos estructurales ni con relación a la geopolítica mundial. Para Hobsbawm (1994, p.60), “La primera (guerra) no resolvió nada”.

Si bien la guerra sirvió para contener temporalmente el poder de Alemania y dio un golpe muy fuerte a la hegemonía británica; al igual que la recesión de 1873, no resolvió los problemas estructurales del capitalismo: la sobreproducción de los capitales y las mercancías, así como la rivalidad entre las grandes potencias. El período

comprendido entre 1914 y 1918, solo fue un interregno, un *impasse* en el proceso de definición de la nueva hegemonía mundial.

### ***Los fabulosos años veinte***

Al terminar la guerra en 1918 y después de una breve crisis en 1921 y 1922, se inició una etapa de ascenso del capitalismo centrada en Estados Unidos, país que como señalamos, no había resentido las consecuencias de la conflagración en su territorio.

Antes de que avanzara mucho la década, Norteamérica se encontró lanzada en una fase de prosperidad que engendraría una oleada de optimismo rayana en el delirio (Dobb, 1975, p. 380).

[...] llevó el nivel físico de la producción hacia 1929, a un 34% encima del nivel de 1922 y alrededor del 65% por sobre el nivel de 1913. Tan grande fue la tasa de creación de bienes de capital que solamente entre 1925 y 1929 la demanda de máquinas herramientas creció, en Estados Unidos, en cerca de 90% y la demanda de equipos por fundición en cerca de 50% (Dobb, 1975, p. 390).

La productividad del trabajo en este país se incrementó en 43% de 1919 a 1922, además de que dicho proceso se convirtió en la principal herramienta para la expansión del producto en Norteamérica. Las principales industrias fueron la electrotecnia, el transporte carretero, la fabricación de motores y de aviones, de seda artificial y de alimentos (Dobb, 1975, p. 398 y p. 400). Sin embargo, el sector fundamental del *boom*, fue el automóvil (Kindleberger, 2009, p. 98). Estados Unidos difundió su expansión a través de las exportaciones y los préstamos al exterior, pero solamente unos cuantos países gozaron de ella, en particular Australia, Canadá, Francia e Italia.

No obstante, Gran Bretaña ya no pudo levantarse después de la guerra. Sometida a la competencia del dólar, decidió establecer el tipo de cambio de la libra a los niveles de preguerra, por lo que la

sobrevaluación de la moneda restaba competitividad a las exportaciones y por ende a la actividad industrial (Niveau, 1974, p. 181).

Para compensar esta situación, impulsó una política deflacionaria, con lo cual afectó el salario de los obreros e incrementó el desempleo. Esto provocó una enorme huelga en 1926 que paralizó al país. “Carbón, acero, astilleros, textiles y confección acusaban depresión” (Kindleberger, 2009, p. 95).

Por su parte, los países derrotados (Alemania, Japón y Polonia) enfrentaron una etapa turbulenta, con una fuerte inflación y el hundimiento del sistema monetario. Alemania logró superar esta situación y participar del *boom* recién en 1927 — 28, años en los que pudo alcanzar la producción que tenía antes de la conflagración mundial (Kennedy, 2009, p. 484). Este auge sin embargo fue muy corto, pues muy pronto se vería ensombrecido por la gran depresión de 1929.

Lo que fue generalizado a la mayoría de los países fue la deflación en el terreno de las materias primas, proceso que se dejó sentir en mayor medida en el ámbito de la agricultura, la cual era muy importante para las economías industrializadas, con excepción de Inglaterra.

Incluso en Estados Unidos donde la industria se desarrolló muy rápidamente a partir de 1880, la agricultura emplea a un 25% de la población activa y un tercio de su producción es importada. En la mayoría de los países europeos la agricultura emplea aún a más del 40% de la población económicamente activa (Guillén, 2013, p. 130).

La incertidumbre que provocó la guerra en este terreno, llevó a impulsar la producción alimentaria en aquellos países que no fueron afectados por el conflicto militar. Tal fue el caso de Estados Unidos y Canadá quienes conjuntamente aumentaron su área de cultivo de granos en un 52% (Soule, citado en Sandoval, 2017, p. 129).

De igual forma, se incrementó la productividad del trabajo, de tal manera que entre 1920 y 1930 ésta se encontraba un 25% por encima de sus niveles prebélicos (Soule, citado en Sandoval, 2017, p. 132). En consecuencia, la producción creció fuertemente “En Estados Unidos

y Canadá la producción cerealera se encontraba de 16 a 17% por encima de sus niveles de preguerra y sus exportaciones de grano estaban 38% por arriba del promedio de 1909 a 1913” (Brandt, citado en Sandoval, 2017, p. 132).

A esto se sumó que las materias primas y los bienes alimentarios, que durante la guerra se habían acumulado en ultramar por falta de barcos, empezaran a llegar a Europa.

En este contexto, al terminar la guerra se generó un proceso de sobreproducción de materias primas y alimentos que se topó con una fuerte disminución de la demanda, sobre todo en Europa, donde se había impulsado la producción interna para recuperar el abastecimiento nacional. La existencia de excedentes sin comprador generó un proceso deflacionario de gran envergadura en todo el mundo, que dio inicio en 1920, debido a una severa contracción comercial y financiera que ya hemos mencionado: “De 1925 a 1929, los precios agrícolas se redujeron en un 9% mientras que el coste de vida de los campesinos sólo disminuye un 6% y los costos de producción se mantienen inalterados” (Niveau, 1974, pp. 185-186).

Estos costos tenían su sostén en un precio del petróleo también descendente, como puede verse en la siguiente gráfica:

**Gráfica 01**



Fuente: Historical Crude Oil Price. Disponible en <https://chartsbin.com/view/oa>

La deflación afectó fuertemente a los países, tanto a los desarrollados como a aquellos que se orientaban a la exportación de bienes primarios. Con el fin de proteger a las agriculturas nativas, los gobiernos empezaron a impulsar una política basada en aranceles a la importación. Esto no hacía sino profundizar el declive de los precios, pues los productores aumentaban la producción con el fin de buscar nuevos mercados.

Otras medidas anti deflacionarias fueron la acumulación de stocks y la depreciación de las monedas para abaratar las exportaciones y lograr mercados a sus productos. Sin embargo, ninguna de esas medidas logró parar el declive de los precios.

A pesar de ello, la deflación llevó a los capitalistas a invertir en las bolsas de valores y a procurar la especulación con el fin de obtener elevadas ganancias, por lo que éste efímero crecimiento mundial llevó, como es sabido, a la crisis capitalista de 1929.

## **La tercera fase de la transición hegemónica. 1929 — 1945**

### ***La gran depresión de 1929***

El 24 de octubre de 1929 (el jueves negro), cayeron en picada los índices bursátiles en Estados Unidos. “Ese día se transfirieron 12,894,650 acciones, muchas de ellas a precios que destrozaron los sueños de quienes las habían poseído” (Galbraith, 2000, p. 119) Sin embargo, el 29 de octubre de ese mismo año, fue el más devastador en la historia de los mercados.

“Los títulos se vendían ya por nada. Las Bolsas de Chicago y Búffalo habían cerrado. Comenzaba a desarrollarse una ola de suicidios; once especuladores de reconocida fama se habían dado muerte hasta

entonces” (Galbraith, 2000, p. 120). Era el llamado crack de 1929 que tuvo su centro en Estados Unidos.

Este proceso ha sido ampliamente estudiado y existen distintas posiciones sobre las causas que ocasionaron un fenómeno de tal envergadura. Para Kindleberger (2009, p. 48), la crisis fue causada por la incapacidad de Inglaterra para mantener el liderazgo mundial por el declive hegemónico que enfrentaba y la reticencia de Estados Unidos para asumirlo. Para otros autores una de las causas principales tenía que ver con la deflación de las materias primas agrícolas y mineras, mientras que múltiples autores han centrado las causas en procesos de orden financiero, como el elevamiento de las tasas de interés.<sup>10</sup>

Desde mi perspectiva, sin negar la importancia de estos procesos, las causas estructurales de la crisis remiten al comportamiento de la acumulación de capital en el liberalismo, cuya característica principal lo constituyó una fuerte concentración del ingreso y una enorme desigualdad social, derivada de políticas centradas en la deflación, para mantener bajos o estancados los salarios y el declive de los precios y las materias primas, con el fin de obtener elevadas ganancias. Tales contradicciones afloraron en una fase de expansión como lo fueron los fabulosos veintes, que llevó a un proceso de aumento de la producción y la productividad del trabajo, fundamentalmente en la potencia emergente: “El crecimiento del producto por asalariado en la industria de los Estados Unidos se estimó en 43% para los 10 años que van de 1919 a 1929, y en otro 24% para el período 1929 — 1933” (Dobb, 1975, p. 397).

El resultado de esta forma de funcionamiento lo constituye la emergencia de la sobreacumulación de capital y la sobreproducción de mercancías, en tanto la demanda no crece al mismo ritmo que la productividad, pues tanto los obreros como los campesinos han sido sometidos a bajos salarios y precios.

---

<sup>10</sup> Para profundizar en las distintas posiciones sobre las causas de la crisis, véase: Guillén, 2013:170.

Ante este panorama, previo al *crack* había empezado un proceso de fractura productiva:

Anteriormente —a la depresión— en junio, los índices de producción industrial alcanzaron su cuota máxima y desde entonces, su tendencia fue decreciente. En octubre el índice de producción industrial de la Reserva Federal daba 117-126 solo cuatro meses antes. La producción de acero no había cesado de disminuir desde junio; también disminuyó fuertemente el volumen del transporte por ferrocarril. La industria de la construcción de viviendas —de significación realmente barométrica— venía sufriendo desde hacía varios años una crisis impertinente y acabó en franca bancarrota en 1929 [...] Un agudo estudioso del comportamiento del sistema económico durante este período ha dicho que el hundimiento del mercado “reflejó, en líneas generales, el cambio ya operado y patente en la situación industrial” (Galbraith, 2000, p. 107).

De esta suerte, la inversión productiva empezó a enfrentar dificultades para impulsarse, por lo que apareció el fenómeno de la capacidad ociosa en las empresas.

Pero para Norteamérica disponemos de la conocida estimación del Brooking Institut: en 1929, en la cresta de la ola de prosperidad de este país, la capacidad ociosa de plantas y equipos llegaba a la considerable cifra del 20 por ciento: margen de fuerza productiva desperdiciada que había crecido, hacia el año de la depresión más profunda, a un 50% (Dobb, 1975, p. 385).

Al ocurrir un sobrante de productos y de capital, sin posibilidades de realización y reinversión rentable debido a la estrechez del mercado, suele ocurrir que el capital emigre hacia el área especulativa para valorizarse.

Algunas sociedades se decidieron a acudir a Wall Street: en lugar de producir bienes, que tantos inconvenientes y quebraderos de cabeza suponen, se limitaron de buena gana a la financiación de la espe-

culación. Y muchas más compañías comenzaron a prestar sus fondos de reserva por mediación de Wall Street [...] En estas circunstancias, era perfectamente obvia la tentación de reducir la inversión en plantas productivas a fin de seguir obteniendo beneficios (Galbraith, 2000, p. 37).

A la par con esta situación había ocurrido un auge en el sector de la construcción durante los años de 1922 a 1929. Se dieron préstamos hipotecarios provocando un boom de valores inmobiliarios que atizaron también la hoguera de la especulación.

Las autoridades de la Reserva Federal en Estados Unidos habían bajado la tasa de rendimiento o la tasa de interés real de los valores de renta fija y comprado títulos del estado, lo cual aumentó la cantidad de dinero disponible y con ello el crédito fácil que disparó la especulación (Niveau, 1974, p. 192).

Una vez que los valores vendidos en la especulación pierden toda relación con la actividad económica, es decir, con el nivel de la producción y los beneficios, la burbuja estalla en una crisis de enormes dimensiones, pues los valores se intentan vender sin que surjan compradores y van perdiendo nivel, llevando a la ruina a quienes habían invertido en ellos. “Esto se tradujo en una burbuja bursátil, cuyo estallido provocó el colapso de la producción y devastadoras pérdidas de capital y empleo a escala mundial” (Dabat, 2016, p. 21).

Luego del *crack* bursátil sobrevinieron las quiebras bancarias y con ellas la reducción del crédito. De los 24 mil bancos que existían en Estados Unidos, la mayoría eran firmas pequeñas de pueblos rurales que no pudieron resistir el *crack*. El declive del crédito afectó a las empresas, que se vieron imposibilitadas para continuar la producción, lo cual impactó el consumo productivo y acarrió la caída de la producción.

En los Estados Unidos la producción representó a lo largo del verano de 1932, una caída del 55% por debajo del máximo de 1929 y el índice

de producción de bienes de capital se mantenía, en 1933, en un poco más de un tercio del de 1929 (Dobb, 1975, p. 390).

La caída productiva repercutió en lo que algunos autores consideran el rasgo más característico de la gran depresión: el desempleo estructural:

En octubre (de 1929) existen más de 4,600,000 parados en Estados Unidos; un año más tarde esta cifra es de 7,800,000; en octubre de 1932 son 11,600,000 y en 1933 más de 13,000,000, o sea, el 27% de una población activa de 48 millones (Niveau, 1974, p. 187).

Debido a que Estados Unidos tenía un papel central como importador y acreedor mundial, la crisis iniciada en él se propagó a todo el mundo.

Los países deudores y, en especial, los países más pobres sufren la consecuencia de la caída a la vez de los precios mundiales de las materias primas y de los productos agrícolas, que constituyen la parte más importante de sus exportaciones. Esto acaba por conducir a las devaluaciones en serie, a partir de 1929, en Hungría, Argentina, Paraguay y Brasil. En 1930, en Australia, Nueva Zelanda, Venezuela y Bolivia (Niveau, 1974, p. 188).

La crisis se había hecho presente generando el sufrimiento y la desesperación de millones de familias en todo el mundo.

En 1929, 1931 y 1932 había personas hambrientas. Otras se torturaban con el simple pensamiento de llegar a pasar hambre. También había quienes sufrían la agonía de la pendiente del deshonor y la pérdida de respetabilidad que acompañan el empobrecimiento de la renta. Y aún otros temían ser ellos los próximos. Todo el mundo sufría una desesperanza total. Según creían, no había nada que hacer.” (Galbraith, 2000, p. 215).

### ***La crisis agrícola de 1929.***

La agricultura fue uno de los sectores más afectados durante la crisis de 1929, al punto que se llegó a debatir si la situación rural había sido una de las principales causales de la gran depresión (Sandoval, 2017, p. 125), dada la importancia que guardaba en esa época como señalamos: este sector suponía un cuarto del empleo total en 1929 y las exportaciones agrarias constituían el 28% de la renta agraria (Kindleberger, 2009, p. 137). El otro aspecto central que definió el rol de la agricultura en la crisis, lo constituyó el proceso de la deflación de los precios, que afectó al sector durante esta etapa.

Cuando estalló la crisis en 1929, la deflación se agravó. Conforme un índice de precios y *stocks* agrícolas mundiales cuya base es 100 en el período 1923 — 25, se observa que:

[...] los precios descendieron gradualmente desde el final de 1925 hasta un nivel de 70 entre julio y octubre de 1929 y los *stocks* aumentaron en un 75%. Desde ese momento, al hacerse escasa la financiación de *stocks*, el ritmo de disminución de los precios aumentó. En los meses que van de noviembre de 1929 a enero de 1930, la media del índice fue de 64, con un descenso de 9% respecto al nivel de julio — octubre. Y después llegó el diluvio: 58 en marzo de 1930; 51.4 en junio; 45,5 en agosto, y, en diciembre de 1930 38.9, lo que significaba una disminución del 50% desde la primera mitad de 1928. En diciembre de 1932 el índice había disminuido casi en otro 50%, hasta un 24,4% de la base 1923 — 25 mientras que los *stocks* habían crecido hasta 260, medidos sobre esa misma base (Kindleberger, 2009, p. 139).

Como puede verse en la siguiente gráfica sobre los precios del trigo, el punto más bajo de la caída se observa en 1930, para volver a caer en 1937 — 38.

## Gráfica 02

Precio del Trigo en Estados Unidos\*, 1900 - 1945  
USD / Bushel



\*Precios del trigo "Hard Winter No. 2", Kansas City (precio de referencia internacional)  
Elaboración propia con datos de Enrique Botello, "El mercado mundial del trigo", en *Revista de Estudios Agro-sociales*, Núm. 9, 1954, pp. 38-39, España. Disponible para consulta en <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2212787>>

El abrupto declive de los precios trajo consigo la ruina de un amplio grupo de granjeros en Estados Unidos, toda vez que la mayoría se había endeudado en la fase de prosperidad y tenían hipotecadas sus granjas. “La caída de los precios agrícolas provocó que el valor de las deudas se elevara, mientras que el de la tierra agrícola disminuiera hasta un 25%, para el lapso de 1928 a 1930, y otro 15% de 1930 a 1933” (Chandler, citado en Sandoval, 2017, p. 141).

Las deudas totales ascendieron a 12.4 miles de millones de dólares en 1929 y ya para 1930 alrededor del 39% de todas las granjas operadas por sus dueños tenían algún tipo de deuda hipotecaria que promediaba hasta el 40% de su valor (Sandoval, 2017, p. 141).

Tal situación llevó a la ruina a miles de granjeros, quienes incapaces de hacer frente a las deudas perdieron las tierras y emigraron a las ciudades, donde el desempleo impedía cualquier absorción laboral de los desterrados. Las consecuencias de la crisis fueron devastadoras en el campo:

Mientras las naranjas están siendo inundadas con queroseno, para evitar su consumo en California, comunidades completas en los Apalaches viven de dientes de león o hierbas. El maíz es tan barato que

está siendo quemado como combustible en condados de Iowa, pero grandes números de vacas, ovejas y caballos se mueren de hambre en las regiones con sequía del noroeste. Los ganaderos vierten la leche invendible en las alcantarillas, mientras los padres sin empleo luchan por proveer una pinta a la semana para sus hijos en crecimiento [...] (Poppendieck, citado en Sandoval, 2017, p. 145).

El declive de los precios afectó, además de los alimentos básicos, a los bienes de exportación como el té, el café, el tabaco, el azúcar y el algodón, por lo que los países exportadores se vieron empujados también a la recesión. La deflación europea llevó en definitiva a que la crisis agrícola se convirtiera en un acontecimiento literalmente mundial (Hobsbawm, 1994, p. 96).

En cuanto a la relación de la crisis agrícola y la crisis capitalista, existe, como comentamos, un debate en el sentido de si la situación rural fue un causante de la gran depresión.

Podemos señalar que la deflación tenía causas propias originadas en la sobreproducción de la postguerra. Sin embargo, lo que genera que dicha deflación se convierta en crisis agrícola, es el estallido del *crack* bursátil en 1929, que llevó al declive de la demanda y del crédito, al aumento en el valor de las hipotecas y al hundimiento en los precios con lo cual, un problema que se había mantenido en el ámbito del funcionamiento del capitalismo, incluso con crecimiento de la producción, se convirtió en una depresión agrícola de enormes dimensiones, con lo que podemos señalar, que la crisis agrícola forma parte indisoluble de la gran depresión.

A su vez, la ruina de los productores rurales repercutió fuertemente sobre los bancos, pues las granjas hipotecadas no podían venderse tan fácilmente en una etapa donde la inversión y el crédito habían descendido claramente, mientras los bajos precios no incitaban a nadie a la compra de tierras.

Si bien la deflación y la crisis agrícola repercutieron sobre la profundización de la depresión, no fueron sus disparadores, pues como vimos, estos provenían de la sobreacumulación industrial, la cual

llevaba al deterioro de la inversión productiva en aras de la inversión especulativa, lo que finalmente generó el *crack* bursátil.

## De la crisis a la segunda guerra mundial

Una vez que estalló la crisis capitalista en el llamado crack propiamente dicho, siguió una fuerte depresión, que tuvo sus efectos más perniciosos entre 1929 y 1932.

Estos cuatro años de crisis afectaron a todo el mundo, aunque no hay dudas de que las derivaciones más intensas se sintieron en Estados Unidos y Alemania [...] Hacia 1932, en ambos países cerca de la cuarta parte de los trabajadores estaban desocupados (Marichal, 2010, p. 122).

De 1932 a 1938 siguió una recuperación desigual en la mayor parte de los países, con una tendencia hacia el estancamiento. “En el mundo capitalista como un todo, la recuperación posterior a 1932, cuando se produjo, fue tambaleante y dispareja. El sistema carecía, evidentemente, de la resistencia que una vez tuviera” (Dobb, 1975, p. 393).

Incluso este autor considera que para finales del decenio de 1930, se estaba incubando otra crisis de grandes dimensiones que fue abortada por la segunda guerra mundial (Dobb, 1975, p. 420).

En el caso de Estados Unidos, entre 1933 y 1939 no se había eliminado totalmente el desempleo y la inversión productiva era muy débil “para disminuir todavía en casi la mitad entre 1937 y 1938” (Niveau, 1974, pp. 203-204).

Lo que quedó claro en el período que va de la crisis a la segunda guerra mundial, era que el liberalismo había quedado atrás. Se impulsaron políticas proteccionistas con el aumento de los aranceles para fortalecer las economías, pero sobre todo cobró fuerza la intervención estatal en la economía para contener la depresión. Aquello del *dejar hacer, dejar pasar* del liberalismo no se volvió a mencionar.

El ejemplo más claro de este viraje mundial fue la política del *New Deal*, impulsada por Roosevelt entre 1933 y 1938 en Estados Unidos. Este programa de gobierno consistía en un conjunto de medidas de intervención gubernamental en el terreno de la economía, para lanzar los precios al alza y combatir la deflación; crear empleo, elevar el poder de compra de los consumidores e impulsar la inversión productiva. “No hay que olvidar finalmente que el *New Deal* representa en la historia del desarrollo capitalista la primera gran experiencia de intervención estatal actuando a la vez sobre la coyuntura y sobre las estructuras” (Niveau, 1974, pp. 203-204).

Este programa del *Nuevo Trato*, sería el precursor de los programas impulsados en América Latina por el populismo, como se verá después.

En consecuencia, la crisis de 1929 fue la partera del nuevo régimen de acumulación que germinó, echando por la borda las pautas del liberalismo e impulsando la producción para el mercado interno, con lo cual se generaron las condiciones para una nueva configuración del capital, centrada en la intervención estatal y en la industria.

En cuanto al declive de Gran Bretaña, durante los años 30 este país enfrentó su caída definitiva. Aun cuando la crisis no la golpeó tan duro como a Estados Unidos o a Alemania, tuvo efectos muy fuertes en su economía.

[...] la doliente economía británica fue sacudida hasta las raíces por la depresión mundial después de 1929. La producción textil, que todavía representaba el 40% de las exportaciones británicas, fue reducida en sus dos tercios; el carbón, que representaba otro 10% de las exportaciones, bajó en un quinto; la construcción naval fue tan gravemente afectada que, en 1933, la producción descendió al 7% de la cifra de antes de la guerra; la producción de acero bajó un 45% en los tres años de 1929 — 1932, y la producción de hierro colado un 53%. Con el comercio internacional agotándose y siendo sustituido por bloques de moneda, la participación británica en el comercio global siguió una tendencia descendente, desde el 14,15% (1913) al 10,75% (1929) y al 9,8% (1937) (Kennedy, 2009, p. 500).

Sin embargo, no fue la gran depresión la que le dio el golpe de gracia, sino, como suele suceder con las potencias hegemónicas en decadencia; la pérdida del poder financiero que conservaba todavía.

Gran Bretaña había reestablecido la convertibilidad en oro de la libra en 1925, sin embargo en 1931, ante una fuerte crisis bancaria en Alemania, aquel país empezó a perder abruptamente su metal precioso, por lo que el 21 de septiembre de 1931, decide suspender la convertibilidad de la libra en oro, con lo cual se genera un proceso de estupor y declive en los mercados de valores. Con esta medida llegó a su fin el patrón oro y con él, el lugar privilegiado que Inglaterra tenía en el sistema financiero mundial. De esta suerte, la crisis en Norteamérica llevó a la pérdida de financiamiento para Inglaterra con lo cual, este país ya no tenía los medios para asumir su rol de proveedor internacional de capitales.

La crisis de la libra es en el fondo una crisis de hegemonía y de lucha por esta hegemonía. Sin capacidad para movilizar los capitales exteriores Inglaterra se vuelve una nación cualquiera, con una balanza desequilibrada, reservas amenazadas y obligada a escoger entre la devaluación y la deflación. La caída de la libra tendrá en el mundo entero consecuencias incalculables, ya que aunque había perdido importancia, dicha moneda es esencial en el plano internacional (Guillén, 2013, p. 153).

Sin embargo, a pesar de la decadencia de Inglaterra, durante los años treinta no se realizó el cambio de hegemonía, toda vez que Estados Unidos no estaba en condiciones de asumir el liderazgo, pues las consecuencias de la gran depresión lo habían hundido: “[...] si los Estados Unidos habían sufrido desproporcionalmente durante la Gran Depresión, seguían sin embargo siendo (según palabras del almirante Yamamoto) un gigante dormido” (Kennedy, 2009, p. 524).

Sólo la segunda guerra mundial colocaría a Norteamérica, como el nuevo hegemon indiscutible.

## ***La segunda guerra mundial***

La gran depresión generó cambios fundamentales en el mundo capitalista. La pobreza rural, el enorme desempleo generado, la miseria y el hambre que se propagaron en los países afectados trajeron consigo el descontento y la radicalización de los obreros y los campesinos.

De este malestar social, emergió el fascismo: en 1933 Hitler asumió el poder en Alemania e impulsó una política muy radical tendiente a contener el desempleo en su país. Como señala Hobsbawm: “Hay que reconocer que afrontó la Gran Depresión rápidamente y con más éxito que ningún otro gobierno” (Hobsbawm, 1994, pp. 114-115).

Esto le permitió generar una estabilidad económica y social, que constituiría la base para controlar cualquier disidencia en su país y abrir el cauce para la expansión del capital monopolista de la época. Suprimió los sindicatos obreros y venció los brotes de revolución que habían surgido.

En el plano geopolítico, Hitler aprovechó la debilidad de las potencias europeas y de Estados Unidos que habían sido fuertemente golpeados por la crisis, —además de que se encontraban divididos—, para impulsar una política expansionista con el fin de resarcirse de la enorme carga que le había sido impuesta tras la derrota en la primera guerra mundial. El resentimiento del pueblo alemán por las reparaciones impuestas y los territorios confiscados, fue aprovechado por el gobierno para impulsar una política nacionalista y racista para recuperar el poder perdido.

Desde que asumió el cargo inició una escalada expansionista a costa de los países más débiles de Europa.

En 1936 Alemania recuperó Renania [...] En 1938 Alemania consideró llegado el momento de la conquista. En el mes de marzo invadió y se anexionó Austria sin resistencia militar y, tras varias amenazas, el acuerdo de Múnich de octubre dividió Checoslovaquia y Hitler incorporó a Alemania extensas zonas de ese país, también en esta ocasión

sin que mediara un enfrentamiento bélico. El resto del país fue ocupado en marzo de 1939 [...] (Hobsbawm, 1994, pp. 151-152)

Sus aliados también iniciaron una fase expansionista cuando Japón invadió China en 1937 e Italia ocupó Albania en 1939. Pero lo que desató el conflicto mundial fue la invasión de Polonia por la alianza Alemania — Unión Soviética el primero de septiembre de 1939. Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania, debido al plan de ayuda mutua que habían firmado con Polonia. Empezó entonces así la gran conflagración mundial que perduró hasta 1945.

A pesar de la decadencia de Gran Bretaña; fue sin duda uno de los “tres grandes” que participaron en la guerra bajo el liderazgo de Churchill (Kennedy, 2009, p. 575). Sin embargo, dicho involucramiento fue lo que le dio el tiro de gracia como la primera potencia mundial.

Pero lo cierto era que, para asegurar un resultado victorioso de la guerra, los ingleses se habían estirado demasiado, agotando sus reservas de oro y de dólares, desgastando su maquinaria doméstica y (a pesar de la extraordinaria movilización de sus recursos y de su población) haciéndose cada vez más dependiente de las municiones, transportes, comestibles y otros artículos americanos, para poder continuar la lucha. Y si esta necesidad de tales importaciones había ido en aumento cada año, su comercio de exportación había menguado más y más, hasta reducirse, en 1944, al 31% de la cifra de 1938 (Kennedy, 2009, p. 575).

En este sentido, a diferencia de los imperios holandés y francés que mantuvieron sus colonias después de 1945, el imperio inglés había sido socavado por la segunda guerra mundial.

Como es sabido, la invasión de Pearl Harbor por Japón, orilló a Estados Unidos a participar en la guerra, la cual concluyó con la derrota de Alemania por el Ejército Rojo de la Unión Soviética y, a pesar de que Japón ya se había rendido, el lanzamiento de la bomba atómica por Estados Unidos en Hiroshima y Nagasaki. El 2 de septiembre

de 1945 se firmó el armisticio en el que resultaron vencedores los aliados, Estados Unidos, Reino Unido, Francia y con ellos la Unión Soviética.

Con esta victoria, Estados Unidos emergió por fin como la primera potencia mundial, en tanto la guerra no se había llevado a cabo en su territorio y germinaba con un poder similar al que Gran Bretaña ostentaba en 1815.

Entre las grandes potencias, los Estados Unidos eran el único país que se había enriquecido —en realidad enriquecido mucho— en vez de empobrecerse a causa de la guerra. Al terminar ésta, Washington poseía reservas de oro por 20 millones de dólares, casi dos tercios del total mundial de 33 mil millones [...] más de la mitad de la total producción manufacturera mundial se desarrollaba dentro de Estados Unidos, que, en realidad, producía un tercio de la producción mundial de artículos de todo tipo (Kennedy, 2009, p. 561).

Se había consumado por fin la transición hegemónica y el gigante del norte estaba ahora sí en condiciones de asumir el liderazgo mundial. Gran Bretaña pasó a ser un socio subordinado al nuevo hegemón.

### ***El vacío de poder***

El período que va de la crisis de 1929 al final de la segunda guerra mundial en 1945, constituye la fase decisiva del declive hegemónico de Gran Bretaña. Se trata de la crisis de hegemonía, en los años de la depresión a la guerra, y del final de la hegemonía, al terminar la conflagración mundial.

En estos años ocurrió un vacío de poder en el ámbito mundial, pues como señalamos, Gran Bretaña no podía ya liderar al mundo y Estados Unidos estaba todavía incapacitado para hacerlo.

Es en este ámbito de vacío de poder, que van a surgir un conjunto de movimientos de resistencia al capitalismo, entre los que podemos

mencionar, gobiernos con giro a la izquierda, tanto en Estados Unidos como en América Latina durante los años treinta, y los movimientos anticoloniales a partir del fin de la segunda guerra mundial.

Mientras en Europa floreció el fascismo, en América surgió el gobierno de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), al que Hobsbawm considera como un gobierno de izquierda, que puso fin al liberalismo e impulsó en el *New Deal* un programa que generaría las bases para el Estado del Bienestar.

También surgieron poderosos movimientos político — sociales en la zona de las praderas de Canadá, golpeada por la crisis: el Partido del Crédito Social y la Federación Cooperativa del Commonwealth (el actual Partido Democrático), organizaciones de izquierda según los criterios de los años treinta (Hobsbawm, 1994, p. 112).

En América Latina emergieron los llamados gobiernos populistas, encabezados por México con Lázaro Cárdenas, que apoyó la guerra civil española. Gobiernos como el de Marmuduke Grove en Chile que impulsó una República Socialista, el de Getulio Vargas en Brasil, el surgimiento del APRA en Perú, y el gobierno colombiano (Hobsbawm, 1994, p.p. 112-113).

En este proceso tuvieron relevancia, como se verá después, fenómenos como la deflación en los precios de las materias primas, que dieron un golpe muy fuerte e las oligarquías exportadoras de carácter conservador, en un ámbito mundial donde los imperios enfrentaban la decadencia.

La debilidad del imperio llevó entonces a que por primera vez, chocaran los intereses de la economía de la metrópoli y aquellos de los países dependientes, en tanto los precios de las materias primas se hundieron en mayor medida que los de los bienes industrializados, profundizando el intercambio desigual que los caracterizaba. Esto daría lugar a la emergencia de gobiernos antimperialistas en Latinoamérica.

El vacío del poder imperial, llevó también al auge de los movimientos anticoloniales durante los años treinta, como fue el caso de la lucha anticolonial en Egipto, en la India y en Irlanda.

Nada demuestra mejor la universalidad de la Gran Depresión y la gravedad de sus efectos que el carácter universal de las insurrecciones políticas que desencadenó [...] en un período de meses o de pocos años, desde Japón a Irlanda, desde Suecia a Nueva Zelanda y desde Argentina a Egipto (Hobsbawm, 1994, pp. 113-114).

Al finalizar la segunda guerra mundial, se fortalecieron los movimientos anticolonialistas, como fue el caso del movimiento nacionalista de Sukarno que se reveló contra el imperio holandés, de la lucha vietnamita contra los franceses y de la sublevación en Malasia contra el imperio inglés.

Órdenes sociales tradicionales habían sido desbaratados, regímenes coloniales habían quedado desacreditados, florecieron los partidos nacionalistas clandestinos y proliferaron los movimientos de resistencia, que buscaban no sólo la victoria militar, sino también la transformación política. Existía, dicho en otras palabras, un enorme grado de turbulencia política en la situación mundial de 1945, que podía ser una amenaza para las grandes potencias ansiosas de reestablecer la estabilidad lo antes posible (Kennedy, 2009, p. 597).

Quedaba claro, entonces, que el declive hegemónico de Gran Bretaña en la fase final de la transición, constituyó el caldo de cultivo para el ascenso de los movimientos de resistencia al imperialismo y al liberalismo, del cual formaba parte ineludible el fenómeno del populismo en América Latina

Dichos gobiernos emergieron en una fase en la cual se vislumbraba ya el nuevo régimen de acumulación y la nueva potencia hegemónica, hecho que les permitió tener una gran viabilidad histórica, así como la capacidad transformadora de las estructuras económicas y sociales, como se verá en el capítulo siguiente.



## **CAPÍTULO II**

# **EL POPULISMO**

## **El impacto de la transición hegemónica en América Latina**

### ***Antecedentes. El dominio en la etapa del liberalismo***

Durante la hegemonía de Gran Bretaña, se impuso una división internacional del trabajo que colocaba a los países latinoamericanos como abastecedores de materias primas, a la vez que constituían mercados para la compra de los bienes industrializados que se producían en los imperios, particularmente en el inglés.

El aporte de materias primas tenía la función de abaratar el valor de la fuerza de trabajo y los insumos utilizados en la producción industrial de los países desarrollados, con el fin de elevar la cuota de ganancia de los capitales invertidos en ellos.

El dominio estaba centrado básicamente en el intercambio desigual, toda vez que los precios de las materias primas crecían a una tasa menor que los precios de los bienes industriales, con lo cual había una transferencia de excedente de los países dependientes a los centros desarrollados.

Para el caso de Brasil, Celso Furtado señala:

La baja en los precios de las exportaciones brasileñas, entre 1821-30 y 1841-50 fue de cerca de 40%. En lo que respecta a las importaciones, el índice de precios de las exportaciones de Inglaterra [...] entre los dos decenios referidos se mantuvo perfectamente estable. Se puede, por tanto, afirmar que, la caída del índice de los términos de intercambio fue de aproximadamente 40% [...] (citado en Marini, 1977, p. 36).

El intercambio desigual trajo consigo que el proceso de acumulación en América Latina se centrara en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, ya que las oligarquías exportadoras se apropiaban, además de la plusvalía, de parte del valor que reproduce la fuerza de trabajo, es decir, “el fondo necesario de consumo del obrero,” con

el fin de resarcirse del excedente perdido en el intercambio (Marini, 1977, p. 38).

En este contexto, el dominio imperial configuró un vínculo entre países desarrollados y subalternos, basado en la dependencia, entendida como:

[...] una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia. El fruto de la dependencia no puede ser por ende sino más dependencia, y su liquidación supone necesariamente la supresión de las relaciones de producción que ella involucra (Marini, 1977, p. 18).

Además del intercambio desigual, los países desarrollados sometían a los dependientes por la vía de la inversión extranjera en la producción primaria y también a través del crédito otorgado, tanto a los gobiernos como a las empresas, con lo cual se ejercía un dominio financiero sobre los países, en el cual predominaban los capitales ingleses y norteamericanos, “[...] el excedente permitía pagar también el tributo a los capitales británicos, bajo la forma de intereses de los préstamos, de tal suerte que era muy pequeña la parte del excedente destinada a la inversión productiva” (Guillén, 2013, p. 186).

Desde esta perspectiva, el liberalismo se impuso en América Latina como un régimen de acumulación primario — exportador, regido por las oligarquías productoras y exportadoras de henequén, azúcar, ganado, trigo, algodón, café, petróleo y productos mineros, entre otros, quienes sometían a los demás sectores a sus intereses.

La producción de bienes agropecuarios y mineros se impulsaba a través de los enclaves, que constituían espacios de producción dominados por el capital extranjero, “segmentos de la economía del país dominante” (Ianni, 1975, p. 72), los cuales no se integraban con las actividades locales, por lo que a pesar de presentar las formas productivas más avanzadas, no tenían impacto en el desarrollo de las actividades nacionales.

En este régimen de acumulación, el estado expresaba fundamentalmente los intereses de la oligarquía y los terratenientes y actuaba como mediador de la política de financiamiento de las inversiones extranjeras (Cardoso y Faletto, 1969, p. 104).

### ***El impacto de la crisis de 1929 en América Latina***

El declive hegemónico de Gran Bretaña y el resquebrajamiento del liberalismo en el ámbito mundial, trajeron consigo la fractura de las condiciones para el desarrollo del modelo primario — exportador que había prevalecido en América Latina por más de sesenta años.<sup>11</sup>

En este sentido no es posible plantear que la crisis, “vino de fuera”<sup>12</sup>, como señalan algunos autores, toda vez que el régimen de acumulación primario — exportador, formaba parte intrínseca y esencial del Imperio Inglés y del modelo de acumulación que impulsaba.

Al conmocionarse una forma de dominio entre países y entre capitales, se fracturaron con ello los mecanismos que permitían funcionar al sistema oligárquico en América Latina.

Es en este tenor que Cavarozzi comenta:

[...] no sólo nos encontramos con la “crisis del sistema oligárquico”, sino también “con el sistema oligárquico en crisis”. Más concretamente, queremos enfatizar que la crisis no vino a conmocionar a un sistema que funcionaba “aceitadamente” en todos sus niveles y que, por ende, la cuestión no se reduce a explicar de qué manera los atributos centrales del sistema oligárquico fueron “incapaces” de resistir los embates resultantes de la crisis mundial (Cavarozzi, 1994, p. 348).

---

<sup>11</sup> “[...] el período oligárquico al que podemos ubicar en términos generales entre 1870 y 1930” (Viales, 2000, p. 105).

<sup>12</sup> “La depresión mundial que comenzó a finales de los veinte fue transmitida a América Latina a través del sector externo” (Bulmer-Thomas, 1998, p. 262).

Lo que ocurre a partir de la primera guerra mundial, pero más específicamente después del *crack* de 1929, es la crisis del régimen de acumulación primario — exportador y su remplazo por otro más avanzado. Por ello, los años de 1914 a 1945 constituyen también para América Latina, un período de transición, que implicó la transformación de las formas de dominio a las que había estado sometida.

[...] por “período de transición” se entenderá el proceso histórico — estructural en virtud del cual la diferenciación de la misma economía exportadora creó las bases para que, en la dinámica social y política empezaran a hacerse presentes, además de los sectores sociales que hicieron posible el sector exportador, también los sectores sociales imprecisamente llamados “medios” (Cardoso y Faletto, 1969, pp. 54-55).

El factor principal que precipitó el declive del primario — exportador fue la caída en los precios de las materias primas en el ámbito mundial. Si bien, como señalamos en el capítulo anterior, la deflación había aparecido desde los años veinte, el *crack* de 1929 acentuó claramente este proceso. Entre 1929 y 1932 los precios cayeron por encima del 50%, debido en parte al proceso previo, pero también por el fuerte declive de la demanda proveniente de los países desarrollados que se encontraban en crisis. Aun cuando los precios de las importaciones industriales también declinaron, el descenso no fue de la misma envergadura, por lo que los términos de intercambio cayeron también, alrededor de un 40% (Viales, 2000, p. 98).

El declive ocurrido en los precios y en la demanda repercutió en el descenso del volumen exportado: “La media estuvo rondando el 20% —entre 1928 y 1932— pero países como Chile, Bolivia, México y Cuba pudieron alcanzar niveles cercanos al 70%” (Viales, 2000, p. 99).

Tal situación afectó fuertemente el poder adquisitivo de las exportaciones (PAE) para comprar bienes manufacturados importados del centro:

En el resto de la región el efecto de la depresión sobre el PAE fue severo; afectó a productores de minerales (como México), de alimentos de zonas templadas (como Argentina) y a exportadores de alimentos tropicales (como el Salvador) (Bulmer-Thomas, 1998, p. 226).

Los gobiernos resintieron también el declive de los recursos provenientes de los impuestos a las importaciones, pero también el incremento en la tasa de interés real, con lo cual se vieron imposibilitados para pagar las deudas. En un ámbito en el que se veían mermados los recursos financieros exteriores, la desarticulación de los sectores productivos se extendió al sector financiero y gubernamental (Viales, 2000, p. 91).

Asimismo, la suspensión del patrón oro por Gran Bretaña y la posterior devaluación de la libra esterlina, trajo consigo que las monedas de América Latina que estaban vinculadas a la libra se devaluaran también, como ocurrió en Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Aun cuando esto abarató las exportaciones, no tuvo mucho efecto en los países por el declive de la demanda. En cambio elevó el precio de las importaciones, con lo cual los países se vieron afectados.

Podemos plantear, en resumen, que la crisis de 1929 erosionó claramente las condiciones para la inserción de los países latinoamericanos al mercado mundial, por la vía de las exportaciones de materias primas, generando una crisis interna de gran envergadura, pues según Agustín Cueva “los efectos fueron desastrosos para el conjunto de la región” (Cueva, 1980, p. 170).

### ***El debilitamiento de la dependencia***

No obstante los aspectos negativos que trajo consigo la transición para América Latina, ocurrió también un proceso fundamental para la región, que fue el debilitamiento de la dependencia con los centros desarrollados.

Esto ocurrió, en primer lugar, debido al declive de la hegemonía de Gran Bretaña y al hecho de que las grandes potencias tenían mayores contradicciones entre ellas, que con los países subordinados, con lo cual relajaron su dominio.

Atrapados por una lucha hecha de vida o muerte —en la depresión y en la guerra— han de aflojar los controles sobre la periferia y su ansiosa búsqueda de apoyos, aliados y ventajas se traduce en forzadas renegociaciones del pacto colonial. Las sociedades marginales están en condiciones de “hacerse valer” (Trías, 1994, p. 542).

Además, como señalamos, el poder de Gran Bretaña había menguado en favor de Estados Unidos.

Antes de la guerra, solo un 10 por ciento de las exportaciones totales de América Latina iban a parar a los Estados Unidos [...] En 1929 absorbían el 38 por ciento de las exportaciones latinoamericanas y suministraban el 32 por ciento de las importaciones totales (Viales, 2000, p. 90).

A pesar de esta situación, Estados Unidos no había podido ejercer la hegemonía durante el período de la transición, por lo que se generó un vacío de poder en el ámbito internacional que benefició a los países subalternos. “Washington está demasiado enmarañado en el conflicto mundial; la correlación de fuerzas no le favorece por estas latitudes. Tales frustraciones son, justamente, una prueba del desmayo de la dependencia” (Trías, 1994, p. 545).

El debilitamiento de la dependencia se manifestó en el declive del financiamiento y las exportaciones hacia la región, como señalamos, y de igual manera en la disminución de la inversión extranjera directa.

Sin embargo, donde se expresó más claramente este proceso, fue en la actitud que tomaron los países ante el incremento en la tasa de interés real y el declive del crédito. Una vez que quedó claro para los países que no obtendrían mayor financiamiento de Gran Bretaña, se decidieron a establecer moratorias a la deuda contraída. México la

había establecido desde 1928, sin embargo, para 1931 había ya una suspensión generalizada en la región (Bulmer-Thomas, 2010, p. 236).

De esta suerte, se había iniciado un período de mayor libertad y autonomía de las naciones, que desembocaría, como se verá más adelante, en el tránsito hacia un régimen de acumulación más autónomo, centrado en la industria.

### ***El declive de la oligarquía***

La oligarquía se constituyó como una clase social dominante durante el siglo IX, merced a las alianzas establecidas con el capital internacional y al peso fundamental que tuvo en la constitución de los estados en la región. Según Vania Bambirra (1974, p. 47), “por oligarquía entendemos todos aquellos sectores de las clases dominantes vinculadas directa o indirectamente al sector primario — exportador, más los latifundistas que producen para el mercado interno o que detentan la propiedad de la tierra sin hacerla producir mayormente”.

Para Ianni:

[...] las oligarquías son estructuras de poder en las que se combinan las condiciones internas, todavía fuertemente marcadas por el pasado colonial y esclavista y las relaciones de dependencia, que dan continuidad a la evasión de una parte sustancial del excedente económico (Ianni, 1975, p. 77).

El declive de la oligarquía se había iniciado antes de la crisis del 29, principalmente en países como México, en los cuales ocurrió una revolución de origen campesino para erradicar a la clase en el poder.

La Revolución mexicana aparece como la única excepción hasta mediados del siglo XX, porque allí, la fuerza del movimiento campesino en armas ha cumplido la tarea burguesa en el campo, liquidando vastos sectores de la oligarquía terrateniente, ampliando el mercado

interno y abriendo cauce para un amplio desarrollo del capitalismo dependiente (Bambirra, 1974, p. 51).

Desde esta perspectiva, el declive inicial de la oligarquía fue de índole política, es decir, la dominación se empezó a fracturar en este ámbito, para adquirir toda su dimensión durante la crisis del 29, cuando se manifestaron ya los problemas de carácter económico que le dieron el tiro de gracia.

Sin embargo, la interpretación que aquí se propone destaca —sin negar, naturalmente, la importancia de la crisis económica mundial para la economía latinoamericana— que políticamente el sistema de dominación “oligárquica” empezó a deteriorarse antes de la crisis económica mundial (Cardoso y Faletto, 1969, p. 56)

En el ámbito económico, además del declive de los precios, lo que dio al traste con las condiciones para el desenvolvimiento de la oligarquía fue el problema financiero.

De acuerdo con Carmagnani, esta “incapacidad” en que se hallaron los gobiernos latinoamericanos de captar recursos adicionales en los mercados monetarios exteriores, fue la consecuencia más importante de la crisis de 1929. Debido a ella, el proceso de desarticulación de los sectores productivos —anterior a la crisis— se extendió al sector financiero y estatal, lo cual asestó el golpe de gracia al modelo de crecimiento que, pese a sus contradicciones internas, se había intentado recomponer después de 1914 (Viales, 2000, p. 92).

Vale señalar que se trató de un debilitamiento y no de una desaparición, pues la oligarquía siguió siendo el sector hegemónico en algunos países, mientras que en otros continuó desempeñando un rol importante. Debido a su poder, los sectores emergentes tuvieron que establecer alianzas con dicho sector para poder llevar a cabo su proyecto.

Como se verá más adelante, la burguesía industrial que sustituyó a la oligarquía en el plano hegemónico, surgió como un subproducto

de dicho sistema, por lo que aun cuando lo cuestionó, no lo pudo erradicar cabalmente, en tanto tenía necesidad de él. Es por esta razón que Vania Bambirra consideró que la burguesía industrial, surgió con lo que ella llama “una hegemonía comprometida” (Bambirra, 1974, p. 58).

Por ello afirma que, excepto el caso de México:

En todos los demás países, por lo menos hasta la mitad del siglo, no se había tocado la propiedad de la tierra, y se habían mantenido en lo fundamental los privilegios de las oligarquías financieras, comerciales, exportadoras y en los períodos de crisis del sector exportador en general, el Estado había intervenido y adoptado una serie de medidas que, en una forma u otra, resguardaban sus intereses (Bambirra, 1974, p. 59)

Sin embargo, a pesar del poder que siguió conservando, la oligarquía había perdido para siempre las condiciones para comandar la acumulación y por tanto, para ejercer la hegemonía. Sobre este resquebrajamiento emerge el populismo latinoamericano.

### ***La recuperación y la emergencia del desarrollo industrial***

Aun cuando la crisis de 1929 golpeó duramente a América Latina, la recuperación fue relativamente más rápida que en los países desarrollados, debido, entre otras causas, a que la región no fue el epicentro de la crisis.

Cabe destacar también que los precios de las exportaciones empezaron a mejorar en 1936, a la vez que los precios de los bienes importados se mantuvieron estables, por lo cual durante los años treinta mejoraron los términos de intercambio, pues “todavía para 1939 estaban 36% encima del nivel de 1933 y al mismo nivel que en 1930” (Bulmer-Thomas, 1998, p. 238).

En términos del PIB real, la recuperación empezó en 1932. “Al llegar 1932 Colombia, donde la depresión había sido relativamente

benigna, ya había sobrepasado su máximo PIB real previo a la depresión. Brasil le siguió en 1933, México en 1934, y Argentina, El Salvador y Guatemala en 1935” (Bulmer-Thomas, 1998, p. 261).

El fenómeno más importante que ocurre en los años treinta, a la par con la recuperación, lo constituye el ascenso del régimen de sustitución de importaciones<sup>13</sup>, así como el impulso de la industrialización en los países más grandes y representativos de la región. De hecho, este proceso es una de las causas más importantes de que la recuperación haya sido tan rápida en América Latina: “La ISI es un mecanismo importante de recuperación en la mayoría de los países, excepto en Cuba, Guatemala o Venezuela” (Viales, 2000, p. 100).

El agotamiento en las condiciones para el desarrollo del modelo primario — exportador obligó a impulsar la acumulación de capital de una forma distinta. La imposibilidad para continuar importando los bienes industriales de los países desarrollados, ante el declive de la producción en ellos, primero por la primera guerra mundial, después por la crisis y finalmente por la segunda guerra mundial, obligó a los países dependientes a impulsar su propia producción industrial. No solo la caída en la oferta de bienes industriales importados, sino como vimos, la disminución en la capacidad para importar ante el declive de los precios y las exportaciones; impuso al capital latinoamericano un cambio de orientación hacia bienes dirigidos a la demanda interna.

La crisis abate a niveles irrisorios los precios de las materias primas y la capacidad de importar de los países productores se derrumba. Quieran o no, han de asumir políticas proteccionistas, de control de cambios, de restricción o prohibición de bienes importados para impedir una catástrofe financiera (Trías, 1994, p. 542-43).

---

<sup>13</sup> Celso Furtado define el proceso sustitutivo de importaciones “como el aumento de la participación de la producción industrial, destinada al mercado interno(E), en el producto bruto (P), en condiciones de declinación de la participación de las importaciones (M) en el producto” (Furtado, 1974, p. 110).

Esto significa que la fractura en las condiciones para la exportación se dio simultáneamente a los términos favorables para la industrialización. En esta transición, al tiempo que moría lo viejo, surgía lo nuevo, con lo cual los países latinoamericanos tuvieron un tiempo excepcional para redireccionar sus economías hacia derroteros más autónomos y nacionales.

La industrialización sustitutiva de importaciones abre un período en que la burguesía nacional gozará de una libertad y una vigencia como nunca dispuso ni dispondrá después. Caduca la influencia británica y asoma la penetración norteamericana, pero entre el reflujó de la primera y el flujo de la segunda hay un interregno, un “vacío de poder imperial (Trías, 1994, p. 545).

Es pertinente resaltar, que el proceso de industrialización no surgió en los años treinta. Desde finales del siglo XIX, pero sobre todo a principios del siglo XX, había emergido una industria en América Latina para abastecer la demanda que se había creado internamente por los sectores exportadores de materias primas. Este mercado interno estaba impulsado por el sector minero en México, el cafetalero en Brasil, el ganadero en Argentina y el productor de salitre y cobre en Chile (Bambirra, 1974, p. 32).

En este contexto, se dio una industrialización llamada *espontánea* que surgió impulsada originalmente por las leyes del sector exportador, y constituyó por tanto un antecedente sin el cual no hubiera sido posible el impulso industrializador de los años treinta.

Existía por tanto una burguesía industrial, pero estaba totalmente subordinada al sector oligárquico con quien se relacionaba a través del sector financiero. Lo que ocurre en los años treinta, es que dicha burguesía debe enfrentarse al sector dominante, pero a la vez, mantener nexos muy cercanos, toda vez que el poder de la oligarquía no se desvaneció súbitamente, sino que perduró durante un largo período, como suele ocurrir en los casos de los sectores dominantes. Este poder, aunque disminuido, descansaba en el control de los capitales y las divisas, los cuales resultaban indispensables al sector

industrial para impulsar la inversión e importar bienes de capital, incluyendo las máquinas para hacer máquinas.

Como lo expresan Cardoso y Faletto (1969, p. 104): “Esa industrialización más bien representó una política de acuerdos, entre los más diversos sectores”.

Esta alianza incorporaría a los terratenientes más atrasados, los agricultores, la clase media urbana, sectores industriales ya existentes, la masa urbana y en algunos casos, campesina.

Debido a la debilidad de la naciente burguesía industrial, el estado tuvo un papel primordial. No solamente un papel regulador, sino que fue un instrumento directo de la constitución de la industria.

Durante el proceso aumenta el papel del Estado y cambia su carácter; en efecto, si en la etapa precedente, el Estado [...] actuaba como mediador de la política de financiamiento de inversiones extranjeras, ahora por intermedio de él se toman medidas necesarias para la “defensa arancelaria” del mercado, se inicia el proceso de transferencia de rentas del sector exportador hacia el sector interno y se crean los núcleos fundamentales de infraestructura para apoyar la industrialización sustitutiva de importaciones; de entonces son las plantas nacionales de acero, las refinerías de petróleo, las centrales eléctricas, etcétera (Cardoso y Faletto, 1969, p. 104).

La industrialización se inició en el sector de bienes de consumo livianos, para continuar después con bienes de consumo duradero e intermedios. El procesamiento de alimentos y textiles venía de atrás, pero se fortaleció al tiempo que se incluyeron productos químicos como farmacéuticos, metales y papel (Bulmer-Thomas, 1998, p. 257).

La sustitución de importaciones, por tanto, avanzó rápidamente debido a que se trataba de una *sustitución fácil*, mientras que los bienes de capital, máquinas para hacer máquinas, quedaron pendientes.

El proceso de industrialización se expandió en los años treinta, pero tuvo su consolidación en los años cuarenta y cincuenta, pues la segunda guerra mundial dio otra vuelta de tuerca a la necesidad de producir bienes industriales que no podían ser importados durante

la conflagración. Sin embargo, no todos los países lograron este proceso. Fueron fundamentalmente aquellos que habían iniciado anteriormente la industrialización y contaban con mercados internos amplios.

Esto puede decirse, sin duda, de Brasil, Chile y México, que junto con Argentina eran, a finales de los treinta, los únicos países que habían llevado la industrialización y el cambio estructural hasta el punto en que la demanda interna ya no estaba determinada principalmente por el sector exportador (Bulmer-Thomas, 1998, p. 263).

La segunda guerra mundial trajo consigo un incremento en los precios de las materias primas y, particularmente en los términos de intercambio favorable para América Latina, hecho que coadyuvó a la consolidación del proceso de industrialización.

Sin embargo, como señala Bambirra:

[...] en cualquier forma, dentro de los límites en que las burguesías nacionales han podido imponer sus intereses, estos han sido suficientemente amplios como para llevar hacia adelante el desarrollo del capitalismo dependiente, hasta que, a partir de 1945, la nueva expansión del imperialismo logra frustrar en definitiva esta históricamente efímera hegemonía (Bambirra, 1974, p. 65).

## **El populismo**

En este apartado pretendemos demostrar que el populismo tuvo una gran capacidad transformadora en las sociedades latinoamericanas, en tanto impulsó un régimen de acumulación *incluyente* que permitió la participación de los obreros y los campesinos en la reproducción del capital; en los primeros, además de productores de plusvalía, como consumidores; y en los segundos, además de este rol, como abastecedores de alimentos baratos para la reproducción de la clase obrera. Esto trajo consigo la formación de un

régimen de acumulación articulado, en el cual el consumo de los obreros y los campesinos era fundamental para la reproducción del capital, por lo que el proceso de distribución del ingreso tenía una connotación estratégica.

Aun cuando el populismo fue un fenómeno generalizado en América Latina, pues apareció con distintos rasgos en países como México, Brasil, Argentina, Ecuador, Uruguay, Colombia, Bolivia y Chile, en este libro abordamos los gobiernos de Cárdenas, Vargas y Perón de los tres primeros países, pues, además de ser reconocidos como el populismo clásico, fueron ellos quienes llevaron a cabo, en mayor medida, el proceso de industrialización y con ello, las transformaciones económicas y políticas más avanzadas: “Velasco Ibarra, Odría, Rojas Pinilla, Ibáñez, etc., que serían ‘populistas’ en cuanto al ‘estilo político’ pero no en tanto encarnación de un modelo de acumulación preciso” (Viguera, 1993, p. 58).

De los tres países incluidos en el estudio, nos detendremos particularmente en el caso de México, primero porque es el único país en el que los campesinos tuvieron un lugar primordial, y segundo porque remite a la realidad nacional de quien esto escribe.

Como mencionamos, uno de los factores principales que permitieron a los gobiernos populistas imponer cambios estructurales de gran envergadura en sus países de origen, lo constituyó el hecho de que surgieron cuando las condiciones económicas estaban maduras para un cambio fundamental del paradigma productivo.

La decadencia de la hegemonía inglesa sin la consolidación de la hegemonía norteamericana y el debilitamiento de la oligarquía exportadora debido a las condiciones históricas, generaron un tiempo privilegiado para el ascenso de gobiernos más autónomos e independientes, que pudieron, no sin conflictos, impulsar mudanzas económicas con el apoyo de las masas obreras y campesinas.

Podemos decir que las condiciones históricas eran favorables para el ascenso de gobiernos no alineados al imperialismo, que pudieron impulsar un régimen de acumulación *incluyente* que trastocó las pautas del régimen anterior, ampliamente supeditado

al imperio inglés y con características de profunda exclusión de las masas populares.

Lo que permitió este nivel de madurez fue, no solamente que la transición hegemónica se encontraba en una fase terminal, sino que se habían desarrollado ya las condiciones para la emergencia del nuevo régimen de acumulación.

El populismo no creó la industrialización ni tampoco se puede identificar populismo con sustitución de importaciones, pues como vimos, hubo gobiernos que no pudieron lograr un tránsito productivo en sus países, mientras en el caso del peronismo, como se verá después, el proceso de industrialización fue previo a su arribo. Sin embargo podemos afirmar que el populismo dotó a estos procesos de nuevos significados, los potenció (Vilas, 2004, p. 137; Pipitone, 2015, p. 242).

En este contexto, el populismo es un fenómeno que dejó marcas profundas en América Latina, en tanto impulsó una transformación económica fundamental, con el apoyo de las masas, a quienes les otorgó un lugar en la acumulación de capital, los hizo presentes. En países con viejas y arraigadas historias de exclusión, subordinación, explotación y esclavitud, este hecho, aparentemente sin importancia, resultó una hazaña.

### ***El populismo y el nuevo régimen de acumulación***

La industrialización que surgió en algunos países a principios del siglo XX, era, como señalamos una industrialización incipiente y subordinada a las necesidades del sector exportador.

Sin embargo, la industrialización propiamente autónoma, como el sector motor de la acumulación, emergió hasta los años treinta, ante la necesidad de producir internamente lo que no era posible seguir importando de los países desarrollados debido a la crisis.

En algunos países, como Argentina, surgió en estos años una industrialización comandada por la propia oligarquía, que sin

embargo, tuvo la característica de basarse en un proceso de explotación excluyente, orientada a la demanda interna de las clases altas, como se verá más adelante.

En este sentido, lo que el populismo logró, fue alentar un proceso de industrialización orientado al mercado interno, dirigido no solo al consumo de élite, sino al consumo popular. El populismo impulsa por lo tanto, *otra industrialización*, para la cual requiere del apoyo popular, en dos sentidos. Uno, para enfrentar a la oligarquía muy poderosa todavía a principios de los años treinta, e imponer el nuevo régimen de acumulación. Y dos, para construir un amplio mercado para la nueva industria que requería colocar sus mercancías en el ámbito nacional.

En cuanto al primer punto, los gobiernos populistas de México, Lázaro Cárdenas (1934-40), Argentina, Juan Domingo Perón (1946-55 y 1957) y Getulio Vargas en Brasil (1930-45 y 1951-54)), encontraron las condiciones favorables en el ámbito mundial para desarrollar la industrialización, pero con una burguesía débil, que no tenía la capacidad para enfrentar a la oligarquía.

En un ámbito en el cual la oligarquía declinaba su poder, pero a la vez la burguesía industrial no tenía todavía la fuerza para comandar el proceso de industrialización, se creó un vacío de poder que fue ocupado por los gobiernos populistas, quienes tuvieron una correlación de fuerzas favorable para alentar cambios de gran envergadura. “La peculiaridad del populismo proviene de que surge como forma de dominación en condiciones de “vacío político”, en que ninguna clase tiene la hegemonía” (Ianni, 1975, p. 51).

Esta situación es la que lleva a los gobiernos a requerir el apoyo de las clases populares, por lo que establece acuerdos con los obreros y los campesinos en algunos casos, pero también con el ejército, las clases medias y los estudiantes universitarios.

La nueva estructura ya no es la expresión de una sola clase social. En esta nueva estructura el jefe de estado asume la posición de árbitro y allí se encuentra una de las fuentes de su fuerza personal [...] esta

persona tiende a confundirse con el estado mismo como Institución (Weffort, 1999, p. 143-44).

Aun cuando la mayoría de los autores (Ianni, 1973, pp. 118-120; Pitone, 2015, p. 292; Portantiero y De Ipola, 1981, p. 9) hablan de una alianza de clases, en este trabajo seguimos la posición de Carlos Vilas, para quien no se le puede llamar así porque no se establece entre pares, sino entre la burguesía industrial, representada por el gobierno y las clases populares (Vilas, 1988, pp. 20-21).

Tal situación, al amalgamar clases antagónicas, genera en el populismo un carácter contradictorio y ambiguo, pues establece compromisos con las clases desposeídas y negociaciones con los poderosos (Vilas, 1994, p. 49). “El populismo siempre combina, por su propia naturaleza, elementos conservadores y elementos de progreso: asume un proyecto burgués, pero lo asienta en la activación de las masas y la clase obrera” (Vilas, 1988, p. 35).

Pero fundamentalmente, el papel de las masas populares y en particular de los obreros en los acuerdos con el populismo, es central, porque se trata de fomentar una industrialización basada en el mercado interno.

En este ámbito, la distribución del ingreso que es consustancial al populismo, el incremento de los salarios, y sobre todo, la participación del estado en las instituciones de salud y educación que permiten al capital ahorrarse parte del costo de la fuerza de trabajo, son, desde mi perspectiva, su rasgo fundamental, en tanto permiten generar un mercado interno, un amplio consumo para una industria naciente que tiene como característica la producción en masa de bienes indiferenciados para el consumo generalizado de bajos costos. “En una etapa en que la producción para el consumo final representaba una proporción importante de la oferta manufacturera, una mejor distribución del ingreso ligada a un crecimiento del empleo, ampliaba el mercado para la producción” (Vilas, 2004, p. 137).

Vale señalar, que la necesidad de construir un mercado interno y por ello, integrar amplias masas populares a la reproducción del capital, coincide o se fundamenta en las reivindicaciones de los sectores populares, quienes habían sido sometidos durante el dominio oligárquico a fuertes procesos de exclusión, represión y explotación que los había marginado de la renta nacional.

La crisis del 29 y el período de entreguerras, se convierten así, en un caldo de cultivo para la lucha obrera y campesina que presiona a los gobiernos populistas hacia posiciones redistributivas y de integración popular al régimen de acumulación.

En este contexto, lo que permite a los gobiernos populistas contar con recursos para impulsar el incremento salarial y la distribución del ingreso fue, por un lado, el aumento en los precios de los bienes de exportación que se da en los años treinta, como ya señalamos, pero fundamentalmente en la segunda guerra mundial, que al igual que en la primera, genera una enorme demanda de bienes básicos y materias primas, con lo cual se produce un ciclo alcista de precios que beneficia ampliamente a América Latina. Esto lleva a una mejor relación de los términos de intercambio, que permite a los gobiernos captar el excedente producido y la renta diferencial que se generaba en algunos cultivos de exportación.

Como puede verse en la siguiente gráfica, a partir de 1938 se impulsa el precio del trigo en el ámbito mundial, que si bien no alcanzó los niveles registrados en la primera guerra, presenta un alza sostenida hasta 1946.

### Gráfica 03



Fuente: David S. Jacks (2019). From Boom to Bust: A Typology of Real Commodity Prices in the Long Run. Disponible en <http://www.sfu.ca/~dijacks/data/boomust/index.html> Consultado el 19 de agosto de 2019.

El precio de los alimentos se mantuvo al alza también debido al incremento en el precio del petróleo, como puede verse en la gráfica siguiente. Empieza a subir en 1934 y alcanza un fuerte pico en 1946, para mantenerse al alza hasta 1960.

### Gráfica 04



Fuente: Historical Crude Oil Price. Disponible en <https://chartsbin.com/view/oaq> Consultado el 26 de mayo de 2020

Como señalan Cardoso y Faletto:

Tal posibilidad se dio como consecuencia de la situación favorable originada por la guerra, cuando fue posible, merced a los saldos acumulados, mejorar los salarios y las condiciones sociales del sector obrero popular y de grupos de empleados de clase media, e incrementar la inversión industrial sin dañar más allá de un mínimo tolerable, al sector hegemónico de la etapa anterior (Cardoso y Faletto, 1969, pp. 112-113).

Aun cuando la mayoría de los autores plantean que el populismo fue un fenómeno básicamente urbano (Ianni, 1975, p. 166), como en el caso de Argentina y Brasil, y solo tuvo repercusiones rurales, en México y Bolivia; en este libro planteamos que el populismo transformó radicalmente la relación industria — agricultura, pues puso a ésta última al servicio de la industria, hecho que no existía anteriormente.

Las divisas obtenidas por las exportaciones agropecuarias, a través de la captación de la renta diferencial, fueron recabadas por los gobiernos mediante gravámenes a las exportaciones y canalizadas hacia la importación de bienes de capital para la industria; la población desplazada del campo fue convertida en el ejército de reserva para el empleo industrial, la población rural fue orientada como demanda para los productos industriales, a la vez que se fortaleció la producción alimentaria nacional a bajos precios para garantizar alimentos baratos que permitieran establecer salarios reales altos: "En Brasil, Argentina, México y Chile, el sector agropecuario se constituyó en el principal proveedor de divisas para la importaciones de bienes de capital, materias primas y combustibles para la industrialización" (Cavarozzi, 1994, p. 362).

Además, en el caso de México con Lázaro Cárdenas, se generó un cambio radical en el campo con la reforma agraria. El impulso de los ejidos colectivos, el acto de armar a los campesinos para defender las tierras del embate de los terratenientes, la creación de instituciones estatales para impulsar la producción básica, etc., trajeron consigo la

inclusión productiva de los campesinos, quienes tenían un rol funcional en el proceso de acumulación.

La reforma agraria en México y Bolivia es una técnica de control político del campesinado y un modo de adecuar la producción agraria y los precios de los productos agrícolas a las exigencias de las poblaciones dedicadas al sector secundario y terciario esencialmente urbanos (Ianni, 1975, p. 166).

Aun en el caso de Argentina, considerado el prototipo del populismo con base proletaria, orientado al sector industrial, se tomaron medidas esenciales para colocar al sector rural al servicio de la industria.

En este contexto, la agricultura se tornó en un sector estratégico de la acumulación de capital, mientras los productores rurales, tanto para la exportación como para el mercado interno, recibieron subsidios y apoyos estatales para fortalecer la producción, lo cual trajo consigo su inclusión productiva.

### ***El carácter antiimperialista del populismo***

El rasgo más radical del populismo, consiste en su visión antiimperialista, no solamente porque emerge en un contexto de debilidad imperial, sino porque enfrenta a la clase oligarca, sustentada en la sumisión a los países imperiales del siglo XIX.

Los gobiernos populistas emergen enfrentados a la dependencia económica de los imperios, fundamentalmente porque el proceso de industrialización orientado hacia el mercado interno, requiere estructuralmente desligarse de los vínculos de dominio del capital extranjero centrados en la captación del excedente producido.

Su gran cometido fue generar excedente económico por la vía industrial y por el mantenimiento y la ampliación relativa del mercado interno e interrumpir la transferencia hacia el sector agroexportador.

Para Agustín Cueva, la tarea principal del estado capitalista dependiente en América Latina, fue transformar la modalidad reaccionaria del desarrollo de ese capitalismo en una modalidad progresista (Castro et al., 2005, p. 42).

El impulso a la sustitución de importaciones requería para el estado, además de la apropiación del excedente producido, el control de la infraestructura nacional al servicio de la industria, así como los ingresos que generaban los recursos naturales para fomentar el proyecto desarrollista y la distribución del ingreso: “El estado creó las condiciones para la acumulación de capital con nacionalizaciones, expropiaciones, inversión en infraestructura, energía y combustibles, acero, cemento y similares” (Vilas, 1988, p. 23).

Por esta razón, una característica fundamental del populismo lo constituyó el proceso de las nacionalizaciones, que es común a todos los gobiernos y significó en algunos casos un enfrentamiento directo con el capital extranjero, para lo cual fue fundamental el apoyo de las clases populares: “En ocasiones es una ‘técnica política’ para obligar a las empresas y gobiernos que actúan de modo expoliador a reformular las condiciones de negociación y dependencia” (Ianni, 1975, p. 63).

Estas nacionalizaciones, además, tenían según Carlos Vilas, el objetivo de “llevar a cabo una rearticulación externa de las economías” a la vez que constituían reacciones defensivas ante la crisis (Vilas, 1994, pp. 57 -58).

Los gobiernos populistas priorizaron las nacionalizaciones sobre el endeudamiento externo, por lo menos en los primeros años, e impulsaron la creación de empresas estratégicas nacionales para apoyar a la industria. Cárdenas expropió los ferrocarriles y el petróleo a las compañías extranjeras en México, Perón nacionalizó el Banco Central, repatrió la deuda externa, nacionalizó los ferrocarriles, creó la empresa estatal de gas, la Flota Aérea Mercante e impulsó la siderurgia nacional (Trías, 1994, pp. 550-551).

Por su parte, Getulio Vargas incorporó al patrimonio nacional de Brasil, “las riquezas mineras de los Códigos de Aguas y Minas, creó la Compañía Valle del Río doce (explotación de mineral de hierro), la Compañía Hidroeléctrica de San Francisco e instituyó el Consejo Nacional del Petróleo (del cual nacería Petrobras) el de Aguas y Energía Eléctrica y el de Minas y Metalurgia. Organizó los institutos nacionales del Café, el Azúcar y Alcohol, Sal, Yerba Mate, Pino y Cacao” (Trías, 1994, p. 550).

Esta lucha de los gobiernos populistas en contra de la dependencia y por un desarrollo autónomo, fue, sin lugar a dudas, contradictorio, debido a la fuerza que guardaba todavía la oligarquía y al ascenso del imperialismo norteamericano. Sin embargo, tuvo un elevado simbolismo antiimperialista y de cohesión nacional, que atrajo fuertemente el apoyo de las masas populares.

En el caso de Perón, Ugo Pipitone señala: “En la memoria colectiva Perón se convirtió en ‘campeón nacionalista’ contra la oligarquía, la iglesia y el ejército” (Pipitone, 2015, p. 210).

Por su parte, “Vargas denuncia implacablemente la expoliación imperialista de Brasil y proyecta una ley *antitrust* que será decisiva a la hora de su caída” (Trías, 1994, p. 552).

### ***El populismo y los sectores dominantes***

El populismo emergió como un proceso necesario en tanto la burguesía industrial era un sector débil, en parte sometido a la oligarquía, y en parte vinculado a las clases medias sin consolidar su poder. Como afirma Vilas (1988, p. 20), la oligarquía tenía partido, el proletariado tenía partido, pero la burguesía industrial no tenía.

En este contexto, mediante el uso de las estructuras estatales el gobierno se ve obligado a tomar el lugar de la burguesía e incentivar el desarrollo industrial: “La industrialización no fue resultado del triunfo de intereses urbanos sobre rurales. No se produjo una revolución industrial sobre la consolidación de un nuevo bloque

hegemónico. Fue una crisis de hegemonía resuelta por el estado” (Moira y Petrone: 1999, p. 28).

Como afirman Cardoso y Faletto (1969, p. 104), “La industrialización lograda no fue en un primer momento el resultado del ascenso paulatino o revolucionario de una burguesía industrial típica”. No se trató, por tanto, de una revolución industrial comandada por la burguesía.

En esta tesitura, el gobierno sustituyó a la burguesía en las tareas de la acumulación y reproducción del capital, enfrentó a los patronos, caciques, caudillos, gamonales, e intereses extranjeros y al imperialismo, que se oponían a un desarrollo autónomo burgués, para abrir el camino que permitiera la consolidación de la burguesía industrial en el poder.

En estas condiciones, el Estado asumió un papel dinámico en la promoción de una recomposición de los equilibrios alterados por la crisis, y en la ruptura del *impasse* generado por grupos tradicionales que no podían imponer sus intereses como proyecto de toda la sociedad y por grupos emergentes que aún carecían de fuerza y de recursos para presentar los suyos como intereses de toda la sociedad, vale decir, una crisis de hegemonía (Vilas, 1994, p. 41).

La lucha contra la oligarquía no fue fácil, pues como hemos señalado, esta clase preservó su poder durante muchos años después de la crisis. Por ello, los gobiernos de Perón y Vargas enfrentaron golpes de Estado, como se verá más adelante, procesos secesionistas como en el caso de Argentina, fuertes inestabilidades como en el caso de México, que expresaban un conflicto por el poder entre las clases dominantes, pero con la peculiaridad de que era el gobierno quien daba la cara.

En el caso de Argentina, Ugo Pipitone (2015, p.198) comenta para el primer período del gobierno de Perón: “Y será una década de golpes, fraudes electorales y reafirmación del poder provincial de la élite agraria, particularmente pampeana; mientras en el caso de Vargas, se estableció en su primer período un difícil equilibrio entre la

presión de los *Tenentes* que lo habían llevado al poder y exigían medidas radicales, y los políticos ligados a la vieja oligarquía (Pipitone, 2015, p. 250).

Los gobiernos no solamente luchaban contra la oligarquía, sino también contra el capital extranjero y los países en contienda hegemónica, por lo que fueron confrontaciones muy intensas que requirieron del apoyo de las masas populares y de acuerdos con sectores como el ejército, las clases medias, los universitarios y otros; lo cual generó un sistema inestable de compromisos impuesto por el Estado para preservar el poder (Vilas, 1988, p. 21).

La fuerza de la oligarquía, sin embargo, se manifestó claramente en el hecho de que no se afectaron los intereses de los terratenientes, pues en Brasil y Argentina la estructura agraria no fue tocada. En México fue posible implementar la reforma agraria, gracias a que la revolución de 1910 había abierto el camino al cambio de la estructura de la propiedad de la tierra y existían ya organizaciones campesinas fuertes que apoyaron el proceso encabezado por Cárdenas.

### ***El populismo y los movimientos sociales***

A principios del siglo XX se fortaleció en América Latina el proceso de separación del productor directo de los medios de producción y con ello, avanzó la formación del proletariado, que se integró a la incipiente industria que florecía bajo el dominio oligarca:<sup>14</sup> “El populismo parece corresponder a la etapa final del proceso de disociación entre los trabajadores y los medios de producción” (Ianni, 1975, p. 17).

---

<sup>14</sup> En este apartado nos referiremos en particular a la relación del movimiento obrero con el populismo, ya que es un rasgo común a los tres casos que analizamos. Tanto el cardenismo, como el peronismo y el varguismo se apoyaron en el movimiento obrero. El análisis del movimiento campesino lo referiremos al abordar el cardenismo, pues fue específico de este caso.

Durante la crisis de 1929 se fortaleció este proceso debido a que el declive en los precios de los productos agrícolas afectó fuertemente a la población rural, con lo cual se robusteció el proceso de migración campo – ciudad, hecho que creó lo que Vivian Trías llama una “masa popular disponible”, que trajo consigo una explosión urbana en algunos países de la región (Trías, 1994, p. 543).

Coincidió, por tanto, el ascenso de los gobiernos populistas con la creación de la fuerza de trabajo libre que inundaba las ciudades en busca de empleo. Era además una fuerza política que había enfrentado situaciones extremas de barbarie con la explotación, exclusión e incluso esclavitud que predominaba en las plantaciones, las minas, las selvas y los emprendimientos de la oligarquía. Por ello, el proletariado en formación encuentra en el populismo una respuesta inclusiva a las afrentas vividas.

El populismo puede considerarse la reacción frente a una herida social que no cierra y que viene de lejos en la historia regional; expresión política de turbulencias y descontentos que cíclicamente estallan en sociedades que no terminan de construir sistemas de convivencia y consenso [...] (Pipitone, 2015, p. 195).

De esta suerte, se establece un encuentro social entre las masas populares, obreros y campesinos con los gobiernos populistas, que llevará a aquellas a constituir la base social fundamental para construir las transformaciones políticas y económicas que los caracterizaron.

Uno de los hechos más notables de la historia del movimiento obrero latinoamericano en el siglo XX, es la preeminencia adquirida por el populismo. En la mayoría de los países del continente se convirtieron en una fuerza política muy importante (algunas veces, la más importante en lo que respecta a la definición política del desarrollo económico en general, la industrialización y las reformas institucionales) (Ianni, 1973, p. 106).

Aun cuando se habían creado organizaciones sindicales previas a la etapa que analizamos, el movimiento obrero era débil, por lo que estableció una relación de sometimiento con los gobiernos, quienes lo convirtieron en “un aparato de Estado” (Vilas, 1994, p. 93), o como apunta el mismo autor, “tropas de maniobra” del propio estado (Vilas, 1994, p. 42):

Estamos hablando de una exasperación que busca hacerse política con los pocos medios que tiene a su disposición y que necesita confiar en el poder traumatúrgico del líder, capaz de encarnar al pueblo como una unidad ética que oculta la dificultad de establecer formas estables de organización de la protesta y de presencia social en la política (Pipitone, 2015, p. 195).

Tal situación ocurre debido a que las clases asalariadas no tienen las condiciones para imponer una posición propia, a pesar de que en el proceso se construyen y consolidan organizaciones sindicales importantes, como se verá más adelante. Por ello, abandonan las posiciones propiamente clasistas para diluirse en la noción de *pueblo*, a quien debe ser devuelta la nación (Ianni, 1975, pp. 64-65).

Esto es lo que lleva a señalar a Ianni que los obreros no lucharon contra sus enemigos, que serían en este caso la burguesía industrial, sino contra los enemigos de ésta, es decir la oligarquía y el capital extranjero, en tanto el acuerdo con los gobiernos populistas les permitía insertarse tanto económica, como políticamente, en el nuevo régimen de acumulación (Ianni, 1975, p. 153).

En este sentido, el populismo despolitizó a las clases sociales como tales, para politizar los acuerdos entre sectores opuestos en aras de la unidad nacional: “Se revela de modo claro el sentido quimérico de la idea de la devolución del país al pueblo” (Ianni, 1975, p. 177).

A pesar de la situación descrita, las organizaciones obreras guardaron cierta autonomía, como se verá más adelante, sobre todo en el caso de Argentina, con lo cual, cuando declinó el populismo, pudieron enfrentar a los gobiernos que lo desterraron: “Puede sostenerse que el peronismo dejó como herencia un movimiento obrero

relativamente fuerte que fue capaz de obstaculizar recurrentemente los planes económicos de las clases dominantes” (Viguera,1993, p. 60).

Mientras que Vivian Trías señala:

El populismo es una revolución inconclusa. Deja una herencia inapenable y vigorosa, una verdadera y fecunda fuerza histórica; a la clase obrera y a amplias masas populares despiertas a una nueva y más lúcida conciencia de sus destinos, en los umbrales de su autonomía política, en camino a su protagonismo decisivo (Trías, 1994, p. 558).

## **Las experiencias históricas del populismo**

### ***El Peronismo***

Juan Domingo Perón fue electo presidente de Argentina en 1946, y merced a que cambió la Constitución para poder reelegirse, inició en 1952 un nuevo mandato, pero fue depuesto por un golpe de Estado en 1955. Regresó al poder en las elecciones de 1973, pero no alcanzó a completar un año de gobierno, pues murió en 1974.

Perón había participado en un golpe de Estado al gobierno oligárquico en 1943, comandado por un grupo de jóvenes radicales pertenecientes a una organización llamada Grupo de Oficiales Unidos. En el gobierno que emana del golpe, Perón ocupó el cargo de secretario del Trabajo y Previsión Social, desde donde inició una política de mejoramiento en las condiciones de vida de los obreros. Para los militares, dichas políticas rebasaron los límites permitidos, por lo que arrestaron a Perón. Sin embargo, este hecho desató una huelga general que obligó a liberarlo el 17 de octubre de 1945. Un año después ganó la presidencia de la república con más del 55% de los votos totales.

Se inició así, en la primera y principal etapa de su mandato, un gobierno que trastocaría cabalmente el proceso de acumulación y la relación del estado con las masas populares, en beneficio de la burguesía industrial. Un gobierno que tendría rasgos muy peculiares e incoherencias históricas que, sin embargo, no le impidieron dejar una honda huella en el país del sur.

Esto lo ilustra muy bien Ugo Pipitone (2015, p. 200):

Se ha creado una situación paradójica: de un lado un militar nacionalista con inconfesadas simpatías fascistas (que llega al poder con la derrota del fascismo en Europa) convertido en representante de los trabajadores [...] y del otro una oligarquía que en los años treinta, entre golpes militares y fraudes electorales hizo todo lo posible por evitar la modernización democrática del país y que en la campaña electoral, aliada con el Partido Comunista se convierte en campeona de la democracia. El galimatías argentino comienza a tomar sus formas duraderas.

A diferencia de Cárdenas y Vargas, Perón asumió el poder tardíamente, cuando el proceso de sustitución de importaciones estaba avanzado. La oligarquía había impulsado un proceso de industrialización obligada por la coyuntura internacional que, como señalamos, impedía importar bienes manufacturados del exterior. Estas fuerzas conservadoras crearon una industria liviana, basada en manufacturas preexistentes productoras de textiles, metalurgias, alimentos y bebidas.

En esta primera etapa del ciclo de sustitución de importaciones, le había bastado a la industria con llenar el vacío de un mercado pre-existente, ante el declive de las manufacturas extranjeras y, aunque el sector manufacturero se convirtió en el polo más dinámico de la estructura económica, no logró convertirse en una industria masiva orientada al mercado interno.

El sector hegemónico seguía siendo el hacendado y la industrialización, por tanto, respondía básicamente a sus intereses. Sin embargo, al inicio de los años cuarenta ocurrió un cambio en la correlación

de fuerzas de las clases dominantes, debido a la diferenciación que ocurre entre la burguesía industrial, las movilizaciones obreras y el fortalecimiento del ejército, como un sector proclive a la autonomización: “Sólo entonces la hegemonía de los hacendados se replegará y se abrirá la posibilidad para un movimiento como fue el Peronista” (Murmis y Portantiero, 2004, p. 100).

Esto significa que, a pesar de que el proceso de sustitución de importaciones ocurrió previamente al gobierno peronista, éste inaugura lo que podemos llamar *otra industrialización*. Toda vez que la industria se transforma con este gobierno, pues se orienta hacia el interior y al consumo masivo, por lo cual requiere de la creación de un amplio mercado nacional. Tal mudanza, como señalan Murmis y Portantiero, planteaba abiertamente la necesidad del intervencionismo estatal (Murmis y Portantiero, 2004, p. 175).

En consecuencia, este sería el rasgo particular del peronismo, es decir, la incorporación de las masas populares, en particular los obreros, al proceso de reproducción del capital, no solo como proveedores de plusvalía, sino como consumidores de los bienes industriales, para lo cual impulsó una política de distribución del ingreso, claramente centrada en el mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado urbano.

Por ello Murmis y Portantiero (2004, p. 175) definen al peronismo como “política de un sector de las clases propietarias cuyo rasgo diferencial consiste en ofrecerle canales de participación a las clases populares, promoviendo una apertura de las estructuras de poder”.

Se da entonces la confluencia de las reivindicaciones obreras, que no habían sido resueltas en la primera fase de la industrialización oligarca, con el proyecto de desarrollo económico de la burguesía industrial.

En este contexto, los salarios crecieron en un 25% en 1947 y 24% en 1948. El número de personas con cobertura social se triplicó entre 1943 y 1946 y entre 1946 y 1952, alcanzando los 5 millones, cerca del 70% de la población activa. Se congelaron los alquileres, se impulsó la construcción de viviendas públicas y el reparto de subsidios para

el consumo. Asimismo, la cuota de los salarios sobre el ingreso nacional pasó de 38% a 46% entre 1940 y 1948 (Pipitone, 2015, p. 201).

En este mismo tenor, se fortalecieron los derechos de género (sufragio femenino) y laborales: jubilación, salario mínimo vital y móvil, jornada laboral de ocho horas, vacaciones pagadas, seguro social (Freidenberg, 2007, p. 85).

El proceso de industrialización se apuntaló con diversas medidas, como el pago total de la deuda externa que ocurrió en 1947, saneando así las finanzas nacionales y atemperando los lazos de la dependencia. Este hecho fue celebrado con la *Declaración de Independencia Económica*.

Asimismo, se impulsaron un conjunto de nacionalizaciones como los ferrocarriles británicos, la compañía norteamericana de teléfonos, las instalaciones portuarias de capital francés y varias empresas eléctricas y de gas. Perón nacionalizó el Banco Central “lo que le permitió manejar la política monetaria y crediticia, así como aplicar tipos de cambio variables que favorecieron al sector industrial nacional” (Freidenberg, 2007, p. 85).

Con respecto a la situación de la agricultura, el peronismo colocó a este sector cabalmente al servicio de la industrialización. Fijó los precios de los bienes básicos por debajo de los precios internacionales, con el propósito de abaratar los bienes de consumo del obrero, lo cual provocó que los productores directos se vieran afectados, con lo que se intensificó la migración campo — ciudad, se redujo el número de explotaciones así como su área y se maximizó la fuerza de trabajo familiar. Todo ello acarreó, sin embargo, un incremento en el desempleo de los asalariados y profundizó la conflictividad social (Lázaro, 2008, p. 362).

En cuanto al sector exportador, el estado aprovechó el monopolio del comercio exterior para, mediante la política cambiaria y el sistema de precios, trasladar la renta diferencial de la tierra, obtenida a escala internacional, del sector agropecuario al industrial, mediante gravámenes a la exportación; las llamadas retenciones.

En parte como compensación por una reforma agraria ausente [...] durante el primer gobierno peronista se crea el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) [...] que será instrumento público para la adquisición de granos que, vendidos en los mercados internacionales a los elevados precios de la época, permitieran utilidades convertidas en créditos subsidiados para la promoción industrial (Pipitone, 2015, p. 201).

El resultado de las políticas emprendidas por el peronismo, lo constituyó un fuerte crecimiento industrial, pues este sector aumentó entre 1945 y 1948 en casi un 40% (Pipitone, 2015, p. 204).

Aun cuando el gobierno de Perón no afectó básicamente la propiedad de la tierra de los terratenientes, trasladó el Consejo Agrario Nacional a la Secretaría del Trabajo y Previsión Social y alentó una vasta campaña sobre la reforma agraria “que incluyó expropiaciones de tierra de propiedad privada, entrega de títulos provisorios de propiedad a ocupantes de tierra fiscales y un gran despliegue informativo y propagandístico” (Lázaro, 2008, p. 363). A ello Perón le llamaba una reforma agraria tranquila, que no se basaba en el despojo ni la arbitrariedad, bajo el principio de no limitar el máximo sino el mínimo de la propiedad para no crear pobres para el futuro.

Con relación al vínculo del peronismo con el movimiento obrero, podemos plantear que durante la fase de industrialización comandada por la oligarquía, se desarrolló un proceso de movilizaciones obreras con reivindicaciones económicas que no fueron satisfechas, pero permitieron que se consolidara la organización obrera, de modo que, como aparato institucional, el sindicalismo fue previo al peronismo.

Cuando Perón asume el poder, requiere de una fuerza política para impulsar la industrialización orientada al mercado interno, por lo que se genera un proceso de concordancia entre las organizaciones obreras y el gobierno, básicamente debido a que las antiguas demandas irresueltas encuentran cabida en el proyecto de desarrollo peronista.

Cabe señalar que, cuando Perón asume el poder, existía en Argentina una situación con márgenes de empleo muy altos, con lo cual, la correlación de fuerzas era favorable a los obreros y por tanto, los niveles de combatividad eran también elevados.

Ello permitió que, por lo menos en la primera etapa, el movimiento obrero mantuviera su independencia y autonomía frente al gobierno, a pesar de que los sindicatos se fueron convirtiendo gradualmente en un aparato de Estado.

Sobre esta base, la mayoría de los sindicatos —viejos y nuevos— articulan una política de alianzas con un sector del aparato del estado, sin abdicar durante este proceso y por el contrario reforzando —tal como lo indica la creación del Partido Laborista— de sus pretensiones tradicionales de autonomía e independencia frente a otros sectores sociales (Murmis y Portantiero, 2004, p. 132).

Tal situación permitió que se fortaleciera el proceso de sindicalización en el país, pues pasó de 900 mil afiliados en 1946 a 2.5 millones en 1954 (Freidenberg, 2007, p. 85).

Por tanto, la situación tanto política como económica de los obreros en Argentina, tuvo durante el peronismo una transformación esencial, en tanto elevó su nivel de vida, les permitió participar como un sujeto político del nuevo poder, acrecentó su capacidad organizativa y construyó una cultura política dentro de un enmarañado vínculo de lealtades y prebendas, sin dejar de ser contradictorio, pues el gobierno respondía a los intereses de la burguesía industrial y no a los de los obreros. Sin embargo, marcó una huella que no ocurrió con esa fuerza en ningún otro país: “En el Peronismo, la participación obrera tiene un peso propio como no lo alcanzó en ninguna experiencia nacional popular contemporánea a ella en América Latina” (Murmis y Portantiero, 2004, p. 180).

A partir de 1949 las condiciones económicas se volvieron contra el proyecto peronista. Las dificultades de postguerra en Europa redujeron las importaciones procedentes de Argentina, a la vez que el proteccionismo en Estados Unidos contribuyó al declive de su

demanda para el país del sur. Esta situación afectó la balanza de pagos, disminuyó las reservas y llevó al incremento en los precios. La inflación se elevó 31% en un solo año (Freidenberg, 2007, pp. 86-87).

Esto llevó a Perón a cambiar su política redistributiva. Disminuyó el crédito y puso un límite al aumento de los salarios, con lo cual se redujo su base de apoyo. En el ámbito político enfrentó fuertes contradicciones con el sector militar y con la iglesia, por lo que, en un ambiente de recesión económica, abandono de sus bases de apoyo y debilidad política, creció la oposición que fraguó el golpe de Estado que lo llevó al exilio en 1955 (Freidenberg, 2007, pp. 86-87).

La segunda presidencia de Perón (1951-55) reúne varias características que acabarán por favorecer el golpe de Estado. Dos aspectos: el menor crecimiento por el fin del empuje de las materias primas y el recrudescimiento autoritario — personalista del régimen que crispa las relaciones con la Iglesia y con el Ejército (Pipitone, 2015, p. 207).

Perón huye de Argentina rumbo a Paraguay, pasa a Santo Domingo y finalmente se instala en España, en plena época franquista. Dieciocho años después regresa triunfante y gana las elecciones en 1973, pero, como señalamos, muere antes de cumplir un año en el poder.

### ***El Varguismo***

Getulio Vargas constituye un personaje muy peculiar entre los gobernantes populistas que surgieron en los años treinta, debido a que asumió desde posiciones fascistas, democráticas, autoritarias, de izquierda, pero sobre todo populistas, en una amalgama de visiones casi siempre pragmáticas, que se fueron transformando conforme las circunstancias y la correlación de fuerzas lo exigían.

Este personaje provenía de una familia acomodada de la oligarquía. Un ranchero sureño procedente de Rio Grande do Sul que, sin embargo, por sus orígenes, tenía posiciones más avanzadas que la oligarquía tradicional.

Como señala Theotonio Dos Santos:

Los ganaderos del sur se unieron a la industria de la carne seca desde mediados del siglo XIX y no se les podía considerar como simples latifundistas. Ahí se desarrollaba una industria agropecuaria enfocada al mercado nacional y ello implica en gran parte su nacionalismo proteccionista y democrático (Dos Santos, 1995, p. 43).

Tenía una trayectoria política antes de llegar a la presidencia pues había sido jefe de los diputados del sur en el Congreso Nacional, ministro de finanzas en 1926 y gobernador de Rio Grande do Sul en 1928 (Pipitone, 2015, p. 246).

En 1930 contendió por la presidencia, pero fue derrotado en elecciones fraudulentas. Esto generó un profundo descontento social que se agudizó con el asesinato de João Pessoa, que había participado como candidato a la vicepresidencia de Vargas, con lo cual se produce una sublevación de carácter insurreccional comandada por una alianza cívico — militar en la que participaban jóvenes oficiales, los *tenentes*, que aspiraban a una transformación del país por la vía de la industrialización y la democracia. Producto de esta andanada, Getulio Vargas asume la presidencia provisional de Brasil el 3 de octubre de 1930, en lo que se conocería como la revolución de 1930, “deponiendo al presidente Washington Luis y suspendiendo la Constitución Federalista de 1891” (Pipitone, 2015, p. 250).

En este contexto, Vargas asumió un cargo provisional, con el mandato de convocar a elecciones democráticas. Pese a ello, gobernó de 1930 a 1937, en un proceso inestable, presionado por la radicalidad de los *tenentes* por un lado, y por otro por la vieja oligarquía que era todavía muy poderosa. Enfrentó el movimiento secesionista de la élite paulista que duró casi tres meses y ocasionó cientos de muertes en 1932, y aprovechó el levantamiento del Partido Comunista en 1935 como justificación para realizar un autogolpe de Estado el 10 de noviembre de 1937, con el cual cerró el congreso y llevó a cabo la abolición de los partidos políticos, para iniciar una fase conocida como *estado novo*, en alianza con los militares y la élite paulista, que sería

en realidad una dictadura. El rasgo dominante de este proceso fue que, con el autogolpe, se derrotó de manera definitiva a la oligarquía conservadora, hasta entonces dominante (Parra, 2018, p. 74).

En 1945 es obligado a renunciar debido a que los poderes fácticos sospechan que quiere permanecer en el poder por muchos años más, ante el nombramiento de su hermano como jefe de policía:

Y después de casi dos décadas de poder sin interrupción, Vargas, una figura tan enigmática como Jano bifronte moderno, a veces de *izquierda* y otras de *derecha*, y a menudo las dos cosas al mismo tiempo, abandona el poder, su único empeño constante (Pipitone, 2015, p. 259).

En 1951 Getulio Vargas regresa al poder, esta vez a través de elecciones legales y democráticas, pero solamente duró gobernando hasta 1954, cuando nuevamente fue presionado para que renunciara. Tenía 73 años.

Durante el primer período de gobierno, de 1937 a 1945, Getulio Vargas impulsó transformaciones estructurales de gran envergadura, que tienen que ver con la consolidación del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones para el mercado interno y la inclusión del proletariado en el proceso de acumulación.

Al igual que en el caso de Argentina, en Brasil se había desarrollado una industria desde fines del siglo XIX y principios del XX, impulsada por la oligarquía y sometida a sus intereses. Estaba orientada a la producción de vestidos, calzado, muebles y alimentos y representaba el 10% del PIB durante los años veinte (Fausto, 2003, p. 216). Se trataba de una industria comandada por extranjeros que se habían asentado en el país, como libaneses, judíos y otras nacionalidades.

Con estos antecedentes, el gobierno de Getulio Vargas impulsó también *otra* industrialización, en alianza con una burguesía industrial nacional, productora fundamentalmente de bienes intermedios como la metalúrgica, mecánica, de material eléctrico y material de transporte. Dichas industrias duplicaron su participación en el valor agregado industrial de 1919 a 1939. Aquellas orientadas a la química

y farmacéutica triplicaron su participación en el mismo período (Fausto, 2003, p. 194). Se trataba de una industria diversificada y dinámica en la cual predominaron los bienes intermedios, pues en 1940 representaban el 38% del total de bienes producidos por la industria (Parra, 2018, p. 503).

Según este autor, entre 1939 y 1946, tomando la primera fecha como base, el producto real industrial aumentó 60% del PIB, mientras que el crecimiento del sector agrícola fue de 7% (Parra, 2018, p. 504).

Las políticas para impulsar a la industria fueron muy variadas; desde el manejo de los aranceles de importación y el tipo de cambio para proteger a la industria, hasta la tutela de los exportadores de café que enfrentaban fuertes tribulaciones, con el fin de desviar la renta de la tierra hacia la naciente industria de capital. Fue también muy activo en la nacionalización y construcción de la infraestructura básica. Aunque había tenido inclinaciones hacia el fascismo en los años treinta, como dice Dos Santos (1995, p. 45), “no fue su esencia”, pues durante la segunda guerra mundial apoyó a los aliados y mandó tropas al frente, lo cual le redituó el apoyo de Estados Unidos para financiar el campo siderúrgico con control estatal. Asimismo, tuvo participación estatal en la transformación y exploración de los recursos minerales como carbón, petróleo y energía eléctrica (Hirst, 1990, p. 6).

Participó también activamente en la reproducción parcial de la fuerza de trabajo con el fin de reducir los costos de las industrias. Para ello, impulsó la producción agrícola básica orientada al mercado interno con el fin de abaratar los bienes de consumo de los obreros. La producción de arroz, porotos, carne, azúcar, mandioca, maíz y trigo se vio fuertemente apoyada, pues mientras de 1925 a 1929 participaba con el 36% del valor de los cultivos, entre 1939 y 1942 llegaba al 48,3% (Fausto, 2003, p. 193).

Asimismo, recién tomado el poder en 1930, creó los Ministerios de Educación y Salud, con lo cual se alcanzaron logros importantes, pues cayó el índice de analfabetismo entre 1920 y 1940, a la vez que creció el número de alumnos en la enseñanza superior en 60% entre

1929 y 1939 (Fausto, 2003, p. 194). Con ello se lograba crear mano de obra calificada para la industria.

Un cambio fundamental de la política de Getulio Vargas durante su primer período, con relación a la industria que precede su gobierno, lo constituyó la política hacia los obreros. A diferencia de la explotación salvaje que prevaleció en la industria oligárquica, caracterizada por la ausencia de legislación obrera y la represión, Getulio Vargas instrumentó una política laboral de avanzada.

Al mes siguiente de la revolución de 1930, creó el Ministerio de los asuntos del Trabajo, Industria y Comercio. Estableció la jornada de ocho horas, reglamentación del trabajo femenino y del menor, derecho a vacaciones pagadas y a la sindicalización. Asimismo, estableció el horario de trabajo en 40 horas e incrementó el salario mínimo en un 5% (Pipitone, 2015, p. 230).

En 1937 impulsó una nueva constitución en la que se reglamentaba la justicia del trabajo, con lo cual los obreros obtuvieron mayor participación y un acrecentamiento de beneficios en el plano económico y político.

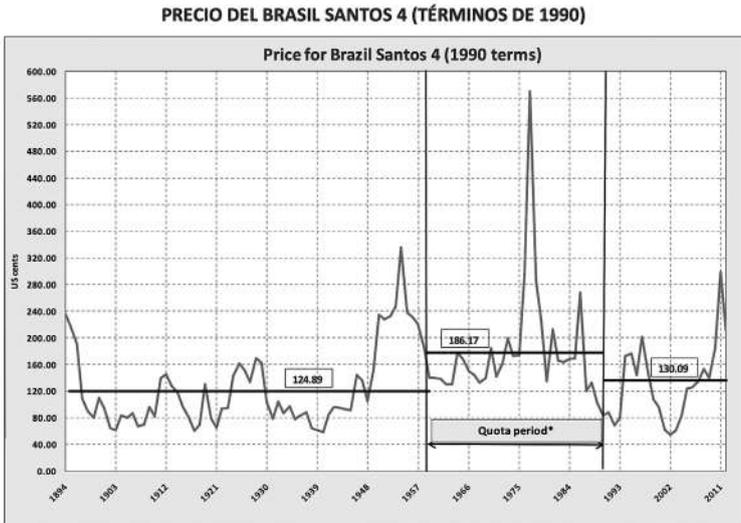
En cuanto a la organización obrera, impuso el impuesto sindical para sostener al gremio, el cual se encontraba cabalmente controlado por el Estado a través de dirigentes “pelegos” que favorecían las posiciones del gobierno a costa de los trabajadores. El control de los obreros fue posible debido a la derrota que sufrieron en los años veinte, lo cual permitió que Vargas encontrara un sector debilitado al que sometió a su poder, no solo por el autoritarismo, sino también por la satisfacción de las demandas que habían sido soslayadas en los gobiernos anteriores.

El segundo período de Vargas que, como señalamos transcurrió de 1951 a 1954, ha sido conocido como la etapa populista de su gobierno (Parra, 2018, p. 74).

Es así, porque en estos tres años desplegó una política abiertamente nacionalista, en favor de los obreros y con tintes claramente antiimperialistas, rasgos que no aparecieron con esa nitidez en el primer periodo de gobierno.

Cuando Vargas asumió el poder en 1951 los precios de las materias primas en el ámbito internacional se encontraban elevados debido a la segunda guerra mundial (1938-45) y después a la guerra de Corea (1951-1954). Como puede verse en la gráfica siguiente, el precio del café se mantuvo al alza en este período.

**Gráfica 05**



Fuente: Organización Internacional del Café (OIC) (2013). <https://www.ico.org/documents/cy2012-13/history-ico-50-years-c.pdf>

Esta situación permitió que los términos del intercambio fueran favorables para América Latina, como ya lo señalamos, lo cual era particularmente beneficioso para la industria, pues le permitía obtener divisas para la importación de bienes de capital de los que carecía: “Durante 1951 y 1952 se produjo un boom de las importaciones. La importación de mercaderías, que en este lapso alcanzó los 1, 700 millones de dólares, apenas había superado los mil millones de dólares en los años anteriores” (Skidmore, 1999, p. 82).

Se desplegó, por tanto, una política para fortalecer la industrialización. En 1952 creó el Banco Nacional de Desarrollo Económico, con el fin de promover el financiamiento industrial. Asimismo, impulsó las empresas públicas, en primer lugar el proyecto Petrobras que fue propuesto en 1951, con fuertes oposiciones por parte de las empresas petroleras extranjeras, a pesar de lo cual se concretó su creación en 1953. La nacionalización del petróleo y la apropiación estatal de las refinerías en construcción, tenía como objetivo principal dejar de importar el hidrocarburo a los altos precios que prevalecían en esos años. En abril de 1954 propuso Electrobras con el mismo propósito.

Estas políticas tuvieron una gran acogida entre la clase obrera:

La clase de la cual se podía esperar con más certeza una respuesta positiva a las apelaciones nacionalistas era la clase obrera urbana. El entusiasmo despertado por la campaña de Petrobras era indudable entre los asalariados urbanos. De hecho, el discurso del nacionalismo económico les parecía más fácil de entender que la idea del conflicto interno de clases (Skidmore, 1994, p. 105).

En este tenor, la política obrera de Getulio Vargas en este período fue también de avanzada. Nombró a João Goulart en el Ministerio del Trabajo, conocido por su radicalidad y propuso un aumento de 100% del salario mínimo (Skidmore, 1994, p. 242), con el fin de resarcir a los obreros de los bajos salarios reales que obtenían debido a la fuerte inflación que imperaba en Brasil.<sup>15</sup>

El primero de mayo de 1954, cuando dio el anuncio del aumento, dijo en su discurso: “Hoy están con el gobierno, mañana serán gobierno” (Skidmore, 1999, p. 127).

En cuanto a su visión antiimperialista, desde su llegada al poder denunció las enormes remesas que enviaban las firmas extranjeras a las matrices de origen. Mientras en 1950 dichas remesas ascendían a 83 millones de dólares, en 1951 llegaban a 137 millones. En

---

<sup>15</sup> La inflación llegó a 20% en 1952 (Skidmore y Smith, 1999, p. 190).

consecuencia, en 1952 emitió un decreto que imponía un límite de 10% para las remesas de ganancias. Aun cuando dicha ley quedó como letra muerta, abonó el terreno para la animadversión de las compañías extranjeras en el país.

En 1954 decidió establecer un precio alto del café, alrededor de 87 centavos la libra, lo cual fue mal recibido por el gobierno de Estados Unidos, quien decidió boicotear el café brasileño reduciendo las importaciones procedentes de este país. Ante la caída en las ventas del café, el gobierno se vio obligado a depender del financiamiento externo de corto plazo para cubrir el déficit de la balanza de pagos.

En este contexto, se empezó a configurar una situación de crisis económica con el endeudamiento público, la caída de las exportaciones de café y la fuerte inflación, que obligó al gobierno a restringir el crédito a los industriales y a instaurar un nuevo sistema de control de cambio (Skidmore, 1999, p. 111).

Tal situación, en un entorno de fuerte presión del gobierno norteamericano, prendió la chispa de la insurrección interna por parte de los sectores afectados por su política, comandados por una fracción del ejército. Como a pesar de ello, Getulio continuó con su política populista, el conflicto se exacerbó:

Su nueva estrategia era temeraria dada la situación política brasileña, ya que los grupos desplazados —industriales, clase media, oficiales militares— se encontraban en mejor posición para movilizar a la oposición que los trabajadores para movilizar el apoyo del gobierno (Skidmore, 1999, p. 128).

Los empresarios del país veían al populismo, en el contexto de la guerra fría, como la quinta columna del comunismo. Como señala Pipitone, (2015, p. 259) Vargas había girado a la izquierda.

El 10 de agosto de 1954, los oficiales antigetulistas exigieron al ministro de guerra que solicitara la renuncia de Vargas. El ministro se negó. Vargas declaró. “Estoy muy viejo para ser intimidado y ya no tengo razones para temer a la muerte” (Skidmore, 1999, p. 133).

La asonada contra Vargas estaba plenamente apoyada por el gobierno de Estados Unidos. Como señala Vivian Trías:

Vargas cae en plena ofensiva antimperialista. Washington mueve los hilos de la conjura. El eficaz y estentóreo Carlos Lacerda incendia el gobierno con sus acusaciones de cohecho en Tribuna Impresa y en el Club de la Linterna. La clase alta y la Unión Democrática Nacional traban relación con los militares golpistas (Trías, 1994, p. 557).

Vargas hace un último intento y propone solicitar una licencia, pero le es negada. El 24 de agosto de 1954 y fiel a su declaración de que solo lo sacarían muerto, Getulio Vargas se pega un tiro.

El llamado “padre de los pobres” y a la vez “madre de los ricos”, dejó una carta testamento con un gran valor histórico. “Era la apelación nacionalista más vigorosa que jamás había hecho” (Skidmore, 1999, p. 134).

Aquí reproducimos un extracto:

Luché contra la expoliación del Brasil. Luché contra la expoliación del pueblo. He luchado a pecho descubierto. El odio, las infamias, la calumnia no abatieron mi ánimo. Les di mi vida. Ahora les ofrezco mi muerte. No recelo. Doy serenamente el primer paso hacia el camino de la eternidad y salgo de la vida para entrar en la historia. (Vargas, 1954).

Los obreros brasileños, los *trabaheiros*, no pudieron evitar el golpe de Estado contra Getulio debido a su debilidad organizativa. Sin embargo, expresaron su descontento frente al suicidio del líder.

Multitudes enfurecidas quemaron los camiones de reparto del diario de oposición Oglabo y luego asaltaron el edificio de la Embajada de Estados Unidos [...]. En la muerte como en la vida, los actos de Getulio fueron bien diseñados para producir el máximo efecto político (Skidmore, 1999, p. 134).

## ***El Cardenismo***

El gobierno de Lázaro Cárdenas del Río, con ser intrínsecamente populista, guarda grandes diferencias con los gobiernos de Perón y Vargas, como se irá viendo a lo largo del apartado. Fue el de menor duración, pues solamente gobernó en los seis años legales de su mandato, mientras Perón estuvo alrededor de diez años en el poder y Vargas dieciocho años. Sin embargo, el rasgo distintivo fundamental lo constituye el hecho de que, como señalamos, en México se había llevado a cabo una revolución contra la oligarquía, que había estallado en 1910 y culminado en 1917. Dicha revolución, cuyos lemas principales fueron “no reelección” y “la tierra para quien la trabaja”; había dado un golpe muy fuerte a la oligarquía del país. Mientras el sector terrateniente había quedado intacto en el cono sur, en México estaba ya debilitado cuando Cárdenas asumió el poder.

Por ello Ianni apunta que en México, “el populismo surgió como un subproducto de la revolución. En la medida en que el proceso revolucionario culmina con el cardenismo, la política de masas aparece como una regresión política” (Ianni, 1973, p. 88).

En este sentido, Cárdenas logró remover las viejas estructuras y alcanzar un nivel de radicalidad que no tuvieron los gobiernos del cono sur.

[...] da luz verde a las huelgas obreras declarándolas un “instrumento imprescindible para igualar las condiciones entre patronos y trabajadores”, se muda del Castillo de Chapultepec a Los Pinos, donde se dedica a despojar a la presidencia del ostracismo y la sordidez que la rodeaban durante el maximato, abre una línea telefónica al público y cumple los compromisos de la campaña electoral recibiendo a indios yaquis, líderes campesinos remotos y dirigentes sindicales en gestación [...] (Semo, 1999, p. 244).

Junto con ello, envió remesas de armas y municiones a España para apoyar a los republicanos en la guerra civil y posteriormente dio asilo político a 30 mil combatientes que huían de la dictadura de

Franco, a la vez que se declaró fiesta nacional la revolución rusa en el calendario escolar, cuando el secretario de Educación era Narciso Bassols (Pipitone, 2015:221).

Shulgovski comenta. (1968, p. 12)

Antes de la segunda guerra mundial México era el único de los países latinoamericanos donde en los años 30 se hizo un serio intento por encontrar sendas de desarrollo diferentes de las capitalistas; en este intento influyeron la Gran Revolución Socialista de octubre, la agudización de la crisis general del capitalismo y algunos rasgos del desarrollo económico, social y político del país.

Después de la revolución sobrevino un período de gran inestabilidad que culminó con lo que se conoció como el *maximato*. Una etapa que empezó en 1924 con el gobierno de Plutarco Elías Calles (1924-28), el ascenso y asesinato de Álvaro Obregón, y después tres presidentes claramente sometidos al poder de Calles: Emilio Portes Gil, que asume provisionalmente ante la ausencia de Obregón, de 1928 a 1930, Pascual Ortiz Rubio (1930-1932) y Abelardo Rodríguez (1932-1934). Ninguno de ellos duró un sexenio completo.

En consecuencia, Cárdenas llega al gobierno en el marco de un poder caracterizado por el caudillismo a nivel nacional, en este caso de Calles, y también en el ámbito regional, donde dominaban caciques, muchos de ellos emanados de la revolución.

En el ámbito económico, los años previos al ascenso de Cárdenas estuvieron marcados por la crisis del 29 y, al igual que en los gobiernos de Argentina y Brasil, la crisis hegemónica de Inglaterra.

Las exportaciones cayeron respecto al valor de la producción de 267 millones de pesos en 1930 a 175 millones en 1933. Junto con ello, declinó la producción de bienes básicos para el mercado interno como el maíz y el arroz, al tiempo que los desocupados llegaron hasta el millón de personas (Shulgovski, 1968, p. 35).

A ello se sumó la decisión de Estados Unidos de repatriar a los migrantes mediante la expedición de la Ley Harris, lo cual ocasionó que

400 mil braceros regresaran al país, donde la situación era crítica (Semo, 1999, p. 238).

A la par con la situación económica, estos años fueron testigos de fuertes levantamientos de las masas populares. Toda vez que, una vez terminada la revolución el reparto agrario avanzó muy lentamente, para 1930 había cerca de 2.5 millones de campesinos sin tierra, a la vez que gran cantidad de tierra de buena calidad se encontraba en manos de extranjeros: para 1929 los norteamericanos eran dueños del 42,7% de la tierra de cultivo en Chihuahua, del 41,9% en Nayarit y del 29% en Baja California (Shulgovski, 1968, p. 25). En este ámbito ocurrieron acciones armadas de las cuales la más importante fue el levantamiento de 15 mil campesinos en Veracruz.

En cuanto a los obreros se generaron múltiples huelgas, principalmente en las industrias textiles y mineras que habían sido las más afectadas por la crisis. Junto con ellas fueron importantes también la de telefonistas del Distrito Federal, la de los tranviarios y de los obreros ferroviarios del sud—pacífico (Shulgovski, 1968, p. 71). Todas fueron fuertemente reprimidas por los gobiernos de la época.

En este ambiente de efervescencia social, caudillismo acendrado y crisis económica, emergió la presidencia de Lázaro Cárdenas, quien había nacido en 1895, (el mismo año que Perón), en Jiquilpan, Michoacán, de una familia pobre. Desde muy temprana edad Cárdenas se vio obligado a trabajar ante la muerte de su padre, y muy joven se integró a la revolución, donde abrevó de la vocación agrarista.

Desde que era un joven aprendiz en una imprenta de Morelia, entró en contacto con ideas izquierdistas y en 1914 estuvo a las órdenes de Lucio Blanco, quien junto con el jefe de su Estado Mayor, Francisco Múgica, llevó a cabo el primer reparto agrario constitucionalista (Falcón, 1978, p. 344).

Hizo una carrera militar muy rápida pues a los 27 años era general de brigada y ya para los 32, era general de división. A los 39 años asumió el poder gubernamental convirtiéndose en el presidente más joven de su tiempo. Sin embargo, antes de asumir la presidencia, fue

gobernador de Michoacán y secretario de la Defensa Nacional durante la presidencia de Abelardo Rodríguez. Tenía, por tanto, experiencia en la función pública.

Durante su gobierno en Michoacán se desplegaron los principales rasgos que ejercería como presidente. Impulsó el reparto agrario, distribuyendo 141 mil 683 hectáreas entre campesinos de 18 poblados y benefició a los obreros (Shulgovski, 1968, p. 78), propiciando su organización en la Confederación Regional Michoacana del Trabajo, la cual defendió sus intereses frente a los empresarios.

Antes de tomar el poder se había creado ya una fama de “general honrado e insobornable, de destacado y perspicaz político” (Shulgovski, 1968, p. 79) Además, emprendió una campaña inédita al recorrer todo el país, dando preferencia a un diálogo directo con los campesinos, los maestros rurales, los indígenas y los obreros. Ningún candidato antes que él, había establecido un vínculo cercano con las poblaciones como lo hizo en 1933.

La candidatura del general a la presidencia fue propuesta por Plutarco Elías Calles. Para algunos autores, fue la CCI (Confederación Nacional Campesina) quien le impuso al caudillo esta decisión, por encima del general Pérez Treviño. Sin embargo, Cárdenas había ascendido a la sombra de Calles y había sido leal a su política, por lo que el caudillo tenía la firme convicción de que, al igual que los anteriores presidentes puestos por él, Cárdenas acataría firmemente sus decisiones.

Esto, sin embargo, no fue así. A pesar de que le había sido impuesto el Plan Sexenal acorde con Calles, Cárdenas empezó a desplegar una política propia, basada en el agrarismo y el antiimperialismo. Cerró las casas de juegos y los casinos en cuyas empresas estaban involucrados los seguidores de Calles, y las convirtió en escuelas. Asimismo, dejó de lado la política anticlerical de Calles al constatar, según dijo, que “aunque cierre las iglesias, siempre están llenas”, a la vez que tendió lazos hacia el sector eclesiástico, nombrando a Cedi- llo secretario de agricultura, conocido por sus ligas con los católicos (Shulgovski, 1968, p. 102).

Ante esta situación Calles impulsó una campaña de desprestigio contra Cárdenas en los diarios más influyentes de la época, como el *Excélsior*. Lo acusaba de empujar al país hacia el comunismo y agitar a los obreros.

Cárdenas prefirió inmovilizar al caudillo en lugar de enfrentarlo. Decidió retirar a los funcionarios públicos y gobernadores callistas de los cargos y se apoyó en los obreros y campesinos organizados, con lo cual obtuvo la fuerza necesaria para expulsar a Calles y sus amigos; Morones, Luis L. León y Melchor Ortega, en abril de 1936. Fueron apresados sorprendentemente en su domicilio y llevados al Aeropuerto rumbo a Estados Unidos.

Al respecto, Ugo Pipitone comenta: “El procedimiento ciertamente no es de los más democráticos pero el progreso es obvio: por primera vez los conflictos en la cumbre político — militar no se resuelven a balazos” (Pipitone, 2015, p. 227).

Con esta acción, Cárdenas consolidó su poder y creó las condiciones para llevar a cabo las transformaciones que se había propuesto. Como dice Ilán Semo: “Cárdenas quería algo más que el poder presidencial: quería el Estado” (Semo, 1999, p. 245). Pero además, quería hacerlo rápido, pues tenía la convicción de abandonar el poder al cumplir los seis años de su mandato, por lo que “el sexenio era la vida” (Semo, 1999, p. 249).

Una vez que Cárdenas se deshizo de Calles, transformó el Plan Sexenal hacia el proyecto que había difundido durante su campaña y ante la ausencia de una clase social que llevara a cabo las mudanzas necesarias para la transformación capitalista, convirtió al estado en una fuerza productiva al servicio del capital, “[...] el gobierno de Cárdenas tiene que comenzar como un gobierno orientado hacia las tareas excepcionales generadas por las rupturas estructurales, internas y externas, provenientes de la revolución y la crisis mundial” (Ianni, 1975, p. 17).

Entre las primeras políticas transformadoras que impulsó Cárdenas se encuentra la reforma agraria. Para él, ésta era una asignatura pendiente desde la revolución, que urgía concretar con el fin de

poner el campo al servicio de la industria y remontar la marginación y pobreza rurales, a la vez que dar respuesta al descontento campesino que imperaba. Debido a sus raíces, Cárdenas era esencialmente un agrarista.

Cuando el michoacano asumió el poder, la tierra se encontraba todavía altamente concentrada. Para 1923 más del 50% de toda la tierra en propiedad privada estaba en manos de 2.700 personas (Shulgovski, 1968, p. 24). Para 1930 existían 13.444 hacendados que concentraban el 83,4%, mientras 60 mil pequeños y medianos propietarios usufructuaban el resto.

Después de la revolución, la distribución de tierras fue muy lenta, pues de 1915 a 1934 se distribuyeron 7.152,842 hectáreas a 739.442 campesinos. El gobierno de Cárdenas distribuyó a partir de 1936, 18.352,273 hectáreas a un millón de campesinos (Shulgovski, 1968, p. 229). Se trataba, en la mayoría de los casos, de tierras de buena calidad en manos de grandes empresas capitalistas nacionales y extranjeras, como las de La Laguna, Coahuila, Yucatán, el Valle del Yaqui en Sonora, por lo que el reparto significó una gran afrenta para los terratenientes.

La oposición y el descontento de los propietarios no se hicieron esperar. El Gobierno de Estados Unidos exigió la inmediata compensación de las tierras expropiadas por un millón de dólares anuales, acusando a México de violar el derecho internacional. En cuanto a los terratenientes nacionales, declararon abiertamente la guerra al gobierno acusándolo de liquidar la propiedad privada.

En las regiones donde se había distribuido la tierra, impulsaron una estrategia de terror, a través de guardias blancas que asesinaban a los campesinos y a sus familias, incendiaban poblados y liquidaban los cultivos de los pequeños propietarios.

Ante esta situación, Cárdenas decidió armar a los campesinos con el fin de que mantuvieran sus conquistas por si solos y bajo su responsabilidad. Consideraba que con ello los convertía en soldados al servicio del régimen imperante. Al final del sexenio se habían entregado armas a 60 mil agraristas que, según Córdova “constituían la

base más firme de la estabilidad social y política en el campo” (Córdova, 1974, p. 121). Con ello, quedaba claro que el presidente no tenía ninguna intención de dar marcha atrás al reparto agrario.

Pero la reforma agraria no terminó con la distribución de tierras. Junto con ello, había un plan integral para impulsar la producción y hacer redituable la parcela para los campesinos. Para ello, separó el Banco Nacional de Crédito Agrícola en el Banco Nacional de Crédito Ejidal para los ejidatarios y el Banco Nacional de Crédito Agrícola para los pequeños y medianos agricultores.

El Banco Ejidal otorgó créditos por un valor de 300,000 millones de pesos favoreciendo a 230,407 campesinos, alrededor del 13% de los ejidatarios del país (Bravo y Michel, 1994, p. 317). Sin embargo, no se limitaba a otorgar crédito.

[...] El Banco [...] almacena y vende cosechas de los campesinos; repara canales de riego y construye centrales de energía en las granjas colectivas; compra maquinaria para los campesinos y les enseña a manejarla y repararla; analiza suelos, experimenta con diferentes variedades de trigo, combate a las plagas de las plantas y trata enfermedades de los equinos. Organiza cooperativas de consumo de los ejidos y predica contra el alcoholismo. Traza planes para la producción de las granjas colectivas, discute esos planes con los campesinos y, una vez aprobados, ve que se lleven a cabo (Weyl, Nathaniel y Silvia Weyl, citado en Córdova, 1974, p. 109).

Asimismo, se impulsaron cooperativas y ejidos colectivos, con el fin de evitar que la excesiva parcelación trajera miseria a los campesinos. En Lombardía, Nueva Italia, Michoacán, en Yucatán y en La Laguna, Coahuila, la distribución de tierras se acompañó con la organización ejidal en colectivos.

El impacto de la reforma agraria fue muy amplio: golpeó fuertemente a la oligarquía y con ello las relaciones semiserviles que le eran propias; impulsó la agricultura, el mercado interno, y mejoró las condiciones de vida de los campesinos. En los ejidos colectivos se construyeron nuevas escuelas rurales, hospitales, casas habitación

para los campesinos. Los ejidatarios obtuvieron nuevas especializaciones y conocieron las técnicas más recientes. Esto llevó a un compromiso de los campesinos con el gobierno y con la producción (Shulgovski, 1968, p. 258).

El gobierno impulsó también la organización a través de la creación de la Confederación Nacional Campesina (CNC), que llegó a aglutinar a 2 millones de campesinos y jornaleros agrícolas de todo el país. Si bien fue una organización corporativa, que surgió al margen de la organización obrera, desempeñó un papel importante en la defensa del ejido. Para Cárdenas, los obreros eran aliados, pero los campesinos eran una parte orgánica del Estado (Córdova, 1974, p. 112).

Junto con la reforma agraria, el otro eje fundamental de la política de Cárdenas fueron las nacionalizaciones, principalmente la petrolera. En 1936 se estipuló la Ley sobre la expropiación en beneficio de la nación, que permitía al Estado apropiarse de bienes particulares, nacionales o extranjeros en beneficio de la sociedad.

Las nacionalizaciones tuvieron su origen en huelgas impulsadas por los obreros de los ferrocarriles y de la industria petrolera. El gobierno las aprovechó para impulsar las expropiaciones, en 1937 en los ferrocarriles y en 1938 en el petróleo. En el primer caso, inclusive, la administración de la empresa fue entregada a los obreros, en un caso inédito de empoderamiento y confianza para los ferrocarrileros. Sin embargo, dos años después fue retomada por el Estado debido a las irregularidades que ocurrieron (Pipitone, 2015, p. 234).

En cuanto al petróleo, existía antes de la expropiación una preocupación del gobierno por el control y el saqueo que ejercían las empresas extranjeras en la explotación del hidrocarburo. Se calculaba que las empresas habían recuperado el capital invertido desde hacía más de diez años. Asimismo, venía desde atrás un período en que la producción declinaba a pesar de que, en esa época, México ocupaba el segundo lugar del mundo en la extracción de petróleo. En 1926 se extrajeron 90 millones 421 mil barriles, y en 1932 esta cifra descendió a 32 millones de barriles (Shulgovski, 1968, p. 29).

Debido a las condiciones leoninas de explotación, los obreros impulsaron una huelga que se generalizó a todas las empresas petroleras. Las negociaciones entre las empresas y los sindicatos llegaron a un callejón sin salida en mayo de 1937. La huelga se levantó el 9 de julio de ese año debido a que se creó una comisión gubernamental que evaluaría las demandas obreras y haría una propuesta. Dicha comisión estaba formada por personajes de la talla de Silva Herzog y Efraín Buenrostro, y determinó que las compañías deberían pagar los reclamos de los obreros.

Ante esta situación, las empresas extranjeras se negaron a pagar y empezaron a retirar dinero de los bancos y a reducir la extracción de petróleo con el fin de pagar menos impuestos. En este escenario, el gobierno de Cárdenas decidió otorgar nuevas concesiones a la Compañía inglesa El Águila, quien de esta forma creyó que el gobierno se estaba debilitando, pero fue en cambio una táctica, para dividir a las compañías inglesas de las norteamericanas.

Frente a la negativa de las empresas para pagar la compensación de 26 millones de pesos a los obreros (Shulgovski, 1968, p. 346), el conflicto se tensó, las labores en las regiones petroleras se suspendieron y las milicias obreras resguardaron la maquinaria para que las compañías no la sacaran. En este marco, el 18 de marzo de 1938 Cárdenas pronunció un discurso en la radio en el cual declaró la nacionalización de la industria petrolera que afectaba a 17 compañías norteamericanas e inglesas.

Esta decisión fue ampliamente apoyada por los obreros y la población en general. El 23 de marzo hubo manifestaciones de júbilo en todo el país que involucraron a un millón de personas. Inclusive, los obreros aportaron de su sueldo para que se pagaran las indemnizaciones a las compañías, en un acto emblemático de patriotismo.

La reacción de las compañías y de sus gobiernos no se hizo esperar. Se suspendió la compra del hidrocarburo por parte de Estados Unidos y de Inglaterra, mientras este último país amenazó con romper relaciones con México, hecho que tuvo que reconsiderar debido al inicio de las hostilidades que desembocaron en la segunda guerra

mundial. Estados Unidos por su parte, suspendió, además del petróleo, la compra de plata procedente de México, dando un golpe muy fuerte a la economía del país.

La fuerte presión internacional no logró, sin embargo, doblegar al gobierno, quien sabía que la expropiación era crucial para el país. En consecuencia, resistió esta escalada vendiendo petróleo a compañías norteamericanas independientes, como la *Istern States Petroleum Company*, a la vez que se vio obligado a exportar petróleo a las potencias del eje, principalmente a Alemania.

Como dijo Silva Herzog. “Si el general Cárdenas no realiza la nacionalización, su gobierno no se hubiera podido sostener” (citado en Shulgovski, 1968, p. 350). Además, la popularidad de Cárdenas nunca fue más alta que cuando se concretó la nacionalización: el país estaba con él.

El tercer eje del proyecto cardenista fue, sin lugar a duda, el proceso de industrialización del país. La reforma agraria y la expropiación del petróleo, solo eran condiciones indispensables para este proceso.

Al igual que en Argentina y Brasil, el proceso de industrialización había empezado en México desde fines del siglo XIX. Era una industria ligada, en este caso, a la demanda que generaba la minería, fundamentalmente acero, vidrio, textiles, alimentos y en menor medida la metalurgia y la química. En la industria se empleaban 318 700 obreros ocupados en 48,800 empresas (Shulgovski, 1968, pp. 30-31).

Durante el período de Cárdenas la industria se desarrolló claramente, debido, en primer término, al encarecimiento de los bienes del exterior, provocado por el incremento de los aranceles, pues en 1938 promulgó una ley que establecía aranceles prohibitivos para la importación de las mercancías que se producían dentro del país. Contribuyó también a ello la devaluación del peso, con lo cual se creó internamente una demanda favorable para los bienes industriales nacionales.

El Plan Sexenal contemplaba como una prioridad el impulso de la industria, por lo que se fomentó el desarrollo del mercado interno, tanto con la reforma agraria, como con la política de distribución del

ingreso, centrada en el incremento de los salarios. Mientras el salario mínimo aumentó en 66% durante el sexenio cardenista, el índice del costo de la vida se elevó en un 52%, con lo cual se incrementó la capacidad de compra de la población.

“Cárdenas, como representante del Estado intervencionista, entendió que la única manera de ampliar el mercado interno era la elevación de los ingresos de los trabajadores” (Bravo y Michel, 1994, p. 316). En consecuencia, durante su sexenio los ingresos de los obreros se incrementaron en un 97% (Bravo y Michel, 1994, p. 323).

Asimismo, Cárdenas dio impulso a la Nacional Financiera (NAFINSA) que había surgido en 1933, como una institución orientada al desarrollo industrial del país. Para 1936, contribuyó al repunte de empresas como la de cementos y otros rubros. En este mismo tenor, creó en 1937 el Banco Nacional de Comercio Exterior, que actuaba como un acumulador de divisas utilizadas para la importación de bienes de capital al servicio de la industria.

Por otra parte, el gobierno se hizo cargo de invertir en aquellas ramas de la producción que por su costo y lenta recuperación no son atractivas para el capital, pero cumplen un rol estratégico para la industria en su conjunto, a la vez que fomentó la agricultura de exportación y le estableció impuestos *advalorem*, con el fin de contar con divisas para la importación de bienes de capital que no se producían en México.

Como apunta Arnaldo Córdova (1974, p. 190):

Aunque no se reconociera, el Estado era ya al terminar el período cardenista un potente sistema económico puesto al servicio del desarrollo capitalista de México, con la empresa privada como la base de ese desarrollo y con el Estado desbrozándole el camino e interviniendo oportunamente para corregir sus desviaciones.

Estimulada por estas políticas, ocurrió un crecimiento acelerado de la industria, fundamentalmente de transformación. De 1935 a 1940 se crearon 6.594 nuevas empresas, mientras que el capital invertido pasó de 1.670 millones de pesos a 3.313; el valor de la producción

se elevó de 1.890 a 3.115 millones de pesos y el número de obreros pasó de 318.041 a 389.953 (Bravo y Michel, 1994, p. 315). Arnaldo Córdova afirma (1974, p. 190): “la época del crecimiento sostenido” había comenzado.

En consecuencia, la capacidad ociosa que había caracterizado los años veinte, disminuyó a la vez que se aceleró el ritmo de las inversiones. Mientras la industria había contribuido con el 16,7% del valor de la actividad económica en 1930, para 1940 había subido a 18%. Estaba comenzando el proceso de sustitución de importaciones (Meyer, 1986, p. 107).

En este contexto, la industrialización del sexenio cardenista fue fundacional para el país, al impulsar una industria nacional orientada al mercado interno, con lo cual se implantaba un régimen de acumulación articulado, en donde la producción agrícola nacional permitía la fijación de salarios reales altos y el consumo de los obreros, mientras los campesinos formaban parte de la reproducción del capital. Con ello se superaban las características excluyentes de la economía de enclave que había imperado en la etapa liberal.

Ianni comenta (1975, p. 134): “En los 30s el capital industrial empieza a ganar predominio sobre el agrícola, pues la producción industrial representa el 25% del PIB mientras la agrícola el 20%. La burguesía industrial no está en el poder, pero el poder le sirve”.

En cuanto al vínculo de Cárdenas con los obreros, venía de tiempo atrás una organización obrera ligada a los gobernantes. En 1918 se creó la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) que apoyó activamente a Obregón y después fue un instrumento social de gran importancia para Calles. Durante el *maximato* dicha organización se degradó al punto de que un conjunto de sindicatos la abandonaron y crearon en 1929 la Confederación Sindical Unitaria de México.

Ya en el gobierno de Cárdenas se fundó la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en febrero de 1936, la cual jugó un papel muy importante en el apoyo al presidente durante la nacionalización del petróleo y de los ferrocarriles. Si bien, se convirtió como la CNC en una organización corporativa del estado, tuvo un papel

protagónico fundamental en las transformaciones impulsadas durante el cardenismo.

El partido resurgía como un *administrador* de corporaciones, más que como un administrador de masas. Y sus funciones como tal consistían ahora en cuidar que cada organización mantuviera su autonomía y su aislamiento, en atender las disputas o las dificultades que se dieran entre ellas, en coordinar sus movimientos, sobre todo en época de elecciones y mantenerlas unidas, en su aislamiento, bajo la égida del Estado (Córdova, 1974, pp. 164-65).

Tal como aconteció con los gobiernos de Perón y Vargas, el cardenismo enfrentó al final de su gobierno una serie de presiones y ataques, que hicieron declinar el proyecto populista que lo caracterizó.

Este proceso fue muy claro a partir de 1938, después de la expropiación petrolera. Las acciones emprendidas por el gobierno de Estados Unidos en calidad de represalia por la nacionalización, como la suspensión de las compras de petróleo y de plata, y la exigencia del pago inmediato de las indemnizaciones, fortalecida por la salida de capitales del país, cambiaron la correlación de fuerzas del gobierno y, si bien no lograron que se retractara de las reformas, si influyeron en que aflojara el ritmo de transformación.

Con el retraimiento de la pequeña y mediana burguesía y sin el apoyo del movimiento popular auténticamente orgánico, la sociedad política encabezada por el grupo cardenista no podía ya dirigir hegemónicamente al país, sin embargo, el gran capital tampoco contaba con apoyo suficiente de la sociedad civil [...] De esta manera, los años de 1938-40 representaban una nueva situación de empate entre las diferentes fuerzas políticas (Bravo y Michel, 1994, p. 327).

El ataque de la reacción al gobierno de Cárdenas se concretó con el levantamiento del general Cedillo, quien, como mencionamos, había sido nombrado por Cárdenas como ministro de agricultura. Sin embargo, fue separado de su cargo debido a sus posiciones antiagrarristas. Se trataba de un personaje oportunista que vio en la reacción

imperialista contra Cárdenas, una oportunidad para encabezar el alzamiento y, a la vez, fue utilizado por las fuerzas mundiales para debilitar el gobierno del general.

Aun cuando el levantamiento fue fácilmente sofocado, como dice Shulgovski, “del parto de los montes salió un ratón” (Shulgovsky, 1968, p. 376), sin embargo, la situación del país se había transformado.

El clima ha cambiado radicalmente entre agitación armada, aumento de la delincuencia en varias partes del país, almanistas y nazis en Chiapas, descarrilamiento de trenes en Puebla, la devaluación de 1938, por no hablar del hostigamiento de los grandes periódicos como Excelsior y Universal. El Cardenismo ha entrado en una fase defensiva (Pipitone, 2015, p. 237).

La situación empeoró debido a la debacle económica que se desató, en parte por la crisis norteamericana previa a la segunda guerra mundial, y en parte debido a la salida de capitales nacionales y extranjeros que actuaron como represalia a la expropiación. Los recursos monetarios del Banco de México (Banxico) disminuyeron en 44% en el año de 1938 y, en consecuencia, las reservas monetarias del país cayeron de 51.200 millones de dólares en 1936 a 21.400 millones de dólares. Ante este panorama, el Banco de México se vio obligado a devaluar la moneda y a dejarla a la libre determinación del mercado. Todo ello desató un proceso inflacionario como medida de política económica para enfrentar el problema. Entre 1937 y 1938 los precios se elevaron desde un índice de 100 hasta 126.3. Aun cuando los sectores exportadores de productos mineros se vieron beneficiados con la devaluación y los empresarios locales con la inflación, el costo fue muy elevado para las clases populares (Shulgovski, 1968, p.182 y p.186).

Frente a tal situación, Cárdenas se vio obligado a cambiar el rumbo de su política:

Empero, después de realizada la expropiación petrolera, Cárdenas sintió que había que aflojar las riendas. Se había avanzado lo sufi-

ciente como para consolidar económica y políticamente al régimen y las reformas se habían vuelto en lo esencial un fenómeno irreversible (Córdova, 1974, p. 194).

Los ritmos de distribución de la reforma agraria bajaron radicalmente. Mientras en 1938 los campesinos beneficiados fueron 242.664, en 1940 solo abarcaron a 74.302 campesinos. A finales de su gobierno, la entrega de tierras había sido suspendida completamente (Shulgovski, 1968, p. 402).

Por su parte, el Banco de Crédito Ejidal empezó a otorgar créditos solamente a las economías agrícolas florecientes. “Ya en 1938 el 38% de las operaciones del Banco de Crédito Ejidal se realizaban con capital privado. En 1940 esta cifra aumentó más, alcanzando el 77% (Shulgovski, 1968, p. 404).

Al finalizar el sexenio, en el contexto de las elecciones, Cárdenas se vio en la disyuntiva de apoyar la candidatura de Gildardo Magaña o Múgica, que representaban la continuidad de su proyecto, o bien, a Manuel Ávila Camacho, que representaba los intereses del capital. Apoyar a cualquiera de los primeros, pondría en juego la estabilidad institucional, mientras que impulsar al segundo ponía en riesgo la consolidación de las reformas impulsadas.

Ante la amenaza de Maximino Ávila Camacho de levantarse en armas junto con Almazán si no apoyaba a su hermano, amenaza apoyada por el Departamento de Estado norteamericano, Cárdenas se inclina por la candidatura oficial de Ávila Camacho: “La tragedia en la política es que frecuentemente sólo queda escoger entre dos males, y hay que saber cuál es el menor de ellos; pero eso no le quita que sea un mal”, declaró Cárdenas 19 años después” (Semo, 1999, p. 251).

De esta suerte, el populismo mexicano no fue derrocado por un golpe de Estado, ni Cárdenas tuvo que suicidarse, pero fue obligado a dejar el poder en manos del gran capital que rápidamente transformó las pautas de la política populista. Un ciclo de lucha contra la dependencia y el imperialismo había terminado.

## ***El declive del populismo***

Los gobiernos populistas de Cárdenas, Perón y Vargas concluyeron en tiempos diferentes. El primero, tempranamente en 1940; Perón en 1955 en su primer período y Getulio Vargas en 1954. Todos fueron fenómenos transitorios.

Ello lleva a preguntarse como lo hizo Ruy Mauro Marini “¿Por qué si el populismo impulsó a la burguesía y al régimen de producción capitalista de la época, fue defenestrado por el propio capital?” (Marini, Ruy, citado en Castro, et al., 2005, p. 41).

Podemos responder a esta pregunta a través de dos procesos claves en el declive del populismo: el agotamiento de las condiciones que permitieron su emergencia, y las contradicciones propias de su esencia.

Sobre el primer aspecto, las condiciones de crisis económica mundial y crisis de hegemonía de Inglaterra, las cuales trajeron un vacío de poder y debilitamiento de la oligarquía, se habían superado, en unos casos parcialmente y en otros totalmente, al final del populismo, con lo cual emergió el poder de la potencia emergente, con Estados Unidos, quien retomó el control de la situación mundial y abortó cualquier intento de soberanía nacional que atentara contra la expansión de sus capitales.

En el caso de Cárdenas, en 1938 Estados Unidos se encontraba en el preámbulo de la segunda guerra mundial, por lo cual no pudo evitar la expropiación petrolera, e Inglaterra, en pleno declive, no pudo romper relaciones con México, como vimos. Pero en 1940, Estados Unidos fue capaz ya de imponer y apoyar la fuga de capitales y el bloqueo a la comercialización del petróleo y la plata de México, como lo señalamos antes. Este proceso sometió al país a una crisis muy aguda que desestabilizó al gobierno y le restó bases de apoyo.

En cuanto a Perón y Vargas, al concluir sus gobiernos, había terminado la segunda guerra mundial y Estados Unidos era ya la gran potencia mundial indiscutible. Como señalamos, Getulio Vargas enfrentó, al igual que Cárdenas, el acoso imperialista en su segundo

período, ante su política nacionalizadora. En este contexto, podemos afirmar, que un factor determinante del declive del populismo fue la recomposición de la hegemonía mundial, que transformó las relaciones con los países dependientes, imponiendo nuevas formas de dominio y sujeción.

El cambio de hegemonía trajo consigo el fortalecimiento del capital monopolista como sector de vanguardia, con lo cual la burguesía industrial nacional que había sido impulsada por el populismo pasó a convertirse en un sector subordinado al capital extranjero y, por ende, las políticas populistas se convirtieron en un obstáculo a la reproducción del capital, “[...] el desarrollo industrial pasó a depender cada vez más de los capitales extranjeros sin que se constituya un grupo de empresarios capaz de formular una política independiente de estos intereses” (Weffort, 1999, p. 151).

El cambio en la dinámica de la acumulación destruyó las bases materiales del populismo, al transitar del capitalismo nacional al capitalismo transnacional (Vilas, 1988, p. 31).

Ruy Mauro Marini contesta a la pregunta formulada inicialmente en este mismo sentido: “Fuerzas militares vinculadas al capital monopólico se alían con intereses extranjeros para beneficiar una nueva modalidad de acumulación que desfavorece al pequeño y mediano capital” (Castro et al., 2005, p. 41).

Con relación a las condiciones económicas también cambiaron, al concluir el ciclo alcista de los precios de las materias primas y con ello los términos favorables de las relaciones de intercambio, que perduraron durante los años treinta y cuarenta.

Los elevados precios del café y las materias primas que permanecieron durante la segunda guerra mundial constituyen uno de los soportes más importantes del populismo. Sin embargo, al finalizar la conflagración mundial, pero sobre todo al concluir la guerra de Corea, los términos del intercambio se volvieron negativos: “Las reformas populistas avanzaron mientras el excedente económico permitió satisfacer a tirios y troyanos. Cuando el auge terminó, la lucha

de clases por aquel se incendió dentro y fuera del populismo” (Trías, 1994, p. 556).

Un rasgo común de los tres casos que analizamos, lo constituye el hecho de que, al final de los gobiernos de Cárdenas, Perón y Vargas, ocurrió una crisis económica caracterizada por el proceso inflacionario, el déficit de la balanza de pagos y el déficit fiscal, que afectó los ingresos de las clases populares y obligó a los gobiernos, en los casos de Argentina y México, a entretener o reducir las reformas que venían impulsando. Si bien, en el gobierno de Cárdenas todavía no declinaba el ciclo alcista de los precios, la fuga de capitales provocada por la expropiación petrolera tuvo un efecto similar a la caída de los precios.

Al superarse la crisis de hegemonía, se fortaleció el sector capitalista interno, vinculado al exterior, con lo cual, el vacío de poder que había permitido surgir al populismo e impulsar políticas incluyentes, desapareció: “El pacto populista se rompe cuando la burguesía se fortalece y ya no quiere seguir negociando decisiones” (Ianni, 1975, p. 54).

Cuando las condiciones económicas se tornaron desfavorables para el populismo, afloraron las contradicciones que había desarrollado en su seno y se hicieron visibles sus debilidades, que acabaron destruyendo los andamiajes que lo sostenían: “No son los cambios en la coyuntura internacional los que bloquean y precipitan su caída. Pero es su presión lo que desnuda las limitaciones y debilidades del populismo, la que exaspera sus contradicciones y envenena sus omisiones” (Trías, 1994, p. 555).

La primer contradicción del populismo que se develó al fracturarse las condiciones económicas de su ascenso, fue aquella referida a su ambigüedad clasista. Es decir, al hecho de tener compromisos con los desposeídos y negociación con los poderosos, con lo cual, cuando los gobiernos avanzaron en el apoyo a las clases populares, la burguesía, una vez fortalecida, se volteó contra los gobiernos que la impulsaron: “Cuando la propia política de masas desarrolló la

politización de los trabajadores [...] el golpe de Estado resolvió el problema” (Ianni, 1975, p. 131).

Esto es importante porque, a pesar de que los gobiernos populistas representaban los intereses de la burguesía nacional, debido a su orientación popular, acabaron afectando los intereses económicos de diversos sectores del capital, ya sea extranjeros o nacionales, con lo cual fueron depuestos. (Ianni, 1975, p. 49). Como señala Vilas: “siendo una estrategia capitalista, cae golpeada por la burguesía” (Vilas, 1988, p. 35).

Otra debilidad del populismo consistió en que impulsó una industrialización coja, en el sentido de que se centró en bienes de consumo duradero y no duradero, sin avanzar en la producción de bienes de capital, (máquinas para hacer máquinas), con lo cual se tornó dependiente de los productos de exportación, para obtener las divisas que le permitieran importar dichos bienes. Esta debilidad afloró cuando cayeron los precios de las materias primas de exportación y con ellos las divisas, obligando a los gobiernos a depender de la inversión extranjera directa, y con ello, del capital monopolista, “[...] el proceso de industrialización, aunque se había intensificado a partir de 1950, no logró resolver las limitaciones impuestas por el sector exportador de productos primarios y tendió a debilitarse” (Weffort, 1999, p. 151).

En este contexto, la falta de diversificación en la industrialización y la carencia de un excedente creado internamente, llevaron al populismo a un callejón sin salida.

En la medida en que la estrategia de crecimiento extensivo se asentaba sobre el dinamismo del esquema exportador, el mantenimiento de los rasgos básicos del desempeño de éste introdujo factores de tensión y vulnerabilidad de la propia estrategia populista (Vilas, 1988, p. 66).

Otra de las debilidades del populismo, sobre todo el que se desarrolló en el cono sur, fue el hecho de no afectar los intereses de la oligarquía, al dejar intacta la concentración de la tierra. Esto implicó que, cuando los precios cayeron afectando los intereses de esta clase

social, se volvió contra los gobiernos y apoyó los golpes de Estado (Trías, 1994, p. 556).

Y finalmente, la contradicción más discutida y conocida del populismo, se refiere al hecho de haber corporativizado y controlado las organizaciones populares, restándoles autonomía, con lo cual, cuando los gobiernos fueron defenestrados, no contaron con el apoyo popular para mantenerse en el poder o preservar su proyecto: “Por estas razones, cuando ocurre el golpe de Estado [...], ni el proletariado ni la izquierda disponen de las organizaciones, liderazgos e interpretaciones adecuadas para avanzar políticamente” (Ianni, 1975, p. 133).

Tanto en el golpe de Estado que separó a Perón del poder, como en el que llevó a Getulio Vargas al suicidio, el apoyo popular estuvo ausente. Tampoco Cárdenas pudo apoyarse en los obreros y los campesinos para impulsar la candidatura de Múgica. Si bien, la crisis había golpeado a los sectores populares, su debilidad orgánica fue definitiva en esta situación.

La despolitización de las masas populares que impulsaron los gobiernos populistas, terminó al final por volverse contra ellos.

### ***Las transformaciones que generó el populismo***

Existe un debate con relación a las transformaciones que trajo consigo el populismo en América Latina. Desde quienes plantean que no hubo tales cambios y niegan todo avance, hasta quienes señalan que fueron parciales y pasajeros, como es el caso de Vilas, para quien:

La transformación profunda del sistema político y de las relaciones sociales por la ampliación de la participación de las masas y por regulaciones impuestas desde el Estado, no estuvieron acompañadas, mucho menos fundamentadas, por transformaciones similarmente profundas en la estructura económica (Vilas, 1994, p. 62-63).

En este libro dejamos de lado la discusión, exhaustiva y absurda, en el sentido de que el populismo no fue revolucionario. Existe un punto de partida común en la mayoría de los estudios, que consideran al populismo una estrategia capitalista para impulsar a la burguesía industrial, por lo que no tiene sentido argumentar su carácter antirrevolucionario o no revolucionario.

Sin embargo, a pesar de que no impulsó ni se propuso un cambio del sistema económico, dejó una honda huella en la conciencia popular, como un régimen de gobierno que fue incluyente con las clases subalternas. De ahí surge la fascinación que provoca.

Esto se debe a que, desde mi perspectiva, el populismo logró cambios estructurales de gran envergadura, como señalamos, debido a que surgió en una etapa de vacío de poder, tanto mundial como regional, pero sobre todo, emergió cuando estaban dadas las condiciones para el surgimiento de un nuevo régimen de acumulación, lo que le permitió enfrentar con éxito a la oligarquía exportadora ligada a capitales extranjeros. En este sentido, el populismo derrotó a una clase social hegemónica y poderosa que había impulsado un régimen de acumulación altamente excluyente, el régimen liberal, a la sombra de la hegemonía inglesa: “El populismo fue el instrumento históricamente disponible para romper el vínculo entre el Estado central e influyentes oligarquías agroexportadoras y comerciales” (Pipitone, 2015, p. 292).

Pero no solo se opuso a una clase retrógrada en decadencia, sino que impulsó un nuevo régimen de acumulación con inclusión de las masas populares, que sentó las bases para un desarrollo industrializador, en sus comienzos, con autonomía del capital extranjero.

Para enfrentar a la oligarquía, el populismo tuvo que luchar contra el capital extranjero en tanto era su sostén fundamental, con lo cual se lograron nacionalizaciones importantes de los recursos naturales que fueron el sostén económico de los estados en algunos casos, hasta la fecha: “Todo populismo se vuelve contra las relaciones y estructuras de dependencia, que serían el sustentáculo del poder oligárquico” (Ianni, 1975, p. 60).

Además de “devolver al pueblo lo que es del pueblo”, el populismo logró cambios estructurales como fueron, en el caso de México, la reforma agraria, que modificó la tenencia de la tierra prevaeciente desde el porfiriato, lo cual permitió la inclusión de los campesinos en el proceso de reproducción del capital, al convertirlos en productores de bienes básicos para asegurar salarios reales altos. Permitió que los peones de hacienda se transformaran en pequeños campesinos dueños de su parcela.

En tal tenor, el populismo impulsó un conjunto de cambios en las leyes laborales, transformando las condiciones de trabajo de los obreros, con reglamentaciones sobre los horarios de trabajo, las vacaciones pagadas, el salario mínimo etc., leyes que en algunos casos rigen hasta la fecha.

En este sentido, el populismo fundó regímenes de acumulación que compartieron con los países desarrollados el estado del bienestar, con la intervención de los gobiernos en la reproducción de la fuerza de trabajo en los rubros de salud y educación, lo cual trajo consigo una mejor calidad de vida para los trabajadores.

En el ámbito político, el populismo trajo también cambios importantes, “Para bien o para mal, el populismo ha sido, desde sus inicios, la fuerza política más importante de América Latina” (Vilas, 1994, p. 13).

Esta fuerza tuvo un efecto fundamental en la clase obrera.

En la mayoría de los países del continente (los obreros) se convirtieron en una fuerza política muy importante (algunas veces la más importante) en lo que respecta a la definición política del desarrollo económico en general, la industrialización y las reformas constitucionales (Ianni, 1973, p. 106).

Fue también una gran fuerza democratizadora, con la inclusión de obreros, campesinos, mujeres e indígenas en el ámbito político, si bien, como dice Vilas (1988, p. 98), combinó la democratización con el autoritarismo: “El populismo contribuyó a la transformación de un pueblo de clientes y de súbditos en un pueblo de ciudadanos” (Vilas, 1994, p. 143).

Más allá del carácter carismático de los presidentes populistas, de su retórica revolucionaria o de izquierda, de su control orgánico de las masas; el populismo dejó una honda huella por que surgió en el lugar y en el momento adecuados y pudo enfrentar a los grandes capitales nacionales y extranjeros y a las potencias que los respaldaban con el apoyo popular, abriendo camino a la etapa que Hobsbawm (1994: 261) llama los *años dorados* del capitalismo, por su carácter incluyente.

A pesar de que los gobiernos fueron depuestos y su proyecto abandonado, las bases que sentaron perduraron en la etapa del llamado desarrollo estabilizador y los “milagros” económicos de los países analizados.

Luego del populismo surgieron regímenes excluyentes que llevaron a los movimientos a radicalizarse hacia prácticas revolucionarias en los años sesenta, cuando quedó claro que ya no era posible impulsar las transformaciones desde el gobierno.

**CAPÍTULO III**  
**LA TRANSICIÓN**  
**HEGEMÓNICA**  
**DE ESTADOS UNIDOS**

Estados Unidos ingresó en una fase de transición hegemónica en los años setenta del siglo XX, mientras en los años dos mil enfrentó una crisis de hegemonía, generando con ello las condiciones para la emergencia de los gobiernos progresistas en América Latina.

Existe un debate acerca del proceso de declive de la gran potencia del norte. Mientras todos los autores reconocen el proceso de decadencia por el que atraviesa, no todos comparten el carácter de dicho fenómeno. Para Jorge Beinstein (2018) se trata de un proceso de desintegración capitalista que tiende a generar otro modo de producción, como aquellos de tránsito del esclavismo al feudalismo o de este último al capitalismo. En cambio, para autores como David Herrera (2017, p. 16), se trata de un declive y no de una transición hegemónica propiamente dicha. Samir Amin (2004, p. 74) por su parte, rechaza toda sucesión de hegemonías.

En este libro, como señalamos en la *nota metodológica*, seguimos la posición de Giovanni Arrighi, quien realizó un estudio sobre las distintas transiciones hegemónicas desde el imperio de los Países Bajos, pasando por el de Gran Bretaña, con lo cual pudo identificar con mucha claridad los procesos como el que atraviesa actualmente Estados Unidos, de tal manera que, si bien todos los procesos históricos son diferentes, existen tendencias similares en los fenómenos de ascenso, desarrollo y decadencia de las potencias, que permiten ubicar la etapa actual como una transición de una potencia en declive hacia otra emergente.

Considero que a diferencia de lo que señala Beinstein, no se trata del tránsito de un modo de producción a otro pues, además de compartir los rasgos de las transiciones históricas anteriores, no enfrentamos el agotamiento de la explotación del obrero por el capital, la cual constituye el rasgo esencial del capitalismo, ni se avizora el surgimiento de una nueva relación de producción. En cuanto al planteamiento sobre el declive relativo de Estados Unidos, considero que si bien, como señalan los autores de esta visión, existen todavía grandes fortalezas de la potencia hegemónica actual, esto tiene que ver

con que todavía no se encuentra en la etapa final de la hegemonía, aunque se han deteriorado ya muchas de sus capacidades imperiales.

Por otra parte, como señalamos, el ciclo aproximado de una potencia es de alrededor de 100 años, desde que emerge como potencia sustituta, hasta que declina por completo. En este ciclo pueden aparecer dos regímenes de acumulación. El que surge con el ascenso de la potencia y el que se configura cuando inicia su declive.

En el caso del dominio de Estados Unidos, emergió en los años cuarenta el régimen de acumulación productivo transnacional (Lichtensztejn, 2010, p. 58), que permitió la expansión irrefrenable de la potencia del norte. En cambio, en los años setenta, al iniciar el declive de Estados Unidos, ocurrió una crisis de gran envergadura que se resolvió sin superarse con el ascenso del régimen de acumulación neoliberal, como una estrategia de la potencia en declive para preservar el poder. En este contexto, las crisis estructurales que surgen como resultado del agotamiento de un régimen de acumulación, son distintas de las crisis de hegemonía de la potencia principal, aunque se encuentran totalmente relacionadas. En las crisis del régimen de acumulación son esenciales los procesos económicos, mientras en las crisis de hegemonía cobran particular relevancia, además de estos, los procesos geopolíticos e ideológicos, como se verá más adelante.

En este contexto, el objetivo del presente capítulo consiste en analizar la transición hegemónica de Estados Unidos, con el fin de ubicar el ascenso de los gobiernos progresistas, así como su capacidad transformadora, vinculada a la etapa en que surgen.

Toda vez que la transición hegemónica de Estados Unidos constituye un proceso inacabado, su desarrollo no presenta la misma claridad que el correspondiente a Gran Bretaña. Se trata de un fenómeno en el cual podemos identificar sus orígenes y desarrollo temprano, pero desconocemos su desenlace, por lo que nos movemos en las arenas movedizas del presente, como un proceso histórico en construcción que genera grandes interrogantes. Esta calidad germinal del proceso de estudio debe ser considerada para reconocer

las limitaciones a las que se enfrenta la investigación. Como apunta Wallerstein (2010, p. 41.):

Vivimos en un ambiente mundial caótico. El caos es un gran torbellino con grandes fluctuaciones. Por lo tanto, es muy difícil ver claramente. Es un poco como tratar de avanzar bajo una gran tormenta de nieve.

## **La etapa inicial de la transición. 1973-2001**

### ***Ascenso y consolidación de la hegemonía norteamericana***

En 1945, al término de la segunda guerra mundial, Estados Unidos se convirtió en la primera potencia internacional. En ello coadyuvó el hecho de que la conflagración no ocurrió en su territorio, como señalamos, por lo que su infraestructura y capacidad productiva quedaron incólumes, a diferencia de lo que sucedió en Europa y Japón, donde la guerra dejó grandes regiones devastadas, destrucción de la planta productiva, poblaciones minadas y hambrientas y, sobre todo, gobiernos endeudados y con pocas posibilidades de imponer sus intereses en el ámbito geopolítico mundial.

Al concluir la guerra, Estados Unidos se había convertido en el acreedor principal en el ámbito mundial y, al declinar el patrón oro, le fue posible imponer su moneda como el referente financiero del planeta a través de los acuerdos de Breton Woods, que trasladaron el poder de la libra esterlina hacia el dólar, como la principal reserva mundial vinculada al oro. Surgió con ello un nuevo sistema financiero basado en la convertibilidad internacional del dólar y en el régimen de paridades fijas para las principales monedas nacionales.

Aunque de tiempo atrás venía también su poderío industrial, después de 1945 Estados Unidos se convirtió en la potencia productiva

número uno que, como es sabido, constituye el requisito indispensable para que un país pueda impulsar el dominio mundial como potencia hegemónica en plenitud.

La superioridad productiva de Estados Unidos estaba basada esencialmente en el fuerte incremento de la productividad del trabajo, merced al fortalecimiento en los procesos tecnológicos y la innovación científica que este país había impulsado en el período de entreguerras: “En los Estados Unidos, entre 1946 y 1969, el índice de productividad por hora hombre en las manufacturas aumentó de 60.8 a 145.5, lo que da un aumento de 139%” (Yaffe y Bullock, 1978, p. 106).

El rasgo central de la postguerra consiste en que este aumento de la productividad del trabajo se mantuvo por encima de los salarios reales, lo cual desembocó en un efecto contrarrestante al declive de la cuota de ganancia, por lo que ésta preservó un aumento sostenido durante todo el período.<sup>16</sup> Para el caso de Alemania, Yaffe y Bullock (1978, p. 104), señalan: “La década de 1950 fue aquella en que el capitalismo alemán obtuvo la más alta tasa de ganancia de toda su historia”.

Debido a tales factores, Estados Unidos adquirió un poder económico, político y militar casi absoluto sobre el mundo capitalista. Todas las decisiones importantes durante 25 años fueron tomadas por una pequeña élite estadounidense (Wallerstein, 1996, p. 15). Como señala Harvey (2007, p. 57), Estados Unidos no solamente era dominante, sino también hegemónico, en tanto poseía el liderazgo de las clases propietarias y las élites del mundo.

Hay que tener siempre presente que en 1950 los Estados Unidos poseían por sí solos alrededor del 60% de las existencias de capital de

---

<sup>16</sup> Como lo demostró Carlos Marx, en el capitalismo existe una tendencia decreciente de la tasa de ganancia, que lleva a crisis cíclicas del capital. Sin embargo, existen causas contrarrestantes a este declive. Entre ellas, la más importante es el aumento de la cuota de explotación.

todos los países capitalistas avanzados, generaban alrededor del 60% de toda la producción de los mismos, e incluso en el momento culminante de la edad de oro (1970) seguían teniendo más del 50% de las existencias de capital de todos esos países y casi la mitad de su producción total (Hobsbawm, 2010, p. 277).

La segunda guerra mundial, la confrontación “pactada” con la URSS, el declive de Inglaterra y la alianza con los países derrotados, generaron las condiciones para consolidar una potencia mundial que llegó a tener un poder incuestionable durante una de las etapas de expansión más largas del capitalismo.

Sin embargo, en los años sesenta se empezaron a manifestar algunos de los signos de la decadencia del gigante del norte. El más importante fue de orden político y lo encarnó el movimiento de 1968 que tuvo una dimensión mundial, pues trajo consigo, entre otras cosas, el declive ideológico de la teoría desarrollista que había comandado Estados Unidos, así como la protesta mundial contra el poder político e ideológico de la potencia norteamericana.

La significación de la revolución mundial de 1968 no reside en el cambio político que produjo. Para 1970 los levantamientos habían sido sofocados o habían perdido fuerza en todas partes [...] La significación de 1968 consiste más bien en que diluyó el consenso existente en torno al Wilsonismo — leninismo al cuestionar que la ideología desarrollista hubiera alcanzado efectivamente algo de importancia perdurable. Sembró la duda ideológica, erosionó la fe (Wallerstein, 1996, p. 121).

En América Latina, el triunfo de la revolución cubana en 1959 trajo consigo también un severo cuestionamiento al dominio de Norteamérica sobre los países del entonces llamado Tercer Mundo. La hegemonía de Estados Unidos empezaba a ser puesta en entredicho.

## La crisis capitalista de 1973

Cien años después de la crisis con que inició el declive británico en 1873, estalló la crisis capitalista mundial que marcaría la decadencia de la gran potencia del norte. Habían pasado solamente tres décadas, los llamados “30 gloriosos” desde el inicio del ascenso de Estados Unidos como la gran potencia mundial.

La crisis de 1973 fue de carácter estructural, en tanto expresaba el agotamiento de una forma particular de explotación laboral, basada en la organización del trabajo conocida como *fordismo*. Tal proceso se manifestó principalmente en la reducción del crecimiento de la productividad del trabajo de la industria manufacturera, que pasó de un 3% anual para el período 1947-58 a 1,6% de 1958 a 1966 (Coriat, 1979, p. 148).

Este proceso abrió el flanco para que los países que se estaban recuperando de la guerra, Alemania y Japón, impulsaran la competitividad y se posicionaran como aquellos que le disputaban el poder económico a Estados Unidos, toda vez que el crecimiento de la productividad en ellos era superior.

Como señala Paul Kennedy (2009, p. 679), no es que Estados Unidos estuviera produciendo menos, sino que otros estados estaban produciendo más.

El declive relativo de la productividad del trabajo en Estados Unidos frente a las potencias emergentes, expresaba con toda claridad el inicio de su decadencia, en tanto mermaba la supremacía productiva que le confirió el lugar de primera potencia mundial en 1945, pero además implicaba que las otras potencias recientemente fortalecidas, se negaran a aceptar las condiciones impuestas por la potencia hegemónica. Por tanto, como señala Wallerstein, (2010, p. 12), “Estados Unidos entraba con ello, en un lento declive irreversible.”

El otro factor estructural que provocó la crisis de los años setenta fue el mayor poder social de los trabajadores. La correlación de fuerzas favorable al proletariado, que había sido apuntalada en parte por

el pleno empleo, trajo consigo al final de la postguerra un ascenso de los salarios reales por encima del crecimiento de la productividad del trabajo, hecho que desembocó en el declive de la tasa de ganancia.

[...] el creciente poder sindical de los trabajadores organizados en los países del centro del sistema global elevó el nivel del gasto social así como los costes salariales, recortando los beneficios, lo que dio lugar a la estanflación. Desaparecieron las oportunidades de beneficio y apareció una crisis de sobreproducción de capital. (Harvey, 2007, p. 61).

En este contexto, no fue posible evitar el declive de la cuota de ganancia, como la manifestación generalizada de la crisis capitalista. De 1965 a 1973 la caída fue del orden del 40% en Estados Unidos (Arrighi, 2007, p. 111).

La crisis en Estados Unidos se generalizó al resto de los países desarrollados dado su papel de acreedor mundial y el impacto de su producción y exportaciones en el orbe occidental. En consecuencia, entre 1973 y 1975 se redujo en 10% la producción industrial en las economías desarrolladas y de mercado, mientras que el comercio internacional bajó en 13%. A su vez, el desempleo, que había crecido a 1,5% en los años sesenta, se incrementó hasta 4,2% en los años setenta (Hobsbawm, 1994, p. 406).

Otro proceso de gran envergadura lo constituyó el rompimiento de los acuerdos de *Bretton Woods*, según los cuales Estados Unidos debía tener una cobertura de oro en la emisión de dólares. En este contexto, el gobierno de Nixon decretó la inconvertibilidad del dólar en oro el 15 de agosto de 1971, con lo cual se generó un caos monetario mundial que fortaleció la crisis, en lugar de superarla.

El rompimiento de los acuerdos de *Bretton Woods*, puso en evidencia la decadencia hegemónica de Estados Unidos, en tanto implicaba el declive de su poder financiero como un mecanismo esencial de control mundial, toda vez que la convertibilidad del dólar en oro le había permitido crear dinero y crédito a nivel mundial, garantizando la liquidez del sistema en su conjunto, lo cual le acarreó un enorme poder.

La presencia e identidad del dólar como dinero mundial, no era simplemente la coronación de la hegemonía estadounidense, sino el principio mismo a través del cual la ejercía. El dinero mundial es siempre el eje centralizador de un modo de organización jerarquizado de las relaciones económicas, mediante la confrontación de las diversas monedas nacionales. El patrón dólar no fue la excepción (Gutiérrez, 1992, p. 21).

Al igual que el rompimiento del patrón oro por parte de Gran Bretaña en 1932, Estados Unidos se veía obligado en 1971 a abandonar el mecanismo regulador de las monedas creado después de la guerra, como una nítida expresión de su temprana decadencia.

Otra expresión del declive lo constituyó el desenlace de la guerra de Vietnam en los años setenta. Como se sabe, la opinión pública obligó al gobierno de Nixon a retirar las tropas, por lo que la potencia mundial sufrió la primera derrota en una intervención militar desde su ascenso como potencia principal.

El gigante del norte se mostró incapaz de impedir la reunificación de Vietnam y el predominio del Partido Comunista bajo el mando de Ho Chi Min, lo cual significó un enorme traspies en el que se expresaba el inicio de su caída, inclusive militar: “Estados Unidos perdió gran parte de su credibilidad política como gendarme global, envaletonando con ello en todo el Tercer Mundo a las fuerzas nacionalistas y socialistas revolucionarias que la política de Guerra Fría pretendía contener [...]” (Arrighi, 2007, p. 165).

La crisis de los años setenta fue, por tanto, la partera del declive hegemónico de Estados Unidos. En ella perdió para siempre la supremacía productiva, el control monetario internacional y una guerra que no solo tuvo consecuencias económicas y militares, sino ideológicas y políticas, al ser derrotado por un pequeño país del Tercer Mundo, absolutamente inferior en el ámbito militar, pero sobradamente superior en la moral nacional.

## La falsa salida de la crisis en los años ochenta

La situación de crisis y desorden monetario que ocurrió en los años setenta cambió sustancialmente en los ochenta, toda vez que el control del movimiento obrero y de los precios del petróleo constituyeron condiciones esenciales para enfrentar la crisis, no solamente por su efecto contrarrestante en la caída de la cuota de ganancia, sino porque generaron un marco propicio para dar un golpe de timón a las políticas de corte Keynesiano que habían prevalecido durante la fase de postguerra.

En estas condiciones, se impulsó la contrarrevolución neoliberal como una estrategia para salir de la crisis sin resolver los problemas que la habían desatado.

Thatcher contrajo la emisión monetaria, elevó las tasas de interés, bajó los impuestos sobre ingresos altos, abolió los controles de los flujos financieros, creó niveles de desempleo masivo, aplastó huelgas, impuso una nueva legislación anti-sindical y cortó los gastos sociales. Amplió los programas de privatización en industrias básicas como el acero, la electricidad, el petróleo, el gas y el agua (Anderson, 1999, p. 17).

Tales políticas pudieron imponerse debido al repliegue de las izquierdas en el ámbito mundial, producto de la derrota sufrida por la clase obrera. Se difundió aquel slogan: “Fuera de la globalización no hay salvación; dentro de la globalización no hay alternativas” (Cardoso, citado en Borón, 1999a, p. 138).

Junto con ello se iniciaba también el predominio financiero de Estados Unidos, aquel que marca el otoño de las grandes potencias cuando ya no pueden sostener su poder en la producción industrial y tienen que echar mano de lo que Schumpeter llamó, “el cuartel general del sistema capitalista,” esto es, el mercado monetario (Arrighi, 2007, p. 151).

Los más afectados por las medidas monetarias fueron los países del Tercer Mundo, que se habían endeudado durante los años setenta ante la abundancia de liquidez por los petrodólares, y frente al aumento en las tasas de interés, iniciaron el oscuro ciclo de la década perdida, al convertirse en fuertes deudores de los países desarrollados. Con ello se iniciaba la forma de dominio que sometería a los países pobres al tributo financiero del imperio.

Y finalmente, en los años ochenta se empezó a manifestar con toda claridad la desintegración de las estructuras del Estado, lo que Samir Amin llamó, el “imperio del caos” (2004, p. 109)

### **Los años noventa y la *belle époque***

La novena década del siglo XX se inició con la llamada guerra del Golfo en 1990-1991. Como resultado de la invasión de Irak sobre Kuwait, Estados Unidos organizó la expulsión del país invasor, con la participación de la ONU.

Esta guerra expresó nuevamente el declive norteamericano en tanto ya no pudo llevarla por su propia cuenta, al tener que echar mano del respaldo militar y financiero de un conjunto de países (34), que se vieron obligados a participar ante la presión de la potencia del norte. “Estas dos realidades se han confirmado posteriormente, en la incapacidad de Estados Unidos de destruir a Saddam Hussein pese a la victoria militar” (Wallerstein, 2005, p. 95).

Se iniciaba así la última década del siglo XX con otra vuelta de tuerca del declive norteamericano, el cual, aunque aparecía con victorias militares de la potencia, llevaban en ellas el trasfondo de su debilidad.

Por otra parte, en los años noventa se inició el proceso de la financiarización<sup>17</sup> como una estrategia de Estados Unidos para resolver la crisis capitalista de sobreacumulación y sobreproducción:

[...] hasta 1995 la carrera alcista del mercado de valores se justificaba plenamente en base a los beneficios empresariales. Pero a partir de ahí, los precios de las acciones crecieron mucho más que los beneficios empresariales, sobre todo cuando la tasa de ganancia industrial comenzó a ser negativa (Brenner, 2003, p. 23).

De 1995 al 2000 la economía mundial, arrastrada por la expansión financiera de Estados Unidos, vivió una nueva etapa de ascenso, conocida como la *belle époque*, en el marco de profundas turbulencias, como los efectos vodka y samba y la crisis japonesa de 1998. Estados Unidos vivió una de las fases expansivas más largas de su historia, inclusive más prolongada que aquella provocada por la guerra de Vietnam. Todavía en el último semestre de 1999 la economía norteamericana creció al 6,1% anual, cerrando el año con un crecimiento del 4,78% (BEA, 2023).

Arrighi (2007, p. 17) señala que esta etapa de la *belle époque* de los 90, se parece a la eduardiana en la inconciencia que prevalecía de lo que se venía, ya que dicho ascenso no era resultado de la superación de las causas que habían originado la crisis de los años setenta: la sobreacumulación y sobreproducción de mercancías.

Durante el período de la contrarrevolución neoliberal, Estados Unidos pudo recuperar su rol hegemónico sin resolver el problema de su declive productivo, desatando los demonios de la financiarización. Como se verá más adelante, el orden mundial de los noventa no fue resultado de tendencias económicas insoslayables, sino una estrategia para recuperar la hegemonía perdida. Este proceso tuvo elevados costos para los países dependientes y las clases subalternas.

---

<sup>17</sup> [...] la financiarización (la capacidad del capital financiero para “conquistar y dominar, al menos durante un tiempo, todas las actividades del mundo de los negocios” como respuesta a la sobreacumulación de capital (la “acumulación de capital a una escala que desborda los canales normales de la inversión”)(Arrighi, 2007, p. 242).

La estrategia impulsada por Estados Unidos para resolver, sin superar, la crisis de los años setenta, trajo consigo un cambio fundamental en su estructura productiva. Motivados por las altas ganancias especulativas, los capitales industriales se orientaron al mercado financiero ante las dificultades que traía invertir en la producción, debido al sobrante productivo, pero también al declive de la demanda que había traído consigo la contrarrevolución neoliberal. De hecho, fue el capital industrial quien no solo se sumó al proceso de financiarización, sino que inclusive, lo comandó. Puede decirse entonces, que no existe un conflicto entre capital financiero y productivo, sino más bien, el capital industrial echa mano de la salida financiera para superar la crisis de realización, con lo cual se ve subsumido por la dinámica especulativa.

El resultado fue el proceso de desindustrialización en Estados Unidos, que empezó por los textiles y sectores de alto valor añadido. Ante el declive relativo de la productividad del trabajo, se optó por importar mercancías cada vez más baratas de otros países y compensar su debilidad productiva en los sectores comercial y financiero.

“Estados Unidos participa de la actividad de los cerebros y los músculos de otros países, sin tener que utilizar los suyos” (Arrighi, 2007, p. 183) O como señala Samir Amin (2004, p. 74) “El mundo produce, Estados Unidos (cuyo ahorro nacional es prácticamente nulo) consume”.

Para David Harvey, desde los años ochenta había quedado claro que el sector industrial de Estados Unidos ya no era hegemónico. En cambio, “(...) seguían inmunes las grandes empresas agrícolas y la defensa” (Harvey, 2007, p. 64).

El otro rasgo fundamental que se afianzó en los noventa, fue el tránsito de Estados Unidos de una economía superavitaria y acreedora, a un país deficitario y deudor. En 1985 se convirtió en deudor neto de Japón y a partir de ahí siguió el proceso de endeudamiento hasta constituir un rasgo estructural de su economía, completamente imbricado con la financiarización.

Al igual que Gran Bretaña pasó a ser deudor neto de Estados Unidos después de la primera guerra mundial, en el entorno de su decadencia, Estados Unidos se ubica como país deudor en su temprana decadencia.

Esta condición tiene que ver, para Theotonio Dos Santos (2010, p. 49), con los costos que un imperio de esta envergadura debe enfrentar: “Este cambio no es una cuestión coyuntural, se trata de un resultado necesario de la condición brutal de ejercer el dominio mundial”, debemos agregar, en condiciones de decadencia.

Estados Unidos pudo ser un país deudor neto y continuar comandando el proceso capitalista mundial, debido a que la deuda se cotizaba en su propia moneda, la cual era el medio de cambio de las cotizaciones internacionales, por lo que, como señala David Herrera (2017, p. 105): “le permite tener la capacidad de vender casi ilimitadamente activos denominados en dólares, respaldando su expansión económica, y sus necesidades diarias de financiamiento” con lo cual “el dólar continúa ejerciendo un verdadero derecho de señoreaje”.

De esta suerte, Estados Unidos se había convertido en una economía parasitaria, en tanto empezó a vivir de los flujos de capitales de otros países, con lo cual, como en los antiguos imperios, la deuda se convirtió en un tributo (Amin, 2004, p. 86).

La fracción de la clase dominante ya no es el capitalismo corporativo industrial, como fue en los 30 gloriosos. Ahora, como señala Guillén Romo, (2015, p. 243) son los segmentos del capital monopolista financiero vinculados al complejo militar — industrial.

Por otra parte, se constituyó en los noventa un mundo multipolar formado por dos bloques regionales, como los rivales de Estados Unidos, (la Unión Europea y el área asiática) con lo que se creó una nueva configuración en la disputa por la hegemonía mundial. Como señala Theotonio Dos Santos (2010, p. 48), en la transición se estableció una hegemonía “compartida”.

## La crisis de hegemonía en los años dos mil

### *De la crisis de las punto.com a la gran depresión del 2008*

Mientras en las décadas de los ochenta y noventa Estados Unidos pudo superar, sin resolver, la crisis estructural de los años setenta, en los años dos mil sobrevendría el declive, en tanto permanecieron intactas las causas que motivaron la fractura, a saber, los procesos de sobreacumulación y sobreproducción de mercancías.

Por esta razón, el crecimiento desenfrenado de los años noventa, en particular en los sectores de la informática y las telecomunicaciones, no se pudo sostener y estalló en una burbuja en la primavera del 2000, cuando las bolsas de valores empezaron a caer. Se conoció como la crisis de las *punto.com* y fue el preludio de la gran crisis del 2008.

A partir de 2003 ocurrió una breve recuperación, la cual trajo consigo otro acontecimiento crucial en los tempranos dos mil: la segunda guerra de Irak junto con la de Afganistán, las cuales marcarían un hito en el declive hegemónico de Estados Unidos, debido a que, a pesar de su fuerza militar y el recién adquirido auge económico, no pudo apropiarse del hidrocarburo del que se surtían sus competidores principales, tanto de Asia Oriental como de Europa, al sufrir una derrota virtual.

Dicha derrota es histórica, pues marca el declive militar de la mayor potencia del planeta. No solamente le fue imposible superar el *síndrome de Vietnam*, sino que, al igual que con la financiarización, desató los demonios del alza de precios del petróleo, debido a la reducción de la oferta que trajo consigo la destrucción en el país devastado (Palazuelos, 2008, p. 448).

Así pues, al arrancar la guerra de Irak, el petróleo ya se encontraba financiarizado y se había configurado un clima de incertidumbre

en torno al crudo. Sin embargo, la derrota en la guerra de Irak y la reducción de la oferta, dieron la puntilla al alza de los precios y fortalecieron a niveles insospechados el flujo de capitales especulativos hacia las *commodities*.

Podemos concluir que, aprovechando la fase de recuperación del 2003 al 2007, Estados Unidos emprendió la segunda guerra de Irak, para preservar su dominio ante el declive económico con relación a sus competidores, pero su plan fue fallido ocasionando una mayor pérdida de poder del que tenía antes de la conflagración. Esta guerra, como todas las acciones emprendidas por la potencia del norte, solamente contribuiría a socavar su posición mundial.

## **La crisis capitalista estructural: 2007-2008**

### ***La crisis general***

En el año de 2007 estalló la crisis inmobiliaria en Estados Unidos con el derrumbe de gran cantidad de fondos bancarios o bursátiles que se basaban en estos valores, con lo cual ocurrió una situación generalizada de bancarrota. Al año siguiente, en 2008, sobrevino la crisis alimentaria y la crisis financiera. En 2009 hizo su aparición la crisis productiva, cerrando con ello el círculo de una crisis estructural de grandes dimensiones, en la cual se expresaban las contradicciones del capitalismo del nuevo siglo, así como la decadencia de una potencia que ya no podía asegurar la reproducción del capital por las vías tradicionales.

Aun cuando la crisis estalló en el ámbito financiero, tuvo sus causas en los procesos de acumulación de capital, es decir, en el terreno productivo. Durante el auge de los noventa y el breve período de ascenso de los 2000, se intensificó el proceso de competencia intercapitalista acicateado por el avance tecnológico, lo cual generó el

incremento de la productividad del trabajo, que se elevó en Estados Unidos en 51% entre 1992 y 2008. Este proceso, sin embargo, se dio en el ámbito de un lento crecimiento de los salarios, como corolario de la contrarrevolución neoliberal, alcanzando solamente un crecimiento del 9,8% en este mismo período. En consecuencia, la cuota de plusvalía creció fuertemente, alrededor de 53% (Valenzuela, 2009, p. 196).

A estos procesos se añadieron elementos que incrementaron la cuota de ganancia de manera sostenida, como la disminución de los impuestos a las grandes empresas, la renta extraída de recursos estratégicos y la reducción de las tasas de interés. El aumento de la rentabilidad empresarial generó en consecuencia, la intensificación de la competencia capitalista.

A diferencia de la crisis de 1973, que fue precedida por el aumento de los salarios por encima de la productividad y el declive de la cuota de ganancia como en una crisis clásica, la del 2008 se caracterizó por altos niveles de rentabilidad empresarial previos al estallamiento de la crisis.

Esta expansión se materializó en un fuerte crecimiento de la producción que, sin embargo, se enfrentó con problemas de realización, dado el profundo nivel de desigualdad generado por el neoliberalismo —la concentración del ingreso es la mayor desde 1928—, así como por el lento crecimiento de los salarios. La enorme producción de excedentes sin un correlato en la realización de las mercancías, trajo consigo un crecimiento lento de la inversión, a la vez que el incremento de la capacidad ociosa en la industria.

Los problemas de realización de la producción no desembocaron en una crisis productiva debido a que, como hemos señalado, el capital productivo impulsa mecanismos para subsanar y postergar la crisis, echando mano de la financiarización. Es decir, el capital industrial promueve y comanda el flujo de capitales hacia la esfera financiera, pero sobre todo, especulativa, para garantizar la rentabilidad y continuar el ciclo productivo. Por esta razón, mientras en 1998 el 58% del capital productivo se orientaba hacia el ámbito financiero, en 2006 había subido a 89% (Valenzuela, 2009, p. 175).

Esta tendencia se vio fortalecida debido al carácter oligopólico y monopolístico de la economía capitalista mundial en general, pero particularmente norteamericana. La financiarización, que en un primer momento permitió a los oligopolios protegerse de la volatilidad provocada por los tipos de cambio flexibles, se convirtió en una opción muy redituable, ya que les permite

[...] concentrar en su beneficio una proporción [creciente de la masa de beneficios realizados en la economía real. Las tasas de rendimiento aparentemente insignificantes de cada operación financiera producen, cuando se tiene en cuenta la masa gigantesca de tales operaciones, volúmenes de beneficio enormes (Amin, 2010, p. 16).

De esta suerte, la crisis de sobreacumulación que se había gestado en la fase de ascenso del capital de los años noventa y tempranos dos mil, se postergó mediante el recurso de la financiarización, la cual, no obstante carecer de realización para los bienes industriales, permitió a los oligopolios disfrutar de altas tasas de rendimiento, sin necesidad de asumir riesgos productivos.

La crisis de las *punto.com*, al no resolverse, derivó en la de 2007, toda vez que los fondos especulativos que habían quebrado en la crisis cibernética, huyeron hacia el ámbito inmobiliario. Se otorgó una creciente cantidad de préstamos de baja calificación conocidos como *subprime*, a clientes de pocos ingresos y con escasa posibilidad de pagar las deudas contraídas. El auge observado en este mercado atrajo a grandes bancos, ahora autorizados para inversiones financieras, quienes empezaron a invertir en fondos de cobertura (*hedge funds*). Se trataba de hipotecas individuales en paquetes, que luego se revendían a inversores de diversos mercados financieros, con lo cual se conformó un mercado que giraba en torno a millones de hipotecas.

La euforia inmobiliaria se vio frenada cuando a finales del 2005, la Reserva Federal comenzó a aumentar los tipos de interés con lo cual, las familias más pobres ya no pudieron pagar los créditos contraídos, mientras que al subir la tasa de interés empezó a bajar el valor de los fondos especulativos, razón por la cual sus poseedores

trataron de deshacerse de ellos. En consecuencia, el valor de las casas empezó a caer.

La burbuja inmobiliaria estallaba así en medio del desconcierto generalizado. A finales de agosto del 2007, casi un millón de familias había perdido su vivienda (Amin, 2010, p. 57). Esto trajo consigo el derrumbe de gran cantidad de fondos bancarios o bursátiles que se basaban en estos valores, lo que provocó una situación generalizada de bancarrota.

Los capitales especulativos abandonaron el barco hipotecario que se hundía, y fluyeron hacia los granos, convertidos ahora en efecto refugio de los fondos en decadencia. De igual forma, el petróleo se convirtió en un refugio seguro para dichos capitales, por lo que, de aquellos 80 dólares el barril en 2004, subió a su máximo histórico el 3 de julio del 2008, fecha en que alcanzó los 145 dólares el barril (Marichal, 2010, p. 297).

El 14 de septiembre del 2008, el llamado “lunes negro”, *Lehman Brothers* se declaró en bancarrota y ante la negativa del gobierno de Estados Unidos a rescatarlo, se desató una reacción en cadena en los mercados financieros del mundo. Estallaba con ello la crisis financiera, largamente anunciada, que generó la pérdida de 2 billones de dólares por los sistemas bancarios (Marichal, 2010, p. 324).

Este proceso trajo consigo, que entre 50 y 70 millones de personas en el mundo quedaron sin empleo (Marichal, 2010, p. 323). Había detonado así la crisis económica más fuerte desde la gran depresión de 1929.

### ***La crisis alimentaria mundial***

El cambio fundamental que ha ocurrido en el ámbito agroalimentario en la fase de transición hegemónica, lo constituye el hecho de que los bienes básicos han dejado de ser objeto exclusivo de la alimentación humana y animal, para convertirse en mercancías para la especulación.

Tal situación convirtió al sector agroalimentario, pero en particular a los bienes básicos como los cereales, en una salida para la crisis financiera. Como señalamos, cuando los capitales especulativos enfrentaron caídas de la rentabilidad, emigraron hacia las *commodities*, mediante lo cual, los alimentos se convirtieron en un efecto “refugio” que resolvió temporalmente el colapso especulativo, pero provocó el incremento artificial de los precios de los alimentos.

Este es el aspecto central que marca una diferencia con la crisis de 1929, caracterizada como vimos por la deflación y la fractura productiva de las empresas agrícolas. La crisis de 2008 es, en cambio, una crisis alimentaria caracterizada por la financiarización de las *commodities* y por la revalorización de los precios, que trajeron consigo elevadas ganancias para las empresas agroindustriales.

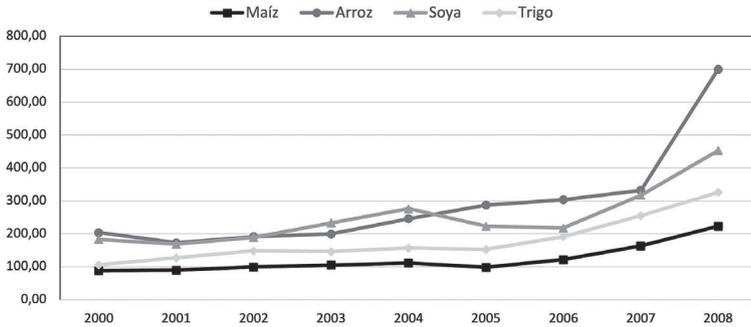
La concentración de las exportaciones en el ámbito mundial y la incertidumbre de un sistema productivo con rendimientos decrecientes y cambios climatológicos impredecibles, ha generado un sector frágil, en el que hay un fuerte factor de incertidumbre sobre el que medra el capital especulativo para valorizarse.

Esto fue lo que ocurrió en 2008, cuando los capitales que enfrentaban pérdidas en el sector inmobiliario fluyeron hacia las *commodities* como efecto refugio, con lo cual se incrementaron los precios de los alimentos, principalmente el del arroz, ante un conjunto de procesos climatológicos y de políticas públicas que habían restringido las exportaciones de este cereal (Rubio, 2015, pp. 200-206).

Tal situación llevó al incremento inusitado del precio de los cereales como puede verse en la siguiente figura.

## Gráfica 06

Precios internacionales de granos básicos, 2000 - 2008  
Dólares americanos



Fuente: FMI. [www.imf.org/external/np/res/commod/index.asp](http://www.imf.org/external/np/res/commod/index.asp)

El aumento en los precios afectó gravemente a la población más pobre del planeta. Mientras que en 2008 la población con hambre ascendió a 920 millones, en 2009 llegó a 1.023 millones, lo que significa que la crisis alimentaria trajo consigo un aumento de 100 millones de personas con hambre en el mundo, de los cuales el 80% fueron pequeños productores (Montagut y Dogliotti, 2008, p. 217). Asimismo, la volatilidad de los precios obligó a los países más pobres del mundo a gastar 8% más en comprar alimentos (Boix, 2011, p. 19).

Mientras las consecuencias sociales de la crisis alimentaria fueron devastadoras, las grandes empresas agroalimentarias y financieras se vieron beneficiadas, con lo cual la hegemonía norteamericana se afianzó en uno de los sectores que, junto con el militar, constituye uno de sus bastiones principales.

### ***La respuesta neoliberal frente a la crisis***

La reacción ante la crisis por parte de los gobiernos de los países desarrollados consistió en impulsar el rescate del sistema financiero,

para detener la escalada de quiebras. Dicho rescate en su conjunto alcanzó cerca de los 5.7 billones de dólares a los que se agregaron 800 mil millones de dólares, del Plan de Recuperación y Reinversión del presidente Obama (Marichal, 2010, p. 306).

El rescate masivo incidió fundamentalmente en el ámbito financiero pues los créditos a la industria y el comercio no progresaron. “Las instituciones bancarias primero y los bancos después, utilizaron esta liquidez para invertir en mercados financieros” (Salama, 2010, p. 27).

Esto indica que el rescate significó solamente un paliativo que permitió que la actividad capitalista continuara, pero sin enfrentar los orígenes que provocaron la debacle. Tal proceso, en lugar de someter al sector financiero a reglas más estrictas que impidieran una nueva conflagración, lo único que logró fue fortalecerlo. Como diría la voz popular. “Wall Street salió a flote pero la gente continúa en el pozo”. (Marichal, 2010, p. 7)

A diferencia de la crisis del 29 en la cual se desestructuró el poder de la clase dominante en América Latina, esto es, la oligarquía exportadora; la profunda crisis del 2008 no afectó a la fracción hegemónica del neoliberalismo, el capital monopolista financiero corporativo. En consecuencia dicho sector continuó atrofiando la esfera productiva con el fin de robustecer sus ganancias.

El capital financiero impone a nivel mundial la contracción de la producción y la deflación, es decir, el declive o estancamiento de los precios, mediante políticas de austeridad:

Conforme se va priorizando actualmente la lucha contra los déficits públicos y la generalización de las políticas de austeridad, las fuerzas internacionales más conservadores siempre al servicio del capital financiero, amenazan nuevamente con derribar toda forma de economía productiva para hacer triunfar de nuevo el parasitismo y la putrefacción (Vergopoulos, 2011, p. 15).

Toda vez que la caída de la demanda y de los precios eleva el valor real de los medios de pago, al capital financiero le conviene una

economía estancada e inclusive la depresión. Asimismo, aquellos países que han acumulado enormes reservas en dólares ante el clima de incertidumbre que priva en el ámbito mundial, no les conviene la recuperación con un dólar débil, pues esto llevaría a devaluarse sus reservas. Por ello, los países excedentarios, como China y Alemania, se benefician también de la recesión y la deflación.

Va saliendo a relucir entonces, con la profundización de la crisis, que el capital financiero medra de la atrofia del productivo y que, por tanto, la situación que afecta a millones de personas en el mundo, como el desempleo, la desvalorización de los bienes, la pobreza etc., resulta rentable a una reducida elite de magnates, que son quienes gobiernan al mundo.

Sin embargo, el dominio financiero constituyó solamente una tabla de salvación temporal para el capitalismo, pues al apuntalarlo sin resolver los problemas productivos, lo único que se logró fue profundizar el subconsumo y la sobreacumulación, con lo cual se potenciaron las contradicciones del sistema.

En el ámbito productivo, la recuperación de la crisis se resolvió mediante el aumento de la explotación, acicateada por el desempleo que alcanzó el 9,5% en términos reales en 2009 (Reuters, 2009). Con ello se daba una nueva vuelta de tuerca a las condiciones que propiciaron la crisis: reducción de salarios, desigualdad, concentración del ingreso, incapacidad de la población para consumir la producción excedente, endeudamiento familiar y de las empresas, flujo del capital productivo hacia los fondos financieros, pero esencialmente especulativos. El círculo perverso del capitalismo finisecular.

### ***La recuperación parcial y el inicio de la crisis: 2014-2020***

En 2014 ocurrió la caída de los precios del petróleo en el ámbito mundial, lo cual le permitió a Estados Unidos retomar el control del hidrocarburo. El tipo *West Texas Intermediate* (WTI) se desplomó de 110 dólares el barril hasta 45 dólares. Este hecho tuvo que ver con el

desarrollo exitoso de un sustituto: el gas y petróleo *shale* que le permitió a la potencia del norte, además de abastecerse internamente de gas, convertirse en un exportador (Arancón, 2014) y con ello, concluir la fase expansiva del precio del petróleo iniciada en el 2003.<sup>18</sup>

El declive del precio del petróleo favoreció a la industria, al reducir sus costos. Este hecho, junto con la revaluación del dólar y el declive de la tasa de desempleo en el país del norte, parecían preludear la salida de la crisis del 2008.

Sin embargo esto no fue así, pues mientras en la década de los ochenta, durante la salida de la crisis del régimen productivo transnacional, Estados Unidos registró tasas del 4,6% en 1983 y llegó a alcanzar hasta 7,3% en 1984 (BEA, 2015); en el período postcrisis del 2008 registró tasas muy moderadas e incluso declinantes, pues para 2020 bajó a 1,96% (Ibarra, 2020, p. 25).

En el ámbito mundial la situación fue muy similar a Estados Unidos. Entre 2011 y 2018 la economía mundial solamente creció al 3,6%, las naciones industrializadas al 1,9% y el resto del mundo (donde se encuentran China e India) a 4% (Ibarra, 2020, p. 16).

La razón principal de que el capitalismo no haya podido superar la crisis de 2008 y permaneciera en un estancamiento, lo constituye el hecho de que no se superaron los procesos de sobreacumulación y sobreproducción de mercancías, al tiempo que se repitió la salida financiera de la crisis que se había hecho en 1973 y en 2001-2002. En consecuencia, continuaron los procesos que causaron la crisis.

El proceso de desindustrialización persistió, pues en Estados Unidos la producción industrial cayó en 0,4% a principios de 2020 con relación a 2019, mientras que en Alemania el declive fue de 1,7% en octubre de 2019.

---

<sup>18</sup> La caída del precio del petróleo se vio agudizada y sostenida por la posición de Arabia Saudita, que se negó a reducir la producción como medida para sostener los precios, debido a que, según Ramonet (2015), intentaba impedir que Estados Unidos abandonara el blanco militar de medio oriente.

[...] Estados Unidos se encuentra en una situación similar a la que Keynes denominó trampa de la liquidez, y que consiste en tasas de interés bajas que no generan un crecimiento importante en la inversión productiva y en el empleo, a pesar de la excesiva liquidez que existe en el mundo, y sí generan un incremento del atesoramiento y de la incertidumbre mundial, que no generan crecimiento económico fuerte y sí endeudamiento (Dabat y Leal, 2019, p. 102).

De esta suerte, se fueron creando por enésima vez, las condiciones para otra crisis expresada en una burbuja financiera a punto de estallar. Si bien la pandemia del coronavirus aceleró la crisis mundial, sus disparadores se habían venido formando un quinquenio antes, al no resolverse la crisis de 2008.

Mientras en 1939 el mundo se dirigía a otra debacle al no superarse las causas de la crisis del 29 y fue “salvado” por la segunda guerra mundial, ahora el mundo se dirigía a otra gran depresión y fue hundido por el coronavirus.

### **La crisis de hegemonía: 2000-2023**

Varios autores: Dabat (2016), Arrighi (2007), Merino (2019), Arizmendi (2018), coinciden en que a partir del 2000, Estados Unidos ingresó en una crisis de hegemonía, entendida como aquella en la cual,

[...] el Estado hegemónico vigente carece de los medios o de la voluntad para seguir impulsando el sistema interestatal en una dirección que sea ampliamente percibida como favorable, no solo para su propio poder, sino para el poder colectivo de los grupos dominantes del sistema (Arrighi, 2007, p. 160).

Los acontecimientos que ocurrieron al inicio de la primera década de los dos mil, como la derrota sufrida en la segunda guerra de Irak, el ataque a las Torres Gemelas en el 2001, que constituyó el

desafío de una organización terrorista a su hegemonía militar, la crisis de las *punto.com* de la cual salió creando una burbuja financiera y la entrada de China a la OMC (Dabat y Leal, 2019, p. 101), constituyeron las señales primigenias del declive geopolítico de la gran potencia del norte, así como de la decadencia de su hegemonía.

Esto se evidenció en primer lugar con la crisis sistémica de 2008, debido fundamentalmente a la salida financiera que impulsó el gobierno de Obama, lo cual llevó a debilitar la capacidad productiva del país y, como vimos, a impulsar el estancamiento y la contracción económica. Ello le impuso una enorme fragilidad a la competencia intercapitalista, a la vez que provocó una proclividad a la formación de nuevas burbujas financieras y con ello a la desestabilización permanente del sistema. Mientras en 1945 Estados Unidos participaba con el 40% de la producción mundial, en 2018 solo llegaba al 27% (Hobsbawm, 2019) Según Gabriel Merino (2019, p. 91) en los últimos quince años han quebrado en Estados Unidos 60 mil empresas y se han perdido cinco millones de puestos de trabajo.

El capitalismo neoliberal decadente impulsa como mecanismos contrarrestantes de la caída tendencial de la cuota de ganancia el endeudamiento y la financiarización, con el fin de continuar el ciclo productivo. Por consiguiente profundiza las contradicciones del sistema y lleva a la potencia del norte a depender de los países acreedores y de los inversores extranjeros, debilitando su hegemonía económica (Sotelo, 2019, p. 106). Según Harvey (2007, p. 155), Estados Unidos requiere más de 2000 millones de dólares diarios para cubrir su déficit por cuenta corriente, “[...] es la evidencia de un proceso duradero de descomposición sistémica, de desorden creciente, de entropía que se manifiesta en el comportamiento de las clases dirigentes corroídas por el parasitismo” (Beinstein, 2018a, p. 128).

En segundo lugar, Estados Unidos ya no posee el liderazgo mundial en la tecnología de punta. A diferencia de los años noventa en los que ejerció la hegemonía en la informática, ahora países como China, Alemania, Rusia y Corea del Sur comparten el liderazgo de innovación en la nueva tecnología de punta: robótica, nanotecnología,

adelantos médicos, biología sintética, impresoras 3D, IA. Según Raúl Zibechi (2018, p. 2), las inversiones estadounidenses en tecnología de punta son actualmente un quinto de las que tenía a principios de los años dos mil.

En tercer lugar, la debilidad económica obliga al imperio en decadencia a elevar el gasto militar con el fin de mantener su poderío, lo que resulta muy costoso. Así, mientras va reduciendo su capacidad productiva, va incrementando su capacidad militar. Actualmente maneja el 40% del gasto bélico total, con 800 bases militares distribuidas en 130 países. (Katz, 2017, p. 123). Sin embargo, dada su situación de acreedor mundial, el gasto militar resulta cada vez más oneroso. Le está ocurriendo como a Gran Bretaña en su decadencia, ya que la enorme extensión del imperio y la necesidad de impulsar el gasto militar, le generó el síndrome de los imperios en declive, identificado por Paul Kennedy (2009, p. 828), donde la mera administración y el control de los espacios extrae la mayor parte de las energías del sistema.

En cuarto lugar, la debilidad competitiva y el ascenso de potencias emergentes que le disputan la hegemonía, lleva al imperio estadounidense a intensificar los conflictos, creando lo que se ha llamado, “guerras proxy” o “guerras sustitutas” para enfrentar a las potencias rivales como China y Rusia (Arizmendi, 2018, p. 176), de las cuales un claro ejemplo es el conflicto Rusia — Ucrania, como se verá después.

En quinto lugar, otro de los rasgos en los que se expresa la crisis de hegemonía lo constituye la degradación del imperio que se va convirtiendo en lo que *Jorge Beinstein* llama lumpen imperialismo: “Completamente dominado por intereses parasitarios, embarcado en una lógica destructiva de su entorno, que al mismo tiempo va degradando sus bases de sustentación interna” (Beinstein, 2018b: 231). Una expresión de ello es que en los bancos de Estados Unidos se lava el 70% del dinero generado por el narco, como una evidencia del *capitalismo mafioso*, en el que las actividades extraeconómicas van quedando fuera del control de los gobiernos y degradando a las

empresas, cada vez más involucradas en negocios de dudosa procedencia (Katz, 2017, p. 126).

El imperio se degrada empujado por sus estrategias de recomposición. Respuestas salvajes que al intentar imponer una reproducción devastadora, que niega estratégicamente la supervivencia de la mayor parte de la humanidad, crean las condiciones de su caída. Si no hace nada se sigue hundiendo. Las ganancias corporativas caen, los tejidos productivos se debilitan, pero si hace lo que le dictan sus intereses concretos se hunde mucho más (Beinstein, 2018a, pp. 169-170).

En sexto lugar, una de las expresiones más claras de la crisis de hegemonía de Estados Unidos en la década de los dos mil, lo constituye la ruptura de la fracción dominante en este país. El triunfo de Donald Trump reflejó de manera rotunda que el poder sin fisuras que había desarrollado el capital financiero militar corporativo, ya no es absoluto. Trump representó al capital industrial atrasado, productor de carbón, acero y aluminio, a la mediana producción industrial para el mercado interno; mientras no comulga con el capital financiero al que llamó “los gatos gordos de Wall Street” (Merino, 2019, p. 89). Pretendió volver a poner la producción manufacturera en el centro de la acumulación, para cuyo efecto emprendió una política proteccionista, imponiendo aranceles a los productos chinos, relocalizando las industrias que están territorializadas en otros países, reduciendo los impuestos a las empresas productivas. Si bien el capital financiero sigue siendo dominante, pues como dice Bernie Sanders, “no es el congreso el que controla Wall Street; es Wall Street, quien domina al Congreso” (Krugman, 2015); el triunfo de Trump expresaba el declive del poder monolítico que conservaba hasta entonces el grupo político de Obama. No es que Donald Trump represente los intereses de un capital productivo avanzado en contra del capital financiero parasitario. En esta disputa entre “globalistas y americanistas” (Merino, 2019, p. 88), se trata de lo que Adrián Sotelo (2019, p. 127) llama “capitalismo funesto”, capital conservador, racista, basado en la superexplotación del trabajo, antinmigrante, supremacista

blanco, etc. No constituye todavía, por tanto, una alternativa progresista al dominio del capital financiero y especulativo, pero sí una ruptura y un debilitamiento de su poder.

Y finalmente, en séptimo lugar, el rasgo más importante que refleja la decadencia y la crisis hegemónica de Estados Unidos lo constituye el ascenso de China como potencia rival y probablemente sustituta, toda vez que a diferencia de Japón y Alemania, e incluso la Unión Europea, que emergieron en los años setenta como rivales de Estados Unidos en el inicio de su descenso, China posee las características necesarias para encarnar un rival de nivel como potencia hegemónica emergente: posee un inmenso territorio y una población de 1.300 millones de habitantes, casi la sexta parte de la población mundial. Tiene un gobierno regido por el Partido Comunista, es decir, un estado central autoritario, con gran control de la población y capacidad para imponer una economía planificada, que además se apartó de los cánones neoliberales e impulsó una política de competencia capitalista muy agresiva, que le ha permitido en un tiempo muy rápido, convertirse en una de las principales potencias productivas mundiales.

China [...] no es un capitalismo salvaje sino un capitalismo de Estado, que se dedica a proteger y subvencionar las industrias estratégicas para que la nación no vuelva a ser humillada, como sucedió con las tres invasiones que la postraron (las guerras del opio en el siglo XIX y la invasión japonesa en el siglo XX) (Zibechi, 2018, p. 2).

Desde esta perspectiva, Estados Unidos no pudo evitar el ascenso de una potencia emergente con la capacidad de competir como su rival principal, lo que constituye para algunos autores, un signo de su decadencia, en tanto no le fue posible impedir que se convirtiera en un nuevo centro potencial de la economía política global (Arrighi, 2007, p. 215).

Si bien China no buscaba constituirse en la primer potencia mundial y como dice Arrighi (2007, p. 309) “solo buscaba un lugar bajo el sol”; ha sido la propia debilidad y decadencia de la potencia del norte

la que la ha ido colocando como potencia ascendente, pues ha sabido aprovechar los errores y fracasos de Estados Unidos para apuntalar su expansión, tal como ocurrió con la guerra de Irak. De igual forma, el hecho de que Estados Unidos se ha convertido en un país con un enorme déficit en cuenta corriente, que requiere de préstamos externos, importación de bienes e inversión extranjera, permitió posicionarse a China como el gran acreedor y poseedor de reservas en divisas extranjeras denominadas en dólares, lo cual le proporcionó un enorme poder. No era lo mismo que Estados Unidos dependiera de países aliados como Japón, que de un país “comunista” ajeno a su área de influencia (Arrighi, 2007, p. 205).

De igual forma, el hecho de que China se haya convertido en uno de los países con una mayor reserva en dólares, además de proveerle poder, le posiciona como un “socio obligado, pues el destino de la moneda verde afecta ahora de manera proporcional a las dos potencias. En 2003, China reemplazó a Estados Unidos como el destino número uno de la inversión extranjera mundial (Berman, 2007, p. 421). En cuanto a la producción, a partir del 2006 superó a la Unión Europea (con 27 países), a Estados Unidos y a Japón como principal exportador de manufacturas de alta tecnología, acaparando el 16,9% del mercado mundial (Herrera, 2017, p. 112). Asimismo, de las 500 corporaciones principales en el ámbito mundial, los tres primeros escaños son ocupados por China, a pesar de que Estados Unidos posee un número mayor. En cuanto a las patentes, China poseía para 2012, 535 mil, por encima de las 268 mil de Estados Unidos (Herrera, 2017, p. 109).

El ascenso de China se ha realizado sobre la decadencia de Estados Unidos. Esta potencia vio caer su participación en el PIB mundial de 31,6% en 1960 a 24,5% en 2013, y 23,34% en 2022. China, en cambio, pasó de 1,5% a 13,6%, y a 18,19% en el mismo período (BM, 2023). También ha tenido que ver, además de la debilidad y errores de Estados Unidos para sostener su poder, con la estrategia que ha llevado a cabo para consolidar su economía y salir del subdesarrollo. Impulsó un conjunto de reformas que tenían el objetivo de favorecer

el interés nacional chino más que los intereses del capital nacional y transnacional (Arrighi, 2007, p. 369).

Para un amplio grupo de especialistas, el mayor recurso de competencia que ha utilizado China con sus rivales occidentales, ha sido el bajo salario y la gran cantidad de fuerza de trabajo que posee. Sin embargo, lo que le ha permitido alcanzar altos niveles de competitividad ha sido el uso de técnicas que utilizan trabajo calificado barato, en contraposición al uso de máquinas y directivos de alto costo que caracterizan las formas organizacionales del trabajo en el mundo occidental (Arrighi, 2007, p. 379).

Cuando Estados Unidos tomó conciencia, China ya se había consolidado como la gran potencia rival que es actualmente. En consecuencia, ha impulsado un acoso militar, a pesar de que tiene una indiscutible superioridad en este terreno.

[...] los aviones y buques de guerra estadounidense merodean incessantemente por las inmediaciones de las costas chinas; [...] hay misiles estadounidenses con cabezas nucleares dirigidos hacia China; [...] bases estadounidenses rodean a China por todas partes; y [...] durante los últimos diez años Estados Unidos ha entregado armas cada vez más potentes a Taiwán (Arrighi, 2007, p. 296).

Si bien en un primer momento China impulsó una estrategia de expansión en la que considera a Estados Unidos como un potencial socio, sin disputar la hegemonía, la embestida tanto de Trump como de Biden de posicionar a este país como un enemigo declarado, ha llevado al país oriental a transformar y radicalizar su estrategia expansionista.

En el ámbito militar China es hoy la tercera potencia nuclear, mientras ha respondido a la guerra arancelaria de Estados Unidos imponiendo también impuestos a las importaciones provenientes de Norteamérica.

En el ámbito comercial está impulsando la construcción de una inmensa red geoeconómica del transporte y las comunicaciones en una amplia zona que contempla Asia Central, India y Medio oriente,

Océano Índico y África, uniendo a China con Europa, o dicho de otro modo, Pekín — Berlín pasando por Rusia (Gandásegui, 2017, p. 74). Se conoce como la Franja y la Ruta o la Ruta de la Seda, “involucra 60 países donde habitan 4.400 millones de habitantes (63% de la población mundial), se encuentra el 75% de las reservas energéticas conocidas del mundo y 55% del PIB mundial” (Merino y Narodowski, 2019, p. 44) y es un ambicioso trayecto para movilizar las mercancías y los combustibles, pero también para disputar los recursos naturales que resultan estratégicos en la actual competencia por el poder mundial.

En el ámbito monetario ha creado instituciones multilaterales como BAI, e instituciones de seguridad, como la Organización para la cooperación de Shanghái, junto con Rusia y otros países de Asia Central (Merino y Narodowski, 2019, p. 45).

Sin embargo, a pesar del avance de China, Estados Unidos sigue siendo el principal inversor en el ámbito mundial, con una primacía indiscutible en el petróleo y la minería, así como en el ámbito agroalimentario, como ya señalamos, las armas y los metales raros. Tiene además el control financiero mundial y el dominio militar.

En este sentido, existe un debate en torno a la posibilidad de que China pueda ocupar el lugar de Estados Unidos en la hegemonía mundial. Autores como Arrighi (2007, p. 305), Merino y Narodowski (2019, p. 45) y Arizmendi (2018, p. 182), consideran que esto es posible pero en un período de tiempo largo que podría prolongarse hasta el 2050. Para autores como Alejandro Dabat y Paulo Leal (2019, p. 108), China no reúne las condiciones para ocupar un lugar hegemónico mundial, por lo que considera que prevalecerá una hegemonía compartida o un mundo multipolar.

Desde mi perspectiva, es cuestión de tiempo que China logre posicionarse en el primer lugar de los ámbitos estratégicos, pues presenta tendencias similares a las que ocurrieron en el tránsito de los países Bajos a Gran Bretaña y de ésta a Estados Unidos. Con quien guarda más similitudes es con este último país. La etapa que atravesamos es muy similar al período de entreguerras, de 1914 a 1945, en el cual Estados Unidos no pudo o no quiso asumir la hegemonía

a pesar del declive de Gran Bretaña, al igual que China hoy ejerce un liderazgo económico sin hegemonía, mientras Estados Unidos impone la dominación coercitiva sin hegemonía, por lo cual impera un vacío de poder en el ámbito mundial que ha desembocado en el caos sistémico.

### ***Crisis de hegemonía y pandemia***

En este apartado nos proponemos analizar el impacto de la pandemia del covid-19 sobre la crisis de hegemonía por la que atraviesa Estados Unidos.

El primer aspecto que vale la pena mencionar es el referido a la crisis capitalista que la pandemia precipitó. Como señalamos antes, el virus no provocó la crisis, pues ésta se venía gestando anteriormente, pero constituyó su catalizador.

El confinamiento obligatorio desató un conjunto de situaciones en el ámbito económico que adelantaron la crisis: caída de la producción, rompimiento de las cadenas productivas, incremento del desempleo, declive de los ingresos de amplias masas de la población, caída de la rentabilidad, cierre de múltiples empresas, caída de la demanda y del consumo en una gran variedad de sectores productivos, agudización del empobrecimiento y la exclusión, aparición de situaciones de hambruna, incertidumbre en las bolsas de valores, insolvencia generalizada entre sectores de deudores, etc.

A diferencia de la crisis de 2007-2008 conocida como la *Gran Depresión*, que inició en el ámbito especulativo, la crisis de 2020 inicia en el sector real de la economía, mientras el capital financiero se ve afectado posteriormente.

Con el fin de tener una idea de la ruptura productiva que significó la crisis catalizada por el covid-19, la ciudad de Wuhan, donde surgió el virus, provee insumos a 51 mil empresas en todo el mundo, que se vieron enfrentadas a la insuficiencia de bienes al estallar la pandemia (Katz, 2020, p. 3).

Estados Unidos registró una tasa de desempleo del orden de 10,2% en los primeros meses del inicio de la pandemia, el peor registro desde la crisis de 1929. Debido a esta situación 30 millones recibieron ayuda y beneficios por desempleo en ese país. Por su parte el PIB cayó 31,7% en el segundo trimestre del año, hecho que desembocó en el ámbito financiero (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos [OCDE], 2020).

Sólo entre mediados del mes de febrero y marzo del 2020, las tasas de bonos gubernamentales a diez años cayeron casi 50% al reducir sus rendimientos de 1,6% a 0,88% (Ibarra, 2020, p. 19). Tal situación trajo consigo la huida de los capitales de los países del sur global, mientras sobrevino el declive de las monedas con relación al dólar de países como México, Brasil y Sudáfrica.

En otro aspecto, la crisis se manifestó en la caída del precio del petróleo ante el declive de la demanda de combustible. El 20 de abril de 2020, el tipo *West Texas* cayó a -37 dólares, es decir cifras negativas, situación que no había ocurrido anteriormente (Ramonet, 2020, p. 21). Como puede verse en la siguiente gráfica, la caída promedio en 2020 fue superior a la de 2009.

**Gráfica 07**

**Precio Internacional del Petróleo, 2000-2020\***  
Promedios mensuales. Dólares por barril



Fuentes: FMI Stats. Primary Commodity Price. [<https://www.imf.org/en/Research/commodity-prices>]

La crisis de la economía real ha tenido un impacto muy fuerte en la crisis de hegemonía de Estados Unidos que, como señalamos, emergió a principios de los años dos mil.

En primer término, la pandemia del covid-19 impactó a una sociedad mundial que presenta una enorme vulnerabilidad debido a la transición hegemónica y al debilitamiento del poder mundial de la potencia principal. Al igual que la mal llamada “gripe española” tuvo un impacto funesto a principios del siglo pasado, en tanto golpeó a una población que acababa de sufrir la primera guerra mundial; la actual pandemia impactó sobre un sistema capitalista degradado, que ha reducido e incluso desaparecido el sistema público de salud, tornando la medicina privada un jugoso negocio de grandes dimensiones, con lo cual se carecía de la infraestructura y los insumos necesarios para enfrentar este problema.

La vulnerabilidad se observó también en la emergencia de la crisis epidemiológica de la que forma parte el covid-19. Como lo ha demostrado Luis Arizmendi (2020, p. 8), el covid-19 conforma un proceso general que arrancó en el año 2000 con el *Síndrome Respiratorio Agudo Coronavirus 2* (SARS), siguió con la gripe aviar en 2005, continuó con la gripe porcina en 2009, llegó al *Síndrome Respiratorio de Oriente Medio* (MERS) en 2012 y desembocó en el más letal y masivo de los virus con el covid-19. Esta crisis epidemiológica constituye la expresión de, por un lado, una debilidad societal para enfrentar este tipo de enfermedades y por otro, la expansión de un dominio agroalimentario corporativo tóxico que lleva al traslado de virus animales hacia humanos, generando situaciones sanitarias inéditas que son cada vez más letales y generalizadas. Es la expresión de un capitalismo “de la muerte”, totalmente desprovisto de ética, que solo aspira a incrementar las ganancias a costa de los desastres ambientales más agudos y forma parte de la crisis civilizatoria que enfrenta la humanidad.

El segundo aspecto de la degradación del sistema capitalista debido a la transición hegemónica, lo constituye la crisis y debilitamiento de los organismos multilaterales y las organizaciones de

las naciones, como la ONU, la OMS, etc., que se mostraron incapaces para brindar una solución integral que involucrara a la mayor parte de los países para solucionar la pandemia. Lo que se observó, fue un reducido poder de convocatoria de la OMS para dar soluciones, así como enfrentamientos con Estados Unidos, que acabó retirando su contribución, y en lugar de una estrategia mundial, respuestas aisladas en cada país. La propia Unión Europea fue incapaz de impulsar una estrategia colectiva a la pandemia. Como señala Claudio Katz (2020, p. 4), fue más fácil regular el comportamiento de los bancos y las empresas durante el 2008, que el sistema sanitario durante el 2020.

Este comportamiento descoordinado de los países llegó incluso al enfrentamiento, cuando se dieron actos de piratería al principio de la pandemia, pues algunos países se apropiaron de aviones con insumos médicos que no les pertenecían. “Estados Unidos y Francia adoptaron este comportamiento de ‘corsarios’ frente a cargamentos destinados a España e Italia” (Katz, 2020, p. 5).

En el ámbito político, la degradación del sistema se observó en la intensificación de los conflictos sociales. Antes del covid-19, habían estallado un conjunto de movimientos en Santiago de Chile, Hong Kong, Teherán, Bagdad, Beirut, Argel, Paris, Barcelona y Bogotá, como muestra del descontento generalizado ante los efectos del neoliberalismo.

Cuando estalló la pandemia se suspendió la guerra en todos los frentes: Libia, Siria, Yemen, Afganistán, Sahel, Gaza; mientras que ya en el transcurso de la crisis epidemiológica surgieron movilizaciones inéditas en Estados Unidos y otras partes del mundo en contra del racismo, ante el asesinato del afroamericano George Floyd por policías en Minneapolis.

Esta situación muestra una cara de la transición, atravesada por múltiples conflictos sociales como una expresión de la decadencia del neoliberalismo y la crisis de hegemonía, cuyos manifestantes no se detienen ni siquiera por el miedo a los contagios.

En este mismo tenor, la mayoría de los autores: Arizmendi (2020), Dabat y Hernández (2020), Katz (2020), Ibarra (2020), Borón (2020) y Harvey (2020), están de acuerdo en que la crisis sanitaria ha fortalecido el declive hegemónico de Estados Unidos. En primer término, por su incapacidad para enfrentar la pandemia, esta vez como resultado de la estrategia de Trump, quien subestimó el problema con el fin de no afectar a la economía. Debido a ello, se convirtió en el país con el mayor número de casos y muertes por el letal virus. Pero además, por no poder controlar la situación en su país, fue incapaz de liderar la situación mundial en favor de las poblaciones. Con ello se desnudó el verdadero rostro del imperio: “Se ha retirado al autoaislamiento y transmitió una imagen de impotencia interna, que socava su autoridad actual en el exterior” (Katz, 2020, p. 11).

Mientras la pandemia hundió a Estados Unidos en el desprestigio y el rechazo internacional, China ha sabido, como siempre, aprovechar la debilidad de su rival para fortalecer su presencia mundial. A diferencia de aquel, este país logró controlar tempranamente la pandemia, pues mientras en Estados Unidos, en 2022 se registraron 95.133.817 contagios y 1.049.859 muertos, China llegó a 2.604.266 contagiados y 15.012 fallecidos (Universidad John Hopkins, 2022). Asimismo, impulsó la ayuda enviando aviones con insumos a un amplio grupo de países, entre ellos España e Italia, a la vez que puso a disposición abierta la estrategia impulsada para frenar el mal. A su vez, dio una respuesta al origen de la pandemia al prohibir la caza, transporte, comercialización y consumo de comida animal salvaje (Arizmendi, 2020, p. 17).

En este contexto, no solamente Estados Unidos fue fallido en el manejo de la pandemia. Se observa una gran diferencia en el efecto del covid-19 en los países occidentales con gobiernos neoliberales frente a aquellos que Alejandro Dabat y Alfonso Hernández (2020, p. 42) llaman de Economía Mixta Social Productivista, (China, Rusia, India, Corea del Sur, Irán, Vietnam, Malasia, Singapur, Argentina y Cuba), pues estos registraron el 14% de los contagios con 42% de la población, mientras el grupo de países neoliberales (Estados Unidos,

Reino Unido, Brasil, España, Italia, Francia, Alemania, Canadá, Bélgica y Países Bajos) registraron el 61% de los contagios con 12% de la población (Dabat y Hernández, 2020, p. 41).

De esta suerte, China sale fortalecida de la pandemia y se perfila como el hegemon sustituto de Estados Unidos. Mientras este país tuvo un declive del PIB de 31,2% en el segundo trimestre del año, como señalamos, China registró un crecimiento del 3,2%. Por ello, el primer ministro de China Xi Jinping declaró: “Lideramos la recuperación económica y la lucha contra el coronavirus” (BBC, 2020).

Sin embargo, esta superioridad de China sobre Estados Unidos es relativa, pues todavía es temprano para el declive total de la gran potencia del norte. En esta transición hegemónica, la salida de la crisis económica y sanitaria del covid-19 ha sido lenta y farragosa, mientras se vislumbra el fortalecimiento del control popular por los estados, así como un recrudecimiento de la explotación del trabajo, a la vez que el ascenso de gobiernos y políticas de derecha con el fin de rescatar al capitalismo de la debacle, lo que Luis Arizmendi (2020, p. 18) llamó, el estado de excepción planetario. Si en 1945 la segunda guerra mundial “salvó” al mundo de la crisis, puede forjarse otra salida violenta para rescatar al capital de su hundimiento. Tal es el caso de la guerra de Ucrania que trataremos enseguida.

### ***La guerra de Ucrania***

La guerra de Ucrania constituye un conflicto largamente engendrado, pues sus orígenes se remontan a la construcción de la OTAN ( Organización del Tratado del Atlántico Norte) en 1949, así como a las políticas de occidente para fortalecerla. Esta organización fue formada durante la guerra fría con el fin de establecer una ofensiva colectiva contra la URSS. Fue integrada fundamentalmente por Estados Unidos, Canadá y diez países europeos, que tenían como objetivo declarado garantizar la seguridad y la libertad de los países miembros, pero que en realidad perseguían el control de la frontera

de la URSS, para generar respuestas bélicas inmediatas contra el enemigo eslavo.

A pesar de que la URSS se desintegró, se mantuvo la organización con el fin de preservar el poder de Estados Unidos sobre Europa, así como para contener a una Rusia muy debilitada. Asimismo, se hizo un pacto no formalizado entre James Baker, secretario de Estado de la administración de George W. Bush y Mijaíl Gorbachov, en el sentido de que ya no ingresarían más países a la OTAN. Sin embargo este pacto se rompió pues ingresaron catorce países más: República Checa, Hungría y Polonia en 1999; los países bálticos Lituania, Estonia y Letonia, más Bulgaria, Rumanía, Eslovaquia y Eslovenia en 2004; Croacia y Albania en 2009 y finalmente Montenegro en 2017 (Merino, 2022, pp. 125-126).

En este contexto, desde 2008 el gobierno de Estados Unidos planteó el interés de la incorporación de Ucrania y Georgia a la OTAN, no obstante, no se realizó. La cuestión fue retomada por el gobierno de Biden. En los dos meses previos a la invasión de Rusia sobre Ucrania, Estados Unidos y los países europeos se negaron a desechar el proyecto de incorporación de Ucrania a la OTAN, a desmilitarizar a los estados que tienen frontera con Rusia y a reactivar el Tratado que contemplaba la reunificación de Ucrania como una República Federal; elementos que constituían las condiciones de Rusia para cancelar el proyecto bélico (Altamira, 2022). Toda vez que no se llegó a ningún acuerdo, el 24 de febrero de 2022 Rusia inició la llamada “Operación militar especial” con el avance de las tropas sobre Ucrania. Le llamó así porque consideró que muy rápidamente podría destituir a Zelensky y lograr sus objetivos, que consistían en retomar su influencia sobre Ucrania, asegurar Crimea, reanexar las provincias prorrusas del Donbás e impedir que Ucrania ingresara a la OTAN.

El hecho de que Ucrania constituye un espacio estratégico para Rusia, no solamente por las regiones prorrusas que lo habitan, sino porque es una frontera sensible en la cual resulta inadmisibles tener bases militares de Norteamérica, además de que es lo que se conoce como un “estado tapón” como salida al mar; implicaba que la

iniciativa de Biden de integrar a dicho país a la OTAN, necesariamente generaría una respuesta bélica de Rusia. Esto ha llevado a varios analistas a considerar que Estados Unidos impulsó una estrategia de provocación para que Rusia iniciara la guerra.

Desde el punto de vista de Monereo, este conflicto fue buscado tanto por la OTAN como por Estados Unidos. Estos dos actores, definidos como agresores estratégicos, en términos del autor, han instado a Rusia a convertirse en el agresor operativo de esta confrontación ante los ojos del mundo. En este sentido, la nación rusa ha adoptado una postura defensiva, en vista de que considera que sus intereses estratégicos no han sido contemplados [...] (Melo, 2022, p. 35).

Desde esta perspectiva que compartimos, podemos plantear que la guerra de Ucrania ocurre en el contexto de las acciones emprendidas por Estados Unidos para remontar la decadencia del imperio.

Esto significa, en primer término, que la guerra de Ucrania no constituye una expresión de fuerza de Estados Unidos, sino de debilidad; en tanto que forma parte de una estrategia que pretende frenar a las potencias emergentes que encarnan una competencia peligrosa, con el fin de retomar o conservar su fuerza hegemónica. A pesar de que ha perdido fortaleza económica frente a sus rivales, principalmente de China, conserva íntegra la supremacía militar, por lo que decidió hacer uso de ella para preservar su poder.

Varios analistas coinciden en que la guerra va dirigida fundamentalmente contra China, pues pretende debilitar a Rusia con una guerra prolongada y con ello, aislar a la gran potencia oriental, ponerle una advertencia en caso de que intente invadir a Taiwán, e ideológicamente colocarla en el ámbito de los adversarios de occidente.

Sobre ello, Víctor López señala:

Nuestra hipótesis es que en esta guerra los Estados Unidos tienen como destinatario final a China. El apoyo dado a Ucrania fue hecho con la finalidad de atraer a Rusia y forzarlo a invadir y crear el teatro

de guerra que, además de ser un jugoso negocio para los productores de armas, ponía en un dilema a Rusia (López, 2022, p. 31).

Sin embargo, a pesar de la debilidad mencionada, la guerra de Ucrania le ha permitido a Estados Unidos obtener varias ganancias.

En primer lugar, el sometimiento de los países europeos que se han plegado a la presión de Norteamérica a fin de que sigan sus directrices y aporten recursos para la guerra. Asimismo, ha logrado romper el vínculo de Alemania con Rusia, que se había construido sobre el abasto de gas que Rusia le administraba. Este país ha denunciado que el sabotaje perpetrado contra la red de abastecimiento de gas a Alemania, el gasoducto *Nord Stream 1*, fue obra de Norteamérica.

En segundo lugar, tal situación le ha permitido a Estados Unidos obtener el mercado energético de Europa y convertirse en su principal abastecedor. Europa recibe ahora una energía encarecida, lo cual llevó a su población a una crisis energética por los elevados precios que ha tenido que enfrentar.

En tercer lugar, la guerra de Ucrania le ha permitido a Estados Unidos recuperar legitimidad mundial como el salvador de los países víctimas, a pesar de que intervino en el golpe de Estado que se perpetró en 2014 contra el gobierno prorruso y permitió que se eligiera al gobierno pronazi de Zelenski.

En cuarto lugar, las empresas norteamericanas de armas se han visto ampliamente favorecidas con la guerra, lo cual tiene también un beneficio en el ámbito electoral para Biden, toda vez que la guerra permite a la economía norteamericana crecer al generarse una demanda creciente.

A pesar de estas ganancias la guerra ha mostrado y fortalecido en mayor medida la decadencia de la gran potencia. Esto es así debido en primer lugar a que, a pesar de la fuerza tanto de Estados Unidos como de sus aliados, no han logrado hasta ahora quebrar la economía rusa a través de los bloqueos perpetrados, pues el país eslavo ha logrado colocar su energía en países como China e India, a la vez que ha obtenido un fortalecimiento del rublo, con lo cual se ha expresado

que, a pesar de su poder, Estados Unidos no puede ya hundir a una economía que es doce veces menor a la suya.

Asimismo, su estrategia de golpear a China tampoco ha resultado, pues este país ha establecido una alianza económica con Rusia, no se pronunció en contra de la invasión y ha logrado salir del foco de las agresiones de Estados Unidos en tanto éstas se concentran ahora en el país eslavo.

De igual manera, la presión sobre Rusia ha llevado al fortalecimiento de un bloque no occidental, con el posicionamiento de los BRICS, que se ha convertido en una organización atractiva para un conjunto de países. Hasta ahora han sido aceptados países como, Irán, Egipto, Etiopía, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita, mientras un amplio grupo espera ser aceptado.

Otro aspecto que ha resultado contraproducente para Estados Unidos, lo constituye el incremento en los precios de las materias primas, entre ellas el petróleo, que provocaron una fuerte inflación como resultado de la guerra, con lo cual se ha generado un problema económico mundial. La respuesta de los países desarrollados al elevar las tasas de interés ha provocado el freno a la inversión productiva, a la vez que el descontento de la población ha traído consigo un proceso de deslegitimación de los gobiernos en varios países europeos (Merino, 2022, p. 137)

Sin embargo, desde mi perspectiva, la expresión más importante del impacto de la guerra sobre la decadencia de Estados Unidos, lo constituye el proceso que se ha llamado como *desdolarización*. El bloqueo económico a Rusia llevó a que se iniciara un intercambio de mercancías con monedas nativas entre los países, lo cual redundó en un fortalecimiento del yuan y, en contrapartida, un proceso de debilitamiento del dólar en el mercado mundial, lo cual ha golpeado en el ámbito financiero a Estados Unidos. A pesar de que se trata de una *desdolarización soft* como señala Jalife-Rahme (2023), a la vez que la mayor parte de las transacciones mundiales continúan en dólares; se ha abierto una grieta en el sistema financiero occidental, que

marca el declive estructural del neoliberalismo y del dominio del capital financiero sobre el productivo.

Como hemos narrado, todas las acciones emprendidas por Estados Unidos para recuperar su poder y socavar el de China le han resultado contraproducentes.

Con la guerra de Ucrania, China ha obtenido más ganancias que pérdidas. En primer lugar, porque la inflación que golpeó a occidente le impactó en menor medida a China. Mientras en 2022 la inflación en Estados Unidos alcanzó el elevado nivel de 8,0% (BM, 2023), en China solamente llegó a 1,88%. Para 2023 había bajado a 0,66% (Statista, 2023).

Por otro lado, China se ha beneficiado al convertirse en el respaldo de Rusia, en tanto establece una alianza con una Rusia debilitada por la guerra, lo cual le beneficia por la adquisición de materias primas baratas y el establecimiento de acuerdos en los que puede poner condiciones que antes de la guerra no le era posible.

Asimismo, fortalece su liderazgo sobre los países que no aceptan el dominio occidental, como ha resultado con el BRICS; ha fortalecido su moneda y sobre todo reafirma su modelo de socialismo de mercado autoritario ante el neoliberalismo decadente, a la vez que como mencionamos sale del foco de ataques de Estados Unidos.

Podemos concluir que la invasión rusa a Ucrania, es una guerra de *interregno* (Sanahuja, 2022, p. 87), es decir, que forma parte de la transición hegemónica y con ella de las estrategias de Estados Unidos para recuperar su poder, pero, si bien obtiene algunas ganancias secundarias, horada el eje principal de su dominio en el ámbito financiero, debilita a su aliado principal que es Europa y desemboca en una guerra prolongada, que trae consigo la pérdida de miles de vidas humanas y de recursos que no logran regresarle el poderío mundial que alguna vez ostentó.

Como señala Gabriel Merino:

[...] pareciera que lejos de detener el desarrollo de una situación de multipolaridad relativa en el mapa del poder mundial y revertir la

crisis de hegemonía estadounidense, la escalada del conflicto en Ucrania profundiza dichos procesos, consolida el ascenso de China y un conjunto de asociaciones estratégicas con centro en Eurasia, pero de escala global; y confirma que ya nos encontramos en una etapa de “caos sistémico” (Merino, 2022, p. 139).

### ***El vacío de poder***

La actual fase de transición hegemónica atraviesa por una etapa caracterizada por el vacío de poder, en la que, como señalamos, Estados Unidos ya no tiene la capacidad para ejercer la hegemonía y solamente impulsa el dominio, mientras China carece aún de la capacidad para ocupar su lugar, en tanto las finanzas y el poder militar le son ajenas.

Esto se refleja claramente en la frase de Ramonet (2020, p. 2) en relación con el covid-19: “El planeta descubre estupefacto, que no hay comandante a bordo”.

Existe, por tanto, un vacío de poder que genera un enorme caos, ingobernabilidad, intensificación de la competencia, confrontamientos militares y enorme descontento social.

Como señalamos, se ha impuesto una tendencia al fortalecimiento de posiciones de derecha, que surgen como una necesidad del capitalismo para someter a las clases trabajadoras e impulsar la salida de la crisis, pero dichos gobiernos enfrentan una exacerbación de las contradicciones del sistema y por tanto la intensificación de la lucha de clases.

A la par con la tendencia autoritaria, surge en este contexto lo que Arizmendi llama la tendencia liberal “con la finalidad de que la desestabilización creciente no conduzca a una crisis de gobernabilidad, impulsa la intervención efectiva de los Estados como contrapeso frente a los efectos destructivos de la violencia económica — anónima, oponiéndose al despliegue de violencia político — destructiva” (Arizmendi, 2020, p. 11).

Algunos de los gobiernos de la Economía Mixta Social Productivista que mencionamos, y los gobiernos progresistas han surgido dentro de esta corriente que se opone a la tendencia autoritaria de salida de la crisis. Gobiernos como Cuba que han tenido un papel solidario con muchos países en la pandemia, enviando médicos y experiencia en soluciones sanitarias o bien, países como Vietnam que sorprendieron al mundo por no haber registrado ninguna muerte por covid-19 durante muchos meses de la pandemia (Ramonet, 2020, p. 14).

En este contexto, al tiempo que se recrudecen los conflictos, el caos y la barbarie; surgen también espacios abiertos de oportunidad para la transformación en favor de las clases subalternas. Como señala Atilio Borón: “Tremendo desafío para quienes queremos construir un mundo postcapitalista porque, sin duda, la pandemia y sus devastadores efectos ofrecen la oportunidad única, inesperada, que sería imperdonable desaprovechar” (Borón (2020, p. 6).

Asimismo, vale mencionar que, el declive del neoliberalismo no se consumó con la crisis de 2008 y se prolongó de forma contradictoria el poder del capital financiero, con lo cual, como se verá después, los gobiernos progresistas emergieron en condiciones prematuras para las transformaciones estructurales que fueron alcanzadas durante el populismo.

Por lo anterior, se han desarrollado los elementos de la decadencia norteamericana sin que surjan aún los elementos germinales que permitan generar un nuevo régimen de acumulación y una nueva hegemonía mundial. En este interregno inconcluso han surgido los gobiernos progresistas de América Latina, por lo que sus condiciones son adversas.



**CAPÍTULO IV**  
**EL PROGRESISMO:**  
**1999-2023**

Cuando surgieron los gobiernos progresistas se abrió una grieta de luz en el panorama latinoamericano. Se debilitaba de la manera más inesperada la forma de estado neoliberal y con ella la exclusión más brutal que habían padecido las clases subalternas. El ascenso de Hugo Chávez al poder en 1999, marcó entonces un nuevo ciclo estatal, que se sumaba a las luchas y movimientos sociales por erradicar o debilitar al régimen de acumulación y su vocación concentradora del ingreso y del poder.

Cuando escribimos estas líneas no ha terminado aún el ciclo progresista, pero después de 23 años, ha avanzado lo suficiente para tener una visión más cercana de su esencia y características principales.

Se está en posibilidades de reconocer los alcances y limitaciones de un proceso apasionante que ha convocado a los analistas más reconocidos de la región, a la vez que ha generado un intenso debate en el que no hay todavía visiones triunfales, pues falta la distancia que da el tiempo para colocar el proceso en su dimensión histórica real.

Como lo señalamos en la Introducción, aquí se analizará el progresismo en relación con la transición hegemónica de Estados Unidos y a la crisis del régimen de acumulación neoliberal.

Los gobiernos progresistas por sí solos no tienen la capacidad ni la fuerza para imponer un régimen alternativo al neoliberalismo, mucho menos al sistema capitalista. Requieren apoyarse en una fracción del capital, que los hará más o menos radicales en función de su carácter vanguardista, y llevan en su seno el pecado de la brevedad; pero hasta la fecha, cuando gana las elecciones un gobierno de esta naturaleza, cuando se sacude un golpe de Estado como en Bolivia, cuando un expresidente como Lula recobra su libertad y sus derechos para ser presidente, sin duda es motivo de beneplácito para las clases subalternas.

Cabe preguntarse entonces ¿por qué si los gobiernos progresistas no construyen proyectos de índole distinta al capitalismo tienen el apoyo y la simpatía de los sectores populares? Esta pregunta y los

problemas planteados en la introducción serán discutidos a lo largo del presente capítulo.

## **Las causas del ascenso de los gobiernos progresistas**

### ***La crisis de hegemonía de Estados Unidos***

Desde una perspectiva estructural, las causas del ascenso de los gobiernos progresistas remiten a la crisis de hegemonía de Estados Unidos, iniciada a principios del nuevo siglo. La crisis de las punto. com ocurrida en el 2002, trajo consigo, como lo señalamos, que Estados Unidos bajara las tasas de interés con el fin de reactivar la inversión, lo cual generó la depreciación del dólar. Este proceso benefició ampliamente a los países latinoamericanos, en tanto generó la revalorización automática de las monedas, con lo cual se abarataron los productos importados y se redujo el precio de los insumos para la industria, a la vez que “representó un ancla en materia inflacionaria, coadyuvando a mantener relativamente estabilizados los niveles de precios internos” (Lichtensztejn, 2009, p. 167).

A la par con esta situación y desde un punto de vista geopolítico, la segunda guerra de Irak ocurrida en 2003, orientó el interés de Estados Unidos hacia medio oriente, con el fin de apropiarse del petróleo de esta nación, que además, como señalamos, surtía a su rival económico del Asia. Esto trajo consigo que América Latina quedara fuera de sus prioridades estratégicas como región subordinada, por lo que, se abrió la posibilidad de que surgieran gobiernos disidentes del neoliberalismo sin que Estados Unidos emprendiera represalias contra ellos.

[...] se menciona que el país norteamericano concentró sus esfuerzos militares, diplomáticos y económicos en las invasiones a Irak y Afga-

nistán y en los efectos negativos que estas generaron en los países cercanos, lo que provocó que América Latina pasara a un segundo o tercer plano de su agenda internacional, motivo por el cual la fuerza cada vez mayor que iba cobrando el giro a la izquierda no se vio amenazada por una reacción contraria desde Washington (Torrice, 2017, p. 17).

Tanto la devaluación del dólar como la aventura bélica en Irak, trajeron, además, el aumento en los precios de las materias primas en el ámbito mundial, como lo demostramos en el capítulo 3: “Al respecto hay acuerdo en que las condiciones externas del giro fueron favorables debido al notable incremento de precios de las materias primas que benefició a la región por lo menos una década” (Torrice, 2017, p. 19).

De esta suerte, los procesos que marcaron el inicio de la crisis de hegemonía de Estados Unidos, abrieron las condiciones para una mayor independencia de los gobiernos bajo procesos económicos favorables que les beneficiaban.

El incremento en los precios generó el mejoramiento en los términos del intercambio para los países de América Latina, a tal punto que según Lichtensztein (2009, p. 165), “hay que remontarse a más de un siglo para encontrar situaciones de bonanza algo parecidas a los términos de intercambio actuales, en materia de condiciones de comercio exterior”.

Tal situación permitió que se generaran excedentes a favor del estado, con lo cual se sentaron las condiciones para una mayor autonomía de los gobiernos, por lo que, al ganar las elecciones, los líderes progresistas podían impulsar políticas de nuevo corte sin ser obstaculizados por el imperio.

Otro factor que propició la mayor autonomía económica de los países en América Latina, lo constituyó el proceso de renegociación de la deuda con el FMI y el Banco Mundial, que había ocurrido durante los años noventa y principios de los 2000. Los gobiernos de Salinas de Gortari en México, Cardoso en Brasil y Menem en Argentina,

encontraron condiciones favorables para reducir el peso de la deuda, por lo que alcanzaron mayor independencia financiera (Lichtensztein, 2009, p. 168).

Desde esta perspectiva, las condiciones geopolíticas y económicas que trajo consigo la crisis de hegemonía de Estados Unidos, generaron una correlación de fuerzas favorable para las clases subalternas de América Latina y con ello, permitieron una disminución de la dependencia económica, con lo cual se estableció una nueva relación entre el centro y la periferia, que abría el cauce para el ascenso de gobiernos de nuevo tipo, bajo condiciones propicias para su desarrollo. Era la transición la que permitía, desde lo económico, el ascenso del progresismo.

### ***La crisis del neoliberalismo***

La mayor parte de los analistas que abordan el tema, coinciden en que el régimen de acumulación neoliberal entró en un proceso de agotamiento a fines de los años noventa y principios de los 2000 (Aceves y Cordero, 2010, p. 199; Ramírez 2010, p. 292; Morales 2010, pp. 181-82; Sader 2008, p. 81; Modonesi 2012, p. 149; Katz 2008, pp. 98-112; Webber, 2019, p. 107; Thwaites y Ouviaña, 2018, p. 37).

Para Valenzuela Feijoo (2013, p. 366) se trata de la crisis terminal del patrón neoliberal, expresada en su incapacidad para generar acumulación y crecimiento, mientras que las funciones históricas que cumplió —aumento del grado de explotación y sujeción al capital financiero— ya fueron satisfechas. Para el caso de México, la cuota de plusvalía ha llegado al 6.0 o más y es tan alto que lleva a serios problemas de realización, por lo que resulta disfuncional o contraproducente para el mismo sistema (Valenzuela, 2013, p. 369).

La crisis se expresó fundamentalmente en la agudización de las contradicciones que el régimen de acumulación llevaba en su seno, pues la fuerte concentración del ingreso; el reducido crecimiento del PIB, la aguda inestabilidad financiera; el proceso de

desindustrialización que le caracteriza y la exclusión de amplios sectores populares; trajeron consigo, en primer término, un enorme repudio expresado en movimientos sociales que lo cuestionaron cabalmente. Desde esta perspectiva, como se verá después, el neoliberalismo se fracturó inicialmente desde el ámbito político e ideológico, a pesar de que conserva, todavía hasta ahora, sus anclas económicas. Fueron básicamente las representaciones políticas, encarnadas en los partidos, las que se debilitaron ante la impopularidad de un régimen que ha sido inclemente con las grandes mayorías.

En segundo término, la crisis de hegemonía de Estados Unidos repercutió también en la crisis del bloque dominante, principalmente en el debilitamiento del capital financiero en la región, ante los procesos desatados por la crisis de las punto.com y la devaluación del dólar.

Se generó una desestabilización monetaria mundial que afectó a los países de la región con crisis financieras conocidas como el efecto *tequila* en México en 1995 y el efecto *samba* en Brasil en 1999, que expresaban la debilidad de sus sistemas financieros ante el desequilibrio mundial, expresados en devaluaciones de la moneda, fuga de capitales, caída de la bolsa y dependencia de la inversión extranjera. El debilitamiento de la sujeción imperial se expresó también en crisis financieras locales de las cuáles las más representativas fueron las de México, Ecuador y Argentina.

El primer caso ocurrió en 1995, cuando el Gobierno de Ernesto Zedillo compró *basura financiera* para rescatar a los bancos, asumiendo pasivos por un total de 552 mil 300 millones de pesos (67 mil millones de dólares) a través del Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBAPROA) creado por Salinas de Gortari en 1990, lo cual significaba volver deuda privada en deuda pública, que representaba en este entonces el 14,5% del PIB nacional. Se previó que la deuda se pagaría en 35 años siempre y cuando el país creciera arriba del 4%, lo cual no sucedió, por lo que México sigue endeudado hasta la actualidad (Sandoval, 2020).

En Ecuador ocurrió también en 1999 una crisis del sistema financiero local, ante lo cual el gobierno de Mahuad impuso el llamado *feriado bancario*, el cual consistió en el congelamiento durante cinco días de todos los ahorros de los ciudadanos y de toda operación financiera, con el fin de evitar la quiebra del sistema bancario, al tiempo que impuso una política de recorte de subsidios y aumento de precios de bienes como el gas y la electricidad. Esta crisis financiera desembocó finalmente en la dolarización de la economía, ese mismo año, que trajo consecuencias funestas para Ecuador (Merino y Stoessel, 2019, p. 241).

Y finalmente, el caso más conocido lo constituye el de Argentina, ocurrido en el 2001, cuando debido a la crisis bancaria, el Gobierno de Fernando de la Rúa impuso el corralito, que consistió en la restricción para los ciudadanos de la libre disposición de dinero en efectivo, depositado en los bancos en cuentas de plazo fijos, cuentas corrientes y en cajas de ahorro, con el propósito de parar la fuga de capitales que se había disparado, y proteger al sistema bancario. Se trataba como dice Claudio Katz (2008, p. 99) del “desmoronamiento del sistema financiero, la confiscación de los depósitos y un nivel de pobreza, hambre y desempleo nunca vistos”.

Estos casos ilustran el debilitamiento del capital financiero regional, que expresaba la crisis del neoliberalismo, en tanto se trataba de la élite dominante, y reflejaba también la necesidad de los gobiernos de *salvar* a dicho sector para que el sistema continuara a toda costa, con lo cual se sostuvo artificialmente el dominio del capital financiero sobre el productivo, a pesar de que las condiciones para su desarrollo habían empezado a resquebrajarse. Esta fractura, evidenciaba el impacto de la debilidad del imperio sobre las clases dominantes de la región.

Otro de los rasgos en el que se reflejó la crisis del neoliberalismo, lo constituyó el fortalecimiento del proceso de desindustrialización y la crisis del paradigma maquilador en la región. El dominio del capital financiero sobre el productivo, lleva a la atrofia de los sectores industriales y agrícolas, en tanto su desarrollo exige tasas muy bajas

de crecimiento, elevadas tasas de interés y estancamiento productivo, como se vio en el capítulo 3.

Este proceso se había venido desarrollando durante el régimen de acumulación neoliberal, de tal manera que la participación de la industria en el PIB de la región cayó en más de 30% de 1975 al 2000 (Arceo, 2006, p. 53).

Sin embargo, en el ocaso del siglo XX y el ascenso del siglo XXI el proceso se fortaleció, como lo ilustra el caso de México, pues mientras entre 1994 y 2000 se crearon 800.000 nuevos empleos en la industria maquiladora del país, en los primeros tres años de la primera década de los dos mil se perdieron cerca del 40% de los puestos de trabajo creados con el TLCAN. Para el 2006 se registraba una pérdida de 11% respecto al máximo alcanzado en el año 2000 (Morales, 2010, p. 182). Como señala esta autora,

Los ejes del patrón de acumulación financiero — manufacturero exportador — de nuestra reinsertión internacional dependiente no se sostienen: caerán la IED, las exportaciones manufactureras y petroleras, el turismo y las remesas y con ellos nuestras economías (Morales, 2010, p. 183).

Las características del régimen de acumulación neoliberal, que consiste en extraer el valor del ámbito productivo e invertirlo en el espacio financiero, hacer dinero del dinero, según lo cual interesa más la apropiación de la plusvalía que su producción, llevó a imponer una lógica parasitaria que se extiende al conjunto de la élite en el poder, en forma de un estilo sustentado en formas de apropiación truculentas del valor, transgresión de las reglas *normales* de la acumulación y mecanismos de sobreexplotación del trabajo así como de su precarización. Este estilo llevó a una descomposición moral de la clase en el poder (Valenzuela, 2013, p. 268). Tal degradación constituye una expresión muy clara de la decadencia del régimen de acumulación.

En este mismo tenor, la exacerbación de las contradicciones del régimen de acumulación sin posibilidades todavía de ser sustituido

por otro; el salvamento de la élite financiera ya decadente, las dificultades para seguir impulsando una forma de acumulación en profundo agotamiento, así como la debilidad de los gobiernos y el ascenso del narcotráfico en nuestros países, profundizó la degradación de las élites dominantes.

Es lo que Jorge Beinstein (2018, p. 3) llama *capitalismo de desintegración*, estructurado en función de las actividades financieras, el saqueo de los recursos naturales y la especulación.

Se conforma así, como expresión de la crisis del neoliberalismo, una burguesía *mafiosa*.

[...] las burguesías latinoamericanas fueron mutando hasta llegar a la situación actual donde grupos industriales, financieros o de agrobusiness combinan sus inversiones tradicionales con otras más rentables, pero también más volátiles: aventuras especulativas, negocios ilegales de todo tipo (desde el narco hasta operaciones inmobiliarias opacas, pasando por fraudes comerciales y fiscales y otros emprendimientos turbios) transnacionalizándose, convergiendo con “inversiones” saqueadoras provenientes del exterior (Beinstein, 2016a, p. 3).

El resultado de la forma de acumulación *perversa* del neoliberalismo, sustentada en formas de sobreexplotación del trabajo, despojo del valor de los productos campesinos, empoderamiento del capital financiero parasitario, implica como una de sus características principales el fortalecimiento de la desigualdad y la pobreza entre la población,<sup>19</sup> a niveles solo vistos en el ascenso del capitalismo durante la primera revolución industrial.

Para el caso de Chile, Atilio Borón señala:

[...] en 1988 —es decir ¡15 años después de inaugurado el experimento neoliberal!— el ingreso per cápita y los salarios reales todavía no

---

<sup>19</sup> Para el 2006, el 40% de la población en la región vivía en la pobreza y el 17% en la indigencia. Arceo (2006, p. 58)

eran muy superiores a los de 1973, a pesar de los inmensos sacrificios exigidos por la dictadura y entre los cuáles había que destacar el 15% de desempleo promedio registrado entre 1975 y 1985, con un pico de 30% en 1983. Entre 1970 y 1987 el porcentaje de hogares por debajo de la línea de la pobreza aumentó del 17 al 38%, y en 1990 el consumo per cápita de los chilenos todavía era inferior a los registrados diez años antes (Borón, 1999, p. 73).

Como señala Emir Sader (2008, p. 72), el fortalecimiento de la concentración del ingreso, el aumento del desempleo, el crecimiento del empleo informal, la proliferación de lumpemproletarios, la migración obligada y la miseria, demuestran que el régimen de acumulación neoliberal no tiene capacidad para crear bases sociales de apoyo, que puedan brindarle estabilidad a su reproducción y “en ello radica su mayor talón de Aquiles”. Con la agudización de estos procesos por la crisis neoliberal se generaron por tanto fuertes movimientos de descontento en toda la región.

El debilitamiento de la sujeción imperial y el agotamiento de las condiciones para el ascenso del neoliberalismo, trajeron consigo una transformación en la correlación de fuerzas que debilitó, en primer lugar a las representaciones políticas de la clase en el poder, lo cual se expresó en “una marcada y creciente subordinación de los aparatos políticos a los intereses inmediatos de las clases dominantes [...] y en una profunda disociación entre las organizaciones sociales populares y el sistema político que ya no los representa” (Basualdo y Arceo, 2006, pp. 18-19). Tal situación llevó a que tarde o temprano, surgieran fuerzas sociales contestatarias y representaciones políticas independientes de las clases en el poder, que tenían la capacidad para atraer el voto de la mayoría de la población (Borón, 2004, p. 412).

En este contexto, el hartazgo popular en el marco de una correlación de fuerzas favorable a las clases subalternas, llevó a la emergencia de un ciclo de movilizaciones sociales que se acentuaron a fines de los años noventa y principios de los dos mil, como una expresión de la incapacidad del régimen neoliberal para avanzar, garantizando

la estabilidad del sistema. Cundieron los disturbios, huelgas, bloqueos de carreteras, tomas de fábricas, ocupación de tierras en toda la región, que rebasaban el plano meramente espontáneo y contestatario para ascender también a formas organizativas de lucha.

La acción directa en el agro (Perú), la irrupción indigenista (Ecuador), la presión callejera (Argentina), el clima insurreccional (Bolivia), las ocupaciones de tierra (Brasil), el despertar político (Uruguay), las movilizaciones antiimperialistas (Chile) y las batallas contra el golpismo (Venezuela), jalonearon el nuevo ciclo de rebeldía que prevalece en la región (Katz, 2008, p. 98).

Emergió entonces los que Thwaites y Ouviaña (2018, p. 20) llaman “el nuevo ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina” (CINAL), que es el antecedente fundamental para el ascenso de los gobiernos progresistas.

La mayor parte de los autores ofrecen como principal causa del ascenso de dichos gobiernos las movilizaciones sociales que rompieron la estabilización del régimen, sin embargo, vale mencionar que si estos movimientos tuvieron tal capacidad de transformación fue porque surgieron en el vacío de poder que había dejado la crisis de hegemonía de Estados Unidos y la crisis del neoliberalismo. Es decir, existía viabilidad histórica para que el ascenso de los movimientos abriera espacio al de los gobiernos por la vía electoral. De ello se dio cuenta Chávez en Venezuela, ante el frustrado golpe de Estado que perpetró en 1992 y lo llevó a la cárcel. Dicha experiencia le permitió comprender que lo que se abría como espacio de transformación era el ámbito político electoral, mientras la lucha armada había perdido vigencia (Monedero, 2019, p. 177).

Asimismo, antes de que los líderes progresistas llegaran al gobierno, las izquierdas fueron ganando de forma gradual elecciones subnacionales y municipales que les abrió el cauce para gobernar regiones importantes, como Caracas, Brasilia, Sao Paulo, Montevideo, San Salvador y la Ciudad de México. “Este ejercicio de gobierno no solo

les permitió ganar experiencia en la gestión pública, sino también construir una buena reputación al respecto” (Torrico, 2017, p. 16).

En conclusión, la emergencia de los gobiernos progresistas tiene como causales principales, transformaciones estructurales en el terreno económico, característicos de una fase de transición, que debilitaron el poder de las élites financieras, tanto en el ámbito mundial como nacional, a la par que modificaron la correlación de fuerzas en favor de las clases subalternas, con lo cual amplias movilizaciones fueron capaces de transformar el espacio político en favor del progresismo.

## **Los gobiernos progresistas**

En el marco señalado surgieron los gobiernos progresistas del llamado primer ciclo que abarca de 1999 a 2015. En 1999 tomó posesión Hugo Chávez en Venezuela, en 2003 Lula en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina, Tabaré Vázquez en Uruguay en 2005, Evo Morales en Bolivia en 2006, Manuel Zelaya en Honduras en 2006, Rafael Correa en Ecuador en 2007, Cristina Kirchner que sucedió a su esposo en Argentina en 2007, Fernando Lugo en Paraguay en 2008, Mauricio Funes en El Salvador en 2009, la reelección de Evo Morales en 2009, el ascenso de José Mujica que sucedió a Tabaré Vázquez en Uruguay en 2010, Dilma Rousseff que sucedió a Lula en Brasil en 2011, a lo que se suma la reelección de Cristina Kirchner en 2011, la de Rafael Correa en 2013, la elección de Maduro en Venezuela en 2013 y la reelección de Evo Morales en 2014; el regreso de Tabaré Vázquez en Uruguay en 2015.

El segundo ciclo del progresismo inició en 2018 con el ascenso de Andrés Manuel López Obrador en México, de Alberto Fernández en Argentina en 2019, de Luis Arce en Bolivia en 2020, de Pedro Castillo en Perú en 2021 y de Gabriel Boric en Chile, Gustavo Petro en

Colombia, Xiomara Castro en Honduras y Lula Da Silva en 2022. A ellos se sumó el triunfo de Bernardo Arévalo en Guatemala en 2023.

En este capítulo nos abocaremos al análisis del primer ciclo del progresismo, como señalamos, con el fin de demostrar la hipótesis principal, en tanto los gobiernos que lo componen han tenido un tiempo más prolongado de su desarrollo y por tanto, elementos definidos para conocer su comportamiento y caracterización. Se hará mención en algunos momentos al caso de México, por ser el gobierno progresista del segundo ciclo que más se ha desarrollado.

El ascenso de los gobiernos progresistas expresaba un escenario de disputa hegemónica (Thwaites y Ouviña, 2018, p. 36), en el cual constituyeron una resistencia político social, socialmente construida, (Crespo y Ghibaudo, 2017, p. 30) con un rechazo implícito o explícito al régimen neoliberal y a la derecha, así como una orientación hacia el beneficio de los sectores populares.

En este ámbito, el rasgo central de los gobiernos lo constituye el fortalecimiento del Estado como un medio para enfrentar, en mayor o menor medida, a los capitales de la élite en el poder —financiero y corporaciones transnacionales— así como al dominio e intromisión de Estados Unidos (Machado y Zibechi, 2016, p. 63).

La intensificación de la intervención estatal los aleja, en algunos casos, de las políticas neoliberales y les permite construir un proceso de autonomía, con capacidad de arbitraje entre las fracciones del capital, que dio la pauta para distanciarse de las presiones directas tanto de las élites en el poder como de las andanadas imperiales de Estados Unidos.

En este contexto, uno de los rasgos principales de los gobiernos progresistas es su esencia antiimperialista. No se pueden caracterizar como anticapitalistas y su antineoliberalismo pudo en ocasiones ser retórico, pues la vigencia económica de este régimen de acumulación los llevó a gobernar sobre las mismas pautas económicas. Pero lo que los identifica claramente fue su distanciamiento del poder imperial, de manera contundente en el caso de los más radicales,

Bolivia, Ecuador y Venezuela, y de manera ambigua en el caso de Argentina, Uruguay y Brasil.

El antiimperialismo se manifestó, en primer término, en la nacionalización de recursos naturales, como se verá más adelante, política que siguieron la mayoría de los gobiernos, ya fueran moderados o radicales, en la cual se expresaba la necesidad de disminuir la dependencia económica y afirmar a los gobiernos frente al poder mundial de las corporaciones. Se expresó también en el rechazo al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en 2005, como se verá en el caso de Brasil; así como en el impulso de una política integracionista con el fin de formar un bloque regional que les permitiera enfrentar de mejor manera los embates de los países desarrollados, principalmente de Estados Unidos. La creación de la Alternativa Bolivariana para América Latina (ALBA) en 2004, de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) en 2008 y de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) en 2011, fue clara prueba de ello.

Como señala Daniel Filmus: (2019, pp.43-44)

La condena unánime por el bloqueo de Cuba y el apoyo a la República Argentina en su reclamo por el cumplimiento de las Resoluciones de Naciones Unidas en el diálogo por las Malvinas, son ejemplos de la firmeza con que la UNASUR defendió los intereses regionales.

Cabe mencionar que países como Brasil ingresaron a los BRICS<sup>20</sup>, organización que disputaba en un plano comercial y productivo la hegemonía de Estados Unidos, al participar en ella China, Rusia e India, como los competidores asiáticos principales por el dominio del mercado mundial.

El tema del antiimperialismo de los gobiernos progresistas es muy polémico. Autores como Claudio Katz (2008, p. 106) opina que los Kirchner no encarnaron a una burguesía nacional enfrentada

---

<sup>20</sup> Incluye en su primera fase a Brasil, Rusia, China, India y Sudáfrica.

al imperialismo, mientras que Gaudichaud, Webber y Modonesi (2019a, p. 235), plantean que los intelectuales cercanos a los gobiernos progresistas son quienes ubicaron la contradicción principal entre el imperialismo y el antiimperialismo.

En este libro sostenemos que, al igual que en el populismo, la crisis de hegemonía mundial y el declive de las élites abre un espacio para el ascenso de gobiernos que pugnan por la independencia política y económica de los países desarrollados y las élites en decadencia. Sin embargo, el antiimperialismo de los gobiernos populistas fue más a fondo, debido a que se aliaron a una clase nacionalista de avanzada como era la burguesía industrial, mientras los progresismos, como se verá después, carecieron de esta ancla, pues no surgió una clase de vanguardia en el ámbito productivo con orientación nacional. Tal circunstancia es la que explica que el antiimperialismo del progresismo se encuentre maniatado e implique posiciones menos radicales.

No obstante, lo que convierte al progresismo en una forma de Estado distinta del neoliberalismo y de los gobiernos que le preceden, es su vocación antiimperialista y popular. De ahí viene la atracción y el apoyo de las clases subalternas.

## **Las fases del progresismo**

Existen varias periodizaciones sobre las etapas que atravesó el progresismo, entre las cuales sobresale la de Gabriel Merino, mayormente definida por cuestiones de orden geopolítico (Merino y Stoesel, 2019, p. 237). Sin embargo, en este libro proponemos una distinta, toda vez que el eje de la investigación consiste, en el vínculo entre la transición hegemónica y los gobiernos alternativos. En este ámbito, consideramos que la primera fase de ascenso de los gobiernos ocurre entre 1999, año de asunción al poder por Hugo Chávez, y el año del 2008; pues el inicio de la crisis capitalista mundial, con el aumento internacional de los precios de las materias primas, da un

fuerte impulso al progresismo, con lo cual se inicia la segunda fase de consolidación del proceso. En 2014, con el declive internacional de los precios de las materias primas se inicia el declive del primer ciclo progresista, debido al deterioro de las condiciones económicas y políticas para su desarrollo. De esta suerte la fase de ascenso va de 1999 a 2008, la de consolidación del 2008 al 2014 y el declive de este último año al 2018, año en el que gana las elecciones AMLO en México y marca otra fase de recuperación del progresismo.

### ***El ascenso: 1999-2008***

La fase de ascenso del progresismo se reflejó en la crisis política, caracterizada por la incapacidad de las representaciones políticas tradicionales para captar el voto de las mayorías ante el hartazgo de la población; y la crisis sistémica, iniciada en el 2001, con el declive de las *punto.com* (Espinosa, 2012, p. 127).

Ocurrió entonces un *equilibrio catastrófico* entre las élites dominantes y los sectores de oposición, que abrió pauta para el triunfo de gobiernos ajenos a los partidos tradicionales, los cuáles, como señalamos, habían venido ganando posiciones de manera regional o local, creando una expectativa de cambio para la población.

[...] el equilibrio catastrófico entre neoliberalismo y antineoliberalismo se resolvió a través de una síntesis progresiva (es decir tendencialmente anti y posneoliberal) en torno a una figura carismática que como fiel de la balanza es colocado en el centro del proceso (Mondesi, 2012a, p. 1373).

Las condiciones que hemos descrito permiten que los gobiernos, particularmente de los países andinos, alcancen una gran fuerza y con ello, radicalidad en las acciones de refundación de los estados y nacionalización de los recursos naturales.

Tanto en Venezuela, como en Bolivia y Ecuador se impulsaron Nuevas Constituyentes, dejando atrás los marcos legislativos

creados durante el neoliberalismo o previos a él. En estos ejercicios legislativos se reivindicaron los derechos de los trabajadores y de la naturaleza, la soberanía alimentaria, el papel del Estado en las transformaciones económicas, los derechos de las mujeres y de los indígenas, entre otros cambios. Constituyeron ejercicios democráticos, con la participación de amplios sectores de la población e intensos debates que reflejaban el impulso de los sectores populares. Esta fuerza de ascenso les permitió también nacionalizar los recursos naturales estratégicos, hecho que ocurrió tanto en los países radicales como en los moderados.

Evo Morales decretó la nacionalización de los hidrocarburos, especialmente el gas, en mayo del 2006, mientras que en octubre de ese año estatizó la mina de estaño Huanuni. En enero del 2009 nacionalizó la petrolera Chaco, mientras que en mayo del 2010 nacionalizó cuatro empresas eléctricas. En Venezuela, Chávez nacionalizó, en 2008, 30 campos petroleros de la Faja del Orinoco, mientras que en noviembre de este año nacionalizó la mina de oro *Las Cristinas*. En marzo del 2009, a raíz de la crisis alimentaria, expropió las plantas procesadoras de arroz de Cargill. Este mismo año expropió dos centrales azucareras de capital colombiano, así como la Planta Compresora de Gas PIGAP II, de capital estadounidense. En 2010 expropió MONACA del grupo mexicano GRUMA y nacionalizó la empresa española *Agroisleña*, distribuidora de productos del campo. Asimismo, nacionalizó las compañías de telecomunicaciones, la industria siderúrgica más grande del país y tres empresas cementeras (Gaudi-chaud, 2019, pp. 46-47). En Ecuador, Rafael Correa hizo los trámites correspondientes para que el Estado ecuatoriano se apropiara del 100% del crudo y el gas en el 2010. En Argentina, Cristina Kirchner expropió el 51% de las acciones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) a la empresa española REPSOL el 3 de mayo del 2012; ese mismo año nacionalizó los Fondos de Pensiones y en 2015 los ferrocarriles de propiedad inglesa. El gobierno se hizo cargo, además, de la compañía aérea Aerolíneas Argentinas y de los servicios postales y de comunicación.

Las nacionalizaciones expresaban con toda claridad la contradicción entre los gobiernos progresistas y el imperio, pues gran parte de las compañías expropiadas eran extranjeras. Si bien la mayoría de dichas expropiaciones fueron negociadas “mediante la adquisición o la indemnización, o redefiniciones de los regímenes de regalías para imponer una mayor renta a favor del Estado” (Estrada, 2012, p. 315), constituyeron un duro golpe para las élites dominantes, quienes no estaban dispuestas a renunciar a un mínimo de su poder y sus propiedades.

Los gobiernos progresistas en su primera fase, enfrentaron, por tanto, a las burguesías locales como los representantes del dominio imperial, lo que Beinstein llama la *lumpenburguesía* corrupta, acosumbrada a aprovechar cualquier situación bajo el amparo de los gobiernos neoliberales.

Esto fue posible porque, como señala Modonesi (2014, p. 1082), dichos gobiernos “revelaron una fractura en la legitimidad del neoliberalismo y efectivamente quebraron su hegemonía, abrieron brechas en la dominación y subalternidad para expresar el contrapoder acumulado por movimientos que supieron y pudieron proyectar su impulso antagónico y su capacidad autónoma”.

Los golpes asestados a la clase dominante por los progresismos, generaron una reacción beligerante de la burguesía en todos los países progresistas.

Tales fueron el golpe de Estado perpetrado contra Hugo Chávez el 11 de abril del 2002 del que escapó gracias a la fidelidad de un grupo de soldados, así como la huelga petrolera que fue también derrotada. En el caso de Evo Morales en Bolivia, el fallido intento de secesión de la media luna, que pugnaba por volverse una región autónoma y desconocer el poder presidencial en el 2008, además de sabotajes a la Asamblea Constituyente, paros patronales en oriente, campañas de la iglesia etc. En el caso de Ecuador, el intento fallido para apresar y destituir a Rafael Correa por un grupo de policías el 3 de septiembre de 2010 (Espinosa, 2012, p. 129).

Pero no solo en los países radicales ocurrieron estas escaladas de la derecha. En Brasil, el llamado *riesgo país* era llamado *riesgo Lula* quien tuvo que enfrentar durante su campaña inmensas huidas de capitales, un gran ataque especulativo y la devaluación de la moneda. (Sader, 2008, pp. 34-35), así como en el escándalo del *Mensalao*, como se verá después. En el caso de Argentina se desarrolló en 2008 el movimiento en contra de las retenciones o impuestos establecidos por el gobierno de Kirchner a las exportaciones de la soya.

Sin embargo, estos embates de la derecha no tuvieron la fuerza suficiente para deponer a los gobiernos progresistas, aunque era su objetivo, debido a la gran fuerza social que tenían al inicio de su mandato, pero también como resultado de la debilidad de Estados Unidos, y su escaso interés en la región. Si bien fueron movimientos de derecha respaldados por el imperio, carecieron de la fuerza suficiente para imponerse.

[...] los Estados Unidos han perdido su ventaja en el terreno productivo; y su poderío político y militar ya no es lo que era antes. Su capacidad para dictar sus condiciones a sus aliados (Europa y Japón), intimidar a sus enemigos y avasallar a los débiles se encuentra grandemente disminuida” (Wallerstein 1984, citado por Borón) [...] Para no hablar, agregaríamos nosotros, de la total impotencia del imperio para derrocar a los legítimos gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador [...] (Borón, 2013, p. 212).

Los embates del capital sobre los gobiernos progresistas en esta etapa de ascenso, no lograron destituirlos, pero si cambiaron la correlación de fuerzas obligando a los líderes a establecer acercamientos con el capital, en algunos casos de manera dominante y en otros en forma subordinada.

Como afirma García Linera, exvicepresidente de Bolivia:

La fórmula entonces será derrocar al adversario culturalmente (Gramsci); derrotar al adversario política y militarmente (Lenin); e incorporar al adversario derrotado de manera dominada en el con-

junto de incentivas y acuerdos del nuevo poder. Porque de no hacerlo, y al dejar al adversario sin camino, tarde o temprano él buscará antagonizar contra el nuevo poder, tratando de crear a la larga un proyecto alternativo (citado en Modonesi, 2019, p. 194).

En este tenor, en Bolivia Evo Morales firmó un acuerdo en julio de 2013 con los empresarios agroindustriales de Santa Cruz, en el cual se comprometió a aumentar el área cultivable de soya en un millón de hectáreas por año hasta 2025, lo cual significó el impulso del agro — productivismo y de los cultivos transgénicos en la región. Al mismo tiempo, impuso a las transnacionales un impuesto de 50 a 70% de sus ganancias en la extracción del gas y los hidrocarburos (Gaudichaud, 2019, pp. 52-53).

En el caso de Lula en Brasil, ante el acoso del capital en su campaña, hizo la llamada *Carta a los brasileiros* en la que prometió: “ningún compromiso será roto” refiriéndose a que no se regularía la circulación de capital ni se dejaría de pagar la deuda. (Sader, 2008, pp. 34-35). En este marco, se generaron alianzas con las élites del Partido de los Trabajadores, los dirigentes sindicales y acuerdos puntuales con el sector financiero nacional e internacional. (Gaudichaud, Webber y Modonesi. 2019a, p. 231).

Durante el período de ascenso de los gobiernos progresistas se dio el embate del capital, la derrota de las intentonas golpistas y el acercamiento con los capitales para preservar la estabilidad del sistema. Como señalan Petras y Veltmeyer (2009, p. 26), la radicalidad de los gobiernos dependió, a partir de allí, de la coalición de clase que sustentaba el régimen con la cual se hicieron los acuerdos, así como de la posición de los gobiernos en ellos.

Los gobiernos que sostuvieron acuerdos con el capital nacional y transnacional pero subordinados al proyecto desarrollista, tuvieron mayor autonomía que aquellos que lo hicieron con el capital financiero internacional, amenazados por la desestabilización monetaria.

Los gobiernos nacionalistas radicales se han distanciado del molde plutocrático. No actúan por mandato de las elites, ni gestionan el estado al servicio de las clases dominantes. Recurren a formas de administración bonapartista, que brindan mayor autonomía a los funcionarios de las exigencias del *establishment*. El Estado capitalista es preservado, pero ha quedado acotada la influencia de los grupos más concentrados (Katz, 2008, pp. 37-38).

Como se verá después, el hecho de que los gobiernos progresistas surgieran prematuramente, sin que hubiera emergido una clase industrial nacionalista de avanzada, como fue en el populismo, los llevó a establecer acuerdos con los capitales dominantes, pero no en una alianza política para el impulso de un proyecto de transformación, sino en acuerdos tácticos para preservar el poder y asegurar la estabilidad del sistema. Se trataba de “pactos de gobernabilidad” (Svampa, 2018a, pp. 101-102) basados en el conflicto y la amenaza, y por ello altamente contradictorios. En algunos casos con el dominio del gobierno y en otros bajo cánones de subordinación, dependiendo de la correlación de fuerzas alcanzada. En este contexto no podemos hablar de una alianza propiamente dicha, como la que establecieron los gobiernos populistas con la burguesía industrial, porque no tenían una meta en común.

[...] los progresismos del siglo XXI instalaron un esquema similar (al populismo), esto es, por un lado, cuestionaron al neoliberalismo, pero, por otro, llevaron a cabo un pacto con los grandes capitales. Pese a ello —o precisamente por ello—, pronto se encontraron inmersos en una gran confrontación político — ideológica con sectores de derecha, articulados con grandes medios de comunicación (Svampa, 2018a, p. 98).

### ***La consolidación: 2008-2014***

Como señalamos en el capítulo 3, en el año de 2008 estalló la crisis capitalista mundial más profunda desde la crisis de 1929. Esta crisis afectó básicamente al mundo occidental y expresaba, además del declive hegemónico, el debilitamiento del régimen de acumulación neoliberal, sustentado en el dominio del capital financiero sobre el productivo.

Este proceso trajo consigo, como mencionamos, la revalorización de las materias primas que abrió un panorama inusitado para América Latina, en tanto coincidió con el aumento de la demanda proveniente de dos sectores: el de los capitalistas de los países occidentales en crisis, que se volcaron a América Latina en busca de la rentabilidad perdida y el de China.

Este país había iniciado una fase de ascenso en el 2001, con su entrada a la OMC, ante lo cual fortaleció su mercado industrial. “La demanda china como proporción del consumo mundial en una gama de materias primas –desde aluminio, petróleo y soya, incrementó dramáticamente entre 2002 y 2012” (Webber, 2019, p. 108).

La necesidad de China de apropiarse de materias primas devino de una fuerte expansión industrial en el marco de déficits alimentarios, energéticos, de materias primas y de agua, que registra este país. Asimismo, por el hecho de contar con una población de 1 300 millones de habitantes, situación que le dificulta abastecerse únicamente con su producción nacional. (Borón, 2013, p. 219).

En contraste, América Latina contiene el 25% de los bosques del mundo y el 40% de su biodiversidad. Alberga el 85% de todas las reservas de litio y un tercio del cobre, bauxita y plata. “América Latina y el Caribe son de igual forma ricos en carbón, petróleo, gas y uranio, con 27%, 25%, 8% y 5%, respectivamente, de todos los yacimientos descubiertos en el mundo en explotación” (Webber, 2019, p. 109).

De esta suerte, si bien la crisis capitalista había golpeado también a China, se recuperó muy rápidamente mediante políticas anticíclicas, con lo cual, aun cuando el crecimiento del PIB bajó de 9,5% hasta

6,5%, siguió siendo muy alto. Por esta razón, mientras la demanda de los países occidentales se redujo, la de China siguió creciendo.

En cuanto a América Latina, el impacto de la crisis también pudo ser sorteado. A pesar de que el PIB regional cayó en 1,8% en 2009, fue básicamente por el efecto que tuvo en México, dada su dependencia del comercio con Estados Unidos. Sin embargo, los países donde floreció el progresismo, específicamente los del cono sur, tuvieron una repercusión menor, e incluso registraron un crecimiento de las exportaciones, debido al incremento en los precios de las materias primas.

Durante 2009, las exportaciones de América Latina y el Caribe hacia todos los destinos disminuyeron, salvo las que se dirigían a China. En efecto, el comercio intrarregional cayó 28% en 2009, una reducción similar a la que sufrieron las exportaciones hacia Estados Unidos (26%) y la Unión Europea (28%). Las exportaciones destinadas a Asia disminuyeron solamente 5% y las dirigidas a China incluso aumentaron 5% (CEPAL, citada por Guillén, 2013, p. 366).

Por esta razón, entre 2000 y 2013 el comercio entre China y América Latina se multiplicó por 22, hasta convertirse en el primer socio comercial de Brasil, Perú y Chile y el segundo de Argentina (Nahón, 2019, pp. 92-93).

En consecuencia, América Latina se vio beneficiada por la contienda hegemónica entre Estados Unidos y China. Mientras, la crisis capitalista debilitó a Estados Unidos, su rival se vio fortalecido, con lo cual constituyó un amortiguador de la crisis para América Latina.

Junto con la demanda de las exportaciones se registró también en la región un aumento muy fuerte de la inversión extranjera directa, proveniente de los capitales occidentales en crisis y también de China. Entre 2009 y 2011 dicha inversión creció 45,2%, la más alta del mundo en este período, pues en Rusia creció en 44,9%, en Asia 34,2%. También fue superior a la tasa del conjunto de países desarrollados que alcanzó 23,4% (Webber, 2019, p. 110).

Un papel muy importante de China en la región lo constituyó el flujo de capital dinerario en forma de préstamos, pues entre 2005 y 2011, prestó más de 75 billones de dólares, superando con ello los préstamos tanto de Estados Unidos como del Banco Mundial. Dichos préstamos ofrecían además mejores condiciones que las de las organizaciones multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) (Webber, 2019, p. 159).

El apoyo crediticio de China permitió a los países cancelar acuerdos establecidos con el FMI, principalmente en los casos de Argentina, Brasil, Ecuador y Uruguay, con lo cual los gobiernos se desvincularon de los condicionantes de este organismo sobre las políticas públicas (Gudynas, 2015, p. 48). Además, los líderes progresistas tuvieron la oportunidad de gobernar en una coyuntura en la cual, los términos del intercambio mejoraron notablemente, como señalamos, debido al incremento de los precios de las materias primas.

Al igual que en el populismo donde los precios de las materias primas se incrementaron como resultado de la segunda guerra mundial, en la actual transición, los gobiernos progresistas contaron con este impulso, que coincidió con el ascenso de China y su necesidad de materias primas. Tal concordancia llevó a que se afianzara la autonomía de los gobiernos en relación con el imperio, con lo cual podemos afirmar que América Latina jugó un rol geoestratégico en la contienda por la hegemonía entre Estados Unidos y China. Este último país, constituyó el apoyo que los gobiernos progresistas no consiguieron entre las clases dominantes, al carecer de una clase de avanzada del nuevo régimen de acumulación en ciernes.

Si bien China estableció una relación de sujeción sobre América Latina, al comprar materias primas y vender bienes industrializados, al impulsar inversión directa y otorgar préstamos sobre deuda soberana garantizados con las materias primas; se trataba sin embargo de un vínculo que favorecía a la región en el marco de la contienda por la hegemonía, lo cual colocaba a América Latina como disidente de occidente y reforzaba su relativa independencia de Estados Unidos, pero sobre todo del capital financiero occidental. Se trataba del

acercamiento con el hegemon emergente contra el hegemon decadente, lo cual colocaba a los países progresistas en una posición de avanzada, a la vez que les permitía distanciarse del dominio imperial de Estados Unidos: “América Latina se encuentra en proceso de ‘desligarse’ de la economía estadounidense en tres direcciones: crecientes lazos de mercado con Asia y la Unión Europea, expansión del comercio regional y mayor apoyatura en su mercado interno” (Petras y Veltmeyer, 2009, p. 51).

## La forma de estado progresista

Existen diferentes posiciones con relación a la caracterización de los gobiernos progresistas, tanto moderados como radicales. Para algunos autores ellos impulsaron un modelo primario exportador, o un modelo neoextractivista (Borón, 2013, p. 146; Svampa, 2018, p. 21) o bien un proyecto de acumulación vinculado a los agronegocios flexibles (Alonso-Fradejas, 2018, p. 351).

Otros autores los caracterizan como el *Ciclo de impugnación al neoliberalismo* (CINAL) (Thwaites y Ouviaña, 2018, p. 21) como ya señalamos, o bien como una revolución pasiva (Modonesi, 2019, p. 213), como vimos en la nota metodológica.

Considero que los gobiernos progresistas no impulsan un modelo ya sea primario exportador o neoextractivista en tanto surgen y se desarrollan en el régimen de acumulación neoliberal, que aunque decadente, sigue siendo dominante. No promueven, por tanto, un régimen de acumulación alternativo al neoliberal, puesto que las pautas principales de este último siguen vigentes.

Desde mi perspectiva, el progresismo constituye una forma de estado inmersa en el régimen neoliberal, que ocurre en la transición hegemónica y el declive del régimen de acumulación, en un momento prematuro de la transformación, en el que se han desarrollado ya los elementos decadentes, pero todavía no maduran los germinales,

por lo que se ve obligado a sostenerse sobre las condiciones materiales de la expansión del hegemón emergente.

Desde esta óptica, el ascenso en los precios de las materias primas y con ello de las actividades extractivas es una característica de la transición hegemónica; forma parte del ascenso de China y sus requerimientos de recursos naturales, en el marco del declive neoliberal. No es un régimen nuevo de acumulación, porque se sustenta en precios altos y ningún régimen se ha desarrollado en estas condiciones. Se requieren precios bajos para impulsar un nuevo régimen de acumulación que garantice costos reducidos para el desarrollo industrial. Lo que se ha dado en llamar neoextractivismo o primario exportador, es un proceso inserto en la geopolítica actual, que ha convertido a la región en un territorio en disputa (Nahón, 2019, p. 93). Corresponde a una forma de inserción de América Latina en la división internacional del trabajo en una situación excepcional y transitoria que, como en la etapa del populismo, antecede a un nuevo régimen de acumulación y un orden mundial emergente.

Desde esta visión, el progresismo es una forma de estado que se consolida gracias a esta contienda hegemónica sin la cual carecería de las condiciones para desarrollarse.

Como señala Emir Sader:

[...] el mundo viejo se agotó prematuramente. Pero insiste en sobrevivir, porque tiene la hegemonía mundial del libre comercio, neoliberal. Y el mundo nuevo empieza a nacer con mucha dificultad. Primero, porque no hay un modelo elaborado en una situación nueva, no está el socialismo como horizonte histórico inmediato [...] (Sader, 2008, p. 40).

Y más adelante:

La configuración histórica de América Latina es, entonces, la de una crisis hegemónica, en la cual el modelo neoliberal y el bloque de fuerzas que lo protagoniza se desgastan, se debilitan, solo logran sobrevivir aplicándolo de forma mitigada [...] aunque en un marco en el

que la construcción de un modelo superador y la construcción de un nuevo bloque de fuerzas encuentra muchas dificultades (Sader, 2008, p. 81).

### ***El progresismo: una caracterización***

Mientras en el populismo los gobiernos se aliaron con la burguesía industrial para debilitar a la oligarquía terrateniente, en la actual transición esto no ocurrió, porque, como hemos señalado, el capital financiero siguió siendo dominante y no emergió una clase capitalista de avanzada ante el prematuro declive de Estados Unidos, por lo que los gobiernos progresistas enfrentaron un vacío.

A diferencia de la transición entre Gran Bretaña y Estados Unidos en su primera etapa (1918-1935), en la cual cayeron los precios de las materias primas asestando un golpe muy fuerte sobre las oligarquías agroexportadoras, en la actual transición los precios subieron, con lo cual las clases dominantes en América Latina, que habían enfrentado un debilitamiento a fines de los 90s y principios de los 2000, particularmente el capital financiero, encontraron un terreno fértil para su crecimiento por el aumento de las cotizaciones a partir del 2003.

En consecuencia, las oligarquías orientadas a los cultivos tradicionales de exportación, que venían enfrentando un proceso menguante, se reconfiguraron, ya sea vendiendo sus tierras o bien transformándose directamente en productores de los cultivos que demandaba China, como la soya, o bien, los agrocombustibles como la palma aceitera, la caña de azúcar y el maíz, que fueron impulsados por Estados Unidos para contener el incremento en los precios del petróleo.

Se fue configurando así, una nueva élite en el poder formada por los capitales nativos orientados a los cultivos flexibles y las actividades extractivas, las empresas corporativas transnacionales que invertían en los cultivos de punta, los estados, como el chino, que

enviaban sus inversiones a los países con recursos abundantes y sobre todo, el capital financiero que intervenía con flujos de capital de préstamo o de inversión, en las nuevas actividades en auge, “inclusive las fuerzas armadas [...] y grupos sindicales conocidos como la aristocracia obrera” (Acosta, 2012, p. 106).

Esta reconfiguración de las élites se dio sobre un fuerte proceso de concentración y centralización del capital en favor del capital transnacional y bancario y en detrimento de capitales nacionales atrasados que vieron fluir sus tierras y su dinero hacia el nuevo capital.

De esta suerte, la clase dominante así reconfigurada siguió siendo comandada por el capital financiero y especulativo, rasgo central del neoliberalismo.

Estas incluyen algunas instituciones muy visibles (por ejemplo fondos de inversiones o bancos multilaterales de desarrollo) [...] Estos centros bancarios y financieros en realidad se comportan como intermediarios en recibir fondos para colocarlos en emprendimientos específicos, y como proveedores de información que a su vez, impactan sobre dinámicas económicas. Si sus análisis concluyen, por ejemplo, en que habrá mayores demandas de algún recurso natural, alientan para invertir en proyectos para extraerlos. Además proveen informaciones sobre la marcha y tendencias de la economía, califican a los países como “serios” o “riesgosos”, y sopesan el desempeño de grandes empresas, afectando sus capacidades de crédito (Gudynas, 2015, p. 263).

Por esta razón, la banca fue uno de los sectores que obtuvo las mayores utilidades de su historia durante la fase de transición, incluso donde gobernaban líderes progresistas (Acosta y Cajas, 2016, p. 403).

Las nuevas élites así configuradas, sin embargo, se diferencian claramente de la oligarquía tradicional por sus fuentes de acumulación. Como señala Alonso-Fradejas:

[...] radicarán, más que en la renta de la tierra y el beneficio mercantil, en la apropiación de mayor plusvalía del trabajo asalariado, deri-

vada del incremento de las tasas absolutas y relativas de explotación, a raíz del trabajo a destajo y la flexibilización laboral en las plantaciones, así como los rendimientos financieros de su capitalización y expansión transnacional (Alonso-Fradejas, 2018, p. 347).

En este contexto, los gobiernos progresistas en la fase de consolidación se vieron en la necesidad de realizar pactos de gobernabilidad con una “nueva fracción financiarizada y transnacional de la burguesía agraria” (Alonso-Fradejas, 2018, p. 347).

Se constituyó así, lo que algunos autores siguiendo a Marx, llaman burguesía coligada o fusionada, en la cual se entrelazan los intereses de varios sectores del capital dominante con el predominio del capital financiero y transnacional, lo cual le confiere gran fuerza y flexibilidad (Vergara y Kay: 2018, p. 383).

Varios autores señalan que los gobiernos progresistas establecieron alianzas, dominantes o subordinadas, con las élites en el poder de facto (Gudynas 2015; Svampa 2018). Considero sin embargo que no es así, dado que una alianza supone la conjunción de diversos sujetos para alcanzar una meta común. Esto no ocurrió, porque las metas eran muy diferentes, en tanto los gobiernos progresistas perseguían impulsar procesos favorables para las clases subalternas e independencia del imperio, mientras las élites perseguían incrementar sus ganancias y afianzar su poder económico.

Ni el acercamiento con China, ni los vínculos con las élites fueron alianzas. Ese es precisamente la tragedia del progresismo. Al no surgir una clase capitalista de avanzada con la cual impulsar un proyecto nacional, los gobiernos se vieron obligados a realizar pactos de gobernabilidad, acuerdos y negociaciones que constituían condicionantes para mantenerse en el gobierno, pero no para impulsar cambios estructurales.

En este marco contradictorio e inestable, se desarrollaron los gobiernos progresistas, imponiendo a las burguesías transferencias de los excedentes extraídos hacia el estado en forma de impuestos y regalías.

Tanto por la vía de la nacionalización, la recuperación de la plena potestad de gestión y apropiación de la renta extraordinaria, la creación de empresas nacionales o la aplicación de retenciones a las exportaciones, tal estrategia se centró en aprovechar la bonanza internacional [...] para generar recursos estatales (Thwaites y Ouviaña, 2018, p. 33).

Desde esta perspectiva, podemos plantear que un primer rasgo del progresismo lo constituyen gobiernos que adquirieron un grado relativo de autonomía, primero al distanciarse del imperio y establecer vínculos comerciales y financieros con China; segundo al distanciarse de las presiones directas de las fracciones más poderosas del capital, imponiendo condiciones para la extracción de los recursos naturales, así como las transferencias de excedentes o renta hacia el estado. Estas condiciones pudieron afectar a intereses particulares en aras de la reproducción general (Thwaites, y Ouviaña, 2018, p. 32).

Como afirma Gudynas (2015, p. 322), se trata de un Estado que permitió y alentó el ascenso del capital en las actividades extractivas, aunque al mismo tiempo controló e intervino dichas actividades, unas en mayor medida, como las petroleras, otras en menor medida como las mineras, pero en todas obligó al capital a transferir excedentes al gobierno y a reducir algunos efectos negativos, con lo cual dichos gobiernos lograron *contener al capital*.

El impulso de las actividades extractivas, fue un rasgo tanto de los países progresistas como de los que mantuvieron las políticas neoliberales. Esto indica que constituyeron un componente de la transición capitalista, independientemente de los proyectos políticos que imperaban.

Según sus mentores, Hugo Chávez intensifica la explotación del petróleo; Evo Morales hace lo propio en Bolivia con el hierro, el litio, el petróleo, el gas y también el mercurio; Rafael Correa en Ecuador avanza en la explotación del petróleo y promueve la minería de cielo abierto; el gobierno uruguayo del Frente Amplio aprueba un gigan-

tesco programa para la explotación del mineral de hierro, con una inversión superior a la de la pastera Botnia; Argentina ampara la minería de cielo abierto, permite la destrucción de los glaciares y aliena la sojización de su agricultura, mientras que Brasilia convalida la deforestación de la Amazonía y promueve la construcción de grandes represas que terminarán por destruir el vital pulmón de oxígeno del planeta tierra (Borón, 2013, p. 147).

La expansión de las actividades extractivas trajo consigo un cambio en la fisonomía de la región, pues en cuanto a los minerales extraídos, se duplicó en los países sudamericanos acercándose a 600 millones de toneladas al año (Gudynas, 2015, p. 48) En el caso del avance de la sojización, entre 2000 y 2014, las plantaciones en América del Sur se ampliaron en 29 millones de hectáreas, comparable al tamaño de Ecuador (Svampa, 2018, p. 22) Por su parte las exportaciones de bienes primarios regionales se incrementaron en la primera década del siglo XXI en casi un 50% (Cepal, 2010 y 2012, citado en Burchardt, 2016, p. 60).

El aliento de las actividades extractivas, fue general en América Latina. Pero en el caso de los gobiernos progresistas, se les impuso como una necesidad para contar con recursos propios, en un contexto en donde las deudas públicas y los efectos de la crisis, los obligaban a obtener ingresos para impulsar políticas de corte social. El extractivismo no formaba parte de su proyecto político, orientado hacia la industrialización y el mercado interno. Como hemos señalado, fue la ausencia de un proyecto burgués de avanzada el que impuso como una fatalidad, las actividades extractivas que enfrentaban precios elevados y un enorme interés de los capitales nacionales y extranjeros por su explotación.

Existe un debate entre los estudiosos del progresismo en relación con el impulso del extractivismo por los gobiernos progresistas. Quienes plantean que no tuvieron otra salida para obtener recursos (Borón, 2013, pp. 149-150), y quienes plantean que, o bien, la obtención de los recursos vía exportaciones impidió que se

vieran obligados a imponer impuestos a las clases altas, (Torrice, 2017, p. 20) o bien quienes plantean que simplemente no contemplaron esta posibilidad (Filmus, 2019, p. 40; Estrada, 2012, p. 317; Svampa, 2018, p. 101).

Desde mi perspectiva, la cuestión del camino a seguir en la obtención de recursos respondió básicamente a la correlación de fuerzas que enfrentaron dichos gobiernos. Como vimos anteriormente, fueron asediados por las élites de derecha quienes intentaron destituirlos en los primeros años, y acabaron imponiendo su proyecto de obtención de ganancias, algunos con menor y otros con mayor fuerza. Por esta razón, podría plantearse que los gobiernos progresistas no contaron con la correlación de fuerzas suficiente, por la forma como llegaron al gobierno, para disputarles las ganancias a los ricos por la vía del establecimiento de impuestos. Optaron por tanto por dejarlos inamovibles, mientras disputaron las ganancias obtenidas por las exportaciones de materias primas y las inversiones directas del capital. Es decir, impusieron impuestos y regalías a las ventas y las inversiones pero dejaron intactos los impuestos fiscales a sus bienes e ingresos.

Desde 1990, la tasa impositiva para estas élites en la región se ha incluso disminuido y, para 2013 alcanzó a duras penas el 3,5% del total del recaudo fiscal. En el mismo período, el impuesto al valor agregado (IVA), que supone una mayor carga sobre todo para las clases más pobres, subió un tercio hasta alcanzar el 36% y se ha convertido hasta hoy en la mayor fuente del recaudo fiscal (Cepal, 2013, citado en Burchardt, 2016, p. 69).

En consecuencia, los gobiernos progresistas, carentes de un aliado nacional de transformación con el eje de la industria, acabaron impulsando un proceso sustentado en actividades primario — exportadoras, con lo que ocurrió la paradoja según la cual, terminaron dependiendo del exterior, léase de los países desarrollados y el imperio, contra los cuales se habían pronunciado. En lugar de alcanzar la soberanía y la independencia económica se insertaron en una

relación colonialista con las élites extranjeras y los países en contienda por la hegemonía. Esta es, por tanto, una de las diferencias fundamentales con el populismo como se verá después, situación que contribuyó a debilitar su poder y sobre todo su capacidad transformadora. Como señala Ugo Pipitone:

Un nuevo populismo, entonces, que retoma del pasado aquello contra lo que el populismo de sus abuelos dirigió sus críticas: una economía agroexportadora y productora de Estados rentistas. Un neopopulismo que desaprende aquello que el populismo de la primera hora de alguna manera pretendió entender (Pipitone, 2015, p. 296)

Así, a pesar de que los gobiernos progresistas tenían un proyecto nacionalista y en algunos casos industrializador, no les fue posible llevarlo a cabo. Primero, porque las políticas neoliberales llevaban más de veinte años en el desmantelamiento de la industria interna y con ello habían también debilitado a la burguesía industrial nacional. Tal situación había desembocado, a su vez, en un escaso desarrollo de la productividad del trabajo en este sector (Peters, 2016, p. 36). Segundo porque, como señalamos, el capital financiero para valorizarse, impone mecanismos que atrofian lo productivo, léase la industria y la agricultura.

Esto es así debido a que impone elevadas tasas de interés, con lo cual los industriales enfrentan un crédito caro que obstaculiza la inversión, y lleva a que solo la esfera financiera y especulativa sea rentable, con lo que, el propio capital industrial acaba fluyendo hacia ella, con el consecuente declive de la inversión productiva.

Además, las elevadas tasas de interés llevan a una revalorización de las monedas por la entrada de capitales, con lo que las importaciones se abaratan, provocando la preferencia de comprar en el exterior los bienes industriales en lugar de producirlos internamente.

Asimismo, el capital financiero requiere para valorizarse del control de la inflación, ante lo cual se abaratan los precios, lo cual desincentiva la producción industrial. Además, las empresas industriales impulsan elevadas cuotas de explotación ante la debilidad de

la clase obrera, con lo cual se estrecha el mercado por los bajos ingresos. Ante esta situación, las elevadas masas de plusvalía obtenidas no encuentran espacios para su realización, con lo que de nueva cuenta, los capitales se vuelcan hacia las esferas financieras ante su mayor rentabilidad.

Esta situación ha llevado a un proceso de desindustrialización, que se inició con el ascenso del neoliberalismo y con el dominio del capital financiero sobre el productivo con un carácter mundial; pero ha tenido graves consecuencias en América Latina, pues genera el declive de la inversión productiva, el estancamiento o declive de la productividad del trabajo, el atraso tecnológico, el desempleo estructural, la precarización laboral y el empobrecimiento entre las clases subalternas, lo que se conoce como un círculo vicioso de la acumulación de capital (Flores, 1999, p. 290).

Si bien, lo expuesto atañe a las causas estructurales de la desindustrialización, este proceso se vio fortalecido por la apertura comercial en aquellos países que establecieron acuerdos comerciales con países desarrollados, como fue el caso de México, en tanto se permite la entrada de bienes industriales más baratos o de mejor calidad, que compiten desfavoreciendo los bienes industriales internos.

En consecuencia, durante el desarrollo de los países progresistas en el primer ciclo se observa una agudización del proceso de desindustrialización. Si bien este proceso se había iniciado desde los años ochenta y por lo tanto, el desmantelamiento de la industria venía de atrás, durante el progresismo no fue posible frenarlo, pues a las cuestiones estructurales que mencionamos, se sumó lo que se conoce como el *mal holandés*,<sup>21</sup> como resultado del auge en los precios de

---

<sup>21</sup> Según Gabriel Palma (2019, p. 930), ocurre una desindustrialización como efecto del mal holandés en América Latina, ante políticas públicas que frenaron a la industria para retomar el camino primario exportador, proceso que ocurrió a principios de la etapa neoliberal en países como Brasil, Uruguay y Argentina. Aquí en cambio nos referimos al mal holandés como un proceso que este autor denomina “tradicional”, que ocurre por el aumento de los precios de las materias primas en una coyuntura determinada. Es lo que ocurrió de 2003 a 2014 en los países exportadores de soya, maíz y minerales, como fue el caso de Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia y Ecuador, por mencionar aquellos con gobiernos progresistas durante este período

las materias primas, toda vez que, cuando existen recursos naturales con elevados precios en el mercado internacional, el capital industrial prefiere invertir en recursos naturales beneficiados por la bonanza, con lo cual se debilita aún más la industria. Esta orientación distorsiona la economía “al recortar fondos que pudieran invertirse precisamente en sectores que generan mayor valor agregado, más empleo, mejor incorporación al avance tecnológico y encadenamientos productivos” (Acosta y Cajas, 2016, p. 401).

El proceso que hemos narrado, se vio además apuntalado por el fortalecimiento del capital financiero mundial que impulsaron los países desarrollados para salir de la crisis ocurrida en 2008.

En consecuencia, la participación de las exportaciones industriales en la región en el PIB de los países disminuyó entre el 2000 y el 2014 del 15,7% al 13,4%. Asimismo, la proporción de exportaciones industriales en el total de la región cayó de 32,2% al 21,4% entre 2003 y 2012 (Filmus, 2019, p. 46).

El caso de Brasil ilustra muy bien esta situación, pues a pesar de que era el país más industrializado de la región, las exportaciones de soya y mineral de hierro a China generaron un retroceso en las exportaciones industriales, las cuáles arrastraron hacia abajo la producción manufacturera que fue sustituida por importaciones procedentes precisamente de Asia. (Machado y Zibechi, 2016, p. 22). Lo que Pierre Salama llamó una *desindustrialización temprana* (Svampa, 2018, p. 25).

En los casos de Bolivia, Ecuador y Venezuela ocurrió también este fenómeno pues las exportaciones de bienes manufactureros cayeron en 14,1%, 3% y 9,7% respectivamente. (Azamar y Azamar, 2015, p. 46).

En consecuencia, aún aquellos gobiernos que intentaron impulsar una diversificación productiva con énfasis en la industrialización alcanzaron magros resultados.

[...] en Bolivia, durante el gobierno de Morales y pese al fuerte apoyo estatal, el crecimiento industrial permanece ligeramente rezagado con respecto al crecimiento económico promedio [...]; en Ecuador, a

pesar de grandes esfuerzos de planificación estatal y de las inversiones importantes realizadas, los logros de diversificación previstos en el lema del “cambio de la matriz productiva” promovida por el Gobierno, también han sido escasos [...] para Venezuela hay que constatar el fracaso total de la estrategia de diversificación (Purcell 2013; Enríquez y Newman 2015; citado en Peters, 2016, p. 35).

De esta suerte, se cerró el círculo de la dependencia con China, que cambió oro por cuentas de vidrio, pues engarzó a la región en el típico colonialismo de vender bienes industriales a cambio de productos primarios.

La ausencia de un proyecto basado en la industrialización, llevó a que los excedentes obtenidos de los ingresos captados por las actividades extractivas se destinaran a programas de corte asistencialista. Mientras los gobiernos populistas impulsaron los salarios y los ingresos de las clases populares como parte del proyecto de industrialización, con el fin de fomentar el consumo interno de las masas en beneficio del sector manufacturero, en el progresismo se destinaron los excedentes recabados para el otorgamiento individualizado de los recursos a los sectores de bajos ingresos, en forma de los llamados subsidios condicionados mediante la focalización del gasto, en tanto el consumo de las clases populares no formaba parte del proyecto de desarrollo.

Se trataba de los mismos programas implementados durante los gobiernos neoliberales desde los años noventa. Si bien se amplió la base social al integrarse a sectores discapacitados y otros, a la vez que se complementaron con microcréditos, electrificación rural, elevación del poder adquisitivo de los salarios y el aumento del empleo formal; siguieron teniendo una lógica de lo que Jeffery Webber (2019, p. 100) llama *Estado compensatorio*, pues durante el neoliberalismo las políticas que llevaban a la concentración del ingreso en unos cuantos, *compensaban* a los pobres con estas ayudas mínimas, que si bien les permitían en algunos casos superar la pobreza, no les generaban formas autónomas de manutención con empleos productivos.

Los programas asistencialistas se desarrollaron en todos los países progresistas,

[...] el programa Hambre Cero en Brasil, los bonos bolivianos Juancito Pinto (para familias con escolares), Renta con Dignidad (para personas mayores) y Juana Azurduy (para madres gestantes o recién nacidos), el Bono Desarrollo Humano en Ecuador, las ayudas focalizadas del Ministerio de Desarrollo Social de Uruguay, el antiguo esquema de Jefes y Jefas de Hogar de Argentina etc. (Gudynas, 2015, pp. 301-302).

Estos programas fueron muy importantes en su cobertura, como en el caso de Bolivia donde aproximadamente la tercera parte de la población percibía algún tipo de apoyo estatal (Borón, 2013, p. 121).

Dichos programas tuvieron un papel fundamental en los gobiernos progresistas, pues les permitieron en el corto plazo generar una gran base social y con ello un apoyo certero que les permitió enfrentar los embates de la derecha, a la vez que *combatir* la pobreza y crear un gran capital político. Al verse imposibilitados para generar cambios estructurales —dentro del capitalismo— el asistencialismo les abrió un camino para preservar el poder. Se trataba de programas que no representaban un gasto social muy grande<sup>22</sup> en el contexto de los gastos públicos totales, a la vez que redituaban “poderosos dispositivos clientelares y de construcción de lealtades políticas” (Modonesi, 2019, p. 213).

### ***Las políticas de los gobiernos nacional populares hacia el campo***

La cuestión rural tiene gran importancia en el ascenso y consolidación de los gobiernos nacional populares. En primer lugar, debido

---

<sup>22</sup> Según Gudynas (2015, p. 306), “de la asignación de los dineros recaudados por el IDH muestra que dos tercios recaen en gastos corrientes (en los que se encuentran los pagos de bonos pero también salarios, oficinas, etc.), y solo un tercio es dedicado a inversiones en infraestructura, educación, salud, etc.)”.

a que la mayoría surgieron con el apoyo de las organizaciones y movimientos campesinos e indígenas, a la vez que en algunos casos estos fueron su base de sustentación principal. Excepto en el caso de Brasil, donde el apoyo principal lo constituyeron los obreros de la CUT y de manera tangencial el Movimiento de los Sin Tierra, (MST), en el caso de Fernando Lugo fue apoyado por el *Movimiento Popular Tekojoja* donde tenían relevancia las organizaciones campesinas e indígenas; en el caso de Ecuador fueron la Federación Nacional de Trabajadores Agroindustriales Campesinos e Indígenas libres de Ecuador (FENACLE); la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas e Indígenas y Negras (FENOCIN) y la Coordinadora Nacional Campesina Eloy Alfaro, quienes dieron el apoyo inicial a su gobierno, toda vez que la Confederación Nacional Indígena de Ecuador (CONAIE) se mantuvo distante. En el caso de Bolivia la relación de Evo Morales con las organizaciones indígenas era casi orgánica, pues el provenía de ellas. Ahí, el Consejo Nacional por el Cambio, plataforma de impulso al gobierno estaba formada por la Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Bartolina Sisa, la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, la Confederación de indígenas del Oriente Boliviano (CIDOB) y el Consejo Nacional de Marcas y *Ayllus del Qullasuyo* (CONAMAQ). Aún en Venezuela donde la situación rural ha tenido tradicionalmente menos importancia, Chávez contó con el apoyo de la Coordinadora Agraria Nacional Ezequiel Zamora (CANEZ). En el caso de México, López Obrador recibió el apoyo de las principales organizaciones campesinas, como el Movimiento Nacional Plan de Ayala Siglo XXI, la campaña *Sin Maíz no hay País*, El Barzón, la Coordinadora Nacional de Organizaciones Rurales y Pesqueras (CONORP), entre otras.

En este contexto, los gobiernos progresistas tienen un vínculo político muy importante con las organizaciones campesinas e indígenas, las cuales se convirtieron en su principal sustento social (Gascón, 2010, p. 237). Por tal motivo, las políticas rurales tuvieron una gran relevancia en sus proyectos, incluso podríamos plantear que alcanzaron mayor relevancia que las industriales y de otros sectores.

Esto se vio reflejado claramente en los procesos constituyentes que se llevaron a cabo en Venezuela, Bolivia y Ecuador.

En la constitución Venezolana aprobada en 1999 se consagraron la seguridad alimentaria, la defensa de la economía agraria frente a otros sectores productivos, la mejora de las condiciones de vida de la población campesina, el acceso de los productores rurales al crédito, insumos etc.; la defensa de los derechos indígenas y medioambientales y la limitación de las exportaciones a los intereses de la actividad económica nacional. Asimismo se consideró a la gran propiedad como contraria al interés social.

En la Constituyente Ecuatoriana, aprobada en 2008, la soberanía alimentaria aparece como uno de los principios rectores del modelo agropecuario, mientras que en la de Bolivia, aprobada en 2009, está también como eje rector de la política. Apuesta por el mercado interno y la aplicación de medidas proteccionistas, la defensa de los derechos de los indígenas así como el derecho de la mujer a la propiedad y acceso a los recursos productivos (Gascón, 2010, p. 239).

En el caso de México la agricultura es el sector más importante en el Plan Nacional de Desarrollo, solo por debajo de los hidrocarburos y la electricidad. La industria prácticamente no aparece en este programa de gobierno (López Obrador, 2018, pp. 55-70), como se verá después.

A pesar de la importancia de la agricultura y los campesinos e indígenas en los mecanismos legales instituidos, sin embargo, este sector no forma parte de una estrategia de desarrollo, mucho menos como parte esencial de un proceso de industrialización, como ocurrió en el populismo.

Como señala Jordi Gascón:

[...] la política agraria ya no aparece subsidiaria del sector industrial o de otro considerado piedra angular del desarrollo. En realidad, la industria es poco tratada en los nuevos textos constitucionales y está lejos de asumir el carácter estratégico que tuvo durante los gobiernos nacionalistas del siglo XX (Gascón, 2010, p. 240).

Desde esta perspectiva y a pesar de su relevancia, la agricultura es abordada en sí misma, por lo que no se orientan políticas que persigan impulsar la producción de alimentos suficientes y baratos para apoyar la acumulación de capital y por tanto fomentar la participación de los pequeños productores como ocurrió en la postguerra. Por ello, las políticas no van al fondo en la transformación de la situación agrícola de los países, la cual, debido al desarrollo del neoliberalismo durante más de dos décadas, dejó devastados los sistemas alimentarios.

La agricultura, en este sentido, no forma parte de una estrategia de transformación productiva. No se considera su producción como un mecanismo para abaratar los salarios y elevar la cuota de plusvalía, no se pretende aumentar el consumo de la población rural para apuntalar a la industria nacional, como ocurrió en la segunda postguerra. Por esta razón, los cambios son limitados.

Al igual que en la etapa del populismo, se llevaron a cabo procesos referidos a la distribución de tierras. Venezuela fue el país en el que llegó más a fondo este proceso. Entre 1998 y 2013, el gobierno de Chávez distribuyó 117.224 *cartas agrarias* que beneficiaban a más de un millón de beneficiarios. Sin embargo, debido a que no se modificó el modelo productivo basado en la exportación de petróleo y la importación de la mayor parte de los alimentos, la distribución de tierras no trajo consigo un aumento de la superficie cosechada ni del abasto interno de alimentos (Vergara y Kay, 2018, p. 355).

En Bolivia, para 2014 Evo Morales había distribuido 28.2 millones de hectáreas a 369.507 beneficiarios. Sin embargo fueron tierras públicas y, al igual que en el caso de Venezuela no se logró superar la dependencia alimentaria sobre todo de arroz.

En Brasil se distribuyeron oficialmente 51.2 millones de hectáreas a 721.442 familias, durante las cuatro administraciones del PT. Sin embargo, se calcula que solo entre 120 mil y 150 mil familias recibieron realmente tierras pues la mayor parte de la registrada como entregada, correspondió a regularizaciones de tierras que ya estaban en posesión de los campesinos (Vergara y Kay, 2018, p. 354).

Por lo anterior, los gobiernos progresistas impulsaron la distribución de tierras rompiendo así con 20 años de gobiernos que había proscrito el tema de la reforma agraria. Sin embargo, estas modificaciones no afectaron la propiedad privada. Las parcelas entregadas correspondieron al rescate de tierras ociosas, tierras que fueron apropiadas mediante procedimientos fraudulentos o irregulares, o que no cumplían con funciones sociales.

Por otra parte, los gobiernos progresistas crearon o reforzaron un conjunto de Instituciones para atender la situación rural y en particular a los pequeños productores.

En Bolivia, Morales creó el Ministerio de Desarrollo Rural y Tierras y la Empresa de apoyo a la producción de alimentos (EMAPA); en Ecuador, Correa creó el Ministerio de Economía Social y Solidaria [...]; en Argentina Kirchner creó la Secretaría de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar; en Venezuela, Chávez creó un conjunto de instituciones para reemplazar a las empresas privadas [...]; mientras que en Uruguay el Frente Amplio creó la Dirección General de Desarrollo Rural dentro del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca (Vergara y Kay, 2018, p. 368).

En Ecuador el Plan Nacional de Desarrollo Rural incluyó un Plan Nacional de Tierras, a la vez que se impulsó la Ley Orgánica sobre Soberanía Alimentaria, mientras en México se creó la Subsecretaría de Soberanía Alimentaria dentro de la Secretaría de Desarrollo Rural (SADER).

Los gobiernos progresistas enfrentaron la crisis alimentaria mundial y el alza de los precios internacionales de los alimentos básicos, en una situación en la que, la mayoría enfrentaba la devastación del campo ocasionada por las políticas neoliberales. En este contexto, se propusieron impulsar a la pequeña producción campesina, nombrada en este período como *agricultura familiar*; a la par con un conjunto de medidas para abaratar los insumos en el paradigma de la soberanía alimentaria. Se trataba de disminuir las importaciones

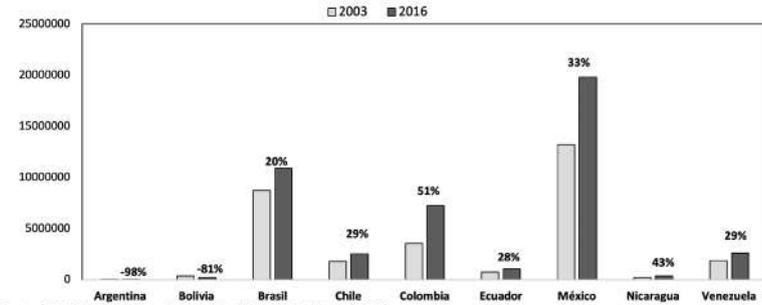
encarecidas y dejar de depender del abasto proveniente de los países desarrollados.

Programas como el Proyecto de Desarrollo de Pequeños Productores Agropecuarios (PROINDER) en Argentina, el Programa de Fortalecimiento de la Agricultura Familiar (PRONAF) en Brasil, Programa Nacional de Negocios Rurales (PRONERI) en Ecuador, CRISOL en Nicaragua; fueron creados específicamente para fomentar la agricultura familiar. Junto con ello se erogaron grandes montos de recursos para este propósito. Argentina dedicó, en 2013, 1.7 millones de dólares para el programa de inscripción de los agricultores familiares en el Registro Nacional de Agricultura Familiar y 37.5 millones de dólares para apoyar dos cadenas donde la agricultura familiar está presente. Brasil, por su parte, multiplicó por diez el presupuesto de PRONAF desde 1996, dedicando 9.5 miles de millones de dólares en 2013-2014 al crédito para la agricultura familiar (Sabourin et al., 2014, p. 36).

Sin embargo, a pesar de la importancia de estas políticas y procesos, la producción campesina no logró convertirse en la región en el principal sustento de la población y, por tanto, en aligerar los problemas de dependencia alimentaria. Es decir, no existieron condiciones para que la unidad campesina pudiera integrarse en su calidad de productora, como el garante de alimentos baratos y de buena calidad que conservó en la etapa de la postguerra. Como puede verse en la siguiente gráfica, las importaciones de cereales tuvieron un crecimiento importante:

## Gráfica 08

Comparación en el porcentaje de volumen de importaciones de cereales\* en países latinoamericanos durante el primer ciclo de gobiernos progresistas, entre 2003 y 2016



Fuentes: FAOSTATS <http://www.fao.org/faostat/en/#data/TP>. Actualizada el 19 de abril de 2023.  
\*Total de la suma de importaciones de cebada, trigo, arroz, centeno, sorgo, avena y maíz.

Esto tuvo que ver, en primer término, con el hecho de que los programas que se impulsaron, fueron para sostener a la producción campesina, sin afectar los intereses del capital agrícola en expansión que ya hemos mencionado; es decir, los agronegocios, y sin sustituir la producción campesina por la producción empresarial de bienes alimentarios básicos en algunos casos y, en otros, por la importaciones de ellos procedentes de otros países.

Las políticas se centraron en: fomento de bancos de semillas, mercados y ferias de productores, bancos públicos y sociales de alimentos, restaurantes populares y programas de compras públicas; en muchos casos asociadas a políticas de combate a la pobreza, como los programas de Hambre Cero impulsados en Brasil, Ecuador y Nicaragua. En este contexto, las políticas incluían apoyo a la economía familiar, a la vivienda, a la electrificación rural, al desarrollo territorial o al pago de servicios ambientales.

En el caso de los pequeños productores ubicados en el estrato de subsistencia, se trató de buscarles mercados para sus productos y apuntalar las unidades familiares desde una perspectiva social, mientras que en el caso de las unidades ubicadas en el sector

transicional, impulsarlas en dinámicas de modernización tecnológica y especialización productiva para encaminarlas a la producción de monocultivos, o como ellos llaman, commodities.<sup>23</sup>

La orientación de las políticas no reivindicó, en todos los casos, el papel productivo de los campesinos como base de la sustentación alimentaria nacional, sino que se le impulsó desde su marginalidad.

La razón fue que se dejó intacto el poder agroalimentario de las grandes empresas que controlan los precios de los bienes básicos y de los insumos, con lo cual resulta una tarea titánica lograr que unidades campesinas puedan competir con las empresas productoras de alimentos básicos ubicadas dentro o fuera de los países. Es decir, siguieron intactas las formas de dominio agroalimentario vigentes durante el neoliberalismo, por lo que, aun cuando se incrementaron los precios de los alimentos en el ámbito internacional, los pequeños productores no pudieron beneficiarse de ellos, con todo y el apoyo gubernamental en los países progresistas.

Pero la razón fundamental consiste en que la agricultura para el mercado interno no formaba parte de un proyecto de desarrollo estratégico, vinculado con la industria. Por ello, se trató de enfrentar la crisis alimentaria y fortalecer a la pequeña producción campesina, considerándolos como parte de los pobres del país, pero no como los productores esenciales para el abasto alimentario nacional.

En consecuencia, a pesar de su importancia en términos del número de unidades y superficie ocupada, la agricultura familiar mantuvo una participación reducida en el valor de la producción del sector agropecuario, pues en general no supera más allá del 10%.

Maletta (2011) estimó que la agricultura familiar de subsistencia contribuye al 7,6% de la producción agropecuaria en Brasil, el 10,3% en

---

<sup>23</sup> Existe una tipología de la agricultura familiar que distingue tres subtipos: los de subsistencia, los agricultores de transición y los estabilizados e integrados a los mercados. (Sabourin et al., 2016, p. 30).

Chile, el 5,2% en Colombia y el 9,9% en Ecuador. Igualmente, la contribución del segmento de transición es también menor, alcanzando cifras que no superan el 16% en países estudiados (11,0% en Brasil, 14,0% en Chile, 12,7% en Colombia y 15,3% en Ecuador) (Maletta, 2011, citado en Salcedo et al., 2014, p. 46).

### Según Chiriboga y Wallis:

[...] estos programas crearon frustración entre los campesinos, debido a que en el autoempleo y los micro — emprendimientos se marginaliza a los productores más pobres y a los asalariados rurales, bajo un enfoque “*bottom — up*”, que responde a la demanda de aquellos grupos que pueden elaborar un proyecto, endeudarse y entrar en la lógica empresarial (Chiriboga y Wallis, 2010; citado en Sabourin et al., 2014, p. 33).

Si bien estos programas fueron exitosos en la reducción de la pobreza, no lograron, en cambio, apuntalar la parte productiva de las unidades campesinas. Siguieron teniendo, además, un lugar marginal en las orientaciones de política pública.

En países como Brasil, el agronegocio continúa siendo atendido por el “verdadero” Ministerio de Agricultura, y el tratamiento social de la agricultura familiar, de la pobreza y de la diversidad étnica se confía a ministerios sectoriales o a secretarías con menor dotación de recursos o de poder como el Ministerio de Desarrollo Agrario (Sabourin et al., 2014, p. 28).

### En el caso de El Salvador:

En los años recientes, el ciento por ciento de las semillas de maíz y frijol que el gobierno compra para integrar el paquete agrícola que se entrega como subsidio a pequeños productores/as familiares proviene de la producción nacional [...]. Sin embargo, en contraste con estos logros, el paquete agrícola en el que se invierte cada año más de 35 millones de dólares enfrenta la crítica de diversas organizacio-

nes proclives a la lucha por la soberanía alimentaria, que señalan que el subsidio agrícola es asistencialista, promueve la agricultura convencional basada en agroquímicos y no incorpora tecnologías vinculadas a la agroecología. También se critica que el paquete fue concebido en su inicio (2004) como una política clientelista con fines político — electorales (Cotto, 2017).

Podemos concluir que, debido a la crisis alimentaria, los gobiernos progresistas impulsaron la producción campesina, sin embargo, su orientación no pudo salir de los marcos sociales; y si bien aligeraron la desigualdad y la pobreza en el campo, dejaron casi intacta la marginalidad productiva y la exclusión de los campesinos como abastecedores de los productos básicos.

A pesar de que los gobiernos progresistas no fueron capaces de restituir a los campesinos su rol productivo arrebatado durante el neoliberalismo, se vieron en cambio envueltos en fuertes conflictos con ellos, debido a su apoyo a los capitales extractivistas que avanzaron en el despojo de los recursos naturales de las comunidades.

Como es sabido, los gobiernos de Evo Morales y Rafael Correa enfrentaron la oposición de los movimientos indígenas a los proyectos de la carretera que afectaba al Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Sécure (TIPNIS) en Bolivia y la explotación petrolera del bloque 79 en Ecuador, que impactaba a los territorios de las nacionalidades indígenas sápara y kichwa. Tal es el caso también de la oposición indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y otras organizaciones indígenas contra la construcción del Tren Maya, que impulsa en México el presidente Andrés Manuel López Obrador.

### ***Los avances y logros de los gobiernos progresistas***

En el marco de una transición hegemónica y productiva inacabada, los gobiernos progresistas pudieron avanzar, sin embargo, en

varias direcciones que marcaron un cambio fundamental en relación con los gobiernos neoliberales.

En primer lugar, recuperando el papel del estado en el desarrollo económico de los países, que había sido dejado de lado por los gobiernos neoliberales. Asimismo, estatizando los recursos naturales esenciales a la vez que captando las rentas obtenidas en las actividades extractivas, fundamentalmente la renta diferencial emanada de las altas cotizaciones internacionales.

Esta participación estatal marcó una clara distancia con la visión neoliberal y sentó las bases para el objetivo explícito de los gobiernos, consistente en elevar el nivel de vida de la población y combatir la pobreza.

Para alcanzar este objetivo, los gobiernos mantuvieron las reglas económicas de funcionamiento del neoliberalismo como el control de la inflación, la estabilización de las monedas así como otras políticas de institucionalidad macroeconómica, sobre el entendido de que, el desvío de estos parámetros se convierte en la puntilla para la fuga de capitales y el embate del capital financiero internacional.

En este contexto, los gobiernos progresistas se alejaron también de aquellos con orientación neoliberal a través de la visión consistente en sostener un elevado crecimiento del PIB, a la par con el impulso de la distribución del ingreso, al contrario de la receta tradicional que se enuncia en el dicho de *primero crecer y después distribuir*. En este tenor registraron crecimientos del PIB superiores a los que habían registrado los gobiernos anteriores.

Tal es la situación de Argentina, quien a partir del gobierno de Néstor Kirchner, en 2003, registró tasas del PIB muy altas, de entre 6,8% y 9,2%, mientras en los años del 2000 al 2002 registró tasas negativas. Bolivia, por su parte, registró tasas anuales de crecimiento del 6,1% en 2008 y 5,2% en 2011. Todavía hasta antes del golpe perpetrado en 2018, registraba una tasa de crecimiento del 4,6%, superior a la del resto de la región. Brasil registró tasas del 6,1% en 2007 y 7,5% en 2010, cuando antes del gobierno de Lula solo había alcanzado

4,3%. Venezuela llegó a crecer 18,4% en el 2004 y 10,3% en el 2005, mientras Ecuador registró un 8% de crecimiento en el 2011.<sup>24</sup>

Se ha planteado que el alto crecimiento del PIB que registraron estos países, provino de los elevados precios de las materias primas, por lo que no fue un mérito de sus ministros de economía. Sin embargo, se observa que los países que continuaron con la visión neoliberal registraron los mismos rangos de crecimiento que venían antes del boom de los precios de las materias primas. Tal fue el caso de México que creció al 1,83% de 2000 a 2014.<sup>25</sup>

La recuperación del papel del estado y la obtención de la renta proveniente de las actividades extractivas, fue utilizada fundamentalmente para impulsar el gasto social, que se vio reflejado en primer lugar, en la disminución de la pobreza la cual se redujo en Brasil de 38,8% de la población en 2003 a 19,9% en 2017; mientras que en Bolivia el tránsito fue de 66,1% en el 2000 al 35,1% en 2017; en Ecuador pasó de 64,4% en el año 2000 a 22,8% en 2017 (Cepal, 2019). En el caso de Argentina, el porcentaje de la población en pobreza pasó de 57,5% en 2003 al 33,6% en 2018 ( Banco Interamericano de Desarrollo [BID], 2019; Universidad de Buenos Aires – UCA [UCA], 2019).<sup>26</sup>

Asimismo y a pesar de no cambiar el régimen de acumulación a favor de la industria se logró aumentar la fuerza laboral, pues entre 2002 y 2013 el número de asalariados aumentó del 53% al 57% de la PEA (Filmus, 2019, p. 35) Estos empleos ocurrieron, según este autor, fundamentalmente en el sector formal de la economía, lo cual trajo consigo una reducción importante del desempleo, pues entre 2004 y 2014 se redujo en 4,8% para toda la región (Azamar y Azamar, 2015, p. 54).

La orientación del gasto social hacia factores que elevan el nivel de vida como la educación se vio reflejada en una evolución, según la cual, el quintil más pobre de la población duplicó su presencia en la

---

<sup>24</sup> Datos definitivos, obtenidos de Cepalstats el 4 de junio del 2013.

<sup>25</sup> Fuente: Cepalstats. *Estadísticas en indicadores económicos*. Consultado el 21 de octubre de 2022

<sup>26</sup> Las cifras de pobreza corresponden al último dato disponible en cada caso.

escuela secundaria y casi multiplica por 3 el acceso al nivel superior. (Filmus, 2019, p. 40).

Desde esta perspectiva, los gobiernos progresistas recuperaron la veta social fundamental del populismo y orientaron los recursos públicos en beneficio de los sectores populares, trayendo consigo un mejoramiento del índice de desarrollo humano en la región.

En síntesis, entre 2000 y 2014 vimos varios cambios importantes: una estructura social distinta, un aumento significativo del ingreso promedio de la población, un crecimiento que también produjo un descenso importante de la pobreza, un mejoramiento del índice de desarrollo humano, una expansión de los sectores medios de la población muy joven y educada que es una gran oportunidad en términos de futuro (Grynspan, 2019, p. 58).

A la par con los cambios económicos los gobiernos progresistas desarrollaron en mayor o menor medida una institucionalidad democrática; el impulso de procesos de justicia, como el procesamiento y encarcelamiento de los verdugos de las dictaduras del cono sur; el reconocimiento de la diversidad étnica y de la igualdad de género, un trato no represivo a los movimientos y organizaciones sociales y en algunos casos como el de México, el combate frontal a la corrupción.

Estos rasgos del progresismo son los que le permitieron calar hondo en la aceptación popular, pues generaron la inclusión de los sectores tradicionalmente marginados por las políticas públicas en general, pero neoliberales en particular. De ahí viene su gran arraigo popular, que en algunos casos llevó a la idolatría de las figuras presidenciales como Chávez, Lula y Evo Morales, e inclusive Cristina Kirchner.

Como señala Emir Sader con relación a Lula:

El gobierno de Lula puede considerarse un buen gestor del neoliberalismo, que además de dar continuidad al modelo supo complementarlo con políticas sociales y recuperación de la legitimidad del Estado [...] también se le puede considerar como un gobierno de política

exterior independiente, que obstaculizó el ALCA y privilegió procesos de integración regional al aliarse a los gobiernos de Hugo Chávez, Rafael Correa, Evo Morales y otros como el de Cuba. Y además de ello, como el gobierno que contuvo el proceso de debilitamiento del Estado fortaleciendo el sistema de educación y salud públicas, y expandió de forma creativa la política cultural. Y sobre todo como el gobierno que más mejoró el nivel de vida de las masas, en particular de los más pobres, en el país más desigual del continente, más desigual del mundo (Sader, 2009, p. 102).

Podemos concluir en este apartado, que los gobiernos progresistas avanzaron en aquello que la correlación de fuerzas les permitió, que no fue poco en el ámbito de la devastación social neoliberal; pero que tuvo la carencia de ser fugaz y transitorio, al no anclarse en los cambios de la estructura productiva del sistema.

Mientras en el ámbito social se avanzó en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población, principalmente la de bajos recursos; en el ámbito político ocurrió una desmovilización de las organizaciones y movimientos sociales. En primer término porque ocurrió una institucionalización de las luchas debido a la satisfacción de algunas demandas de los grupos beligerantes. En segundo lugar porque varios dirigentes sociales se incorporaron como funcionarios al gobierno. Tal fue el caso de líderes de la CUT en Brasil, así como dirigentes del movimiento campesino en México, como fue el caso de Víctor Suárez, connotado dirigente campesino de la ANEC que pasó a ser el subsecretario de Alimentación y Competitividad de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural.

En tercer lugar, porque las políticas asistencialistas trajeron consigo la neutralización de la acción social, en parte al reducir la pobreza y en parte también porque algunos gobiernos comprenden la política como “pago de favores” (Estrada, 2012, p. 325). En este sentido, la desmovilización provino también por el hecho de que los movimientos de oposición fueron catalogados por algunos gobiernos como aliados de la derecha, con lo cual fueron estigmatizados.

Un claro ejemplo de la desmovilización lo representa el caso de México, pues las organizaciones campesinas habían enfrentado todos los procesos de liberalización comercial. La firma del TLCAN en 1994 por el EZLN, la primera etapa de liberalización en 2003 por el *Movimiento el Campo no Aguanta Más* y la segunda etapa en 2008 por la campaña *Sin Maíz no hay País*. Sin embargo, cuando se firmó el T—MEC en 2018, ya con el gobierno de López Obrador, no se llevó a cabo ninguna movilización a pesar de que este Tratado es más lesivo que el TLCAN, como se verá después.

Desde esta perspectiva, los gobiernos progresistas generaron procesos desmovilizadores o bien la pérdida de la autonomía de las organizaciones sociales, cuando se identificaron con el proyecto político del gobierno en turno, situación que no fue del todo cómoda para ellas.

Como comentaba un dirigente de la Confederación Bartolina Sisa de Bolivia. “Tenemos ganas de que se apruebe la Constitución y que el clima político se calme un poco para poder empezar a hacer oposición” (Gascón, 2010, p. 253).

Paradójicamente, como se verá más adelante, el debilitamiento de los movimientos se regresó como un bumerang contra los gobiernos, cuando vino la embestida de la derecha que terminó recuperando el poder.

## **El reflujo del progresismo: 2014-2018**

### ***Ascenso de los gobiernos de derecha***

Después de 16 años del avance sostenido del progresismo, se inició el ascenso de la derecha y la recuperación de los gobiernos por las élites de la región, quienes no habían dejado el poder a pesar de perder el gobierno.

Existe un consenso en el sentido de que este proceso se inició en el año 2015, con el triunfo en las elecciones de Mauricio Macri en Argentina, sin embargo, podemos plantear que tuvo sus antecedentes más inmediatos con el golpe de Estado perpetrado contra Manuel Zelaya en Paraguay en 2012 y la extraña enfermedad y muerte de Hugo Chávez en 2013, con lo cual el progresismo, como señalan Thwaites y Ouviaña (2018, pp. 18-19) “había entrado ya en un cono de sombras”.

El mismo año en que el candidato de Cristina Kirchner perdió las elecciones en Argentina, había ganado la oposición en las elecciones parlamentarias de Venezuela, mientras que en 2016 Evo Morales perdió el plebiscito para reelegirse y Dilma Rousseff fue destituida en Brasil mediante un golpe parlamentario — judicial — mediático, léase blando. En 2017 llega a la presidencia de Ecuador Lenin Moreno, candidato de Rafael Correa que traiciona a su antecesor para aliarse abiertamente con la derecha y los Estados Unidos. En 2018 asumió la presidencia de Paraguay, Mario Abdo Benítez, quien es hijo de quien fue secretario particular del “dictador y ejecutor de la Operación Cóndor, Alfredo Stroessner (Vázquez, 2019, p. 201). Este mismo año ocurrió el arbitrario encarcelamiento de Lula da Silva y el triunfo electoral del ultraderechista Jair Bolsonaro en Brasil; mientras el 11 de noviembre de 2019 ocurrió el golpe de Estado que obligó a renunciar a Evo Morales y a Álvaro García Linera a la presidencia y vicepresidencia de Bolivia y finalmente en 2021 gana la presidencia en Ecuador el derechista Guillermo Lazo, cuando todos los pronósticos auguraban el triunfo del correísta Andrés Arauz. En 2023 ganó las elecciones adelantadas en este país Daniel Novoa, derrotando con ello nuevamente a la corriente correísta.

Existe un debate acerca del significado de este giro hacia la derecha en América Latina. Quienes plantean que se trata del fin del ciclo progresista, (Svampa, 2018, pp. 95-96) o bien el ascenso de la Restauración Conservadora (Katz, 2017a), o el inicio de una etapa post-hegemónica (Modonesi, 2014, p. 1091); quienes proponen que es el reflujó de un movimiento que avanza por oleadas o un repliegue temporal (García Linera, 2016, p. 45) y quienes plantean que se trata del fin de

un ciclo político pero no del fin de un ciclo histórico (Merino y Stessel, 2019, p. 253). Asimismo, se encuentra muy difundida la visión según la cual al *modelo primario exportador neodesarrollista* le sigue el modelo neoliberal de nuevo cuño.

Desde mi perspectiva, se trata de un reflujo de los gobiernos nacional populares en el marco de la transición capitalista y hegemónica, estrechamente vinculado al declive de los precios de las materias primas ocurrida en 2014 y con él, a la recesión que afectó en mayor o menor medida a las economías latinoamericanas, además de los factores políticos como el desgaste de ciertos liderazgos y sobre todo, el giro de las políticas progresistas ante el declive de los recursos públicos.

Contribuye también el avance de la transición hegemónica que lleva a que prevalezca un ambiente de caos y debilidad de los estados, que trae consigo la imposibilidad de los gobiernos, sean de izquierda o de derecha para generar estabilidad.

Por su parte, el debilitamiento del neoliberalismo impide que los gobiernos de derecha puedan impulsar regímenes socialmente estables, ante el impulso de políticas decadentes que ya no tienen efectividad y profundizan el descontento de la población. Asimismo, el hecho de que no surja un régimen de acumulación alternativo, impide que los gobiernos de izquierda puedan afianzarse y combatir la desigualdad social, a pesar de que han logrado disminuir la pobreza, pero sin modificar las causas de su reproducción.

De esta manera, la población visualiza a los gobiernos, tanto de una orientación como de otra, como incapaces para satisfacer sus demandas principales que apuntan hacia la seguridad pública en primer lugar, el empleo, la estabilidad, la anticorrupción y la movilidad social. Por esta razón, una vez que se desarrolla un ciclo prolongado de los gobiernos de izquierda sobreviene un agotamiento de su cobertura social y la población tiende a votar por candidatos de derecha, los cuáles a su vez son fuertemente respaldados por los medios de comunicación y cuentan con amplios recursos para las campañas electorales. Pero los ciclos de la derecha son cada vez más

cortos, pues se trata de una *derecha reciclada del neoliberalismo* tardío (García Linera, 2016, p. 47), que no tiene viabilidad histórica, por lo que tienden a fracasar políticamente en un tiempo muy breve, lo que se refleja en el ascenso de gobiernos de izquierda en el segundo ciclo del progresismo.

De igual modo, se trata de una disputa hegemónica en una transición epocal, por lo que los gobiernos nacional populares avanzan por oleadas como señala García Linera, sin que se consolide cabalmente su poder, a pesar de que, como también señala este autor, el tiempo histórico está a su favor, en tanto el neoliberalismo, tarde o temprano, tendrá que caer.

## **Las causas del reflujo progresista**

### ***La salida autoritaria de la crisis capitalista***

Como señalamos en el capítulo tres, los gobiernos de los países desarrollados optaron por rescatar al capital financiero para superar la crisis ocurrida en el año 2008, con lo cual quedaron sin resolverse las causas principales que habían impulsado este proceso. Con ello, se subsanaron los aspectos más difíciles, pero no se logró superar el proceso de estancamiento que sobrevino sobre las potencias en los años posteriores a la crisis. Mientras el PIB de Estados Unidos había caído al -0,03% y -2,8% en 2008 y 2009 respectivamente, en 2010 creció al 2,7%, pero para 2013 alcanzó apenas 1,8% (Bankinter, 2018, p. 4).

En este contexto, se impuso la necesidad para el capital de impulsar una salida autoritaria de la crisis, mediante el aumento de la cuota de plusvalía, con el fin de elevar la rentabilidad y recuperar la cuota de ganancia. Para ello, sin embargo, resultó necesario alentar políticas de derecha, autoritarias, racistas, homofóbicas, machistas,

xenófobas, clasistas y antiinmigrantes, con el propósito de someter a las poblaciones a condiciones de explotación exacerbadas.

En consecuencia, los gobiernos derechistas en el ámbito mundial se convirtieron en una necesidad para el capital, por lo que se generó lo que algunos autores llaman la *marea conservadora* (Vázquez, 2019, pp. 196-197).

Este neoconservadurismo, cuenta entre algunas de sus principales expresiones en el ámbito político con la llegada de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos, así como el ascenso de grupos y sectores de derecha y extrema derecha en varios países europeos, ocupando distintas instancias de poder y representación política como es el caso de Francia (con el Frente Nacional de Marine Le Pen), Italia (Liga Norte); Hungría (Movimiento por una Hungría Mejor); Polonia (Ley y Justicia); Alemania (Alternativa para Alemania); Austria (Partido Liberal de Austria) y Suiza (Unión Democrática del Centro) (Vázquez, 2019, pp. 196-197).

De esta suerte, el ascenso de gobiernos de derecha no es privativa de América Latina sino que forma parte de una tendencia mundial, así como de una característica de las transiciones históricas, como ocurrió en la etapa de entreguerras; pero coloca a la región como un territorio en disputa, por parte de las potencias que pugnan por la hegemonía, quienes prefieren gobiernos de derecha para poder controlar de mejor manera la zona.

### ***Recuperación del lugar estratégico de América Latina para Estados Unidos***

Mientras en el ámbito del régimen de acumulación el ascenso de la derecha constituye una necesidad para impulsar la cuota de ganancia y salir de la crisis, en el ámbito geopolítico, la crisis de hegemonía por la que atraviesa Estados Unidos, ha llevado a la necesidad para este país de retomar su área de influencia, ante el fracaso

enfrentado en medio oriente, donde no logró apropiarse del petróleo ni dominar la fuente de energía de su rival asiático.

El ascenso de Donald Trump al poder, marcó con toda claridad el intento desesperado del país del norte por recobrar el dominio con hegemonía que perdió a principios del siglo. *Make América great again* expresa con todas sus letras este objetivo, cuya novedad consiste en haber reconocido por primera vez el declive hegemónico de Estados Unidos.

De esta suerte, concluyeron los *felices años* en que la gran potencia abandonó a su patio trasero. Surge con renovados bríos el afán de dominio sobre la región con el fin de acumular fuerzas para enfrentarse a los polos de poder y disciplinar a los aliados.

En este contexto, América Latina ha vuelto a tener un rol estratégico para Estados Unidos en la geopolítica mundial, razón por la cual se ha sentido la intervención abierta de la potencia, quien posee más de ochenta bases militares en el suelo de la región.

Sin embargo, a diferencia de la etapa de consolidación hegemónica de Estados Unidos en la cual no existía ningún rival que le disputara su influencia en la región latinoamericana, ahora China cobró gran relevancia en el período en el que Estados Unidos debilitó su dominio, como señalamos, en la cuestión del acaparamiento de los recursos naturales y en la intervención financiera.

En el ámbito del integracionismo regional que había avanzado nítidamente durante el ascenso de los gobiernos progresistas ocurrió también un claro retroceso. Lejos quedaron los tiempos en que los países de la región liderados por Brasil en 2005 podían decir no al ALCA, o como dice Gabriel Merino (2019, p. 242), *ALCArajo*. A pesar de que Donald Trump decidió retirar a Estados Unidos de la Alianza Pacífico, este organismo asestó un golpe muy duro al MERCOSUR, que se fue debilitando hasta perder su fuerza integradora. De la misma manera el ALBA enfrentó un desgaste ante la posición de los gobiernos de derecha. El debilitamiento de la integración se coronó con la creación del grupo de Lima en 2017, formada para cercar a Venezuela, entre otros objetivos, como se verá más adelante, mientras

la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, la CELAC, sufrió también un fuerte golpe aunque se volvió a fortalecer con la segunda oleada del progresismo como se verá después.

### ***Las causas estructurales del reflujo del progresismo***

Desde una perspectiva estructural, el declive del primer ciclo del progresismo encuentra sus causales en varios procesos acaecidos en los años de 2014 y 2015. En primer lugar, el hecho de que Estados Unidos logró el inicio de su recuperación, como señalamos en el capítulo 3, la cual permitió la revaluación del dólar, que había caído desde 2003.

Dicha revaluación repercutió en el declive del precio del petróleo, el cual marca, desde nuestra perspectiva, el inicio de la salida de la crisis debido a que expresa el hecho, según el cual, Estados Unidos retomó el control del hidrocarburo a nivel mundial, con lo que se establecieron de nuevo costos bajos para el proceso industrial.

Junto con estos procesos, ocurrió también el retorno de la especulación a los activos financieros, ante la desvalorización de las *commodities*, con lo cual los mercados latinoamericanos fueron abandonados.

El impacto en América Latina de todos estos procesos fue brutal. Primero, porque el declive en los precios del petróleo repercutió en la caída de los precios del conjunto de materias primas, como puede verse en la siguiente gráfica, en parte por la utilización del hidrocarburo para su producción, pero también por el declive de la demanda de China que también enfrentó una situación crítica en estos años.

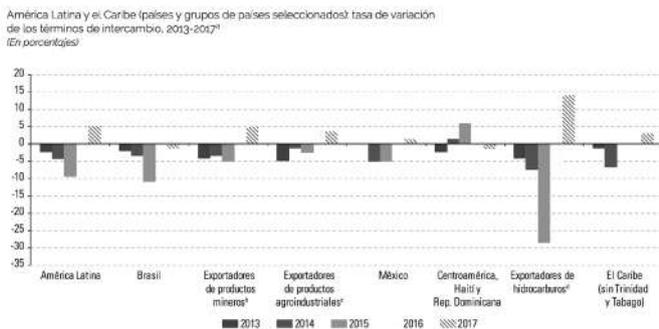
**Gráfica 09**



Fuente: CELAG (2019). Finanzas y precios internacionales de las materias primas: un riesgo regional. <https://www.celag.org/finanzas-precios-internacionales-materias-primas-riesgo-regional/>

Segundo, porque esta situación redujo las divisas y trajo consigo el deterioro de los términos de intercambio de los bienes exportados por la región como puede verse en la siguiente gráfica.

**Gráfica 10**



Fuente: CEPAL (2016). Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe, p. 31.

Tercero, porque como señalamos, la revaluación del dólar trajo consigo la devaluación de la mayoría de las monedas en la región: “En términos bilaterales frente al dólar de EE.UU., las depreciaciones en Brasil, Chile, Colombia y México, casi no tienen precedentes en los últimos 20 años” (FMI, 2016, p. 44).

Tal situación, generó un fuerte incremento en los precios de los bienes importados para los países de la región, así como de la deuda contratada en la moneda verde, la que se había incrementado en un 7,9% entre 2008 y 2015, con lo que llegó a representar entre el 25% y el 45% del PIB de los países de la región (OCDE et al., 2016, p. 60).

A este fenómeno se sumó la fuga masiva de capitales *golondrinos* que habían acudido a la región ante la bonanza de los precios, a la vez que el abaratamiento del petróleo trajo consigo el declive en la demanda de agrocombustibles que producían los capitales en la región.

El conjunto de situaciones que hemos narrado, llevó a que los países latinoamericanos ingresaran en el ámbito de la crisis a partir de 2014. Mientras en 2013, el PIB regional creció al 3%, en 2014 solo alcanzó 1,3%, a la vez que en 2015 declinó al -0,1% (FMI, 2016, p. 53).

Los países más afectados fueron Argentina, Brasil y Venezuela, mientras que la subregión de Sudamérica se contrajo 1,2% y 2,9% en 2015 y 2016 respectivamente (Webber, 2019, p. 136).

La caída en los precios de las materias primas y la crisis que enfrentaron los países trajo consigo que se resquebrajaran las bases económicas sobre las que se había sostenido el bloque contrahegemónico en América Latina, toda vez que, como señalamos, los elevados precios habían permitido obtener excedentes por parte de los gobiernos y constituían por tanto la base de su independencia financiera.

### ***Una correlación de fuerzas desfavorable***

Los acontecimientos ocurridos en el ámbito mundial, la recuperación moderada de Estados Unidos, su fracaso en medio oriente y el

requerimiento de retomar su área de influencia en América Latina, la necesidad de impulsar la cuota de plusvalía para salir de la crisis y el declive de los precios de las materias primas de exportación, trajeron consigo un cambio fundamental en la correlación de fuerzas para los gobiernos progresistas.

Este entorno generó las condiciones para el fortalecimiento de las élites nativas y los consorcios que:

[...] controlan las telecomunicaciones y medios de comunicación de masas; grupos financieros locales articulados al capital financiero internacional; segmentos de la elite empresarial vinculados a cadenas de valor a escala global; cúpulas reaccionarias de las jerarquías religiosas, incluyendo una presencia mucho mayor de vertientes evangelistas que no habían tenido esta gravitación en el pasado; y por fracciones de la oligarquía terrateniente agroexportadora con estrechos vínculos y redes de interacción con los principales corporativos que comandan los flujos del capital a nivel mundial (Vázquez, 2019, p. 199).

A pesar de que las clases en el poder no habían sido enfrentadas por los gobiernos y mucho menos despojadas de sus propiedades, consideraban una afrenta la existencia de gobiernos que establecían impuestos a las exportaciones para beneficiar a las clases populares. Como apunta Gaudichaud. (2019, pp.71-72):

[...] esta oligarquía siempre consideró que la experiencia nacional — popular o de centro — izquierda no era más que un paréntesis, lo más corto posible, y que el Estado republicano es *suyo*, una creatura a su servicio bajo su control, ya sea en sus formas autoritarias o en las democrático — liberales [...]

De esta suerte, ante la caída de los precios y con ello de los beneficios de la gran burguesía exportadora, las élites en el poder incrementaron las presiones sobre los gobiernos para obtener beneficios que les permitieran compensar las pérdidas “convergiendo con intereses financieros y agrupando al conjunto de la demanda mediática,

judicial y política. Se trató de una jauría que se fue envalentonando a medida que su enemigo perdía espacio económico y se acentuaba la crisis global” (Beinstein, 2016, p. 4).

En este sentido, los cambios mundiales fortalecieron a las corrientes de derecha y transformaron la correlación de fuerzas, debilitando las condiciones que habían permitido la expansión y consolidación de los gobiernos progresistas.

Tal situación trajo consigo un agotamiento de los gobiernos que intentaron sortear la situación mediante políticas que cedían terreno a las élites y reducían los gastos orientados a las clases populares, lo que Merino llama, la frazada corta, que no alcanza para tapar a todos:

Quando la frazada queda corta, se agudizan las luchas por la distribución de riquezas, incluso (y especialmente) entre los grupos que articulan y pretenden expresar los gobiernos nacionales y populares, debilitando dicha articulación. En el núcleo de este problema está la cuestión de la dependencia y el accionar oscilante de la burguesía local interna (Merino y Stoessel, 2019, pp. 250-51).

Existe un debate sobre el declive, agotamiento o reflujo del progresismo. Desde quienes ubican este proceso como resultado de las limitaciones y *errores* de los gobiernos, fundamentalmente su incapacidad para transformar estructuralmente las economías y de quienes ubican como centrales las causas mundiales que erosionaron su poder.

Desde mi interpretación, las dificultades para la viabilidad de los gobiernos fueron fundamentales, pero lograron erosionarlos debido a sus debilidades internas. La primera de ellas fue apostar todo a las altas cotizaciones de las materias primas sin lograr impulsar un modelo productivo centrado en las actividades internas como la industria y la agricultura. Como hemos mencionado, esta incapacidad tuvo que ver con la ausencia de un nuevo régimen de acumulación que abriera camino a un desarrollo hacia adentro, como ocurrió durante el populismo. Mas que ubicado en el ámbito de los errores, esta

situación devino de una carencia histórica para transformar las pautas productivas, en tanto la correlación de fuerzas no les permitió enfrentar al capital financiero cuyo dominio, como vimos, inhibe el impulso de las actividades productivas. Como señala Katz (2017a, p. 97): “Si bien este modelo intentó canalizar los excedentes de la exportación hacia actividades productivas, asumió resistencias del poder económico y se sometió a esas presiones”.

La segunda debilidad deriva de lo anterior en el sentido de que no se logró realizar una integración productiva de los obreros y los campesinos y con ello elevar sus condiciones de vida de una manera integral. Si bien se elevaron los salarios y se impulsaron políticas de incorporación de los campesinos a compras públicas, el desempleo no se pudo reducir sensiblemente ni se logró convertir a los campesinos en los depositarios de la alimentación popular. Se redujo la pobreza mediante medidas asistencialistas, pero no se disminuyó la desigualdad. Con ello, cuando los precios cayeron, no se había alcanzado una incorporación masiva en actividades productivas que no fueran golpeadas por el mercado internacional.

La tercera debilidad consistió en la incapacidad de los gobiernos para contrarrestar dos procesos que se encuentran enquistados en las sociedades latinoamericanas, debido a la decadencia hegemónica mundial. Por un lado, la corrupción y degradación de la clase burguesa que como vimos, deviene de la incapacidad de los gobiernos para imponer un Estado de derecho. Esto llevó a que varios gobiernos se vieran involucrados en casos de corrupción que desprestigiaron sus gestiones ante la población.

En todos los países del giro cubiertos en esta obra, los actos de corrupción contribuyeron al desprestigio de los gobernantes y, en algunos casos, a que la izquierda sea finalmente derrotada, ya sea en las urnas o a través de juicios políticos. Así, por ejemplo, en Brasil la operación Lava Jato que involucró a políticos de los principales partidos y a la empresa más importante del país, Petrobras, generó el clima de indignación que culminó con la destitución de Dilma Rousseff [...] (Torrico, 2017, p. 26).

El otro elemento que resultó imposible de solucionar y controlar por los gobiernos nacional populares fue la violencia. Elevada a un mecanismo de dominio y control sobre los movimientos populares y de los países por el Pentágono, la proliferación de grupos delictivos se ha salido de las manos generando su propia dinámica, en la mayor parte de los casos para obtener ganancias a costa de los grupos más débiles de la sociedad. Cuando devino la caída de los precios y con ello el declive de los recursos de los gobiernos, estos tuvieron casi nula capacidad para someter a dichos grupos, con lo cual las amplias mayorías de la población percibieron que no había cambios esenciales en su calidad de vida.

El quinto elemento que ha contribuido al reflujó de los gobiernos progresistas es su vínculo con los movimientos sociales. Si bien muchos de ellos llegaron al poder al calor de las movilizaciones sociales y en gran medida debido a su apoyo, no se logró establecer un vínculo estrecho de apoyo y basamento social una vez que alcanzaron el poder. Aun cuando varios dirigentes ocuparon cargos de funcionarios, se generó un alejamiento de los movimientos como base de sustentación del poder. De tal manera que cuando se redujo el presupuesto de los gobiernos y devino la caída del gasto social, este alejamiento se ensanchó, lo cual, a la par con errores políticos de los gobiernos, devino en movimientos sociales que cuestionaron abiertamente las políticas implementadas, como fueron los movimientos en contra del Gobierno de Dilma Rousseff por el rechazo al alza de las tarifas del transporte y de los gastos del gobierno en el mundial de fútbol.

Así, la desmovilización provocada por los gobiernos progresistas se vuelve, como señalamos, en un bumerang, pues al ser atacados por la derecha carecen de la base social para sostenerse en el poder. Ocurre por tanto una crisis de legitimidad de los gobiernos que, o bien los enfrenta con los movimientos sociales, o bien se genera un vacío ante fuerzas sociales desmovilizadas o incluso, manipulados por la derecha.

## El impacto en la región del retorno de la derecha

Puesto que los gobiernos progresistas no lograron impulsar cambios estructurales, el ascenso de gobiernos de derecha ha implicado el desmantelamiento de los logros alcanzados en el ámbito institucional por el progresismo.

Desde una perspectiva económica, se ha impulsado el declive o estancamiento de los salarios, la precarización, la desaparición de los ministerios que atendían a la pequeña producción familiar y se enfocaban en lograr la soberanía alimentaria. Se modificaron las leyes para disminuir la edad de jubilación a la vez que se redujo el presupuesto para el gasto social.

Toda vez que la derecha ha regresado en un ambiente de crisis, impulsa medidas autoritarias y arbitrarias para contener la caída de la rentabilidad. Al respecto Beinstein comenta:

La llegada de la derecha al gobierno no significa el remplazo del modelo anterior (desarrollista, neokeynesiano o como se le quiera clasificar) por un nuevo modelo (oligárquico) de desarrollo, sino simplemente el despliegue de un gigantesco saqueo protagonizado por fuerzas entrópicas altamente destructivas que convierten al país burgués en una república de bandidos (Beinstein, 2016, p. 4)

En cuanto a las políticas en favor del capital Merino y Stoessel señalan:

[...] otorgamiento del dinero electrónico a la banca privada, exención de impuestos, condonación de deuda a los grandes capitales [...] derogación de la ley de comunicación aprobada en 2012 que prohibía los monopolios mediáticos, una composición tecnocrática del gabinete ministerial (empresarios, banqueros y asesores *think tanks* y ONG liberales en los altos cargos ejecutivos) (Merino y Stoessel, 2019, pp. 255-256)

Se observan también políticas que criminalizan la protesta social, así como el encarcelamiento y asesinato de líderes que protestan contra el avance del capital en el saqueo de sus recursos naturales.

Asimismo, ha devenido un cambio de ciento ochenta grados en relación con el vínculo con Estados Unidos. Se trata de gobiernos altamente sometidos a las reglas del imperio, como ocurrió en el caso de Brasil con Bolsonaro, ante su anuencia para la instalación de una base militar de la gran potencia en su territorio.

Podemos concluir, que el declive del primer ciclo del progresismo genera un cambio radical en las economías retomadas por la derecha, proceso que no significa, desde mi perspectiva la sustitución del ciclo antineoliberal por la instalación de un régimen neoliberal de nuevo cuño, sino, como señalamos un escenario inestable de recambio con alternativas muy limitadas, dado el agotamiento de las políticas de ajuste estructural. Es el paisaje caótico y frágil de la transición, donde el poder de la derecha es muy acotado dado su carácter decadente.

Claudio Katz apunta (2017a, p. 117):

Por el momento la derecha tiene la iniciativa, pero el signo del período se definirá en batallas sociales que seguramente precipitarán los propios conservadores. El resultado de esos conflictos no sólo depende de la disposición de lucha. La influencia de corrientes socialistas, antiimperialistas y revolucionarias será un factor clave en el final.

## **El nuevo ciclo de gobiernos progresistas**

A partir de 2018 se inició lo que la mayoría de los analistas llaman una nueva ola del ciclo progresista con el ascenso de Andrés Manuel López Obrador en México, Alberto Fernández en Argentina, Luis Arce en Bolivia, Pedro Castillo en Perú, Xiomara Castro de Zelaya en Honduras, Gabriel Boric en Chile, Gustavo Petro en Colombia, Lula da Silva en Brasil y Bernardo Arévalo en Guatemala.

Este nuevo ciclo tiene la particularidad de incluir a países en los cuáles no había triunfado el progresismo, pero que además, constituían un bastión del neoliberalismo y un coto del dominio de Estados Unidos. Tal es el caso de México, Colombia, Perú y Chile.<sup>27</sup>

Las causas del ascenso de los gobiernos progresistas, tanto de los nuevos como aquellos que marcan una línea de continuación —Bolivia, Argentina y Brasil—, remiten en primer lugar al hartazgo de las poblaciones ante las políticas neoliberales, pero sobre todo a la crisis de las representaciones políticas de las élites dominantes, quienes se han visto en dificultades para convocar a la mayoría de la población.

En el ámbito internacional, tal como sucedió con la primera oleada cuando Estados Unidos se orientó hacia el conflicto en medio oriente, dejando de lado la prioridad de América Latina; en los años recientes se escaló la contienda del gigante del norte con China y con Rusia, por la guerra de Ucrania, con lo cual nuestra región alcanzó de nuevo relativa autonomía en sus decisiones políticas: “Es este conflicto equívoco, el que crea las condiciones para el nuevo ascenso de la izquierda” (Natanson, 2022, p. 34).

En el plano político, los gobiernos progresistas del segundo ciclo, al igual que algunos del primero, han surgido en la mayoría de los casos, en contextos de intensa movilización de las clases subalternas. De ello son muestra clara el levantamiento indígena en Chile, la lucha de los mineros bolivianos contra el gobierno espurio de Jeanine Añez; las movilizaciones obrero — campesinas que precedieron al gobierno de Castillo en Perú y la huelga general en Cali, Colombia (Fuentes, 2022).

Estos movimientos expresaban, por un lado, la negativa de la población a continuar con gobiernos neoliberales, pero por otro, el cambio en la correlación de fuerzas que ocurrió al final de la segunda

---

<sup>27</sup> Aun cuando en Chile habían ocurrido dos gobiernos alternativos con Michelle Bachelet, no tuvieron alcances similares a los del resto de los países, por lo que no fueron considerados gobiernos progresistas.

década del nuevo siglo, en favor de las clases subalternas y sus proyectos representativos.

A pesar de estas similitudes, las condiciones económicas en las que emerge la segunda ola del progresismo son muy diferentes a las de la primera. En primer término, por el declive en los precios de las materias primas a partir de 2014, lo que generó una recesión en varios países, tanto de signo progresista como neoliberal. En este marco también, la pandemia del covid-19 agravó la situación precaria de las poblaciones y obligó a erogar recursos o recurrir a las deudas para enfrentar esta situación. Asimismo, el atascamiento de las cadenas productivas que vino en la postpandemia, generó problemas de abasto, encarecimiento de bienes y escasez de algunos productos, afectando las cadenas productivas de todos los países, entre ellos los de la región.

Aun cuando los precios de las materias primas empezaron a subir a partir de 2021, como se puede ver en la gráfica, este aumento de precios durante el proceso de recuperación de la pandemia, no los benefició cabalmente debido a que, tanto la leve recuperación capitalista como la guerra de Ucrania, generaron un proceso inflacionario mundial que afectó a las economías de la región, desde varias aristas. Debido al incremento en los precios de los bienes de consumo para la población, lo que profundizó la pobreza; pero también porque las medidas impulsadas por los países desarrollados, como el incremento en las tasas de interés para palear la inflación, trajeron consigo el elevamiento de la deuda de los países latinoamericanos, así como el fortalecimiento del proceso de desindustrialización.

## Gráfica 11

### Precios por las nubes

Tras permanecer estables por varios años, los precios internacionales de los alimentos se dispararon debido a las perturbaciones por condiciones meteorológicas extremas y por la pandemia, y siguieron subiendo hasta alcanzar máximos en marzo de 2022 tras la invasión rusa de Ucrania.

(Índice de precios reales de los alimentos; 2014–16 = 100)



Fuente: FMI, 2022. La guerra desata una crisis alimentaria, junio, [<https://www.imf.org/es/Publications/fandd/issues/2022/06/war-fuels-food-crisis-picture>]pág.1.

En Argentina, el salario cayó 20% mientras la inflación llegó a 104% en 2023, a la vez que las reservas bajaron en el Banco Central y la pobreza ha crecido hasta alcanzar el 39% de la población, mientras en 2022 se registró el más bajo consumo de carne en cien años, todo ello en el marco del grave endeudamiento público que dejó el gobierno de Macri (Longa, 2023).

Desde esta perspectiva, los gobiernos progresistas de la segunda ola, si bien se beneficiaron de la visión que emergió después de la pandemia, sobre la necesidad de impulsar la participación del estado en la economía, enfrentaron en cambio una situación mundial complicada, para alentar las transformaciones sociales que se proponían en sus proyectos políticos.

Tal situación los torna, por tanto, más vulnerables que los de la primera ola, además de que varios de ellos no cuentan con la mayoría en los congresos y enfrentan una derecha más agresiva y adiestrada para pugnar por el poder, que aquella que lidió con los

primeros progresismos. En este terreno llegan al gobierno pero tienen más dificultades para alcanzar la hegemonía. Esta situación los ha obligado a establecer alianzas con partidos de centro, e incluso en algunos casos de derecha para acceder al poder, pero sobre todo para sostenerse en el cargo. Tal es el caso de Argentina, donde Cristina Kirchner impulsó la alianza con Alberto Fernández como presidente, un peronista moderado, además de que se nombró a Massa como ministro de economía, un dirigente con raíces liberales cercano a Estados Unidos (Longa, 2023); o el caso de Brasil, donde Lula nombró vicepresidente a Geraldo Alckmin un miembro del Partido que consumó el *impeachment* de Dilma, el PSDB, que a su vez fue candidato presidencial por este partido. En Colombia por su parte Petro se vio obligado a aliarse con Liberales conservadores y el Partido de la U, tanto de centro como de derecha (Hylton y Tauss, 2023).

En este marco, aun cuando los nuevos gobiernos surgen en su mayoría con proyectos desarrollistas y de orientación hacia la redistribución del ingreso, enfrentan muchas dificultades para concretarlos, pues en la mayor parte de los casos, impulsan reformas que tienen que pasar por los congresos y son rechazados o recortados. El caso emblemático es el de la Nueva Constituyente impulsada por el presidente Boric en Chile, que perdió el referéndum en su propuesta original con un 62%, mientras que la derecha ganó la mayor parte de los puestos en la elección del Consejo Constitucional que redactará la nueva Constituyente (Bellolio, 2023) Por su parte en Colombia, aun cuando se aprobó la reforma tributaria — recortada de su versión original— las reformas de salud, pensiones y trabajo así como la energética, fueron congeladas en el Congreso (Hylton y Tauss, 2023). En México, López Obrador no pudo concretar la reforma energética pues fue rechazada por el poder legislativo al igual que la reforma política.

En este contexto, ya se trate de proyectos ecologistas y radicales como el de Petro o bien, sustentados todavía en la energía fósil como el de Lula y AMLO, enfrentan fuertes problemas para su implementación, pues la correlación de fuerzas no les favorece. El poder judicial,

además, sigue siendo un bastión fundamental de las élites en todos los países para, junto con el legislativo, descarrilar los proyectos progresistas e incluso para destituirlos a través del *impeachment*, como ocurrió recientemente con el presidente Pedro Castillo de Perú, quien se encuentra preso por quienes orquestaron el llamado golpe blando, mientras en Colombia el 7 de junio de 2023 se orquestó un intento para defenestrar al presidente Petro (Petrich, 2023).

De esta suerte, los gobiernos progresistas avanzan en la cuerda floja, fuertemente presionados por las élites y con menos posibilidades que sus antecesores para impulsar cambios estructurales, pues continúa el dominio del capital financiero sobre el productivo y ellos enfrentan una situación internacional que no les favorece.

**CAPÍTULO V**  
**LOS CASOS**  
**DEL PROGRESISMO**

## **Brasil**

### ***Introducción***

Brasil es uno de los exponentes más emblemáticos del progresismo, no sólo porque es el país más grande de América Latina y el que de alguna manera marca las pautas y las tendencias para el resto de los países, sino porque bajo los gobiernos de Lula alcanzó un éxito económico sin precedentes, al punto que llegó ocupar el sexto lugar entre las principales economías del mundo. Tiene también importancia porque es uno de los países que vivió el auge y declive del progresismo, con el golpe de Estado que se perpetró contra el gobierno de Dilma Rousseff en 2016, además de que participa también en el segundo ciclo del progresismo.

Para los fines de este libro, constituye un caso privilegiado, toda vez que Brasil fue el país donde se desarrolló de manera más profunda la industrialización, no sólo durante el gobierno de Vargas en el ciclo populista, sino a partir del golpe de Estado de 1964, con la junta militar. Dicho proceso, sin embargo, fue menguado durante el neoliberalismo. En este ámbito, los gobiernos de Lula Da Silva y Dilma Rousseff no pudieron revertir la desindustrialización, sino que la profundizaron, con lo que se pusieron de relieve las limitaciones del progresismo para impulsar un régimen de acumulación distinto del neoliberal.

### ***El ascenso de Lula***

*“Y nosotros no nacimos para ser bonitos, ni radicales. Nacimos para tomar el poder” (Declaración de Lula en la entrevista realizada por Sader y Gentili, 2013, p. 19)*

Después de tres intentos de contienda electoral, en 1989, 1994 y 1998, Luiz Inácio Lula Da Silva ganó finalmente las elecciones en 2002, con el Partido del Trabajo, echando por tierra las aspiraciones del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), encabezado por el candidato Serra, de continuar en el gobierno.

¿Cuáles fueron las condiciones económicas y políticas que permitieron que ganara las elecciones con 61% de los votos, un obrero metalúrgico, dirigente sindical, militante del PT y opositor declarado del neoliberalismo, a pesar de haber fallado en los tres intentos anteriores?

En primer lugar, jugó a su favor la profunda crisis económica que atravesaba Brasil en 2002, como resultado de las políticas impulsadas por Fernando Henrique Cardoso. Este personaje, que venía de la academia crítica al capitalismo, impulsó un gobierno centrado en la hegemonía del capital financiero, una alianza con el capital industrial exportador y el impulso de políticas de ajuste estructural preconizadas por el FMI, lo cual había generado un fuerte proceso de precarización de la fuerza laboral y pobreza desmedida entre la mayoría de la población.

Cardoso había impulsado una *economía de casino*, basada en elevadas tasas de interés para atraer capital extranjero, un enorme endeudamiento, recorte del gasto público, en particular del gasto social, y continuas devaluaciones de la moneda que habían fragilizado ampliamente al país. En consecuencia, en 2002 la deuda neta representaba el 60% del PIB, las reservas internacionales eran muy bajas, pues de 38 millardos de dólares disponibles, 21 correspondían a préstamos del FMI; la devaluación del real había llevado a una espiral inflacionaria que pasó de 7,7% a 12,5% entre 2001 y 2002, lo cual repercutió en el ya de por sí menguado ingreso de la población más pobre del país (Barbosa, 2013, p. 81).

Esta situación crítica había minado la confianza de la población en Henrique Cardoso, deteriorada también por los escándalos de corrupción que se habían hecho públicos (Socca, 1997), con lo cual ocurrió una *crisis de la forma de estado* y un empate hegemónico, que

trajo consigo un cambio de percepción de la población en relación con Lula Da Silva: “En estos tres años finales del segundo período de Cardoso hay una pérdida súbita de la precaria hegemonía neoliberal. En términos de sociedad civil, se creó una situación de empate hegemónico que se prolonga hasta hoy” (Carvalho y Guerra, 2014, citado en Oliver, 2019, p. 272).

En el caso de Brasil, ocurrió con mucha claridad la crisis de las representaciones políticas afines al neoliberalismo, la cual expresaba las dificultades para seguir impulsando un régimen de acumulación en decadencia, que generaba descontento entre la población y minaba su credibilidad, con lo que se evidenciaban las dificultades de dichos partidos para generar una base de sustentación social que brindara estabilidad a su reproducción (Sader, 2008, pp. 71-72).

La crisis de las representaciones políticas se manifestó también en la división ocurrida entre los partidos afines al neoliberalismo, pues según Avritzer:

[...] la candidatura de Serra tenía problemas por las divisiones dentro de la alianza gobernante entre liberales y socialdemócratas —los liberales estaban descontentos con Cardoso y Serra por el allanamiento policial de su sede de campaña. En segundo lugar, la alianza gobernante perdió el apoyo de un grupo importante de empresarios que desconfiaba del neoliberalismo (Avritzer, 2005, p. 84).

De esta suerte, el ascenso de un gobierno de oposición en Brasil no tiene que ver tanto con la fuerza del contendiente, sino con la debilidad de los partidos afines al neoliberalismo, pues no existía en esta coyuntura un gran movimiento social que impulsara la candidatura de Lula (Sader, 2013, p. 166). El único con fuerza en la contienda electoral era el Movimiento de los Sin Tierra (MST) que no estaba ligado orgánicamente al PT.

La victoria de Lula en 2002 —que luego propiciaría el bienestar social y la reanudación del crecimiento económico— ha sido posible por el

fracaso de la política de Cardoso, quien se había propuesto el control de la inflación mediante un duro ajuste fiscal (Sader, 2016, p. 118).

Sin embargo, una cuestión central que influyó en la percepción popular fue que el PT ya había gobernado en el ámbito local y había llevado a cabo buenas experiencias que influyeron en la población.

En 1988, Luiza Erundina del PT fue elegida alcaldesa de Sao Paulo — la primera mujer en gobernar esa metrópolis—; Mauricio Soares fue elegido alcalde en Sao Bernardo do Campo, Jacó Bittar en Campinas; Olivio Dutra en Porto Alegre (De Novion, 2016, pp. 183-184).

Dichas administraciones y sus políticas sociales habían sembrado la confianza de los votantes en Lula y su partido, además de que lo conocían como candidato en tres elecciones anteriores. (Avritzer, 2005, p. 86).

Finalmente, un elemento que contribuyó al triunfo de Lula, fue su posición durante la contienda electoral. El FMI había hecho firmar a los candidatos un documento en el que se comprometían a sostener los acuerdos establecidos por Cardoso con los organismos internacionales. En consecuencia, como señalamos, Lula difundió el documento conocido como *Carta al pueblo brasileño*, en el que se comprometía a continuar con las políticas de estabilización monetaria. Asimismo, nombró a José Alencar como Vicepresidente, un empresario textil dueño de una empresa exitosa y miembro de un pequeño partido conservador (Avritzer, 2005, p. 85).

Massimo Modonesi comenta (2011, p. 71): “el pueblo nunca vota por la izquierda porque el pueblo tiene miedo al conflicto” y Lula ofrecía una fórmula en la que no había conflicto, no había riesgo, pues había dejado de lado las propuestas más radicales que había abanderado en las contiendas anteriores.

Como apuntó el propio Lula:

Creo que estuvo el dedo de Dios ahí, yo creo que nosotros no deberíamos haber ganado esas elecciones. Porque nosotros éramos muy

radicales. Si yo hubiese ganado esas elecciones, con el discurso que tenía, no sé si hubiese gobernado el país seis, siete, ocho meses [...] uno aprende muchas cosas [...] el partido fue ganando prefecturas, fue ganando estados, fue madurando, entonces cuando yo gané, nosotros estábamos maduros, estábamos preparados para gobernar el país, entonces por eso hoy, en vez de quedarme lamentando que perdí en el 89, le agradezco a Dios de no haber ganado y de haber esperado esos doce años para llegar al gobierno con más sabiduría y con más experiencia (Filmus, 2013, p. 72).

### ***El primer periodo: 2002-2006***

A pesar de haber firmado la Carta a los brasileños, el gobierno de Lula da Silva se inició en un ambiente de fuerte presión del capital en su contra. Se desató una fuga masiva de capitales, la depreciación de la moneda, en un contexto en el que las elevadas tasas de interés habían provocado un repunte de la inflación, con lo cual, se heredaba el caos y la crisis que se había iniciado en el gobierno de Cardoso (Salama, 2010a, p. 4).

En este ámbito, Lula impulsó una política de lo que De Novion (2016, p. 187) llama, *neoliberal crítica*, la cual se empeñó en un primer momento en estabilizar la situación económica heredada, para lo que promovió una línea de continuidad nombrando al ministro Palocci en el Banco Central, quien elevó la ya de por sí alta tasa de interés del 25% al 25,5%. Asimismo mantuvo la contención del gasto público, el tipo de cambio flotante, el casi congelamiento del salario mínimo, a la vez que llevó a cabo una reforma de la previsión social que redujo los beneficios de los pensionados (De Salles, 2013, p. 257).

Estas medidas lograron el objetivo buscado, pues la moneda se apreció fuertemente, la inflación disminuyó prácticamente a la mitad, las reservas internacionales del país crecieron y la deuda pública disminuyó, con lo que los capitales extranjeros empezaron a fluir nuevamente. Los mercados internacionales habían sido

sorprendidos por las medidas adoptadas y la estabilidad se había conseguido, aunque el precio había sido alto.

En el ámbito económico el PIB cayó de 2,7% en 2002 a 1,2% en 2003; la tasa de inversión disminuyó un 1,1%, mientras el desempleo pasó de 11,8% a 13,2% en 2003 en tanto que la masa salarial se redujo en un 12,3% (Salama, 2010a, p. 5).

En el ámbito político el precio fue aún mayor. Por un lado, las organizaciones sindicales como la Central Única de Trabajadores (CUT) se distanciaron del gobierno, denunciando que “la obsesión por los intereses económicos reales más altos del mundo, era injusta para la clase trabajadora” (De Novion, 2016, pp. 188-189).

Por su parte, el PT y los movimientos sociales protestaron por la Reforma a la Seguridad Social y las medidas conservadoras, lo que obligó a Lula a realizar cambios en su gabinete, sustituyendo a Palocci por Guido Mantega y nombrando a Dilma Rousseff, en la Casa Civil, quienes tenían una posición desarrollista, contraria a la neoliberal.

El otro proceso crítico que tuvo que enfrentar el presidente fue el llamado *Mensalao*, en el cual fue acusado de corrupción, al descubrirse que el PT daba dinero mensual —de ahí el nombre— a miembros de los pequeños partidos para que votaran por sus iniciativas en el Congreso, situación que había derivado de la falta de mayoría parlamentaria de dicho partido, ya que no contaba con el apoyo del PMDB. La crisis, comandada por la oposición mediante una campaña sobredimensionada en los medios de comunicación, llegó a tal punto que se manejó la posibilidad de un *impeachment* contra Lula en el 2005 (Sader, 2013, pp. 167-68).

Tanto las crisis políticas como el declive económico, fueron resueltos por Lula a través de políticas sociales de inclusión popular, fundamentadas en la nueva orientación desarrollista de los ministros nombrados (Sader, 2008, p. 36).

Desde 2003 se desarrolló el Programa Fome Zero (Hambre Cero), el cual estaba orientado a enfrentar la pobreza extrema. En los dos años siguientes, el programa se mejoró al integrarse todas las

acciones de lucha contra la pobreza en uno solo llamado Bolsa Familia, que en 2005 alcanzó el 0,3% del PIB, beneficiando a un total de 8.7 millones de familias. (Barbosa, 2013, p. 88).

Junto con ello, el aliento de microcréditos, electrificación rural, control de los precios de los productos agrícolas, elevación real del poder adquisitivo de los salarios y el incremento del empleo formal, trajeron consigo un aumento de la aceptación popular, en tanto la población percibía un mejoramiento de su calidad de vida (Sader, 2008, p. 36).

Como señala dicho autor:

Las inversiones en políticas sociales comenzaron a ofrecer resultados positivos de la gestión gubernamental y trasladaron la base fundamental de apoyo social al gobierno hacia los sectores más pobres y las regiones más olvidadas del país. Ante la posibilidad de que Lula activara una gran movilización en defensa del gobierno y de la gestión de su mandato, la oposición retrocedió y centró sus posibilidades en erosionarlo a través del Congreso y lograr de esa forma derrotarlo en las elecciones de 2006 (Sader, 2013, p. 168).

Desde el punto de vista económico, una vez superados los declives iniciales, el crecimiento de la economía se aceleró moderadamente y la inflación cayó como resultado de la revaluación del tipo de cambio, lo cual tuvo impacto en el incremento del poder adquisitivo de las familias y las empresas, con el aumento consecuente de la inversión. A su vez, la tasa de desempleo bajó de 10,5% al 8,3% entre 2002 y 2005, mientras las exportaciones prácticamente se duplicaron. Tal situación permitió volver a acumular reservas internacionales que, como señalamos al principio, casi habían desaparecido. A finales de 2005, como el símbolo de esta recuperación inusitada, el Gobierno de Lula decidió cancelar su deuda con el FMI, en un pago único de 23 millardos de dólares (Barbosa, 2013, pp. 85-86).

En este contexto, al terminar el primer gobierno de Lula, se había remontado la crisis heredada por Fernando Henrique Cardoso, el país había vuelto a generar confianza en los capitales internacionales, se

había superado la crisis política y se consolidaba con ello, el primer gobierno progresista de Brasil en el período reciente.

En palabras de Emir Sader:

La construcción de hegemonía política por parte del gobierno fue producto de la intuición y el pragmatismo de Lula como presidente, que combinó estabilidad financiera y reactivación de las políticas de desarrollo económico y de distribución de la renta, lo cual constituyó un aspecto esencial de las políticas de gobierno. Esta combinación es la clave del enigma Lula (Sader, 2013, p. 167).

### ***El segundo periodo de gobierno: 2006-2012***

El cambio en la correlación de fuerzas que alcanzó el gobierno de Lula, merced a las mudanzas realizadas en favor de una política desarrollista, permitieron que fuera reelegido en el 2006 con 60% de los votos y alcanzara una aprobación del orden del 70% a la mitad de su segundo mandato (Sader, 2009, p. 100).

A pesar de la feroz andanada mediática de la derecha, el PBDM no pudo recuperar el poder. “Como dijo un periodista de derecha...el pueblo derrotó a la opinión pública” (Sader, 2008, p. 37).

El período 2006-2012 se caracterizó por una fuerte expansión de la economía brasileña. En principio debido a que, a partir de 2006, subió la producción agrícola lo que permitió reducir la inflación, que cayó de 5,7% a 3,1% entre 2005 y 2006.

Por otra parte, a partir de 2007 se registró un incremento en los precios de las materias primas en el ámbito mundial, lo que trajo consigo una revaluación del tipo de cambio del real. El PIB por su parte creció al 5,1% anual entre 2006 y 2008, superando el 3,3% que había registrado en los años de 2003 a 2005 (Barbosa, 2013, pp. 89-90).

El ciclo expansivo de los precios mundiales, junto con el incremento en la demanda de China, permitió a Brasil insertarse como un gran exportador de materias primas agrícolas en el ámbito mundial,

principalmente de soja y maíz, los llamados cultivos comodines, por utilizarse tanto para alimentos como para agrocombustibles. Tuvieron también gran importancia los productos mineros, pues mientras en 2003 las exportaciones provenientes de minas y canteras alcanzaban U\$6 mil millones, en 2010, llegaron a más de U\$47 mil millones (Gudynas, 2015, p. 48).

El auge de las exportaciones permitió que entre 2005 y 2011 las ganancias comerciales de Brasil aumentaran en más de un tercio. Para fines del segundo mandato de Lula, la porción correspondiente a la exportación de bienes primarios entre las exportaciones brasileñas subió del 28 al 41%, con lo que se afirmaba la orientación primario exportadora del modelo brasileño (Anderson, 2016, p. 38):

La mejora en los términos de intercambio tuvo un fuerte efecto expansivo sobre la economía brasileña. Por un lado, el incremento de los ingresos por exportaciones aumentó las ganancias de las empresas y la recaudación tributaria del gobierno, lo que a su vez estimuló la inversión privada y atenuó la restricción fiscal sobre la política económica (Barbosa, 2013, p. 107).

El éxito exportador de Brasil fue tal que se convirtió en el primer productor y exportador mundial de hierro, novio, bauxita, azúcar refinada, etanol, porotos de soja; además de que se colocó en los primeros lugares de celulosa y carnes (Machado, 2018, p. 64).

Otro indicador de la expansión económica en el segundo período, fue la reducción del tipo de interés que, junto con el mayor crecimiento del PIB, trajo consigo la disminución de la deuda neta del sector público, que bajó del 60% del PIB, que habíamos señalado, al 39% a finales del 2008 (Barbosa, 2013, p. 92).

El ascenso de la economía en este período tuvo que ver también con el inicio del Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC) creado por Guido Mantega en el Ministerio de Hacienda, que generó las condiciones para un fortalecimiento de las principales variables económicas, al devolver al Estado el poder de dirigir la economía, aunque conservando numerosos aspectos ortodoxos (altas tasas de

interés, apreciación de la moneda, poca inversión pública y reforma fiscal moderada) (Salama, 2010a, p. 4).

Durante el segundo período del gobierno de Lula ocurrió la crisis capitalista mundial de 2008, que sin embargo, debido a la solidez de la economía, solo causó una recesión técnica que se manifestó en la caída del PIB en dos trimestres consecutivos, pues este indicador cayó un 5% en un lapso de seis meses. Sin embargo, las acciones acertadas del gobierno permitieron que en 2009 se iniciara la recuperación y ya para 2010 el PIB registraba un incremento del 7,5%. (Barbosa, 2013, pp. 98-99).

Esta crisis, en lugar de debilitarlo, consolidó el papel activo del Estado, toda vez que sus políticas anticíclicas resultaron exitosas (Sader, 2013, p. 169). Las ganancias obtenidas por los elevados precios se utilizaron para reducir la fragilidad financiera del país, de modo que la turbulencia internacional pudo ser sorteada.

[...] cuando estalló la crisis del 2008 y la escena mundial se volvió desfavorable, nuevamente fueron las decisiones del gobierno de Lula las que posibilitaron una rápida recuperación de la economía brasileña en el segundo semestre de 2009 y a lo largo de 2010, sin perder las conquistas sociales del período anterior (Barbosa, 2013, p. 82).

## **La orientación desarrollista del gobierno de Lula y las políticas públicas**

En el segundo período de Lula se desplegó ya con claridad una política de tipo neodesarrollista, la cual tenía como eje la recuperación del papel del Estado en la economía, con una estrategia a largo plazo, una visión nacionalista expresada en la recuperación de los recursos naturales del país, y la aspiración de salir de la dependencia frente al imperialismo. Para ello, impulsó a la burguesía local, como se verá más adelante, a través de medidas temporales de estímulo fiscal, con

el objetivo de elevar el potencial productivo de la economía. En consecuencia fue muy importante:

El apoyo a la formación de las grandes empresas brasileras, transformándolas en agentes competitivos frente a las multinacionales tanto en el mercado interno como en el mercado internacional, a través de créditos y otros incentivos regulatorios para adquisiciones y fusiones, y también a través del apoyo diplomático, en especial las relaciones Sur - Sur (Morais y Saad-Philo, 2005, 520, citado en Merino, 2018, p. 237).

Para lograr sus objetivos, se puso en el núcleo estratégico del desarrollo a Petrobras, mediante una reestatización moderada de los recursos hidrocarburíferos, toda vez que se vio la posibilidad de superar la dependencia energética que había caracterizado al país. El descubrimiento de nuevos yacimientos en El Pre-Sal del océano Atlántico, permitió a Lula conceder el monopolio de su explotación a Petrobras, en perjuicio de las compañías norteamericanas y convirtió a la empresa estatal en el *corazón* del gobierno pues llegó a aportar el 10% del PIB (Tipismana, 2020, p. 124).

Brasil pasó así de ser un país importador de hidrocarburos a colocar a Petrobras como el mayor productor mundial de petróleo *off-shore* con un 23% del mercado (Descamps y Bouafia, 2016, p. 132), “[...] de la nada, las sondas de perforación en ultramar llegaban a 15 en 2010 y a 37 en 2015; la flota de barcos petroleros de apoyo pasó de 287 a 479, con 61 plataformas petroleras *off-shore*” (Schutte, 2013, citado en Machado, 2018, p. 63).

De esta suerte, el alza en los precios internacionales a partir de 2007, permitió al gobierno de Lula obtener recursos de las exportaciones de petróleo y las regalías que pagaban las exportaciones de materias primas como la soya, el maíz y los minerales. A través de los recursos recabados se impulsó la política de transferencia de rentas, con programas como el ya mencionado Bolsa Familia, que permitieron disminuir de una manera sorprendente la pobreza y la desigualdad.

Al asumir Lula la presidencia en 2002 la pobreza ascendía a 53 millones de personas, 30 de ellas en pobreza extrema. Ya en 2005 la pobreza había bajado a 36 millones de personas y la extrema en 10 millones. Al terminar su período en 2012, 22 millones de personas habían superado la pobreza extrema, que solamente representaba ya el 5% de la población (López, 2016, p. 45 y De Novion, 2016, p. 194).

La disminución de la pobreza trajo consigo, a su vez, una reducción de la desigualdad social pues el índice de Gini bajó de 0,596 en 2001 a 0,543 en 2009 (Machado, 2018, pp. 58-59). Contribuyó también a este proceso el aumento del empleo, pues se crearon en diez años 18 millones de empleos, mientras el salario mínimo subió, solamente entre 2006 y 2008, en un 25% en términos reales (Sader y Gentili, 2013, p. 101 y Barbosa, 2013, p. 94).

Las políticas mencionadas trajeron consigo que alrededor de 50 millones de personas en Brasil transformaran su nivel de vida, con un aumento significativo del poder de consumo, y acceso a una supervivencia digna (Sader, 2009, p. 97).

En el ámbito de la salud, los logros también fueron notables, pues se redujo en 19,4% la mortalidad infantil entre 2004 y 2009 y se asistió a 8.7 millones de familias con 5.1 millones de niños vacunados (De Novion, 2016, p. 193), mientras que en el plano de la educación, para 2011 se construyeron 14 nuevas universidades federales, 126 extensiones universitarias y 214 escuelas técnicas (Sader y Gentili, 2013, p. 98). A la vez se crearon nuevos programas como el Fondo de Manutención y Desarrollo de la Educación Básica y el Programa Universidad para Todos; becas para estudiantes de bajos ingresos y cursos nocturnos para los trabajadores (De Novion, 2016, p. 88).

Vale mencionar que Lula dio gran importancia a la educación como un medio de desarrollo, pues los fondos destinados a investigación y desarrollo se incrementaron en más de 500 millones de dólares entre 2007 y 2011, con recursos provenientes básicamente de Petrobras. De esta suerte, Brasil se convirtió en el único país en América Latina cuyo gasto en este rubro superaba el 1% del PIB (Merino,

2018, pp. 240-241) En el ámbito cultural fue importante la inauguración de una televisión pública.

Merced a las políticas implementadas por Lula, la población de más bajos ingresos, fundamentalmente de la región del nordeste del país, experimentó un mejoramiento de su nivel de vida por primera vez desde los años treinta, a la vez que, según Emir Sader (2016, p. 126), se demostró que era posible aumentar los salarios sin que se afectara la inflación, al tiempo que se podía alcanzar el crecimiento de la economía y distribuir el ingreso al mismo tiempo, echando por tierra con ello los mitos del neoliberalismo.

## **La política rural de Lula**

Cuando Lula tomó el poder, el campo brasileño se encontraba polarizado entre los pequeños productores rurales empobrecidos y excluidos y un exitoso agronegocio exportador, principalmente de soja y maíz. Fernando Henrique Cardoso había utilizado la agricultura como un mecanismo para mantener estable la moneda, con el establecimiento de precios bajos de los productos agrícolas internos, reducción del gasto público hacia el sector, apertura del mercado externo mediante la disminución de los aranceles a la importación de alimentos y conversión del agronegocio en el eje de la política agrícola del país, a través de francos apoyos en la reducción de impuestos, devaluación del tipo de cambio y apertura de mercado a las exportaciones.

Los efectos de esta política fueron, por un lado, la disminución en 1995 del 30% de los ingresos reales de los productores para el mercado interno, el incremento de las importaciones de alimentos y por otro lado, el crecimiento de las exportaciones agrícolas que pasaron de 20.6 mil millones de dólares en el 2000 a 30.6 mil millones de dólares en 2002 (Sauer y Mészáros, 2018, p. 320).

En el ámbito de la distribución de tierras, FHC había repartido 37.366.000 has. a 524.380 familias en los dos períodos de gobierno (Sauer y Mészáros, 2018, p. 330), que fueron resultado de la continua presión que ejerció el Movimiento de los Sin Tierra, a través de movilizaciones muchas veces reprimidas por el gobierno.

Este era el panorama de la agricultura cuando Lula tomó el poder, en el que existía además una fuerte concentración de la tierra, pues el 56,7% del área total agrícola registrada pertenecía a solo el 2,8% de propietarios (Avritzer, 2005, p. 88).

Lula aseguró que la reforma agraria era su prioridad y durante 2003 asentó a 115.000 familias e incrementó la asistencia técnica para las beneficiadas. Asimismo, se propuso asentar a 400.000 familias para el año 2006 (Avritzer, 2005, p. 89).

Sin embargo, el gobierno tuvo varias dificultades para concretar esta propuesta y al final logró asentar a un total de 614.088 familias en 48.291.180 hectáreas, lo cual, comparado con el reparto de Cardoso, significó un aumento de 89.708 familias y 10.925.180 hectáreas (Sauer y Mészáros, 2018, p. 330).

La mayoría de las tierras asentadas fueron regularizaciones más que expropiaciones, por lo que es considerada por los especialistas como una reforma agraria parcial, que fue producto de la presión que ejercieron organizaciones como el MST y la Confederación Nacional de Trabajadores de la Agricultura (CONTAG), más que de las intenciones de gobierno. (Mançano, 2013, p. 231). A pesar de las presiones el gobierno de Lula se distinguió del de Cardoso en que no hubo una política represiva contras las organizaciones.

La mayor parte de la tierra se distribuyó durante el primer gobierno de Lula, mientras que en el segundo se redujo a la mitad, pero también la presión campesina disminuyó. Esto tuvo que ver, según los especialistas, con el impacto que tuvieron entre la población del campo, los programas de apoyo a la pobreza como Bolsa Familia, cuya cobertura alcanzó al 37% de las familias en los asentamientos (Mançano, 2013, p. 238).

A diferencia de la política agraria de Lula, aquella orientada a la agricultura familiar, fue mucho más decidida. Varios dirigentes del PT fueron nombrados en los puestos del Ministerio de Desarrollo Rural. En julio del 2006 el presidente aprobó la Ley de Agricultura Familiar No. 11.326 que fomentó el crédito y su diversificación, creando nuevas líneas de financiamiento como PRONAF floresta, semiárido y agroecología, así como crédito para mujeres y jóvenes rurales.

Sin embargo, el programa estrella en este terreno fue el PAA, Programa de compras públicas o de mercados institucionales, que fue creado en 2003 y financiado por el Ministerio de Desarrollo Agrario (MDA). Consistía en que la Compañía Nacional de Abastecimiento (CONAB), establecía contratos con los productores para comprar sus productos a precios redituables, los cuales eran distribuidos por ONGs u organizaciones gubernamentales locales; en cárceles, escuelas, y grupos sociales en inseguridad alimentaria. Además creaba incentivos para la producción y el consumo de alimentos locales (Sauer y Mészáros, 2018, p. 332). Esto trajo consigo que se cuadruplicaran los fondos para la agricultura familiar.

A pesar de la importancia de estos programas, los resultados fueron muy magros, pues con relación al crédito, alrededor de dos tercios de los productores quedaron sin financiamiento. En aquellos que si recibieron crédito, no tuvo un efecto positivo, debido a que la falta de recursos económicos y de asistencia técnica, llevó a que el financiamiento fuera mal asignado y los productores resultaran con deudas impagables (Mançano, 2013, p. 232). En cuanto al Programa de Compras Públicas, el PAA tuvo una cobertura muy baja, pues solo 185 000 agricultores familiares, menos del 5%, participaban como proveedores en 2012 (Sauer y Mészáros, 2018, p. 233).

Debido a lo anterior, tuvieron un mayor impacto en el campo las políticas que tenían una orientación social, como Bolsa Familia, que aquellas de orden productivo o agrario. Por ello, las mejoras sociales no fueron suficientes para transformar su condición de subalternidad.

En cambio, todos los autores coinciden, en que las políticas orientadas al impulso del agronegocio fueron muy decididas y tuvieron un éxito notable. Según Bernardo Mançano (2013, p. 247), la agroindustria concentró el 85% del crédito, a la vez que controlaba el 76% del área cultivable. Lula dio mayor importancia política al Ministerio de Agricultura, MAPA, orientado a los empresarios, que al MDA para los campesinos. Otorgó grandes facilidades como exenciones e incentivos fiscales para las exportaciones agrícolas, con lo cual estas alcanzaron 256 mil millones de dólares en 2012, con relación a las 118 mil millones obtenidos en 2005, por lo que llegaron a representar el 14% del PIB. (Kingston, 2012, p. 18, citado en Sauer y Mészáros, 2018, p. 324).

Podemos concluir que el gobierno de Lula no logró modificar la configuración del campo heredada por FHC, caracterizada por el dominio del Agronegocio y con ello del capital nacional y extranjero exportador de materias primas, principalmente con destino a China. Los intentos que se hicieron por alentar la agricultura familiar quedaron cortos, por lo que no se logró que la economía campesina recuperara su rol de abastecedora de alimentos para la población nacional, ni pudiera ser integrada en su calidad productiva. Siguieron privando en el campo las políticas de corte social que habían iniciado en el neoliberalismo aunque, como apunta Sader, tuvieron un impacto muy grande en el mejoramiento del nivel de vida de la población.

## **La política antimperialista de Lula**

Mientras la política interna tuvo serias limitaciones para generar una transformación importante en el desarrollo de Brasil, la política exterior de Lula fue más radical, pues pasó de constituir un subimperialismo aliado a Estados Unidos, a un decidido motor de la integración regional. Para Lula, la lucha contra la dependencia económica

fue central y pudo alcanzar logros importantes debido a la correlación de fuerzas favorable que logró en sus dos gobiernos, pues como mencionamos en el capítulo cuatro, la orientación de Estados Unidos hacia medio oriente y el papel de China en el impulso económico de los países del cono sur, permitieron una relativa autonomía de la región latinoamericana. A pesar de ello, la posición de Lula no fue de enfrentamiento con Estados Unidos, como fue el caso de Venezuela con Chávez o Bolivia con Evo Morales, pues dio prioridad a la negociación con la gran potencia, por lo que, como apunta Sader (2008, p. 62), su política exterior tiene elementos anti-imperialistas aunque no anti-norteamericanos.

En el ámbito de la integración regional, priorizó la expansión del MERCOSUR como bloque regional y alentó la creación de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y del Consejo Sudamericano de Defensa. Asimismo, fomentó la creación del Centro de Estudios Estratégicos de la Defensa (CDS), así como los acuerdos de constitución del Banco del Sur, a la vez que propuso un proyecto de infraestructura para la integración.

En cuanto a su lucha contra la dependencia y los abusos perpetrados por Estados Unidos en la región, sobresale el descarrilamiento del proyecto de libre comercio regional comandado por Estados Unidos en la cumbre de las Américas en 2005, a través del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). El proyecto fue cancelado por el MERCOSUR en alianza con Venezuela, lo que constituyó una enorme derrota para la potencia del norte (Merino, 2018, pp. 233-234).

De igual forma, Lula denunció el bloqueo permanente de Estados Unidos sobre Cuba; cuestionó el golpe de Estado contra Manuel Zelaya en Honduras perpetrado bajo el auspicio de Estados Unidos en 2009, y tomó una posición crítica ante el golpe de Estado contra Fernando Lugo en Paraguay. También se opuso a las presiones de los separatistas de Santa Cruz en Bolivia y repudió la masacre de Pando en este país. Si bien no fue posible parar estas acciones apoyadas por Estados Unidos, la unidad regional las denunció y se opuso como un verdadero bloque contrahegemónico.

En un tercer eje de acción, Brasil impulsó una lucha importante contra el dominio del capital financiero internacional con la participación en los BRICS, formado en 2008 en la ciudad de Fortaleza, donde se constituyó una “nueva arquitectura financiera internacional paralela a la de las potencias capitalistas del norte global” (Merino, 2018, pp. 233-234).

Los BRICS crearon un Nuevo Banco de Desarrollo con 50 000 millones de dólares y un Acuerdo de Reservas de Contingencias por 100.000 millones de dólares. Para 2009 el grupo representaba el 14% del PIB mundial y en 2010 el 25% (Fiori, 2013, pp. 56-57).

La participación de Brasil en los BRICS lo colocó en un plano contrahegemónico en la lucha mundial por el poder, al posicionarse junto con las potencias emergentes, China y Rusia, en contraposición con la potencia decadente de Estados Unidos. Ello le permitió ubicarse con fuerza en el concierto mundial, lo que se reflejó en su posición en el conflicto euroasiático al impulsar un acuerdo con Irán y Turquía sobre el plan nuclear iraní, a la vez que tener un papel relevante en el G-20 “en donde propugnó para que se expresara institucionalmente la creciente multipolaridad relativa de la distribución global del poder frente al unipolarismo angloamericano y de sus aliados del norte global” (Merino, 2018, pp. 233-234).

Podemos concluir que la política exterior de Lula fue de una gran congruencia con sus planteamientos ideológicos, retomando la tradición anti-imperialista de los gobiernos populistas de los años treinta.

## **Las contradicciones y limitaciones del gobierno de Lula**

El gobierno de Lula partió de una concepción neodesarrollista, en la cual su objetivo primordial fue impulsar a la burguesía local brasileña, principalmente a los capitales industriales que habían sido erosionados durante el neoliberalismo por la apertura comercial.

También tenía claro que el dominio del capital financiero impedía realizar transformaciones económicas de gran calado y por ello, lo había enfrentado desde el plano internacional. Como señala Bernardo Mançano (2013, p. 234): “El gobierno de Lula optó por un programa de salida del neoliberalismo basado en la alianza del capital productivo contra el capital especulativo”.

En este contexto, Lula identificaba al capital dominante como un obstáculo para sus objetivos.

Como afirmó en una entrevista con Filmus:

[...] nosotros no somos pobres porque Dios quiso, no somos pobres por los americanos (yanquis), o por causa de los europeos, somos pobres porque internamente, durante siglos, después de los españoles, nuestra élite siguió sin ser democrática, siendo injusta con las riquezas producidas en el país, entonces yo creo que nosotros necesitamos decidir cuál es el país que queremos, cuál es el continente que queremos, o decidimos nosotros y construimos, o no llegamos a ningún lugar (Filmus, 2013, pp. 85-86).

Sin embargo, a pesar de estos propósitos, las condiciones en Brasil eran poco propicias para un cambio, pues la crisis de 2008 no disminuyó el poder del capital financiero como sector dominante en la economía mundial y en Latinoamérica.

Las élites predominantes en el país durante los gobiernos de Lula y Dilma eran, en primer lugar, fuerzas conservadoras ancladas en poderosos consorcios que controlaban las telecomunicaciones y los medios de comunicación de masas, así como el capital financiero local vinculado al internacional, capital local vinculado a corporaciones mundiales, los empresarios agroalimentarios y sectores de la iglesia, en particular evangelistas que cobraron fuerza recientemente (Vázquez, 2019, p. 199).

En este ámbito, la correlación de fuerzas del gobierno de Lula era muy débil para enfrentar a un capital asentado durante el neoliberalismo, con enorme poder económico y político.

En primer lugar, porque el PT no controlaba el Congreso y después del *Mensalao*, quedó con un estigma de partido corrupto, que compraba los votos, a través de compensaciones entre los pequeños partidos que formaban parte del Congreso. La mayoría de los legisladores eran además de *centro derecha y de derecha*.

Durante el segundo mandato de Lula, una vez superado el *Mensalao*, el gobierno del PT se vio obligado a establecer acuerdos con el PMDB “que entonces entró en el bloque del gobierno, garantizando así algunos importantes ministerios y puestos centrales del Congreso y así permaneció durante todo el primer mandato de Dilma y los dos primeros años del segundo” (Anderson, 2016, pp. 45-46).

Esta situación aunada a una transformación política del PT que se *electoralizó*, aceptando acriticamente las instituciones, llevó a un predominio de lo que se llama la *pequeña política* (Gramsci, 1999, p. 20).

El PT fue “permisivo y copartícipe de las formas tradicionales de corrupción y arreglos entre camarillas, [...] compra de votación parlamentaria para hacer aprobar proyectos, negocios políticos para enriquecer a grupos empresariales, patrimonialismo de senadores y diputados en sus áreas de actuación, enriquecimiento ilegal de organismos e instituciones políticas, etc.”. (Singer, 2012, citado en Oliver, 2019, p. 277). Toda vez que Lula no compartía esta concepción, se originó una relativa autonomía del Presidente con el Partido, que fue debilitando su base de sustentación partidaria.

También tuvo que ver en la débil correlación de fuerzas del gobierno de Lula, que su alianza con la burguesía local industrial era de un carácter contradictorio, pues dicha burguesía fluctúa entre las opciones desarrollistas propuestas por el gobierno, aceptando el incremento salarial sustentado en incentivos fiscales y apoyos gubernamentales, y la tendencia a incrementar la sobreexplotación y aliarse con el capital extranjero y las oligarquías locales. Como señala Merino (2018, p. 252) “esto pone en cuestión la posibilidad de estrategia neodesarrollista para la ruptura de la dependencia cuyo sujeto fundamental es la llamada ‘burguesía nacional’; lo cual comienza a ser cada vez más palpable en Brasil a partir de 2013”.

Asimismo, consideramos que un aspecto fundamental que motivó la dificultad del gobierno de Lula para impulsar su proyecto, provino de su separación con los movimientos sociales en Brasil.

Recordemos que, desde sus orígenes, estuvo ausente un movimiento social en el ascenso de Lula; y los acuerdos establecidos por el PT con organizaciones como la CUT, fueron debilitándose debido a la política del gobierno, con quien se estableció un diálogo crítico. Con organizaciones como el MST la distancia fue aún mayor, por lo que acabó desarrollándose una crítica frontal de esta organización hacia el gobierno, junto con los Pastores Sociales.

En el caso del Movimiento de los Sin Techo, el gobierno permitió que las empresas inmobiliarias dominaran el mercado habitacional, con lo que de 2005 a 2014 había 6 millones de pisos desocupados y 7 millones de familias sin casa. Ello llevó a que este movimiento no estuviera dentro, sino en contra del PT (Anderson, 2016, p. 41).

Para subsanar esta situación, el gobierno de Lula intentó institucionalizar el movimiento con la creación de las Conferencias Nacionales a donde confluían diversos sectores nacionales a plantear sus demandas, pero no era un espacio de construcción política, por lo que los movimientos sociales crearon la Coordinadora de Movimientos Sociales, que pretendía unificar los distintos movimientos opositores al gobierno.

Sin embargo, como ellos decían: “La Coordinadora de Movimientos Sociales y la Asamblea Popular padecen del mismo mal: el gobierno sabe que estamos divididos” (Iglesias, 2011, p. 152).

La profunda desmovilización ocurrida en Brasil, la institucionalización de los movimientos y la separación de los gobiernos de aquellos que alguna vez formaron el PT, produjo por tanto una gran debilidad de la base social para enfrentar a los grandes capitales. Por ello: “Ante la desmovilización y despolitización de las grandes mayorías, los jueces conservadores y los grandes medios —propiedad de la derecha— son los que privilegiadamente deciden leyes y procedimientos, difunden, debaten, critican y forman opinión” (Oliver, 2019, p. 279).

En esta tesitura, el gobierno de Lula se vio obligado a establecer pactos de gobernabilidad con las clases en el poder, generando una difícil y contradictoria convivencia entre la hegemonía del capital financiero, el poder de los sectores exportadores mineros y agrícolas y las políticas redistributivas, cuyo principal beneficiario era lo que se ha llamado el infoproletariado, o los sectores populares, que fueron los objetivos de las políticas de asistencia social (Modonesi, 2011, p. 71), junto con sectores obreros organizados, cuadros desarrollistas de las fuerzas armadas, clases medias organizadas y sectores de la intelectualidad progresista.

Se trató, por lo tanto, de un gobierno signado por la heterogeneidad pluriclasista que abrigó fuerzas sociales contradictorias entre sí, lo que algunos autores llamaron otra versión del *Estado Novo* (Merino, 2019, p. 232).

### ***La desindustrialización***

El caso de Brasil ilustra con mucha claridad la hipótesis central del libro, en el sentido de que las condiciones mundiales y el prematuro surgimiento de los gobiernos progresistas durante la transición, trajo consigo la ausencia de condiciones para el ascenso de un nuevo régimen de acumulación centrado en la industria.

A pesar de los propósitos de Lula y su proyecto de colocar a la burguesía industrial en el centro de las políticas, este no tuvo las condiciones adecuadas para prosperar. Si bien durante su gobierno se fomentaron industrias estratégicas como la naval, la nuclear, la nanotecnología y la de nuevos materiales (Merino, 2019, p. 240), a la vez que, como señala Pierre Salama, (2010, p. 12) la industria brasileña no demostró un retraso relativo respecto a la industria mundial, sí resultó ser más ineficiente, pero sobre todo, no logró colocarse como el centro del proyecto de desarrollo durante los gobiernos progresistas.

El factor fundamental que provocó esta imposibilidad fue el predominio del capital financiero sobre el productivo, que se impuso

como una enorme losa sobre el gobierno de Lula, sin que pudiera moverla un ápice.

Lo que Emir Sader enunció como:

En el caso de Brasil, es necesario acabar con el papel hegemónico de un capital financiero que insiste en canalizar sus inversiones hacia la especulación y la actividad económica antisocial, que no crea bienes ni empleos. Este capital se resiste a los incentivos de un gobierno que busca un viraje de las inversiones especulativas a la senda de las inversiones productivas (Sader, 2013, p. 170).

Esto fue así debido, en primer lugar, a que se impusieron los comportamientos rentísticos de este sector sobre aquellos orientados hacia la inversión productiva, llevando a que predominara la lógica especulativa sobre la manufacturera. La presión de dicho sector por mantener las tasas de interés más altas del mundo, a pesar de su reducción durante el gobierno de Lula, atrajo capitales fundamentalmente al área financiera y no productiva, privilegiando la lógica de este sector sobre la de los demás; en tanto las distintas fracciones del capital miran el negocio de los bonos de la deuda pública como la única opción rentable en el corto plazo. Por esta razón la concentración en este sector fue la mayor “considerando que la tasa media de rentabilidad de los 50 mayores bancos (17,5%) fue mayor que la de las 500 mayores empresas (11%) revelando la dominante financiera de esta lógica” (Rossetti, 2019, p. 203).

El dominio del capital financiero lleva a que se mantenga un tipo de cambio sobrevaluado (un dólar barato) lo cual genera que las importaciones se vuelvan baratas, con lo que se prefiere importar bienes industriales en lugar de producirlos internamente. Esto corta las alas al sector manufacturero exportador, pues sus productos son más caros que los del resto de países y lleva a que la burguesía industrial se convierta en una *burguesía compradora*, aquella que se inclina por adquirir afuera en lugar de producir en el país (Ouriques, 2013, p. 277). Por esta razón, en los años de 2011 y 2012 se importaban alrededor de un 60% de las máquinas que se venden en Brasil (De

Salles, 2013, pp. 259-260), mientras que la participación de los bienes manufacturados en las exportaciones brasileñas cayó de 55% al 44% de 2005 al 2011. (Anderson, 2016, p. 38).

Por otra parte, la lógica del capital financiero lleva a incrementar la deuda interna del país pues es su mecanismo básico de acumulación. Aunque Lula disminuyó la deuda externa, recordemos que incrementó la deuda interna, la cual alcanzó la enorme cifra de un trillón quinientos mil millones de reales cuando pasó a Dilma Rousseff la banda presidencial, quien la siguió incrementando. De esta suerte, los gobiernos progresistas no pudieron interrumpir el ciclo de *república rentista* que iniciaron los neoliberales. Como señala Ouriques (2013, p. 278): “En 2012 los gastos con interés y amortizaciones de la deuda consumieron 14,19% de todo el presupuesto federal, es decir, más de un trillón de reales”.

Asimismo, lo que se conoce como el “mal holandés” que ya desarrollamos, afectó fuertemente a Brasil, pues los altos precios de las materias primas en el exterior, trajeron consigo que se privilegiaran las inversiones en el sector primario exportador, en tanto tiene menor riesgo y mayores rendimientos que el industrial, por lo que los capitales tienden a privilegiar en mayor medida estas actividades que a las del ámbito fabril.

A pesar de que los gobiernos de Lula y Dilma canalizaron al sector industrial porciones importantes de la renta proveniente de las actividades agro — minero — exportadoras, no se logró revitalizar al sector manufacturero.

Tal situación se vio reflejada en el comportamiento de la industria, pues mientras de 2003 a 2008 registró un crecimiento del 23 %, de 2009 a 2012 registró una caída del 3% (Barbosa, 2013, p. 119). Asimismo, la participación de la industria en el PIB retrocedió de 33% a 14,6% en 2011 (De Salles 2013, p. 259).

De esta forma, la presión del capital financiero y su posición dominante llevaron a una política caracterizada por la combinación de altas tasas de interés y un tipo de cambio sobrevaluado que afectó fuertemente a la actividad industrial, por lo que los mismos

empresarios fabriles enviaron sus capitales hacia el área financiera, con lo cual no fue posible frenar el proceso de desindustrialización iniciado durante el neoliberalismo.

### ***La orientación primario exportadora de la economía***

Si bien la lógica del capital financiero se contrapone con la industrial, no afecta en cambio el ascenso de las actividades primario exportadoras que florecieron al calor del aumento mundial de los precios, ocurrido a partir de 2007.

Desde el primer año del gobierno de Lula, las exportaciones de bienes primarios crecieron un 23% y se quintuplicaron en 2011. En consecuencia, la participación de las exportaciones de materias primas sobre las exportaciones totales pasó de 47,4% al inicio del gobierno en 2002, hasta alcanzar un 65,2% en el año de 2014, cuando cayeron los precios mundiales de los bienes primarios (Machado, 2018, p. 64) Las principales exportaciones primarias fueron las agroalimentarias, como la soya, el maíz y el azúcar.

El gobierno de Lula alentó al sector de terratenientes agroalimentarios del agronegocio, pues aprobó la *Lei de Biosseguranca* No. 11.105 el 24 de marzo de 2005, que legalizó el uso de semillas transgénicas. Gracias a ella Brasil se convirtió en el primer productor mundial de soya, un cultivo altamente concentrado en un pequeño grupo privilegiado de productores:

Con ello '72% de las tierras involucradas (508,8 millones de hectáreas distribuidas en los estados de Acre, Amapá, Amazonas, Mato Grosso, Pará, Rondonia, Roraima y Tocantins y parte de Maranhao) quedaron bajo el control de apenas 7% de los ocupantes' (Seoane, Taddei y Algranati, 2013, p. 164, citados en Machado, 2018, p. 62).

El otro ámbito privilegiado fue el de la minería. Mientras en el primer mandato de Lula las exportaciones provenientes de minas y canteras superaban los 6 mil millones de dólares en 2003, ya para

2010 habían alcanzado los 47 mil millones de dólares (Gudynas, 2015, p. 48).

El desarrollo de las actividades primario — exportadoras trajo consigo una forma de explotar la naturaleza a través del extractivismo, que generó un récord histórico de deforestación en el país, el cual llegó a 26 mil kilómetros cuadrados de bosques nativos arrasados (Alimonda, 2005, citado en Machado, 2018, p. 62).

A su vez, la lucha por la defensa de la tierra trajo consigo un incremento en la violencia y la transgresión de los derechos humanos, pues el número de asesinados por acciones de resistencia pasó de 73 en 2003 a 6.811 en 2004 (Porto Goncalves, 2005, citado en Machado, 2018, p. 62).

En este contexto, el motor del crecimiento, el captador de la renta extraordinaria para financiar las políticas de distribución del ingreso, resultó una actividad altamente depredadora que regresó a Brasil a un pasado oligárquico, pero con un potencial destructor muchas veces mayor.

Mientras los gobiernos populistas lucharon contra la oligarquía exportadora e impulsaron la industrialización, los progresistas impulsaron a la oligarquía vendedora bajo el auspicio del capital financiero especulativo. Eran las limitantes estructurales de una transición inconclusa que los condenó a revivir el pasado.

## **Dilma Rousseff**

En el año de 2010, Dilma ganó las elecciones en segunda vuelta con 56,05% de los votos contra 44,95% de su rival del PMDB José Serra, lo que significaba una diferencia de más del 10% (TSE, 2023).

Al inicio de su gestión desarrolló una política muy parecida a la que emprendió Lula en los primeros años de su gobierno, con un fuerte control de las variables económicas, lo cual dio confianza al capital financiero nacional e internacional. Una vez conseguida la

estabilidad económica, promovió un conjunto de políticas que reivindicaron la orientación desarrollista del gobierno anterior. Redujo los tipos de interés, disminuyó las deudas laborales a la vez que se redujeron los costos de la energía eléctrica, se devaluó la moneda y se impusieron controles parciales a los movimientos del capital. Debido a la continuidad del proyecto de Lula, Dilma gozaba a la mitad de su primer mandato del 75% de la aprobación popular. (Anderson, 2016, p. 36).

Sin embargo, en los últimos años de su primer mandato, Dilma dio un viraje a su política ante los cambios económicos mundiales, con lo cual empezó a reducir el gasto público y decretó un incremento moderado de las tasas de interés. Al final de su gobierno, el crecimiento de la economía brasileña era prácticamente de cero y la inflación rebasaba el 13% en 2013. A pesar de ello los salarios no fueron modificados y el desempleo había permanecido estable.

La separación del gobierno con los movimientos continuó e incluso se profundizó, a la vez que las políticas de austeridad provocaron una severa crisis política en junio de 2013, cuando alrededor del 10% de la población, más de 20 millones de personas de distintos lugares, fundamentalmente jóvenes de los sectores medios y populares, se inconformaron a través de grandes movilizaciones por el alza en las tarifas de transporte y los elevados gastos del gobierno en la preparación del mundial de fútbol que se desarrolló en 2014 (Zibechi, 2016, p. 140).

Estos procesos trajeron consigo que en la reelección ocurrida en octubre de 2014, Dilma solo obtuviera el 51% de los votos contra el candidato de derecha, Aécio Neves, que obtuvo el 48% de los sufragios (López, 2016, pp. 46-47), dando cuenta así no solo del cambio en la situación económica y política con relación al 2010, sino también de una transformación de la base de sustentación del gobierno.

Fue una elección polarizada que dividió al país en dos mitades políticas, así como también en términos geográficos: mientras el sur industrializado y “rico”, con un fuerte componente de “clase media”

se opuso con fuerza al PT y su alianza política, el norte votó rotundamente en favor de Dilma Rousseff (Merino, 2019, p. 246).

En el segundo mandato de Dilma, además de la situación política había cambiado también el contexto internacional, pues los precios de las materias primas cayeron en 2014, dando un tiro de gracia a los mecanismos que tenían los gobiernos del PT para hacerse de recursos: el petróleo de Petrobras y los impuestos a las exportaciones de materias primas. A esta situación se sumó la caída en la demanda de China, que se había iniciado en 2012, afectando también a las exportaciones de bienes primarios. En consecuencia, mientras el PIB había crecido al 4% entre 2000 y 2011, para 2012 sólo alcanzó 0,9%. Ya para 2014 llegó a 0,2%, para definitivamente caer al -2,8% en 2015 (López, 2016, p. 4546).

Ante esta situación, el gobierno de Dilma Rousseff decide ejecutar una política de ajuste disminuyendo el gasto público, el cual cayó en 23.300 millones de dólares, fundamentalmente en educación y salud. Asimismo, se incrementaron los impuestos y los recortes a los beneficios laborales, como pensiones y seguro de desempleo. Se recurrió a la consabida medida de incrementar las tasas de interés a 14,25%, con lo cual se afectó aún más la actividad productiva (Merino, 2019, p. 248).

Las políticas de Dilma Rousseff hicieron recaer en la población más pobre el peso de la crisis, por lo que, además de poco asertivas, fueron ineficientes, pues solamente profundizaron la recesión y el desempleo. Al afectar el nivel de vida de la población, el apoyo popular para la gobernante cayó de 50% a alrededor de 10% (Sader, 2016, p. 122).

Ante la fragilidad de su nuevo gobierno, con el país dividido y múltiples manifestaciones financiadas por la derecha, Dilma estableció pactos de gobernabilidad con el PMBD, desde el vicepresidente Michel Temer, el nombramiento de Katia Abreu en el Ministerio de Agricultura, quien venía de la principal organización del agrogocio (Confederación Nacional de Agricultura) lo que llevó a la

población a resentir el giro del gobierno como una traición y afectó fuertemente la relación con el PT.

A esta enmarañada situación que se fue construyendo en el segundo período de Dilma, se sumó el escándalo del llamado Lava Jato, nombre que corresponde a un sitio de lavado de autos donde fue grabada la conversación de un intermediario en la transferencia de recursos de Petrobras hacia contratistas, directores y políticos dentro y fuera del país. Este escándalo, que inició en 2013, estalló sin embargo en 2014 y manchó al gobierno de Dilma, aunque ella nunca fue involucrada.

La debilidad económica del gobierno de Dilma, el dudoso acercamiento con el PMBD, la desfavorable correlación de fuerzas en el congreso, el descontento de la población y el alejamiento de las organizaciones sociales, propiciaron las condiciones para su destitución, pues aun cuando los gobiernos del PT no habían afectado los intereses del gran capital, estos sectores deseaban controlar el gobierno cabalmente y los liderazgos de Lula y Dilma significaban un obstáculo para sus propósitos. Dado que a través de las urnas no les había sido posible apropiarse del gobierno en contra del PT, generaron las condiciones para orquestar un golpe de Estado.

El PT en el cargo fue bastante menos radical de lo que sus oponentes temían, pero lo suficientemente radical como para hacerles desear, implacables, su destrucción, no solo como los detentadores del cargo presidencial, sino como un movimiento con un lugar legítimo en la política brasileña (Wallerstein, 2016, p. 116).

Desde una perspectiva internacional, Estados Unidos había vuelto los ojos a América Latina y veía con malos ojos la alianza de Brasil con China y Rusia en los BRICS, por lo que estaba también interesado en colocar un nuevo gobierno sometido a sus intereses (Descamps y Bouafia, 2016, p. 137).

A estos procesos se sumó el ascenso de la derecha en el ámbito mundial, debido a la necesidad del capital de superar la crisis del 2008, impulsando gobiernos autoritarios, por lo que esta orientación

empezó a tener fuerte presencia en un conjunto de países, cambiando con ello la correlación de fuerzas que había permitido al inicio de los años dos mil el surgimiento del progresismo.

En mayo de 2016, aprovechando la mayoría en el Congreso y bajo un cargo irrelevante referido al manejo de las cuentas fiscales o irregularidades contables que todos los presidentes anteriores habían hecho, incluso el propio Temer como vicepresidente; fue aprobado el *impeachment* por 367 diputados, de los cuáles 200 estaban involucrados en procesos judiciales por actos de corrupción, entre ellos el de Lava Jato.

Se había consumado así el destierro del gobierno progresista del PT, tantas veces intentado por la derecha, sin importarles en manos de quien había recaído el gobierno. Como dijeron en Brasil: “Se había entregado el gobierno al sindicato de los ladrones” (Stédile, 2016, p. 128).

El golpe desató un conjunto de movilizaciones que congregó a todas las organizaciones sociales, los partidos de izquierda, además de contingentes de mujeres, jóvenes, negros, y demás sectores populares, “A punto tal que el Presidente Interino (Temer) no pudo, en el primer mes de su gobierno, aparecer en ninguna actividad, ni siquiera vivir en su casa particular, por las demostraciones de repudio” (Sader, 2016, p. 124).

A pesar de su fuerza, no pudieron destrabar el *impeachment*, pues las clases medias se habían separado del PT por las acusaciones de corrupción, y las clases bajas por el golpe a su economía. No había ya la fuerza para sostener los gobiernos del PT.

Dos años después del golpe, en abril de 2018, Lula fue encarcelado acusado de corrupción pasiva y lavado de dinero sin que se le demostraran los cargos. El objetivo claro era impedir su participación en las elecciones de ese año, lo cual se logró. El candidato que nombró Lula perdió las elecciones en las que ganó Bolsonaro, el personaje de derecha más barroco, xenófobo, misógino y delirante que ha tenido Brasil en toda su historia. Con ello, se había cerrado, de un modo grotesco y tramposo, el primer ciclo de los gobiernos progresistas del

período reciente. Se hizo evidente también, que la derecha no tenía la fuerza suficiente para doblegarlos de manera legal, por lo que necesitaba despejar el camino electoral a través de juicios perversos contra las figuras progresistas más entrañables.

## **Bolivia**

Bolivia es un caso paradigmático del fenómeno del progresismo, en tanto forma parte de los gobiernos radicales, junto con Venezuela y Ecuador, que impulsaron cambios importantes en los procesos de nacionalización, Asambleas Constituyentes y políticas antiimperialistas, lo que los llevó a un fuerte enfrentamiento con las élites en el poder.

Pero no sólo por eso sobresale el caso boliviano, sino particularmente por el papel que tuvieron los movimientos sociales en su ascenso y desenvolvimiento, lo cual le confiere una particularidad muy clara en relación con los otros países.

La mayor radicalidad del proceso en Bolivia resulta importante para el objetivo del libro, pues permite indagar si en los países donde los cambios se llevaron a un nivel más profundo, con el apoyo popular, se pudo alcanzar una transformación estructural en el proceso de acumulación, similar a la que lograron los gobiernos populistas de la primera mitad del siglo XX.

Confluye también a la importancia del caso de Bolivia el hecho de que, como en Brasil, presenta ya un ciclo cabal del progresismo, pues Evo Morales duró en el poder tres períodos y enfrentó un golpe de Estado antes de asumir el cuarto mandato, por lo que puede evaluarse su capacidad transformadora de manera más completa.

## Antecedentes: La etapa heroica

Al igual que en el resto de los países de América Latina, en Bolivia se introdujo el régimen de acumulación neoliberal durante los años ochenta, por lo que ocurrió un proceso de concentración del ingreso y de la tierra, reducción de los salarios e incremento de la pobreza en niveles insospechados.

Se desarrolló también un proceso de privatización de los recursos públicos, como fue el caso de los hidrocarburos, pues a través de la ley promulgada por Sánchez de Lozada en 1996, se permitió a las empresas petroleras retener el 82% del total del gas y el petróleo extraído, quedando para el estado solamente el 18% (Oglietti et al., 2021, p. 30).

La situación económica de Bolivia durante el período previo al ascenso del gobierno del MAS reflejaba un *cuasi* estancamiento, pues el PIB creció al 0,2% entre 1999 y 2005, mientras el PIB *per cápita* registró un aumento promedio de 0,86%, claramente insuficiente para impulsar un mejoramiento de las condiciones de vida de la población (Romero, 2007, p. 169).

Asimismo, en el año 2000 Bolivia se encontraba en el cuarto lugar de pobreza en América Latina, solo superado por Honduras, Nicaragua y Guatemala. El 67,4% de la población era pobre y en pobreza extrema se encontraba el 38,1%, la mayoría de los cuales eran indígenas. En el ámbito de la desigualdad los datos eran también contundentes, pues los ingresos del quintil más rico del país (20%) superaban en 30 veces los del quintil más pobre.<sup>28</sup>

El grave nivel al que llegaron las contradicciones del régimen neoliberal en Bolivia, estalló en el año 2000 en una serie de movilizaciones que expresaban el hartazgo de la población ante la concentración

---

<sup>28</sup> Datos obtenidos de Cepal. 2001. Panorama social de América Latina. 2000/2001. Santiago de Chile; y de Cepalstats (consultado 17 de febrero de 2022).

del poder y la riqueza de la élite, insensible al empobrecimiento y el sufrimiento de la mayoría de la población.

Este período se conoce como el *momento heroico*, que inició con los levantamientos Aymaras en abril y septiembre del año 2000 y junio — julio del 2001; posteriormente el movimiento cocalero en 2002, la lucha contra el impuestazo en febrero del 2003 y la guerra del agua en octubre del 2003. Todos estos movimientos culminaron entre septiembre y octubre del 2003, año en el que se desarrollará la llamada *guerra del gas*, la cual se manifestó en un conjunto de huelgas, bloqueos y manifestaciones en todo el país, que reclamaban la explotación y exportación del gas por el estado, en detrimento de las empresas transnacionales beneficiadas a través de concesiones. Esta escalada se concretó en la *Agenda de Octubre* de 2003, que planteaba el rechazo general del neoliberalismo (Escárzaga, 2016, p. 78).

En este contexto, el gobierno del presidente Sánchez Lozada se vio sometido a una fuerte impugnación, expresada en la escalada de las movilizaciones a quienes la represión no hacía sino propagar. La crisis social se vio además reforzada por la presión que impulsaban, al mismo tiempo, los sectores de la burguesía local de los departamentos de la llamada Media Luna (Santa Cruz, Tarija, Beni y Pando), por alcanzar la vieja aspiración de la autonomía, al saberse portadores de la producción más dinámica de Bolivia y de los yacimientos de hidrocarburos más importantes del país (Romero, 2007, p. 172).

Ante esta situación, Sánchez Lozada se vio obligado a renunciar en octubre del 2003, cuando llevaba apenas un año en el poder, con lo que se inició una fase de interinazgos, con Meza y Rodríguez Veltze, quienes trataron inútilmente de mantenerse en el poder entre 2003 y 2005, ante lo cual no les quedó más remedio que convocar a elecciones anticipadas.

El ascenso de los movimientos y la incapacidad del gobierno para controlar la escalada de los inconformes, expresaba con mucha claridad una crisis de estado, el debilitamiento de las representaciones políticas de la élite, quien seguía manteniendo el gobierno pero en una coyuntura donde era claramente disputado el control territorial,

ideológico y simbólico de la sociedad (García Linera, 2015, p. 14). Esta crisis reflejaba también el agotamiento del régimen neoliberal, que se fracturó inicialmente en el terreno político y social. Se trataba de una crisis de hegemonía, donde como señala Moldiz (2020, p. 52): “La democracia de pacto ha fracasado y el sistema de partidos ya no convoca a nadie”.

Para García Linera se había iniciado el *empate catastrófico* en el que los movimientos sociales se habían constituido “en una voluntad de poder estatal movilizada” (García, 2010, pp. 13-14).

Como en ningún otro país, en Bolivia se manifestó y develó la crisis política del neoliberalismo, en un proceso de insubordinación social que impidió a toda costa a la élite, seguir imponiendo sus representantes partidarios. Se trató de un *momento constitutivo* (Moldiz, 2020, p. 50) donde los movimientos sociales, fortalecidos al extremo, generaron las condiciones para un cambio de representación, al abrir el cauce para unas elecciones donde los dados ya no estaban cargados. Así fue como un indio pudo llegar a la máxima investidura del país.

## **Primer período de Evo Morales. 2006-2010**

### ***El ascenso al gobierno: 2006-2007***

La organización construida por los cocaleros, a cuya vanguardia se encontraba Evo Morales, se llamó originalmente Asamblea por la Soberanía de los Pueblos. Sin embargo, la Corte Electoral se negó a inscribirlos legalmente, por lo que adoptaron el nombre de Movimiento al Socialismo (MAS), que les prestó un partido inscrito anteriormente. Durante siete años fueron minoría parlamentaria, impulsando los intereses cocaleros en el ámbito legislativo, con la

particularidad de que la defensa de dichos intereses incluía la soberanía del país (Tapia, 2007, p. 267).

Ya con el MAS constituido, Evo Morales participó en la contienda presidencial de 2002, obteniendo un segundo lugar que fue sorprendente para todos. Tres años después ganaba las elecciones presidenciales de Bolivia el 18 de diciembre de 2005, con el 53,7% de los votos, sin necesidad de participar en una segunda vuelta. Obtuvo la mayoría absoluta en la cámara de Diputados; sin embargo, no alcanzó la mayoría en el Senado, mientras que en las elecciones prefecturales que se realizaron simultáneamente sólo ganó en tres departamentos (Torrico, 2017, p. 162).

A diferencia de la mayoría de los gobiernos progresistas, el de Evo Morales emanaba de una fuerza política de gran envergadura, expresada en las movilizaciones del período heroico. Pero a pesar de ello, su triunfo tenía que ver, como en los otros países, más con la debilidad de la clase en el poder, que con su fuerza social.

El triunfo electoral tenía detrás una amplia base social constituida por indígenas, trabajadores, mineros, sectores medios y organizaciones gubernamentales que trabajaban en el país (Romero, 2007, pp. 172-173). En esta base de sustentación, la identidad campesina — indígena resultaba predominante.

Se constituyó por tanto un nuevo bloque histórico, sobre todo en el primer período. Esto fue posible debido a la presencia directa de organizaciones sociales en la definición de las políticas públicas; por la presencia de representantes sociales en distintos niveles del aparato estatal y por la promoción de una nueva intelectualidad de funcionarios públicos vinculados a los sectores sociales (García Linera, 2010, p. 19).

Según García Linera:

En este bloque dirigente destacan campesinos indígenas con vínculos regulares en el mercado (el trópico Chapare y valles de Cochabamba; zonas de colonización en el oriente; comunarios del altiplano paceño; orureño, chuquisaqueño y potosino; valles tarijeños) indígenas y

campesinos de tierras bajas y de los ayllus andinos, también pequeños productores urbanos y sectores con actividad mercantil relativamente avanzada, entre los que se puede hablar de la presencia de un tipo de “empresarios de origen popular” que auto identificado más como trabajador que como burguesía, abastece al mercado interno y, en parte, a mercados externos, a pesar de que nunca recibió nada del Estado para llegar a donde está (García Linera, 2010, pp. 17-18).

En este nuevo bloque en el poder, el proyecto inicial de Evo Morales y García Linera tenía entre sus ejes principales, la recuperación de los recursos naturales para el pueblo boliviano, la reforma agraria, el mejoramiento de los salarios y el rechazo a un TLC con Estados Unidos. (Romero, 2007, p. 173). Se trataba de una agenda anti-neoliberal que contemplaba el impulso de la industrialización para superar la orientación primario — exportadora, así como la dependencia frente al mercado mundial y la hegemonía de las empresas transnacionales. (Escárzaga, 2016, p. 78).

### ***El punto de bifurcación: 2008***

La toma de posesión como presidente de Bolivia por Evo Morales, no implicó que el conflicto entre los movimientos sociales y la oligarquía en el poder se hubiera resuelto. Evo había tomado el gobierno, pero no el poder de estado (lógica y mando constitucional) controlado por las clases económicamente dominantes (García Linera, 2015, pp. 17-18). Durante los años de 2006 a 2008 se vivió una polarización en las relaciones de fuerza entre dos bloques antagónicos: de un lado los movimientos sociales y sus organizaciones en torno al presidente y de otro las oligarquías regionales, situadas esencialmente en la región de la media luna (Svampa, 2018, pp. 349).

Es lo que García Linera (2015, p. 516) llamó como el empate catastrófico, aunque lo sitúa desde 2003, que se caracteriza por la confluencia de dos fuerzas, en donde ninguna logra dominar y genera

un conflicto permanente, toda vez que las élites en el poder se habían debilitado profundamente durante el momento heroico, mientras el gobierno recién llegado acumulaba fuerzas desde un poder incipiente. Se trata de un empate catastrófico, por “la irresolución de la unicidad conducente del poder” (García Linera, 2015a, pp. 15-16).

Durante este período, la contradicción principal que enfrentó Evo Morales, fue aquella entre el imperialismo, encarnado en las élites oligarcas fuertemente apoyadas por el gobierno de Estados Unidos y el gobierno emanado de las luchas populares (García Linera, 2015a, p. 26).

Es en este contexto que, como resultado de una necesidad del gobierno de Morales para reafirmar su poder y al mismo tiempo medir fuerzas, convoca a un referéndum revocatorio.

Se trata de un momento en que los bloques antagónicos, los proyectos irreconciliables de sociedad que cubren territorialmente la sociedad y el Estado, deben dirimir su existencia de manera abierta, desnuda, a través de la medición de fuerzas, la confrontación (el último recurso que resuelve las luchas cuando no hay ya posibilidades de otra salida) (García Linera, 2010, p. 18).

En agosto de 2008 se llevó a cabo el referéndum revocatorio, en el cual Evo Morales obtuvo el 67% de votos por la ratificación de su gobierno; pero además fueron ratificados los prefectos oficialistas, mientras los de oposición de La Paz y Cochabamba fueron revocados. (Viaña, 2012, pp. 376-377).

Ante la derrota sufrida por la oligarquía, esta decide impulsar un movimiento golpístico fundamentado en la lucha por la autonomía de la media luna, que tenía rancios orígenes en Bolivia y se había refrendado en el 2003, cuando un grupo de instituciones del departamento de Santa Cruz planteó la autonomía y la refundación del país (Cabrera, 2011, p. 46).

El movimiento contrarrevolucionario inició en septiembre del 2008 en la llamada *media luna* y se extendió a La Paz, Cochabamba y Sucre. En tanto movimiento autonomista intentó el control real de la región mediante la toma de los aeropuertos, a través de lo cual

impedían el arribo de autoridades nacionales. Asimismo, hostigaban a los policías y a partir del 9 de septiembre se lanzaron a la ocupación violenta de instituciones del Estado. Quemaron alrededor de 72 instalaciones gubernamentales, incluyendo un canal de televisión, la radio estatal y las oficinas de la empresa de telecomunicaciones (García Linera, 2015a, pp. 19-20).

A la par con esta situación, la oligarquía aprovechó la crisis alimentaria de 2008, que como señalamos en el capítulo 3, había traído consigo el aumento en el precio de las materias primas, para boicotear al gobierno a través del desabasto de alimentos internos mediante su poder en el sector agroindustrial y ganadero (Ormachea y Ramírez, 2013, pp. 30-31).

Además de atacar a las instituciones, los golpistas agredieron con saña a un grupo de indígenas, violentando sus símbolos y representaciones.

En mayo de 2008 alrededor de 40 indígenas y campesinos que se encontraban en la ciudad de Sucre y en camino hacia la plaza central fueron golpeados y humillados, obligados a desnudarse, a besar banderas de Sucre, a gritar estribillos en contra del gobierno y a quemar su bandera indígena, sus ponchos y otros atuendos propios de su cultura (Cabrera, 2011, p. 43).

El gobierno de Evo Morales y García Linera, conscientes de la correlación de fuerzas con que contaban, decidieron lo que llamaron *una táctica de repliegue defensivo y envolvente*, es decir, utilizar a la fuerza pública para la defensa puntual de las instituciones tomadas, sin asumir una respuesta global a los avances destructivos de la derecha. Una estrategia centrada en esperar a que cometieran un error catastrófico, se desprestigiaran ante sus bases y ante la opinión pública nacional e internacional.

Esto ocurrió el 11 de septiembre de 2008, cuando se produjo una masacre de indígenas en la ciudad de Cobija, departamento de Pando, bajo la responsabilidad del personal de la prefectura, que trajo consigo un saldo de 19 personas muertas y 52 heridas.

Una vez que se llegó a este crimen colectivo, ampliamente repudiado tanto al interior como al exterior del país, el gobierno decidió entonces dar una respuesta de Estado a la intentona golpista.

En primer término, Evo Morales decidió expulsar al embajador de Estados Unidos, Philip Goldeberg, un día después de la masacre de Pando, en tanto estaba claro que el gobierno de este país estaba detrás de la refriega golpista.

Enseguida, el gobierno decidió retomar el control territorial, al que García Linera llama el *eslabón más débil* (2010, p. 37), que era Pando. A estas alturas contaba con el apoyo de la población que se movilizó defendiendo sus distritos, tanto pobladores de los barrios y estudiantes, como indígenas y campesinos.

La violencia de los golpistas horrorizó al país entero. El Presidente, al ordenar la expulsión del embajador norteamericano, los dejó sin estrategia y puente internacional [...] Ante la inminente convergencia de multitudinarias fuerzas sociales populares y Fuerzas Armadas, los dirigentes golpistas tuvieron que capitular (García Linera, 2015a, p. 21).

Se había desactivado de esta forma la embestida de la oligarquía que pretendía derribar el poder popular y recobrar el control del gobierno. Si la reacción fue tan violenta, era porque partía de la desesperación y la conciencia de la debilidad, pero sobre todo, de la convicción de que les había sido arrebatado un poder que siempre consideraron de su pertenencia.

Evo Morales retomó el poder nacional que había ganado legítimamente, primero porque supo esperar a que se evidenciara la entraña violenta de la reacción; segundo porque enfrentó al imperio sustentado en el poder social de la población y tercero porque contaba con el apoyo de los gobiernos progresistas del cono sur, manifiesto en la postura firme de UNASUR, que respaldó cabalmente a su gobierno (Ahumada, 2021, pp. 236-237).

Al igual que la mayoría de los gobiernos progresistas, Evo Morales había enfrentado la reacción inconforme de la oligarquía herida

en sus más profundos intereses. Pero aquí se trató de una guerra interna, que tuvo un costo muy alto en vidas y afrentas hacia los de abajo.

Esta guerra fortaleció enormemente al gobierno de Evo Morales y marcó una nueva etapa en su desarrollo. La burguesía tradicional de la Media Luna había sido sometida y esto marcaba a la vez que un triunfo innegable, una nueva contradicción que, como señaló García Linera, implicaba el reto de incorporarlos al proyecto del gobierno.

Como expresión de este proceso en el cual el gobierno había retomado el poder, el 25 de enero de 2009 se llevó a cabo el referéndum constitucional para consultar sobre la Nueva Constitución, que fue aprobada con 61,4% de los votos.

Si bien la Asamblea donde se discutió la nueva Constitución se llevó a cabo durante los años de 2006 y 2007, y fue aprobada en diciembre de este último año, su validación total tendría que esperar a la resolución del conflicto con la burguesía separatista.

La nueva constitución fue resultado de pactos obtenidos en un difícil proceso para alcanzar el consenso, debido a que la oposición controlaba la cámara alta y la mayoría de las autoridades subnacionales eran rivales del presidente (Mayorga, 2017, p. 73). Además, intervinieron fundamentalmente los partidos y las asociaciones registradas, quedando marginadas las organizaciones indígenas, como la corriente *katarista* indianista más radical comandada por Felipe Quispe, quien había sido también candidato presidencial. Por otra parte, fue aprobada con la participación de la mayoría oficialista y sus aliados, mientras la oposición se mantuvo al margen.

Como resultado de la nueva constitución, Bolivia se convirtió en un Estado Unitario Social de Derecho Plurinacional Comunitario, libre, independiente, soberano, democrático, intercultural, descentralizado y con autonomías. Se prohibió la instalación de bases militares extranjeras en el país, y se declararon como oficiales las 36 lenguas indígenas, además del español.

Se establecieron como propiedad exclusiva de los indígenas los recursos forestales de su comunidad y el reconocimiento de la

*Wiphala* (la bandera indígena) como símbolo de Estado, entre otros aspectos importantes (Cabrerá, 2011, p. 48).

En este contexto, al concluir el conflicto con la oligarquía, el gobierno había resuelto los aspectos fundacionales del estado boliviano y se encontraba en la posibilidad de impulsar su proyecto de desarrollo.

Asimismo, trajo consigo el éxito en el manejo de la economía durante este primer período de gobierno, pues el PIB creció al 5% durante una década, alcanzando un 8% en 2008, a tal punto que el Banco Mundial sacó a Bolivia de la lista de países de ingresos bajos y la ubicó en la lista de los de ingresos medios. El superávit además alcanzó un 12% del PIB anual de 2006 a 2009, lo cual significó la creación de activos externos por más de un tercio del PIB, una situación inédita en el país (Oglietti et al., 2021, pp. 36-37). Las reservas internacionales, por su parte, pasaron de 1.724 millones de dólares en 2005 a 15.123 millones en 2014 (López, 2016, p. 54).

## **El segundo período: 2010-2015**

Una vez resuelta la contradicción con las élites, Evo Morales pudo presentarse a la elección de 2009 con enorme fuerza. En diciembre de ese año obtuvo 64,2% en la primera reelección, que significaba 10% más de la que había obtenido cuatro años atrás. Logró además la mayoría absoluta en ambas cámaras legislativas, y obtuvo un triunfo similar en los gobiernos departamentales, pues de nueve, siete eran del MAS.

Esta victoria contundente hablaba de la capacidad de hegemonía del MAS y de que la clase indígena y campesina se había convertido, no solamente en dirigente, sino en dominante, una vez que sometió a las clases adversarias (Moldiz, 2020, p. 69).

Sin embargo, a pesar de esta incuestionable victoria, el período 2010-2015 se presentará como una *ralentización* del proceso de

cambio, que no venía del terreno económico pues se siguió consolidando la estabilidad y crecimiento de la economía, a través de la distribución de los excedentes obtenidos por el estado entre las clases necesitadas, como se verá más adelante, sino debido a que la contradicción principal que se había centrado en la lucha contra las clases oligarcas, pasó a centrarse en los sectores que apoyaban al propio gobierno. Esto ocurrió debido a que hubo un desplazamiento de la clase popular que lo había llevado al poder, como clase dirigente, hacia su marginalización, mientras el Estado a través de sus dirigentes se fue convirtiendo en el actor fundamental del proceso (Moldiz, 2020, p. 66).

Tal situación se manifestó inicialmente en el llamado gasolinazo ocurrido en 2010. La causa de este proceso provino del poder que fueron alcanzando las empresas privadas de hidrocarburos, pues según Arze y Gómez (2013, p. 79) el 80% del control de la producción continuaba en sus manos.

Ante esta situación las empresas empezaron a bajar la producción, acorde con el inicio del declive de los precios internacionales, con lo que se redujeron también los ingresos del gobierno vía impuestos. En estas circunstancias, el MAS desechó la posibilidad de recurrir a instancias legales para obligarlas a incrementar la producción que abastece a las refinerías. En lugar de eso, en diciembre de 2010 optó por la eliminación de los subsidios a los combustibles y con ello, a la elevación de los precios internos de los carburantes en más del 70%, beneficiando con ello a las transnacionales. Esto trajo consigo el descontento masivo en todo el país, a tal punto que en enero de 2011, el presidente se vio obligado a dejar sin efecto esta medida (López, 2016, p. 55).

También en el año de 2010 se iniciaron un conjunto de movimientos en los que se expresaban las contradicciones internas del bloque en el poder. El 21 de junio de ese año, se impulsó una marcha dirigida por la Comisión Nacional de la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB), mientras el 25 de junio 7 asambleístas indígenas

de tierras bajas iniciaron una huelga de hambre, exigiendo mayor participación en el Parlamento.

A estas movilizaciones se sumaron los habitantes del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Sécure (TIPNIS) en una marcha de Trinidad a la Paz, cuya demanda principal era la suspensión de la carretera que pretendía unir Cochabamba con Beni y que atravesaba su territorio, que a la vez era parque nacional y reserva ecológica. Exigían también la paralización de las actividades carburíferas en los parques nacionales, el respeto a los territorios indígenas en la nueva legislación agraria, la profundización de las autonomías indígenas y el cumplimiento del derecho a la consulta previa, ya que ellos no habían sido consultados para la construcción de la carretera.

La situación se complicó cuando un grupo de campesinos colonizadores afines al MAS bloquearon la ruta para impedir el paso de los marchistas, ante lo cual la policía reprimió la marcha con un uso desmedido de la violencia, a pesar de lo cual continuó su camino. Sin embargo, la opinión pública se unió contra el gobierno, a la vez que organizaciones como la Central Obrera Boliviana, convocó a una huelga de hambre en apoyo a los marchistas.

Al igual que en el caso del gasolinazo, el Gobierno de Evo Morales tuvo que suspender la obra y plantear que realizaría un referéndum que no se llevó a cabo (Mayorga, 2017, p. 56).

Los eventos reseñados trajeron consigo una fuerte fisura en el bloque en el poder, que se manifestó inicialmente en la ruptura del Pacto de Unidad que había sido fundador del proyecto del MAS. Las cinco organizaciones que lo conformaban quedaron divididas. Por un lado, la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB) y el Consejo Nacional de *Ayllus y Markas de Qullasuyu* (CONAMAQ) quedaron enfrentadas al gobierno, mientras la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), la Federación Nacional de mujeres campesinas de Bolivia Bartolina Sisa (FMCB-BS) y la Confederación Sindical de Comunidades Interculturales de Bolivia, continuaron como incondicionales del gobierno

(Escárzaga, 2016, p. 86). Esto significó el rompimiento entre el sindicalismo campesino y las organizaciones indígenas.

Todos los autores coinciden en que los conflictos señalados y el rompimiento del Pacto de Unidad constituyen un parteaguas en la trayectoria del gobierno de Evo Morales, pues a partir de ahí ocurrió una separación del gobierno con los movimientos, a la vez que la visión transformadora y comunitarista de las organizaciones fue relegada por la visión del proyecto de desarrollo económico del gobierno. Desde la perspectiva de García Linera (2010, p. 21), la tensión entre estatismo y comunitarismo se decantó por el primero, toda vez que, desde su visión, sobrevino una despolitización de los dirigentes quienes encontraron el *camino fácil* para ocupar puestos o cargos de elección, como si fuera una carrera de movilidad social, olvidando la convicción, lo que debilitó a las organizaciones sociales. Para autores como Jorge Viaña (2020, p. 116), el gobierno tuvo gran responsabilidad en este proceso, pues utilizaron a las organizaciones de manera instrumental, con lo que dañaron su autonomía y con ello su capacidad de movilización.

[...] los sectores populares van pasando del protagonismo a la pasividad y el Estado empieza a actuar como sujeto de la revolución. El sujeto histórico, en su doble condición (bloque en el poder y bloque dirigente de la sociedad) se va burocratizando, aburguesando y pierde el horizonte estratégico emancipador. Sigue siendo clase o bloque dominante, pero ha dejado de ser dirigente (Moldiz, 2020, p. 67).

Según este autor, las causas de esta ruptura provienen tanto de las clases populares como del gobierno, pues señala que este *desencuentro no antagonizado*, se origina en el hecho de que, ambos sectores consideran que se ha logrado todo y por tanto las organizaciones delegan en el gobierno el manejo de la *cosa pública*, mientras el estado monopoliza las funciones, dejando de lado a las organizaciones.

Sin embargo, podemos plantear que el elemento principal del viraje del MAS en el segundo período, proviene del pacto de gobernabilidad que sostuvo el gobierno con la clase dominante,

fundamentalmente la burguesía de la media luna, con la que enfrentó el conflicto en el primer período de gobierno. El gobierno les garantizó que no llevaría a cabo una reforma agraria, a la vez que el tope para la extensión del latifundio de 5000 hectáreas no les afectó, como se verá más adelante: “Les ha ofrecido todas las reformas legales para promover inversión y su expansión en el país, en particular una delirante ampliación de la frontera agrícola a un ritmo de un millón de hectáreas por año” (Tapia, 2017, p. 32).

Para algunos autores, estas concesiones a la burguesía tuvieron que ver con la necesidad de contar con la oposición para alcanzar la convocatoria parlamentaria por dos tercios, la cual se necesitaba para realizar el referéndum de la Constitución Política de Estado (CPE) en 2009, pues era un requisito para lograr la continuidad del gobierno por un período más (Urioste, 2011, p. 26).

Para otros autores, el mencionado pacto tuvo que ver con la necesidad de controlar el poder a través del triunfo en las elecciones, como las municipales ocurridas en 2010, donde el MAS se alió a grupos provenientes de la derecha en las regiones opositoras, bajo la consigna de que, “para derrotar a la derecha hay que cooptar a sus eslabones más débiles” (Do Alto, 2011, p. 110).

De esta suerte, en el segundo período, el gobierno de Evo ya no se confrontó con la burguesía, sino que estableció pactos de gobernabilidad que, aunque se hicieron desde un *Estado fuerte* y no un *Estado mendigo*, como señala García Linera en la entrevista con Santucho (2020, p. 8), tenían un nivel de peligrosidad debido a la ruptura y alejamiento con las organizaciones sociales. Se había constituido así un nuevo proyecto de estado que empezaba a tener fisuras importantes en su visión de país.

## El tercer período: 2016-2019

Evo Morales lanzó su candidatura para una segunda reelección y un tercer período de gobierno en las elecciones convocadas en Bolivia para los años de 2014-15. Si bien, tanto en la constitución anterior como en la nueva, solo se permite una reelección, la base legal que le permitió participar en esta elección, fue que se consideró que el cambio de Constitución en 2009 permitía una interpretación según la cual, el primer período de gobierno no contaba para la nueva legislación.

El magistrado Ruddy Flores, presidente del Tribunal Constitucional, informó en conferencia de prensa que la Asamblea Constituyente “refundó (en 2009) el Estado y creó un nuevo orden jurídico — político” por lo que Evo Morales, que ocupa la presidencia desde 2006, está habilitado a presentar su candidatura para una segunda reelección de cara a las elecciones nacionales de diciembre de 2014<sup>29</sup> (Deutsche Welle, 2013).

Con base en este recurso *legal*, la fórmula Evo Morales y Álvaro García Linera ganó las elecciones de 2014 con el 61,4% de los votos, 37% por encima de su rival principal. Ganó en 8 de los nueve Departamentos con más del 50% y aún en Santa Cruz obtuvo el triunfo por mayoría simple.

En este contexto, a pesar de que los precios internacionales empezaron a bajar, en Bolivia la situación económica permaneció al alza, pues el crecimiento del PIB se mantuvo a una tasa promedio del 4,5%, superior al crecimiento del resto de los países en América Latina (Viaña, 2020, p. 118).

---

<sup>29</sup> DW Alemania. “Bolivia. Vía Libre para la reelección de Evo Morales”. En Deutsche Welle, 30 de abril de 2013, Alemania.

Se trata, pues, de un período en el cual el gobierno se había asentado y la estabilidad económica seguía su rumbo. Sin embargo, se acentuó el viraje político ocurrido en el segundo mandato, por lo que se observa una mayor separación de las bases y un acercamiento más claro con las élites del país.

[...] el tercer período (2016-2019) se caracteriza por el ocaso del proceso de cambio: el sujeto histórico ha pasado de protagonista a espectador, el gobierno es un buen administrador del postneoliberalismo pero la perspectiva postcapitalista se aleja, el aparato político se ha reducido a la clase media instalada en la función pública, cuadros políticos que militaron en la derecha se han incorporado a puestos de responsabilidad en el gobierno sin haber modificado su concepción del mundo, las relaciones con los empresarios son mejores que con los productores pequeños y medianos, el aparato de Estado (Fuerzas Armadas y Policía no han experimentado transformaciones de fondo) y la iniciativa política se ha perdido [...] (Moldiz, 2020a, p. 24).

Es en este ámbito que el presidente Evo Morales decide impulsar un referéndum sobre una modificación constitucional, para permitir que tanto él como el vicepresidente participaran en la elección presidencial de 2019. Confiado en el poder que tenía en ese momento y previendo la situación para el fin de su mandato, se realizó la consulta el 21 de febrero de 2016, con resultados negativos para el mandatario, pues el 51,3% votó en contra de la reelección, ante lo cual Evo Morales declaró que respetaría la decisión mayoritaria, aunque responsabilizó a los medios de comunicación de la derrota. Se trataba de la primera vez que las urnas le resultaban desfavorables.

## **El patrón de desarrollo de Evo Morales**

A diferencia de Brasil, la economía de Bolivia se encontraba estable cuando Evo Morales llegó al gobierno en 2006. El déficit fiscal

ascendía solamente al 1,5% del PIB, mientras la tasa de inflación era baja. Esto se daba en un entorno internacional en el cual, como hemos señalado, los precios de las materias primas habían empezado a subir desde 2003, alcanzando un pico máximo en 2008. Por esta razón, las exportaciones del país llegaron a un récord histórico de 2.600 millones de dólares, atribuibles fundamentalmente a los hidrocarburos y a la soya (Romero, 2007, p. 174).

Es en este marco que el gobierno de Evo Morales llevó a cabo la llamada *nacionalización de los hidrocarburos*, medida que fue realizada tomando en cuenta cuáles serían los sectores que podrían retribuir más al país. Según declaró García Linera, esta expropiación tuvo como razón de ser el hecho de que el sector generaba un excedente, mientras aquellas como las líneas aéreas, no la tenían pues eran un lastre (Santucho, 2020, p. 10). Esto marcaba una clara distancia con relación a las políticas neoliberales, cuyo objetivo era *rescatar* a los capitales en problemas, por lo que enormes sumas del erario se fugaban de las finanzas públicas, sin ninguna ventaja para el país.

La llamada nacionalización no lo fue en sentido estricto, pues no se llevó a cabo ninguna expropiación a las empresas propietarias de los hidrocarburos. El estado no se hacía cargo de los recursos estratégicos pero se aseguraba, en primer lugar, de que las empresas tributaran más. Así, en mayo de 2006 Evo Morales subió en 82% los impuestos que debían pagar los campos petrolíferos de mayor producción.

Este nuevo impuesto, sumado a las regalías y a la participación del Tesoro General de la Nación (TGN), permite recaudar el 50% del valor de las ventas de hidrocarburos, sustituyendo un régimen tributario que hasta el año 2004 generaba recaudaciones en permanente declinación (Arze y Gómez, 2013, p. 78).

En segundo lugar, el gobierno de Evo Morales elevó la participación del Estado en las acciones de las empresas estratégicas. Así, la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) pasó a controlar al menos el 51% de las empresas Chaco S.A.; Petrobras Bolivia, Refinación S.A. y Compañía Logística de Hidrocarburos

de Bolivia S.A. Asimismo, se re-estatalizó la mina de Huanuni en octubre de 2006 (la mayor mina de estaño del país), así como cuatro filiales de la española Repsol YPF, las británicas *Ashmore y British Petroleum* y CLBH de origen alemán (Oglietti et al., 2021, pp. 32-33).

Si bien las llamadas expropiaciones tenían el efecto de “cortar o interrumpir el ciclo internacional del capital transnacional”, como señala Hugo Moldiz (2020, p. 42), el aumento en los precios internacionales propició que las empresas no vieran afectadas sus ganancias, por lo que no protestaron y se adaptaron a la nueva situación. En cambio, para el gobierno significó, en la coyuntura planteada, captar la renta internacional generada por los elevados precios mundiales. García Linera señaló en la entrevista realizada por Santucho:

En hidrocarburos pagamos alrededor de 600 millones de dólares en varios años, pero tenías una renta petrolera de 1500 millones de dólares por año, que luego fueron 2000 y cuando los precios del gas subieron la renta alcanzó los 4500 millones de dólares de ganancia líquida para el Estado (Santucho, 2020, p. 10).

Las acciones tomadas en relación con los recursos naturales, entre otras, trajeron consigo un fuerte incremento de la participación estatal en la economía, pues pasó del 20% al 34% entre los años de 2005 al 2010 (Arze y Gómez, 2013, p. 100).

De esta suerte, el Estado se convirtió en la principal fuente de inversión en el país, pues duplicó su presencia pasando de 629 millones de dólares en 2005, a 1.005 millones de dólares en 2007 y 1.428 millones de dólares en 2009 (García Linera, 2010, p. 24-25).

La mayor parte de los ingresos estatales provenían de los hidrocarburos y de la minería, pues de 2007 a 2013 alcanzaron el 29,8% del total de ingresos del sector público no financiero. (Arze y Gómez, 2013, p. 103). Además, durante el gobierno de Evo Morales se renegóció la deuda externa y se logró la disminución de un monto de \$US 4.942 millones en 2005 a solo \$US 2.890 millones para el año de 2010 (Arze y Gómez, 2013, p. 72).

El ritmo de inversión impulsado por el gasto de gobierno y el auge económico se sostuvo, al mismo tiempo, sobre una formación bruta de capital con un promedio de crecimiento de más del 9% anual. En términos generales, se conformó el mejor período de la economía boliviana en su historia (Ugarteche y Negrete, 2021, p. 180).

Todos estos elementos permitieron al gobierno contar con ingresos importantes para desarrollar una política distributiva, con un enorme contenido social.

Una de sus primeras acciones fue la reducción del salario a los funcionarios en el ámbito público jerárquico con un 57%, a la vez que se fijó una ley que estableció que ningún empleado de alto nivel podía ganar más que el presidente (1.850 dólares en 2011). (Cabrera, 2011, p. 42).

En cuanto a la política social, los programas más importantes fueron los llamados bonos directos, como el Juancito Pinto, destinado a niños en edad escolar, el Bono Juana Azurduy para mujeres gestantes y la Renta Dignidad para adultos mayores, subsidio que venía desde 1996 con otros nombres.

Se impulsó la campaña de alfabetización *Yo sí puedo*, al tiempo que se estructuró una red de médicos para atención preventiva y urgente en zonas marginales y rurales. Redujo las tarifas de energía eléctrica, incrementó la cobertura del servicio del gas a la población, aumentó el salario mínimo y generó mecanismos de transparencia en el manejo gubernamental (Ayala, 2007, p. 10).

Asimismo, elevó el gasto en educación, que pasó del 4% del PIB en 2005 al 9% en 2016 e impulsó políticas para incrementar la proporción de la población de 19 años y más con instrucción secundaria y superior. Además, propuso una nueva ley de pensiones aprobada en el 2010 que redujo la edad de jubilación de 65 a 58 años, entre otras prestaciones (Arze y Gómez, 2013, p. 147).

En el ámbito de la salud incrementó el gasto de 2.648 millones de pesos bolivianos en 2005 a 15.995 millones en 2016, a la vez que creó el Programa Multisectorial *Desnutrición Cero* y el *Subsidio Prenatal*

*Universal*, que garantizaba una dotación de leche a mujeres en estado de gestación.

El resultado de las políticas fue altamente exitoso, al punto de que Orozco (2021, p. 220) afirma, que el caso de Bolivia es el de mayor éxito dentro de los proyectos progresistas que emergieron desde principios de siglo.

El nivel de desempleo pasó de 8,1% en 2005 a 4,2% en 2018, con un aumento del salario mínimo de 440 Bs (55 USD) mensuales en 2005 a 2.060 Bs (300USD), un incremento de más de 4.7 veces. El índice de pobreza nacional bajó más de 25 puntos al pasar de 59,9% al 34,6%; la pobreza extrema bajó a la mitad de 38% al 15,2% de la población; del cual la rural pasó de 62,9% al 33,4% y la urbana de 24,3% al 7,2%. El índice de Gini descendió de 0.58 en 2005 a 0.46 en 2018, muy por debajo de la media de la región (Ugarteche y Negrete, 2021, p. 181).

Otros logros notables fueron el declive de la tasa de analfabetismo, que pasó, en personas mayores de 15 años, del 13% en 2001 al 2,8% en 2016. La tasa de mortalidad materna tuvo una caída del 30% entre los años de 2003 y 2011, mientras que la mortalidad infantil se redujo de 53,6 a 24 muertes por cada mil nacimientos entre 2003 y 2016. Por su parte se redujo la proporción de personas subalimentadas del 34% en 1990 al 15,1% en 2015 (Peralta, 2021, p. 207). A su vez, se logró reducir un índice difícil de bajar, pues la desigualdad se contrajo. Mientras en el año de 2005 el 10% más rico poseía un ingreso 127 veces mayor que el 10% más pobre de la población, para 2016 esa brecha se redujo 37 veces (Peralta, 2021, pp. 206- 207 y 212).

Mientras en el ámbito social, el proyecto de Evo Morales fue muy exitoso, no fue así, en cambio, en la cuestión de la industrialización, a pesar de que ésta constituía un objetivo de su proyecto inicial.

Bolivia no registró una industrialización robusta durante la fase de postguerra, como fue el caso de Brasil, México, Argentina y Colombia. Desarrolló una industria de carácter básico, con la preeminencia de los rubros de alimentos, bebidas y tabaco, los cuales representaron durante los últimos 30 años entre el 40 y el 50% del

PIB industrial. Sin embargo, durante los gobiernos de Evo Morales, esta situación se fortaleció, pues tales rubros sobrepasaron el 50%, mientras que los textiles y las prendas de vestir cayeron en un 13% en su participación, al tiempo que las industrias de maquinaria y metálicos básicos diversos descendieron un 8% (Arze y Gómez, 2013, p. 57).

Este decrecimiento fue resultado de políticas erráticas del gobierno, así como del impulso de fideicomisos para acelerar el establecimiento de plantas industriales, lo cual resultó en actos de corrupción que hicieron fracasar los proyectos de industrialización (Arze y Gómez, 2013, p. 60).

Según Torrico:

Resulta lamentable que este período de recursos extraordinarios no haya servido para potenciar la industrialización de la economía ni para modificar la estructura tributaria regresiva. La economía boliviana sigue siendo tan vulnerable a los factores externos como en los años previos a este ciclo favorable (Torrico, 2017, p. 171).

Por esta razón, mientras en el año 2000 el 29% de las exportaciones eran manufacturas, en 2015 habían caído al 4,8% (Torrico, 2017a, p. 171).

El gobierno intentó impulsar la creación de fábricas de papel, cartón, cítricos y leche; pero los resultados fueron magros. Lo que sí tuvo éxito fue el impulso de industrias estatales de bienes primarios, como las plantas de gas y las mineras metalúrgicas, a la vez que la industrialización del litio en asociación con China (Ugarteche y Negrete, 2021, p. 181).

De modo que, al igual que en el resto de los gobiernos progresistas, en Bolivia no fue posible realizar una transformación del régimen de producción, hacia la industrialización. La ausencia de una auténtica burguesía nacional, junto con una institucionalidad débil incapaz de impedir procesos de corrupción, obstaculizó que se realizara un cambio en este terreno.

Por su parte, las actividades primario exportadoras tuvieron un claro repunte debido esencialmente al ciclo alcista de los precios

internacionales. Si bien en los años noventa las exportaciones representaron el 24,5% (del PIB), durante la gestión del MAS alcanzaron el 34% (Arze y Gómez, 2013, p. 70). Fueron principalmente actividades mineras, del gas y particularmente de la soya, las que comandaron las exportaciones, aunque hubo un cambio en el peso de los sectores exportadores en detrimento de la agroindustria, pues según García Linera mientras en 2005 exportaba 900 millones de dólares de un total de 3.000 millones, para 2019 exportaban 1.000 millones de un total de 9000 millones (Santucho, 2020, p. 8), debido al aumento del peso del estado en las exportaciones extractivas.

Existe un debate sobre la importancia y el significado de las actividades extractivas en el proyecto de desarrollo del MAS. Para García Linera, las actividades que generan excedentes, a pesar de su carácter extractivo, sirven para potenciar lo comunitario y la microempresa. “Estamos atentos a las críticas de la modernidad, miradas que apuntan a una mayor sostenibilidad del crecimiento [...] pero nosotros tenemos una lectura utilitarista” (Stefanoni, Ramírez y Svampa, 2009, p. 78).

Sin embargo, para autoras como Fabiola Escárzaga (2016, p. 89) el extractivismo en la actualidad no apuntala las actividades industriales, como ocurrió en la fase de la postguerra, por lo que conserva su cualidad de enclave sin integrarse en el desarrollo del país.

Como señala Luis Tapia:

En parte la economía boliviana sigue estando soportada o centrada en la explotación de hidrocarburos y la agroindustria para la exportación, de manera secundaria. No hay un cambio de estructura productiva. En todo caso, hay un desmontaje de parte de la dimensión manufacturera, que pasó a trabajar en la maquila para grandes empresas transnacionales. Estas reformas acentúan el peso que tenían en la economía boliviana los servicios y el comercio (Tapia, 2017, p. 34).

## La cuestión rural

A diferencia del resto de los países donde se ha desarrollado el progresismo, en Bolivia la cuestión agraria y rural tiene una importancia primordial, fundamentalmente porque las organizaciones de sujetos agrarios tienen más peso que las de cualquier otro sector. Esto es así debido a que las organizaciones obreras vinculadas a la producción de estaño, que tuvieron una enorme importancia durante la postguerra, declinaron ante la caída de la producción del metal.

Desde fines de los setenta, pasando por los ochenta y noventa, ocurrió un proceso de expansión del sindicalismo agrario, que implicó también una expansión de la sociedad civil, hasta el punto de que la principal organización de la sociedad civil, es decir, la más grande y con influencia política, es la central campesina [...] (Tapia, 2017, p. 31).

Asimismo, Bolivia es un país en el que todavía la población rural tiene un gran peso, dado que en 2012 el 67,3% vivía en zonas rurales.<sup>30</sup> Otro rasgo característico de este país es que la población indígena es mayoritaria, ya que para 2020 el 62,2% de la población se reconoció como perteneciente a algún grupo originario o etnia en el país (Reyes, 2022).

La estructura de la propiedad tiene también características especiales, a pesar de que, como en todos los países, existe una fuerte concentración de la tierra en pocas manos, pero donde también se observa la importancia de las comunidades indígenas en la posesión de la tierra. Entre 50 y 60% de la tierra está acaparada por grandes y medianas empresas que detentan 50 millones de hectáreas. A su vez, cerca de 26 millones de hectáreas están en manos de los llamados Territorios Comunitarios de Origen (TCOs) que representan el 28% de las tierras y corresponde al menos a 32 pueblos indígenas, de lo

---

<sup>30</sup> INE, 2015. Censo de Población y Vivienda. 2012, Bolivia.

que se conoce como tierras bajas. Y finalmente, 17 millones de hectáreas que representan el 19% del total, están en manos de campesinos y comunidades del altiplano y valles que pertenecen a alrededor de 600.000 personas de las llamadas tierras altas, según el censo de 2012 (Viaña, 2012, p. 384).

En este marco, Evo Morales se propuso como uno de sus objetivos fundamentales, llevar a cabo una reforma agraria que beneficiase a las comunidades indígenas y campesinas, con la distribución de 20 millones de hectáreas (Mayorga, 2017, pp. 42-43). Sin embargo, esto no pudo ser alcanzado.

En primer lugar, debido a que la llamada reforma agraria no tuvo un carácter expropiatorio, sino que se concentró básicamente en un proceso de saneamiento a través de la identificación de tierras fiscales. No afectó, por tanto, a los propietarios privados, sino que consistió en:

[...] la distribución de tierras de vocación forestal y tierras fiscales agrícolas, la recuperación de tierras agroforestales (barracas) sobre las que los poseedores no tenían derecho propietario y en la anulación de expedientes de tierras sobre las que nunca se ejerció el derecho propietario (Arze y Gómez, 2013, p. 92).

El proceso real de expropiación a la propiedad privada, afectó fundamentalmente a las tierras en las que existía el incumplimiento de la función económica y social por parte de medianos y grandes propietarios. Según Ormachea y Ramírez (2013, p. 84), el gobierno de Evo expropió realmente 948.000 hectáreas a la iniciativa privada.

A pesar de ello, según Miguel Urioste:

[...] fue el gobierno del MAS el que por primera vez avanzó significativamente, otorgando títulos por una superficie de más de nueve millones de hectáreas fiscales a favor de los pueblos indígenas amazónicos, al extremo de que prácticamente ya no existen tierras ni bosques de libre acceso para nuevos asentamientos humanos (Urioste, 2009, p. 9).

Estos avances fueron fundamentalmente en los primeros años de los gobiernos de Evo, pues a partir de 2010, pero sobre todo de 2014, se desaceleró el proceso agrario del gobierno. Parte de ello tiene que ver, según autores como Bazoberry y Chumacero (2018, pp. 15-16), con un cambio en la visión del gobierno, al considerar a los TIOC como improductivos, ineficientes e incluso obstáculos al desarrollo económico.

Ha influido también en la ralentización del proceso agrario, el hecho de que el conflicto por la tierra continúa en Bolivia, debido a que los moradores del altiplano o las tierras altas, carecen de tierras y han emigrado a las tierras bajas, generando un conflicto recurrente.

La permanente migración de indígenas de los Andes hacia la región oriental desde hace varias décadas es resultado [...], de la escasez de tierras en el Occidente, el acelerado crecimiento demográfico y la persistencia de la pobreza rural, y ha derivado en una constante conflictividad agraria con marcado carácter étnico, cuyo reflejo es la fuerte confrontación regional entre cambas y collas (Urioste, 2009, p. 6).

A la par con el declive del proceso redistributivo agrario, ocurrió también una reorientación de las políticas públicas que ha sido visualizada como de apoyo a los grandes empresarios del campo, toda vez que en la Nueva Constituyente se estableció, después de un referéndum, el límite de la propiedad agrícola y ganadera de 5.000 hectáreas. Sin embargo, como no tiene carácter retroactivo legaliza los latifundios existentes, los cuales, según el propio Urioste deberían ser el corazón de la política agraria.

Asimismo, el gobierno cedió a las presiones de los empresarios para ampliar el plazo de verificación de la función económica y social de las propiedades, es decir, demostrar que son productivas, el cual se había establecido inicialmente en 2 años y pasó a 5 años (Bazoberry y Chumacero, 2018, p. 28).

Por todo lo anterior, la reforma agraria sigue siendo una asignatura pendiente en Bolivia, a pesar de que hubo algunos avances.

En cuanto a la producción agrícola y el carácter de productores de los campesinos, Bolivia es un país en el cual la agricultura para el mercado interno ha tenido un papel muy importante y en particular, los campesinos. Para 1963, la producción campesina aportaba el 82% del valor total de la producción agropecuaria (Webber, 2018, p. 196). Si bien, a partir de la entrada del régimen neoliberal se observó una caída en la participación de los campesinos en la producción, todavía para el año 2000, dicha forma productiva aportaba el 95% de fruta, el 90% de papa y el 67% de leche, a la vez que en la producción de arroz y maíz llegaba a participar con el 50% (Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario [CEDLA], 2010, p. 3).

El gobierno de Evo Morales se propuso entre sus objetivos principales impulsar la producción campesina y fortalecer la soberanía alimentaria del país. Para ello estableció políticas como la distribución gratuita de tractores con sus equipos de labranza a pequeños agricultores, créditos subsidiados y creación de mercados para productos de origen campesino (Urioste, 2011, p. 17).

Una de las políticas más importantes fue la creación de la Empresa de Apoyo a la producción de Alimentos (EMAPA), cuya función era apoyar la producción y comercialización de los pequeños productores, con el fin de desarrollar la seguridad y soberanía alimentaria. Para ello ofreció préstamos sin interés, semillas, insumos y asistencia técnica.

A pesar de estas políticas, la situación de dependencia alimentaria en Bolivia y el declive de la participación campesina en la producción no pudo ser transformada. En principio, porque las políticas de fomento agrícola fueron decayendo en importancia para el gobierno. Mientras entre 2000 y 2005 la proporción de la inversión pública total dirigida a la agricultura y ganadería fluctuó entre 8,2% y 9,2%, ya para 2011 había caído al 6,4% (Webber, 2018, p. 192).

En segundo lugar, porque no se pudo revertir el hecho de que la producción agrícola para el mercado interno a cargo de los campesinos no es rentable. Como señala Miguel Urioste, (2016, p. 3), a pesar de que se vivía una fase de alza extraordinaria de los precios en el

ámbito internacional, acompañado de una abundancia de dinero en el país, las condiciones de un dólar barato, y la devaluación de las monedas de los países vecinos hacían que los productores nacionales no pudieran competir con los productores internacionales. Asimismo, el aumento en el precio de los insumos hacía que la inversión en la producción para los pequeños productores quedara fuera de su alcance.

En estas circunstancias, “la preocupación del campesino era cómo desviar los recursos obtenidos que estarían originalmente destinados al agro, para comprarse un autito, un minibús o un terrenito en El Alto o en Cochabamba o donde fuera” (Urioste, 2016, p. 3).

Ante una situación como esta, las políticas públicas fueron insuficientes, pues tenían una cobertura muy limitada. Según el CEDLA (2010, p. 12), la EMAPA cubría apenas el 1,2% de la población meta, que ascendía a 446.000 unidades, “[...] en las últimas tres campañas agrícolas, EMAPA habría apoyado a 8,613 pequeños productores de arroz, trigo, maíz y soya, lo que en el mejor de los casos significaría el 1,9% de su población meta” (CEDLA, 2010, p. 12).

Con relación al crédito, la cartera agropecuaria del Banco de Desarrollo Productivo, creado por el gobierno como banca de fomento estatal, representaba solamente el 7,1% del total de la cartera sectorial del sistema financiero nacional para 2009 (CEDLA, 2010, p. 2).

De esta suerte, la desestructuración de las unidades campesinas que venía con los gobiernos neoliberales no pudo ser frenado por el gobierno de Morales. “La gran paradoja es que en un gobierno de raíz indígena se está expulsando a la población rural del campo hacia las ciudades para que se conviertan en trabajadores” (Urioste, 2016, p. 3).

Esta situación se expresó claramente en la caída del porcentaje poblacional en actividades agropecuarias, pues mientras en 1996 el 13,6% de la población rural participaba en actividades no agropecuarias, ya para 2007 este porcentaje había aumentado a 24,6%. (CEDLA, 2010, p. 14).

Puede observarse, por lo tanto, que los cultivos en los que participan los campesinos como plátano, alfalfa, yuca, tomate, cebada en

grano, arveja y maíz choclo, presentan entre 2005/2006 y 2011/12 volúmenes de crecimiento negativos (Ormachea y Ramírez, 2013, p. 90).

En consecuencia, la caída de la producción y la productividad entre los campesinos trajo consigo un aumento en las importaciones. Según Jeffery Webber (2018, p. 211), el valor de las importaciones de alimentos experimentó un aumento de 219% entre 2005 y 2014, mientras que en este último año, el 9% de las importaciones totales del país fueron de alimentos. Para Luis Tapia (2017, p. 38) cada vez más la alimentación del país se basa en importaciones provenientes de Chile, Perú, Brasil, Argentina y otros países, al punto de que casi un 65% de la alimentación se basa en productos importados. Si bien Bolivia ha sido tradicionalmente un país importador de trigo, su participación en las importaciones cayó de 79,5% en 1992 a 54,3% en 2009, lo cual revela el aumento de otros productos en la importación (CEDLA, 2010, p. 10).

En lo que concierne a la importación de este cereal, el gobierno obligó a los productores de soya a que por lo menos el 5% de su cultivo fuera destinado al trigo, y les ofreció comprarles el 100% de su producción al valor de la bolsa. Sin embargo, esto no repercutió en la disminución de la dependencia del cereal, pues el trigo producido en Argentina tiene precios cuatro veces más bajos y una calidad 10 veces mayor que el trigo boliviano.

Ante esta situación se vivió en Bolivia un proceso según el cual, debido a los altos precios de las materias primas y a la captación de ingresos por parte del gobierno; se tuvo dinero suficiente para abastecer a la demanda alimentaria de la población, pero fue fundamentalmente a través de la importación, con lo cual se mantuvo la seguridad alimentaria, al cubrir las necesidades internas, pero en la soberanía alimentaria, como dice Miguel Urioste (2016, p. 9) “hemos ido para atrás.”

Podemos concluir, con relación a la producción para el mercado interno, que los esfuerzos hechos por el gobierno de Morales para robustecer la soberanía alimentaria y la participación de los campesinos fueron infructuosos.

El Estado puede alentar un desarrollo rural más o menos uniforme, homogéneo, igualitario en todo el país —y para eso tiene múltiples proyectos y programas—, pero las dinámicas económicas que dependen de la globalización y de la exportación de commodities se superponen y se imponen a estas políticas públicas, que quedan completamente marginales e insuficientes para ordenar las fichas del tablero (Urioste, 2016, p. 4).

A diferencia de la política hacia los campesinos y el mercado interno, se observa una orientación muy definida en el impulso a la producción empresarial para el mercado externo, en tanto constituyó una de las fuentes de ingresos más importantes para el gobierno, a través de impuestos y regalías, como hemos mencionado.

Una vez que se resolvió el conflicto con los separatistas de Santa Cruz y la burguesía agrícola se ciñó a las políticas del gobierno, se definieron pactos de gobernabilidad según los cuales el MAS autorizó una serie de concesiones para el fomento a la producción capitalista, ubicada fundamentalmente en la Media Luna.

Se trata de una burguesía sustentada en el monocultivo, pues durante el gobierno de Evo, el 78,3% del incremento de la producción agrícola en el país, se debió a dos cultivos: la soya y la caña de azúcar (Arze y Gómez, 2013, p. 88).

El gobierno cedió a la presión empresarial y se incluyó en la Nueva Constitución la posibilidad de regular la producción, importación y comercialización de transgénicos, abriendo así la posibilidad de profundizar su utilización, que se venía dando ya para el caso de la soya, pero que se extendió al algodón y al maíz (Ormachea y Ramírez, 2013, pp. 27-28).

Asimismo, el gobierno del MAS impulsó la llamada *Agenda Patriótica 2025*, a través de la cual se convocó a los empresarios agrícolas de Santa Cruz, a incrementar la frontera agrícola por 15 millones de hectáreas, para lograr una producción de 40 millones de toneladas métricas (Ormachea y Ramírez, 2013, p. 95).

A pesar de que se ha planteado por el gobierno un discurso contrario a la extranjerización de las tierras, se ha incrementado la propiedad de la tierra para el cultivo de la soya por parte de extranjeros, principalmente brasileños, menonitas y argentinos. Mientras en los años ochenta el 59,7% de la tierra orientada a la producción de soya estaba controlada por extranjeros, durante la primera década del siglo subió a 71,1%, lo que lleva a suponer que el 23,5% de la superficie agrícola del país está controlada por extranjeros (Arze y Gómez, 2013, pp. 93-94).

De esta suerte, se ha alentado explícitamente como un puntal del desarrollo del país, uno de los cultivos más depredadores, tanto del medio ambiente como de las comunidades campesinas e indígenas colindantes a las plantaciones, al punto que Evo Morales llegó a decir. “Yo quiero imitar el modelo paraguayo, tenemos que lograr que crezcamos como lo ha hecho Paraguay en los últimos diez años” (Urioste, 2016, p. 6).

Al respecto, Miguel Urioste (2016, p. 6) apunta:

Bueno, el crecimiento de Paraguay ha significado el desplazamiento de un millón de campesinos paraguayos que se han quedado sin tierra y la deforestación de seis millones de hectáreas. Ese es el costo de ingresar en las ligas mayores de los productores de soja en América Latina. Y esta es una opción política: lo quieres o no lo quieres. Y el Estado boliviano ha dicho que sí.

Pero no sólo a los empresarios que cultivan la soya se ha impulsado. En enero de 2013, se promulgó la Ley No. 337, que fue bautizada popularmente como el *perdonazo forestal*, pues permite la conversión de tierras con cobertura boscosa a usos agropecuarios. Los desmontes sin autorización realizados entre 1996 y 2011, estarán amparados en un régimen excepcional, por lo que ya no serán sancionados, arguyendo el objetivo de impulsar la producción de alimentos y la restitución de bosques. La superficie desmontada sin autorización alcanzaría 4.3 millones de hectáreas y los beneficiarios son dueños

de predios que han infringido la ley desmontando sin permiso (Ormachúa y Ramírez, 2013, p. 19).

Podemos concluir que, si bien el gobierno del MAS planteó como sus objetivos fortalecer a la pequeña producción campesina y restituir al país de la soberanía alimentaria, estos propósitos no pudieron alcanzarse; en cambio se fortaleció a la gran empresa privada, nacional y extranjera, orientada hacia plantaciones altamente dañinas.

### **Las transformaciones del modelo de desarrollo. ¿Hubo cambios estructurales?**

Como lo hemos planteado antes, el ascenso del gobierno de Evo Morales se produce en el contexto de una aguda crisis del régimen neoliberal, que se da esencialmente en el ámbito político y se expresa en la debilidad de los partidos representantes de la clase en el poder. Sin embargo, las oligarquías exportadoras enfrentan un período favorable por el alza de los precios internacionales, el aumento de la demanda de China y una situación financiera manejable.

En este contexto, consideramos que el proyecto de Evo Morales y García Linera, tuvo condiciones políticas de transformación, pero no económicas, como se vio en los procesos de industrialización y la cuestión rural, donde no fue posible realizar un cambio estructural.

Como hemos planteado, la fase de transición trajo consigo rupturas políticas pero no económicas, al persistir el dominio del capital financiero que cercena el desarrollo industrial, y el del capital transnacional, que como vimos, impide la consolidación de una agricultura para el mercado interno fuerte y asentada en los campesinos.

Aun cuando el gobierno contó con un importante excedente por su magnitud, no se dirigió a la inversión productiva, fundamentalmente en la industria, por lo que careció de sustentabilidad futura, pues al caer los precios de las materias primas en 2014, se redujo su capacidad dinamizadora de la economía.

Los datos relativos al uso del excedente muestran que se priorizó el gasto en detrimento del uso productivo o la acumulación de capital productivo en forma de inversión. El gasto de consumo de los capitalistas, el consumo de trabajadores de sectores improductivos y el gasto improductivo del Estado, absorbieron el excedente producido por el trabajo productivo en detrimento de la Formación Bruta de Capital Fijo (Arze y Gómez, 2013, p. 165).

Si bien, el gobierno tuvo un manejo exitoso del patrón de desarrollo, que combinó la estabilidad macroeconómica, elevados ingresos por exportación de materias primas, inusitado crecimiento de reservas internacionales y participación del Estado en la inversión productiva, sobre todo de hidrocarburos, así como la redistribución social del excedente; no se lograron transformar las actividades productivas esenciales. (Mayorga, 2017, p. 72).

Se dio por tanto un cambio en el ámbito político, pues se modificó la composición del bloque dominante, la correlación de fuerzas en favor de sectores populares, principalmente campesinos e indígenas, clases medias, funcionarios del gobierno; a la vez que la oligarquía se subordinó al Estado, imponiéndose a través de presiones puntuales, pero aceptando un gobierno ajeno a su clase, que estableció pactos de gobernabilidad llevando la iniciativa y el poder. Es por esto que Salazar Huéscar (2019, p. 221) considera que no hubo un momento constitutivo, sino un proceso de reforma y recambio discursivo, dado que el neoliberal estaba desgastado.

A pesar de ello, Evo Morales pudo construir mayores trechos de autodeterminación estatal. Lo que Jorge Viaña (2018, p. 142) llama, siguiendo a Zavaleta, *forma primordial*, que permitió al gobierno posicionarse como antiimperialista.

Para autores como García Linera, partícipe del proceso, lo que se construyó fue un capitalismo con características particulares, al que llamó andino — amazónico, entendido como el equilibrio entre las formas económicas no capitalistas con las capitalistas, que tiene como objetivo potenciar las formas no capitalistas hacia una mayor

comunitarización que permita arribar al postcapitalismo (Stefanoni, Ramírez y Svampa, 2009, p. 76).

Para la mayoría de los autores, en cambio, se trató de un proyecto neodesarrollista, y nacional-popular, básicamente por el restablecimiento de la soberanía nacional sobre los recursos naturales como el gas, el hierro y el litio (Do Alto, 2011, pp. 102-103), pero extractivista, por sustentarse en la exportación de materias primas.

Lo que Raúl Prada (2007, p. 60) sintetizó en una frase: “El camino de las reformas nos conduce nuevamente al laberinto de la soledad”.

## **El golpe**

Recordemos que en 2016, Evo Morales había perdido el referéndum en el que se había consultado a la población sobre la posibilidad de una cuarta reelección y había declarado que acataría la voluntad popular.

Sin embargo, en 2017 un grupo de diputados y senadores del MAS presentó un Recurso Abstracto de Inconstitucionalidad ante el Tribunal Constitucional Plurinacional (TPC), con el propósito de habilitar a Evo Morales para presentarse como candidato presidencial en las elecciones de 2019, lo cual implicaría un cuarto mandato. Debido a la mayoría del MAS en las cámaras de diputados y senadores, la iniciativa fue aprobada el 28 de noviembre de 2017. (Moldiz, 2020, p. 87).

Todos los analistas coinciden en que esta decisión fue un grave error de Morales y sus asesores y la mayoría lo reconocen como una de las causas más importantes del golpe de Estado que sufrió su gobierno en 2019, pues al desestimar la decisión popular expresada en el referéndum, perdió legitimidad entre la población.

El entonces vicepresidente García Linera, explicó en una entrevista realizada por Mario Santucho (2020, p. 4), que la decisión fue tomada en la Asamblea del MAS, con la participación de dirigentes sindicales, de gremios y campesinos, con el argumento de que la

única manera de mantener unido al partido era con la candidatura de Evo, pues la opción de proponer a otro candidato los hubiera dividido en una “explosión de nuevos liderazgos”. Habría que añadir, debido a la descomposición que había sufrido el partido a lo largo de los 14 años de poder.

No obstante que estas razones fueran de peso, el hecho real es que el desconocimiento del referéndum colocó a Morales en una correlación de fuerzas desfavorable, que lo llevó a distanciarse de Cuba y Venezuela y peor aún, a invitar a la OEA, presidida por Almagro, —un funcionario caracterizado por su servilismo hacia Estados Unidos—, para que enviara una Misión de Observación Electoral a Bolivia, con el fin de que presenciara las elecciones. Se trataba sin duda de una concesión al imperio para evitar que se malograse el proceso, llegando al colmo de llamarle *hermano* al siniestro personaje (Erbol, 2019).

De esta suerte, las elecciones se llevaron a cabo el 20 de octubre de 2019 con una trayectoria irregular, pues cuando el número de actas verificada alcanzó el 83,85% y Morales llevaba una ventaja sobre Mesa del 7,87%, que no alcanzaba el 10% necesario para ganar en primera vuelta; el conteo se detuvo durante varias horas, para luego arrojar un resultado de 46,86% para el MAS y 36,72% para su rival, ahora sí con el 10% necesario para declarar ganador de las elecciones a Evo Morales sin necesidad de una segunda vuelta (Benente, 2019, p. 49).

Esta situación generó desconfianza entre la población, quien empezó a demandar la realización de una segunda vuelta, ante lo cual Evo Morales hizo un llamado para la realización de nuevas elecciones, pero ya no fue suficiente para parar el entramado golpístico que se había preparado.

La policía se amotinó el 7 de noviembre en Cochabamba, Santa Cruz y Potosí y el 8 se sumó La Paz, en una situación en la que no había fuerza pública que protegiera al Palacio de Gobierno. El 10 de noviembre, las Fuerzas Armadas emiten un comunicado en el que piden la renuncia de Evo Morales, a la vez que la OEA envía un

informe en el que afirma, sin demostrar, que existieron profundas irregularidades en la elección. Ese mismo día, Evo Morales dimite: “Estoy renunciando para que mis hermanas y hermanos dirigentes, autoridades del MAS no sigan hostigados, perseguidos y amenazados. Quiero decirles que la lucha no termina acá, vamos a continuar con esta lucha por la dignidad y la paz. Lamento mucho este golpe” (Moldiz, 2020, p. 25).

El 12 de noviembre del mismo 2019 asumió la presidencia interina de Bolivia la Sra. Jeanine Añez, después de aceptar un pago por 300 mil dólares “por el riesgo que le implicaba asumir el cargo”. Tomó el poder con la Biblia sobre la bandera boliviana en una ceremonia en la que estuvo acompañada por el *Macho Camacho*, considerado el impulsor del golpe (Moldiz, 2020, p. 105).

El golpe de Estado ocurrido en Bolivia se da en un contexto que podemos denominar de crisis del primer ciclo de los gobiernos progresistas. Antes de éste habían ocurrido tres: el de Manuel Zelaya en Honduras en 2009, el de Fernando Lugo en Paraguay en 2012 y el de Dilma Rousseff en 2016, que hemos narrado.

Tanto el de Dilma como el de Evo Morales ocurren en una fase muy oscura de la transición hegemónica, ante el declive del precio de las materias primas ocurrido en 2014, la recesión y estancamiento mundial que trajo consigo la crisis de 2008 y la incapacidad del capital para dar el salto hacia otro régimen de acumulación, lo cual generó el profundo desgaste del neoliberalismo, sin derroteros de cambio en el corto plazo.

En el caso de Bolivia, el debilitamiento del gobierno del MAS debido a su alejamiento de los movimientos y el predominio de la burocracia en la toma de las decisiones, llevó a elegir opciones poco asertivas, como la postulación de Evo a la candidatura ante la derrota del referéndum, el acercamiento con el imperio para reducir sus filos, el descuido sobre el control de las fuerzas armadas y la policía, así como la poca influencia sobre las clases medias que se fueron tornando muy importantes, ante el éxito económico en el combate a la pobreza y la desigualdad.

Tal situación llevó a que los sectores de derecha, imposibilitados para llegar al gobierno por la legítima vía de las elecciones, y ante una asamblea mayoritariamente del MAS, aprovecharan los errores señalados para impulsar el golpe, apoyados en clases medias desencantadas y un movimiento social debilitado y ajeno a Evo Morales.

Esto fue visible cuando se llevó a cabo una masiva movilización de aymaras en la Paz, el 11 de noviembre en defensa de la *Wiphala*, que había sido mancillada días antes por Camacho, y aunque lanzaban la consigna de *guerra civil*, en ningún momento pidieron el regreso de Evo Morales (Moldiz, 2020, p. 32).

Desde el ámbito internacional, el golpe de Estado en Bolivia tenía también grandes razones de peso, pues la disputa entre Estados Unidos y China por la apropiación de los recursos naturales estratégicos, había puesto a Bolivia en el ojo del huracán, ante el impulso por el gobierno de la industrialización del litio en asociación con China, lo cual, como señalan Ugarteche y Negrete (2021, p. 181): “no pudo ser tolerado por Washington”.

Estos autores señalan:

[...] lo que ha conseguido Estados Unidos con el golpe de Estado está orientado a detener la participación de China en la industrialización del litio en Bolivia, y crear el espacio de tiempo suficiente para que sus inversiones en Chile y Argentina permitan revertir el atraso geopolítico y económico que tienen frente al gigante asiático en América del Sur. Los objetivos norteamericanos serían tres: el control del mercado del litio; el bloqueo a la industrialización boliviana; y poner freno al incremento de las inversiones estratégicas chinas en la región (Ugarteche y Negrete, 2021, p. 181).

De esta suerte, a pesar de que Evo Morales ganó legítimamente las elecciones de 2019, fue destituido del cargo por sectores debilitados políticamente. Una derecha que se empoderó ante los errores cometidos por el gobierno y que recibió el apoyo y la conducción de Estados Unidos. Un gobierno emanado del pueblo que ya no fue respaldado por él, porque como dice Moldiz recordando a René Zavaleta

(2020, pp. 32-33) “se había eliminado del campo de juego a una Revolución desprevénida y sometida, que no atinó a su defensa porque hacía años que había perdido la convicción de sí misma”.

## **El triunfo de Arce**

Cuando se dieron los actos violentos que preludiaron el golpe de Estado, donde bandas paramilitares asediaron instituciones, quemaron sedes sindicales, incendiaron los domicilios de los líderes del gobierno; cuando el propio domicilio privado del presidente fue saqueado; cuando se dieron las masacres de *Senkata* (El Alto) y *Sacaba* (Cochabamba) con 37 muertos y 500 heridos; cuando el presidente Morales y el vicepresidente García Linera huyeron en un avión mexicano al que no se le permitía el espacio aéreo por los países vecinos, el 12 de noviembre de 2019; nadie, pero absolutamente nadie, podría creer que dos años después el MAS volvería a ganar las elecciones.

Para entonces, la situación había cambiado radicalmente. En primer término porque el gobierno de Añez resultó un rotundo fracaso. Sustentado en la represión, en la incapacidad ante la pandemia, en la corrupción, el sometimiento a los intereses extranjeros, el rompimiento de los logros económicos alcanzados por el MAS; este gobierno se fue diluyendo ante el alejamiento de las clases medias que lo respaldaron y la división de la derecha que lo impulsó. Cuando el barco echa agua por todos lados, todos los ocupantes lo quieren abandonar.

Pero además, la correlación de fuerzas había cambiado también para los movimientos sociales, que una vez superada la etapa crítica se fueron fortaleciendo. El gobierno quería posponer las elecciones hasta marzo de 2021, aunque estaban programadas para octubre de 2020, con el fin de deshacer la fuerza del MAS y, de ser posible, debilitar la Asamblea Constituyente, pero no le fue posible debido a la

fuerte presión social que tomó las calles para exigir el cumplimiento de los acuerdos alcanzados.

Ante esta situación, no les quedó más remedio que organizar las elecciones presidenciales en las que el MAS retomó el poder con la fórmula de Luis Arce Catacora y David Choquehuanca, quienes ganaron con el 52,4%, muy por encima de Carlos Meza que apenas alcanzó el 31,5%, ante lo cual no hubo necesidad de una segunda vuelta.

Este gobierno formaba parte, como señalamos, de un nuevo ciclo progresista, el de la crisis y la guerra. Pero esa, esa es otra historia.

## **México**

### ***Introducción***

El caso de México es representativo para el propósito del libro, en tanto es un país en el cual se desarrolló un importante proceso de industrialización en la etapa de la sustitución de importaciones, a la vez que los campesinos tuvieron un lugar esencial como garantes de los bajos precios de los alimentos, para contener los salarios en favor de la industria.

En la etapa actual, el gobierno de López Obrador permite analizar el segundo ciclo del progresismo que arranca precisamente con él en 2018. Tiene también la particularidad de que no es un país agro — minero exportador, aunque son importantes estas actividades, sino que representa a los países maquiladores, caracterizados por una industria de enclave impulsada por capital extranjero, rasgo que lo distingue de los países del cono sur que hemos analizado.

Si bien estos elementos resultan atractivos para el estudio del caso de México, tiene sin embargo la desventaja de constituir un gobierno inconcluso, pues al momento de escribir estas líneas, López

Obrador lleva 5 años de su gestión, por lo que se carece de la visión de conjunto con la que se contó para los casos de Brasil y de Bolivia.

A pesar de ello, considero que se tienen ya elementos suficientes para evaluar el gobierno de AMLO, pues están dadas las bases fundamentales de su concepción, al tiempo que ha establecido las principales políticas de su gobierno, se ha medido también la correlación de fuerzas con sus adversarios, mientras el hecho de que no tiene posibilidades de reelegirse, acota los alcances de su gobierno al presente sexenio.

Por supuesto también tiene relevancia el estudio de México, en tanto país de origen de quien esto escribe, pero fundamentalmente porque corrobora las hipótesis principales de la investigación, en el sentido, como se verá más adelante, de la incapacidad para alcanzar los cambios estructurales que se observaron en el populismo de la primera mitad del siglo XX.

## **El contexto adverso en el que surge**

El panorama mundial favorable que benefició a los gobiernos progresistas del primer ciclo, se tornó oscuro a partir de 2014, con el declive en los precios de las materias primas, lo que trajo recesión para los países latinoamericanos, mientras los países desarrollados alcanzaron endebles recuperaciones que se convirtieron en estancamientos con signos de recesión para el 2019.

Es en este contexto que emergió el gobierno de Donald Trump en Estados Unidos, el cual volvió los ojos a la región latinoamericana, que había salido del foco del imperio ante la relevancia que cobró medio oriente durante la crisis capitalista del 2008.

Por ello, el gobierno de AMLO surgió en el peor momento posible; en un entorno desfavorable tanto en el ámbito económico como geopolítico, a lo que se sumó la pandemia y la guerra, por lo que

algunos autores atribuyen a esta situación su carácter de corte moderado y *substancialmente conservador* (Modonesi, 2021, p. 200).<sup>31</sup>

## Las causas de su surgimiento

A diferencia del caso de Bolivia, en México el ascenso de López Obrador no estuvo precedido por un gran movimiento social. Por el contrario, los años previos a la elección se caracterizaron por el reflujo del movimiento, por lo que se trata de un caso más parecido a Brasil.

En cambio, México comparte con los demás países de gobiernos progresistas, la crisis de Estado y sobre todo de las representaciones políticas de las élites, pues lo que se observa es un debilitamiento de los partidos de derecha y su incapacidad, no sólo para atraer el voto de la población, sino para percatarse de la gran derrota que se avecinaba.

Por un lado, el gobierno de Peña Nieto, de procedencia priista, se encontraba altamente desprestigiado, pues dejó el cargo con el índice de aprobación más bajo desde que hubo registro en el país, alcanzando apenas un 24% (Ackerman, 2021, p. 159). Tal situación expresaba con toda claridad la decadencia del partido que representaba. Sin embargo, ante esta debacle fue incapaz de aliarse con el PAN para derrotar a AMLO. Al contrario, se enfrentó con el partido de la derecha, pues se sospecha que la acusación de lavado de dinero contra el candidato de este Partido, Ricardo Anaya, provenía de las más altas esferas.

Ante esta situación, Boaventura de Sousa señala: “Puede indicar que el triunfo de AMLO se da en el contexto de una división de la élite mexicana transnacional, por la disputa de los nuevos negocios

---

<sup>31</sup> Para autores como Raúl Zibechi (2021, p. 1) es demasiado conservador, al punto que no lo considera ni siquiera progresista..

derivados del proceso privatizador impulsado por EPN” (De Sousa, 2020, p. 130).

En este contexto, cuando el mundo se mueve a la derecha, en México y algunos países de la región, las posiciones conservadoras se debilitan y pierden el rumbo, lo que les impide aprovechar la viabilidad histórica que les brinda la transición (Modonesi, 2021, p. 229).

La crisis de las representaciones políticas de las élites se conjugó con el rechazo de la población, después de más de 30 años de política neoliberal, con la alternancia del PRI y del PAN, que, como dice la canción, “no son lo mismo, pero es igual.”

La desaprobación de la población al finalizar el gobierno priista, se reflejó en el índice de Percepción de Corrupción de Transparencia Internacional que cayó 33 lugares, ocupando el puesto 138 de 180 (Ackerman, 2021, p. 159).

El hartazgo se vio reflejado también en la movilización masiva de los comités de Morena para atraer el voto y, sobre todo, para vigilar la elección con el fin de impedir que se fraguara un fraude electoral como el ocurrido en el año de 2006.<sup>32</sup>

Podemos concluir que el desgaste del neoliberalismo en el ámbito político, permitió que llegara al poder un candidato que llevaba dos intentos previos, quien en esta ocasión lo consiguió ante la debilidad de sus adversarios, los cuales no fueron capaces de unirse contra él y tampoco de orquestar un fraude electoral ante la contundencia de su victoria.

Se trató de lo que Massimo Modonesi (2021, p. 206) llama un *empate catastrófico*, cuando existe una incapacidad tanto de las élites como de las clases subalternas para imponerse y surge entonces un gobierno que contiene el conflicto y permite la continuación del capitalismo, bajo una forma de Estado que busca beneficiar a las clases más desfavorecidas.

---

<sup>32</sup> En 2006 hubo un fraude electoral en el que se desconoció el triunfo de López Obrador y se otorgó el mando al panista Felipe Calderón.

## La elección

El partido *Movimiento de Regeneración Nacional* (Morena), con el que triunfó López Obrador, surgió como una asociación civil en 2011 y se unió a la campaña Obradorista para la elección de 2012, en la cual el PRD era el partido que lo representaba. En 2014, Morena recibió su registro como partido político y participó en las elecciones intermedias de 2015 alcanzando el 8% de los votos (Cerillo, 2020, p. 76). Se trataba pues, de un partido muy joven, que sin embargo, tuvo la capacidad para impulsar a López Obrador ante la degradación y el entreguismo del PRD.

En la elección presidencial de 2018, López Obrador alcanzó un triunfo arrollador, al obtener el 53,19% de los votos, mientras su adversario más cercano, Ricardo Anaya del PAN, solamente obtuvo el 22,27%. Fue la votación más alta en toda la historia del país, ganó en 31 de 32 estados, mientras que alcanzó también el triunfo en las dos cámaras (diputados y senadores) del Congreso de la Unión (De Sousa, 2020, p. 129).

López Obrador fue apoyado por un amplio espectro de organizaciones sociales y grupos de izquierda: desde la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), hasta organizaciones estudiantiles como #Yo soy 132, activistas del movimiento por la búsqueda de los 43 de Ayotzinapa, así como un amplio espectro de organizaciones campesinas aglutinadas en el Movimiento Campesino Plan de Ayala Siglo XXI (MCPA).<sup>33</sup> Votaron por él también amplios sectores académicos del

---

<sup>33</sup> La Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras (ANEC), la Central Cardenista Campesina (CCC), la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC-JDLP), la Central de Organizaciones Campesinas y Populares (COCYP), la Unión General Obrera, Campesina y Popular (UGOCP), la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas (UNORCA) y la Unión Campesina Democrática (UCD), entre otras (Núñez, 2021:115).

país pertenecientes a las Universidades públicas como la UNAM, la UAM, el Politécnico Nacional y muchas de provincia.

Con este caudal de votos y el respaldo de la mayoría de la población, López Obrador ejecutó dos acciones paradigmáticas al inicio de su gobierno. Por un lado, la cancelación del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, todavía en obra, “en tanto ejemplificaba el traspaso sistemático de recursos públicos a contratistas privados” (Ackerman, 2021, p. 164). El otro acto inicial fue el enfrentamiento contra el robo de gasolina conocido como *huachicol*, con el fin de sanear a Petróleos Mexicanos (PEMEX) de los actos de venta ilegal del combustible.

Los dos procesos constituyen un acto de fuerza. El primero contra las élites acostumbradas a obtener recursos públicos, marcó una nueva relación gobierno — oligarquía, en el sentido de que AMLO llevaría a cabo las promesas de campaña a pesar de los costos económicos y políticos que representaban. El segundo, en contra de los funcionarios corruptos de la paraestatal y del narcotráfico, que sacaban jugosas ganancias del robo de combustible. De los dos procesos no solo salió airoso, sino que reafirmó su posición e incrementó su popularidad. La aprobación del presidente para febrero de 2019 llegaba a 67% y en el arranque de marzo era de 80% (Bartra, 2019, p. 8).

A diferencia de lo ocurrido en la mayor parte de los países del cono sur con gobiernos progresistas, López Obrador no ha enfrentado, hasta ahora, un golpe contundente de la derecha. Si bien existe un sector de oposición, formado por empresarios —ante la debilidad de los partidos—, los medios de comunicación más importantes —tanto prensa escrita como televisión y radio—, así como la intelectualidad orgánica del neoliberalismo; no han logrado, sin embargo, impulsar una acción enérgica en contra del régimen.

El movimiento más importante desplegado por la derecha lo constituyó un plantón en el zócalo capitalino del Frente Nacional Anti-AMLO (FRENA), dirigido por Gilberto Lozano, que resultó un fiasco, en tanto se descubrió que la mayoría de las carpas colocadas en la plaza principal, estaban vacías.

Junto con esta acción han ocurrido hechos aislados, como el discurso del general Carlos Gaytán Ochoa en octubre de 2019, en el que aseguró que los militares estaban agraviados y ofendidos; o como la toma de la Presa La Boquilla en Chihuahua, por alcaldes y diputados locales panistas de Chihuahua.

Cabe mencionar también la formación de un bloque de oposición de 10 gobernadores, la mayoría panista, quienes desertaron de la Conferencia Nacional de Gobernadores, (CONAGO) para formar un bloque de oposición; también la constitución de una Asociación Civil, conocida como *Sí por México*, encabezada por el presidente de la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX) Gustavo de Hoyos y Claudio X González de la organización *Mexicanos Primero y Mexicanos contra la corrupción* (Galindo, 2021, p. 7).

El presidente interpuso una demanda ante Estados Unidos para protestar por el hecho comprobado, de que el gobierno de este país apoya a la asociación civil *Mexicanos contra la corrupción*, lo que permitió hacer público; primero, que el país del norte tiene un doble lenguaje, pues llega a acuerdos en los temas bilaterales, pero financia por debajo del agua la desestabilización; y segundo, que las élites, como ha sido en toda la región, recurren al apoyo del imperio para derrocar a los gobiernos progresistas.

A pesar de que la oposición de derecha no cesa en su lucha por defenestrar al presidente, no ha logrado hasta ahora atraer el apoyo de la población, aunque al principio del gobierno se observó un impacto en la confianza empresarial, pues se registró una fuerte salida de capitales que en 2021 llegaron a 350 mmdp a la vez que “algunas corredurías internacionales como JP Morgan han cerrado sus operaciones de inversiones patrimoniales en México debido a la falta de catalizadores” (Calzada, 2021, p. 185). Sin embargo, el aumento en las tasas de interés por el Banco de México, como respuesta a la inflación, trajo consigo la desaceleración de la salida de capitales, pues en los primeros cuatro meses de 2022 solamente llegó a 26 mil 260 millones de pesos (Carbajal, 2022).

## Las políticas públicas de AMLO

Al inicio del actual gobierno, la situación de México era muy grave. La tasa de incidencia de la pobreza del orden de 41,9% había situado a México en los últimos lugares del continente, solo superada por Honduras y Guatemala (Campa, 2021, p. 219). Además, el 39% de los trabajadores no ganaba lo suficiente para alimentar a su familia y el 90% de la población había reducido su ingreso promedio con relación al que tenían cuatro años atrás (Ríos, 2021, p. 84). México era, junto con Venezuela, el único país donde se había reducido la esperanza de vida a partir de 2005 (Ríos, 2021, p. 85). Por ello, cuando López Obrador asumió el poder declaró que había recibido “un país en quiebra” (Modonesi, 2021, p. 199).

### *La política energética*

El primer rasgo de distinción con relación a las políticas neoliberales, lo constituyó la decidida intervención del estado en la economía, tomando como uno de sus ejes principales una política energética nacionalista.

Como es sabido, los gobiernos neoliberales habían desmantelado a PEMEX para tener la justificación de venderlo a la iniciativa privada. La renta petrolera que había tenido un papel fundamental en el desarrollo del país, fue transformada en renta internacional, en favor de las corporaciones transnacionales, mientras que nos convertimos en un país exportador de petróleo crudo e importador de gasolinas o combustible refinado, lo cual acrecentó nuestra dependencia con Estados Unidos, pues el 80% de la gasolina provenía de este país. (Arizmendi, 2019, p. 18),

Cuando López Obrador asumió la presidencia declaró que respetaría los contratos otorgados bajo el auspicio de la reforma energética emprendida por Enrique Peña Nieto en 2014, pero ya no otorgaría

nuevas concesiones. Asimismo, creó la Nueva Ley de Hidrocarburos, que contemplaba revocar permisos a las empresas privadas que cometan violaciones, a la vez que promovió una nueva Ley de la Industria Eléctrica, con el fin de evitar que la Comisión Federal de Electricidad comprara la energía al sector privado.

Se fortaleció también la producción de petróleo a través de un programa emergente de intervención en campos y pozos. “De septiembre de 2020 a junio de 2021 PEMEX perforó 115 pozos, de los cuales 88 son de desarrollo y 27 exploratorios (López Obrador, 2021, p. 372). En consecuencia, los ingresos petroleros crecieron 62,9% en términos reales en 2021, con relación a 2020 (López Obrador, 2021, p. 356).

A su vez, se redujeron los impuestos que la Paraestatal pagaba a la Secretaría de Hacienda del orden de 65% a 54%, con lo cual en 2021 PEMEX aportó al erario el 15% del Presupuesto Público, hecho que significó retomar el papel que esta empresa había tenido como motor de desarrollo (López Obrador, 2021a, p. 23).

En esta misma tónica, López Obrador consiguió el apoyo de tres bancos internacionales, JP Morgan, HSBC y *Mizuho Securities*, para refinanciar la deuda de PEMEX, que no consistió en contratar nueva deuda, sino la extensión de plazos de un fondo ya existente (Gledhill, 2020, p. 140).

En cuanto a la producción de gasolinas, se propuso modernizar seis refinerías, la creación de una nueva conocida como Dos Bocas y la compra de la participación de la empresa Shell de la refinería *Deer Park* en Houston, Texas; con el fin de producir el combustible necesario para eliminar la dependencia. Esta política resultó providencial, ante el aumento del precio del petróleo provocado por la guerra de Ucrania, lo cual permitió reducir el elevado costo de las importaciones.

Cabe destacar también, que en la conclusión de las negociaciones del T-EMEC que correspondieron al gobierno de AMLO, se logró que la cuestión energética quedara fuera de la discusión trilateral, con lo

que se salvaguardó de una posible intervención de Estados Unidos en la producción nacional.

### ***La austeridad republicana***

Cuando López Obrador llegó al gobierno, la deuda pública alcanzaba 11 billones de pesos y era la más grande en la historia del país (López Obrador, 2020, p. 333). Ante esta situación, el presidente se propuso mantener el nivel de la deuda, en un contexto en el cual, sin impuestos al alza, implicaba un presupuesto muy reducido para sostener la estrategia desarrollista.

En consecuencia, se concibió un instrumento de política denominado Austeridad Republicana, “cuyo objetivo fue disminuir al máximo el costo del gobierno a través de diversos recortes presupuestales” (Rivero, 2019, pp. 1-2). que se desarrollaron al auspicio de la Ley de Remuneraciones de los Servidores Públicos, la Ley de Austeridad Republicana y el cambio en la distribución del Presupuesto de Egresos de la Federación.

Se eliminaron los asesores al interior de la Administración Federal, las plazas de director general adjunto, un ajuste de 30% de los gastos de papelería, viáticos, estudios e investigaciones del sector público.

Al igual que en el caso de Bolivia, se estableció que ningún funcionario podría tener un sueldo mayor al del presidente. Se quitó el seguro de gastos médicos mayores para los altos funcionarios del gobierno y las canonjías como chofer.

Tal situación, si bien tuvo éxito en la reducción de la deuda pública pues pasó de representar el 32,3% del PIB en junio del 2020 al 30,8% en junio del 2021 (López Obrador, 2021, p. 360), trajo consigo la carencia de recursos para cumplir la estrategia propuesta en la campaña electoral.

Se desplegó entonces una política de allegarse recursos a través, por un lado, de la venta del lujoso avión presidencial de Peña Nieto, y

sobre todo, mediante el combate a la corrupción, eje fundamental de la política presidencial.

### ***La lucha anticorrupción***

Desde la perspectiva de López Obrador, la corrupción es el problema principal de nuestro país y la causa de todos los problemas por los que atraviesa:

[...] nada ha dañado más a México que la deshonestidad de los gobernantes y la pequeña minoría que ha lucrado con el influyentismo; esa es la causa principal de la desigualdad económica y social, y, por extensión, de la inseguridad y la violencia que padecemos. Por eso, cuando me piden que exprese en una frase cuál es el plan del nuevo Gobierno, respondo: acabar con la corrupción y con la impunidad (López Obrador, 2021a, p. 70)

Desde esta perspectiva, López Obrador reconoció como su enemigo principal a la fracción de clase cuyas ganancias no vienen de la explotación del trabajo, sino de la extracción de recursos públicos vía la corrupción (Ackerman, 2021, p. 161).

Es decir, un sector que se ha caracterizado por despojar de los bienes al erario para beneficio personal. En este contexto, la principal disputa por el excedente, enfrenta a este sector con el nuevo gobierno, quien se propone rescatar los recursos para su proyecto de nación, a la vez que desestructurar a una fracción importante de la oligarquía, sin afectar directamente los intereses del capital financiero y corporativo transnacional que son hegemónicos.

Al romper la captura del Estado por los privados, López Obrador impacta a una fracción del capital que no es dominante, pero constituye un puente de poder con el capital hegemónico, con lo cual se desestructura el pacto oligárquico mantenido durante el neoliberalismo.

Si bien, como se verá después, la corrupción no es la causa de la situación económica del país, sino una consecuencia de la degradación de la burguesía; el golpe asestado por AMLO a dicha fracción del capital apunta a un problema grave del país, pues México ocupaba el 2º, lugar en sobornos para obtener contratos públicos, después de Rusia (Ackerman, 2021, p. 166).

Con el fin de concretar la política anticorrupción, se llevó a cabo, en principio, la eliminación de la condonación de impuestos a las grandes empresas, que había sido una práctica común durante el neoliberalismo. El combate a la elusión y evasión fiscal y el cobro de impuestos a las grandes contribuyentes, permitió incrementar la recaudación tanto como el equivalente a 3 puntos y medio del PIB, “una sexta parte del Presupuesto de Egresos de la Federación en un año” (Heredia y Gómez, 2021, p. 29). “En efecto, según datos de 2020, ingresaron a las arcas nacionales cerca de 3 billones de pesos, por lo que grandes corporativos como Femsá, América Móvil, Wal-Mart, Grupo Modelo, IBM, BBVA, pagaron impuestos diferidos” (Ortiz 2021, p. 150).

Otra línea anticorrupción fue la lucha contra las empresas que proveen facturas falsas, por lo que se congelaron las cuentas de más de 40 empresas en 2020 y se sancionaron a algunas importantes, como la farmacéutica Pisa (Ackerman, 2021, p. 172). Asimismo, se estableció en la Constitución la tipificación de la corrupción como delito grave, lo que significa que los implicados no tienen la posibilidad de obtener libertad bajo fianza.

En la tónica de ahorrar dinero del erario combatiendo la corrupción, se llevó a cabo un proceso de extinción de fideicomisos, alrededor de 187 hasta 2021, que permitió el ahorro de 126 mil millones de pesos (López Obrador, 2021a, p. 18). Asimismo, se detectó que los centros penitenciarios habían sido un factor de corrupción al estar concesionados a la iniciativa privada por 22 años, con un gasto excesivo del erario para su manutención. Se consiguió un ahorro de 15%, alrededor de 41 mil 493 millones de pesos, a la vez que se estableció que cumplido el plazo de los 22 años, pasaran a manos del gobierno. (López Obrador, 2021a, p. 54).

La política fiscal de López Obrador no contempló aumentar los impuestos a los ricos, lo que mantiene a nuestro país en el rango de aquellos con menor recaudación fiscal del planeta. Mantener la debilidad fiscal, se encuentra fincada en una percepción según la cual, la correlación de fuerzas no permite enfrentar en este terreno al capital. La política consiste en allegarse recursos vía la lucha contra la corrupción, pero como dicen algunos autores, cuando los grandes contribuyentes se pongan al corriente, no habrá más recursos de donde echar mano, por lo que la mayoría de los analistas consideran insuficiente la política de recaudación de ingresos, sobre todo porque limita fuertemente el proyecto de desarrollo del gobierno, al descartar el endeudamiento como medida para incrementar el gasto.

### ***La política social y laboral***

Otro de los ejes fundamentales de la visión obradorista, lo constituye la política social, con la que pretende redistribuir el ingreso, orientar los recursos del erario a la población más pobre, fortalecer su base social y luchar contra la enorme desigualdad que existe en el país.

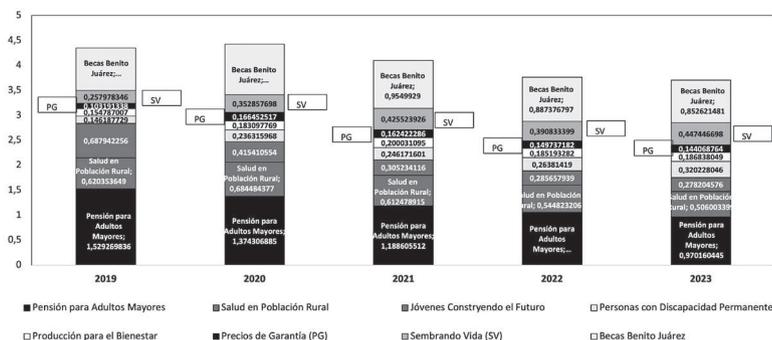
Desde que fue jefe del Gobierno de la ciudad de México, López Obrador se distinguió por el énfasis en las políticas sociales de carácter universal. En consecuencia, al llegar al gobierno, llevó a cabo cambios importantes en relación con las políticas anteriores, a la vez que fincó en su visión social la relación con la ciudadanía, particularmente la de más bajos ingresos.

En este tenor, desapareció Prospera, así como las guarderías infantiles, transformó el Seguro Popular, incorporó los programas sociales a la Constitución, cambió la visión de transferencias focalizadas hacia los derechos universales, fundamentalmente para adultos mayores y personas con discapacidad. Éste es el programa más importante en términos presupuestales, —como puede verse en la gráfica 12— seguido de programas como las becas Benito Juárez para

estudiantes mayores de 18 años en situación de pobreza extrema, el programa Jóvenes Construyendo el Futuro, en el que el gobierno paga a la fuerza de trabajo desempleada para que se inicie en el trabajo con empresas privadas; así como becas universitarias, apoyo para madres solteras, entre otros, y el programa estrella Sembrando Vida.

### Gráfica 12

Presupuesto asignado a programas sociales, 2019 - 2023  
Porcentaje respecto al Gasto Neto Total



Elaboración propia con datos del Centro de Estudios de las Finanzas Públicas (CEFP) de la Cámara de Diputados, 2019 - 2023.

Según el presidente, el 70% de los hogares de México recibe por lo menos un programa de bienestar o se beneficia de alguna manera del presupuesto nacional (López Obrador, 2021a, p. 86).

Sin embargo, debido al reducido nivel de ingresos con que cuenta, el presupuesto asignado ha crecido muy poco en términos reales, con relación al gasto social ejercido durante el neoliberalismo, especialmente en el año 2014, que fue cuando alcanzó el índice más alto (Jaramillo, 2019, p. 147).

Asimismo, el hecho de haber desaparecido Prospera, que otorgaba dinero a mujeres con niños en educación básica, ha incrementado la pobreza en algunos sectores de la población, sobre todo del campo,

a la vez que, debido al tipo de apoyos como becas estudiantiles, la distribución social tiene un marcado sesgo urbano.

Resulta importante mencionar, que al eliminarse la subcontratación de servicios públicos para guarderías y entregar el dinero directamente a las beneficiarias, afectó en gran medida a las madres trabajadoras, en tanto el monto asignado no les alcanza para guarderías particulares (Akerman, 2021a, pp. 4-5):

Como señala Máximo Jaramillo:

[...] parece que la reconfiguración en los programas sociales entre 2019 y 2020 beneficiará más a hogares que no necesariamente se encuentran en el fondo de la estratificación social: hogares urbanos, no en pobreza extrema, personas estudiando media superior y superior, y adultos mayores que ya recibían una pensión. Esto sería indudablemente una buena noticia si no se estuviera haciendo a costa de disminuir transferencias que llegan a mujeres rurales o en pobreza extrema (Jaramillo, 2019, p. 152).

En contraste, la política laboral ha tenido una fuerza mayor, toda vez que en el T-MEC se estableció el requisito de que México elevara los salarios para impedir que las grandes empresas norteamericanas se establecieran en nuestro país.

Según AMLO, en 2 años 8 meses el salario mínimo se incrementó 44% en términos reales (López Obrador, 2021a, pp. 79-80). También se modificó la Ley Federal del Trabajo para propiciar condiciones de representación democrática de los trabajadores en los sindicatos, a la vez que se dio una batalla frontal contra el *outsourcing* o subcontratación, que permitía a las empresas evadir las prestaciones sociales. Según datos de Viri Ríos (2021, p. 82), de 4 mil empresas que ofrecieron este tipo de servicios, sólo 40% de ellas cumplía con el pago de impuestos y obligaciones laborales.

Cabe comentar que el proceso inflacionario ocurrido a partir de la recuperación de la pandemia en el ámbito mundial y de la guerra de Ucrania, ha traído consigo que los aumentos salariales se vean limitados, a la vez que incide también el hecho de que el sector

empleado es minoritario con relación al sector que trabaja en actividades informales, lo que impide que los cambios tengan una incidencia mayor.

### ***La política de salud***

La política de salud debe entenderse en el ámbito de la reducida capacidad de ingresos del Gobierno. En este marco, al inicio de la gestión fueron despedidos los médicos que estaban contratados por honorarios, en la tónica de reducir los gastos en el sector. Esta decisión tuvo que ser revocada con la aparición de la pandemia.

En el ámbito general, desapareció el Seguro Popular y el cuadro básico de medicamentos, con la visión de que los hospitales a cargo de los gobiernos locales se convirtieran en hospitales IMSS — Bienestar, en tanto el primero es considerado la Institución de salud más sólida del país. Sin embargo, en esta transición, la población ha sufrido la carencia de opciones públicas de salud suficientes para ser atendidos.

En cuanto a la política hacia la pandemia, se actuó con rapidez al hacer el seguimiento de los primeros casos en 2020, a la vez que se llevó a cabo la reconversión del sistema hospitalario para establecer hospitales covid, lo que permitió recibir a los pacientes graves. “Se pasó de menos de 2 mil camas con apoyo ventilatorio a más de 10 mil y 34 mil camas para pacientes con enfermedades respiratorias”, lo que, según Ponce de León y Rodríguez (2021, p. 363), fue un éxito.

A pesar de que la política de comunicación fue ambigua, pues el presidente se negaba a usar cubrebocas, generando confusión entre la población; se logró establecer un sistema de información muy eficaz, con el programa de televisión en el que a diario se daban los por menores del avance del mal, a cargo del subsecretario de salud Hugo López Gatell.

Ante la necesidad de dar atención de la pandemia, el 23 de abril de 2021 se redujo el presupuesto a un conjunto de entidades públicas.

Se cancelaron proyectos productivos, el INPI quedó sin presupuesto para el traslado de enfermos, se cerraron las *Casas de la mujer indígena* (CAMIS) (González, 2020) que daban apoyo a mujeres pertenecientes a las etnias en situación de violencia, mientras en la ciudad de México, se redujo en 22 millones el presupuesto de la Secretaría de Pueblos y Barrios originarios de comunidades indígenas residentes (Gómez, 2020).

La política hacia la pandemia fue respondiendo a la situación coyuntural, y en este marco, se doblegó a la presión de Estados Unidos para que se autorizaran las actividades no esenciales. El 21 de mayo de 2021 se permitió que se reabrieran las maquiladoras, lo que derivó en que cundiera la pandemia en la región del norte del país. Esto se agravó por la apertura de las fronteras, pues mientras Estados Unidos cerró su paso internacional para México, el de nuestro país siguió abierto, lo cual fue también un foco de contagio para las ciudades fronterizas ante la fuerza que adquirió la pandemia en el país vecino.

En cuanto a la vacunación, el gobierno de México se vio muy eficiente, con una política internacional comandada por el secretario de Relaciones Exteriores, Marcelo Ebrard, que se abasteció de vacunas sin importar el país de origen, por lo que llegaron tanto del área occidental como de Rusia y China, y más recientemente de Cuba.

El proceso de inmunización convocó a toda la comunidad, se prohibió su distribución en hospitales y clínica privadas lo que llevó a que los distintos sectores, tanto de altos como de bajos ingresos, tuvieran que pasar por el mismo servicio público: igualó a los desiguales y permitió arribar, antes que otros países, a una etapa en que la enfermedad perdió su letalidad.

Otra política acertada en el contexto de la pandemia fue el cambio del primer artículo de la Ley de Adquisiciones, Arrendamientos y Servicios del Sector Público, con el fin de permitir al gobierno adquirir medicamentos del exterior, pues en la Ley anterior estaba prohibido, con el fin de beneficiar a las empresas establecidas en el país (López Obrador, 2021, p. 30).

## ***La política hacia la violencia***

Esta política, debe observarse desde la perspectiva del poder que ha tomado el crimen organizado no solo en el país, sino en el ámbito mundial, por lo que no es una labor sencilla someterlo, fundamentalmente a partir del gobierno de Felipe Calderón, quien con el fin de remontar su condición de espurio, alentó el crecimiento de la delincuencia y emprendió una *guerra al crimen organizado* bajo la que enfrentaba a los grupos disidentes.

En este marco, AMLO ha tenido una política errática, en la que privilegió evitar que las bandas criminales recluten a los jóvenes, por lo que dio prioridad a Programas como Sembrando Vida y Jóvenes Construyendo el Futuro, para dar empleo e ingresos a quienes potencialmente pueden engrosar la delincuencia.

Abandonó también su slogan de campaña en el sentido de que no utilizaría al ejército para enfrentar al crimen organizado. En los hechos, desapareció a la Policía Federal, por la gran corrupción que la caracterizaba; creó la Guardia Nacional, que cuenta con 100 mil elementos que operan en 182 cuarteles; y nombró como secretario de Defensa a Luis Crescencio Sandoval, que no pertenece al grupo que ha dominado tradicionalmente la SEDENA. (Guerrero, 2021, p. 292). Asimismo, a través de la Unidad de Inteligencia Financiera, se congelaron las cuentas del Cártel Jalisco Nueva Generación, sin que haya podido frenar el avance del grupo delictivo.

El gobierno presenta una serie de logros en la reducción de delitos como el robo de combustibles, el huachicol, los homicidios, el robo de vehículos y el secuestro. Sin embargo, se sabe que se ha incrementado el delito de la extorsión en 28% y el robo en el transporte público en 11% (López Obrador, 2021a, p. 314). Esto ha llevado a que, según lo percibe la población, la violencia no solo se ha reducido, sino que se ha incrementado.

Un caso especial entre los delitos ocurridos en el país, es el del feminicidio, que según datos del presidente, se ha incrementado en 14% (López Obrador, 2021a, p. 314). Desde la visión de las

organizaciones feministas, existe poca voluntad del gobierno para enfrentar este problema. Si bien se conformó el Grupo Interinstitucional de Estrategia para la Erradicación de las violencias contra las mujeres (GIEV), coordinado desde la Secretaría de Gobernación, la violencia hacia las mujeres, incrementada con la pandemia, se encuentra invisibilizada desde el gobierno y no se nota un cambio real con relación a los gobiernos anteriores.

Al parecer, López Obrador no identifica con claridad la desigualdad de género, a pesar de que su gabinete es el más paritario que ha existido; pero rechaza sobre todo la lucha feminista, al identificarla con los grupos violentos de mujeres que han tomado oficinas gubernamentales y atacado instalaciones públicas. Por ello, ha señalado: *ni machismo, ni feminismo: humanismo*; en esta desafortunada frase donde ubica en un mismo plano la lucha por la justicia y la igualdad, con una tara social.

Como señala Blanca Heredia (2021, p. 73) con relación al presidente: “Terco y tenaz en imaginar un México viable porque se hace cargo de sus mayorías, pero también tercamente incapaz de ver el sufrimiento intenso y cotidiano de nosotras, las mujeres mexicanas en un país tan violentamente machista”.

### ***La política hacia la ciudadanía***

Uno de los rasgos más importantes del gobierno de López Obrador, lo constituye su decisión de eliminar a los intermediarios en la distribución de los recursos, por considerar que esta práctica generaba procesos de corrupción. En el mes de febrero de 2019 envió una carta a su gabinete advirtiéndoles que ya no deberían transferir recursos a ninguna organización social.

Asimismo, decidió imponer impuestos a las organizaciones no gubernamentales (ONG), en tanto detectó que había algunas que recibían cuantiosas donaciones internacionales sin aportar al fisco.

De esta suerte, el actual presidente cortó, por un lado, el vínculo directo que se había establecido en gobiernos anteriores con las organizaciones, además de que, como se verá después, las debilitó frente sus bases, como es el caso de las de origen rural.

Sin embargo, no se trata solamente del vínculo del gobierno a través de los recursos, en general se observa un distanciamiento del gobierno con las organizaciones sociales, ya se trate de maestros, trabajadores, estudiantes, campesinos, indígenas, feministas, universitarios, luchadores por la defensa de sus territorios.

Mientras en los gobiernos progresistas del cono sur existió un fuerte vínculo con las organizaciones sociales que se fue desgarrando, en el caso de AMLO tal acercamiento fue exclusivo de la campaña presidencial y se diluyó apenas iniciado el gobierno.

Si bien ha subido el salario, no ha establecido un vínculo con las organizaciones obreras. A las campesinas las equiparó con Antorcha Campesina y las acusó de corruptas, mientras a las feministas las identifica con los sectores más radicales. Los maestros de la CNTE llegaron a acciones desesperadas, como interceptar el carro del presidente para poder dialogar: “Se ha entrado en una relación tensa y de cierta incomprensión con movimientos cuya legitimidad ha sido echada por la borda” (Ortega, 2021, p. 94).

Este vacío político y social del gobernante, es un punto en el que coinciden todos los analistas, tanto los críticos, como los cercanos al gobierno (Ortega, 2021; Modonesi, 2021; Gordillo, 2021 y Bartra 2019, 2020 y 2021a).

Es lo que Gustavo Gordillo (2021, p. 46), llama el punto ciego de AMLO, en tanto existe un sector social que resulta ignorado, en ocasiones descalificado, pero en todo caso, no tomado en cuenta como parte esencial de su proyecto de transformación:

En el subsuelo se mueve un abigarrado conjunto de pequeños grupos luchando por temas disímbolos, pero con un propósito común: la defensa de sus territorios. Es un enorme archipiélago social, a menudo desconectado entre sí, y con endebles formas de intermedia-

ción. Este es el punto ciego de AMLO, que lo rellena, cuando se topa con sus resistencias visibles en Morelos, en la península de Yucatán o en el Istmo de Tehuantepec con narrativas conspiratorias (Gordillo, 2021, p. 44).

Es lo que Massimo Modonesi (2021, p. 223) llama el eclipse de la izquierda antisistémica “relegada en sus reductos locales o sectoriales, periféricos respecto a la contienda política nacional”.

Se ha establecido entonces una política que pone en primer lugar a la sociedad, sobre todo la de más bajos recursos, pero sin que existan canales de comunicación. “Un proceso a favor del pueblo, donde el pueblo no aparece como actor”, o como señala Ortiz (2021:145). “AMLO es un líder de masas que no convoca a las masas”, lo cual genera un vínculo del presidente con los beneficiados de los programas sociales, pero desde su posición fragmentada, individual, desorganizada, que no tiene una relación orgánica y por tanto, carente de generar apoyos organizados al gobierno ante situaciones críticas.

Desde mi perspectiva, el distanciamiento con los movimientos sociales constituye la principal debilidad del gobierno de AMLO, pues como se vio en los casos del cono sur, cuando la derecha cobra fuerza, los gobiernos alternativos carecen de la fuerza social para enfrentarlos.

Para Gordillo se trata de una *revolución pasiva*, siguiendo a Gramsci:

Esta última es el proceso a través del cual la esfera más consolidada del poder político y económico recupera una parte de las demandas de los gobernados, quitándoles su iniciativa política. Este proceso específico denominado transformismo consiste en la decapitación intelectual de las dirigencias opositoras por medio de la captación y la confrontación (Gordillo, 2021, p. 48).

## AMLO y los sectores productivos

Al igual que en el caso de Brasil, el gobierno de López Obrador ha mantenido intactas las políticas neoliberales con relación al manejo de la economía, lo cual implica sostener las condiciones para el dominio hegemónico del capital financiero sobre el productivo, así como para garantizar la estabilidad monetaria del país y generar las condiciones para la certidumbre del capital extranjero invertido en el país.

En primer término, se mantiene la autonomía del Banco Central, la cual empezó a operar en 1994. Dicha autonomía implica reglas muy precisas para que los gobiernos se vean obligados a sostener las políticas de austeridad fiscal que ha impuesto el Fondo Monetario Internacional. Como señala Arturo Huerta (2021, p. 54), implica que los gobiernos no pueden emitir moneda para financiarse con ella, con lo cual se garantiza que la inflación se mantiene bajo control. Asimismo, el Banco no le puede comprar deuda al gobierno, lo que permite mantener bajos los niveles de endeudamiento y “lleva a la economía a estar sujeta a las leyes del mercado” (Huerta, 2021, p. 54).

Se mantienen elevadas tasas de interés en beneficio del capital financiero y un tipo de cambio poco competitivo, con lo cual se asegura la entrada de capital extranjero, a la vez que garantiza la desregulación del sector bancario y se favorecen las prácticas especulativas.

Esto ha llevado a que el proceso de expansión del capital financiero en nuestro país, observado desde 1994, se fortalezca, pues la participación de los servicios financieros e inmobiliarios como porcentaje del PIB, aumentaron del 1,1% en 1993 al 5,6% en 2020 (Guillén, 2021, p. 32).

El otro eje neoliberal que se ha conservado es la apertura comercial y la orientación fundamental de la economía hacia la exportación, tanto manufacturera como agrícola.

Como señala Arturo Huerta:

Con el libre comercio y los tratados de libre comercio se deja de tener una política industrial y agrícola propias, debido a que las reglas de comportamiento se establecen en dichos acuerdos comerciales y son fijadas, sobre todo, por las empresas transnacionales que dominan el mercado internacional, por lo que las empresas nacionales quedan desprotegidas y en desventaja frente a las importaciones y el comercio internacional, dada su menor productividad y competitividad (Huerta, 2021, p. 55).

Aun cuando se ha evitado aumentar la deuda externa y fortalecer el mercado interno por la vía de la distribución del ingreso, esto no ha cambiado la estructura de funcionamiento de la economía, la cual continúa como en los gobiernos neoliberales, dependiendo del comportamiento de las variables externas, como las exportaciones, las remesas, y la inversión extranjera.

En este contexto, el hecho de continuar con las políticas monetarias favorables al sector financiero y corporativo, afecta fuertemente a los sectores productivos para el mercado interno como el industrial y el agrícola, toda vez que, las elevadas tasas de interés encarecen el crédito y con ello, dificultan los procesos de inversión y tecnificación en el sector manufacturero. Además, la apertura comercial permite la entrada de bienes que devastan a la agricultura y la industria nativa.

### ***La política industrial***

Si bien México es un país con un perfil industrial, a diferencia de los países del cono sur, lo que predomina es una industria de ensamblaje con orientación exportadora hacia un destino final, casi único, ubicado en los Estados Unidos, lo que se conoce como la industria maquiladora, que tiene una calidad de enclave, pues no impulsa la integración de sectores ni hacia adelante ni hacia atrás, con lo que se ha generado un proceso de atrofia de la industria para el mercado interno y con ella, de un proyecto industrializador que impacte favorablemente el desarrollo del país.

Como apunta Pierre Salama:

Como un país especializado en la exportación de bienes industriales ensamblados, México se ha industrializado, pero también se puede considerar que se ha desindustrializado. Con la notable excepción de su sector automovilístico, el mercado interno no está conectado con el mercado externo y viceversa. El mercado interno está sujeto a la competencia externa; muchas empresas están cerrando por falta de competitividad y sectores enteros están desapareciendo, sustituidos por importaciones de bienes finales e intermedios (Salama, 2020, p. 1114).

Durante el gobierno de López Obrador, esta situación de la industria nacional se ha visto afectada, debido a dos procesos: por un lado, el aumento en las tasas de interés que impulsó el Banco de México con el fin de paliar la inflación provocada por la pandemia y la guerra de Ucrania, la cual creció 21,79% de marzo de 2020 a septiembre de 2023 (Inegi, 2023a),<sup>34</sup> y la apreciación del tipo de cambio que pasó de 20 a 16 pesos por dólar de 2018 a 2023 (Banco de México [Banxico], 2023). Tales procesos encarecen el crédito para la industria y llevan a sustituir la producción manufacturera externa por la nacional.

Como puede observarse en la tabla 01, las actividades secundarias cayeron al 0,32% de 2019 a 2022. Si bien las manufacturas se mantuvieron en signos positivos, crecieron solamente al 0,94% después de que habían aumentado al 2,15% de 2013 a 2018.

A pesar de esta situación, no se observa en el proyecto de López Obrador una intención declarada por fortalecer a la industria nacional e impulsar una estrategia para ello. En el Plan Nacional de Desarrollo, no hay una mención explícita hacia el sector industrial nacional. Solo se menciona la industria energética que, como se recordará, tiene un papel preponderante en su política.

---

<sup>34</sup> Inflación general en México. El periodo corresponde al inicio de la pandemia por covid-19 en México hasta el último dato disponible, en el contexto de la guerra Rusia-Ucrania.

Tabla 01

PIB nacional. Actividades del sector económico secundario					
Valores constantes 2013, millones de pesos					
Año	Secundarias total	Minería	Generación de energía	Construcción	Manufacturas
1993	3.683.940	1.001.514	97.950	903.565	1.680.911
1994	3.888.576	1.008.555	102.735	1.036.319	1.740.968
1995	3.465.384	990.349	105.259	701.806	1.667.971
1996	3.875.011	1.096.660	110.521	844.141	1.823.689
1997	4.180.869	1.164.770	116.270	900.056	1.999.773
1998	4.430.592	1.187.473	116.853	963.324	2.162.942
1999	4.498.700	1.136.759	132.851	1.004.298	2.224.792
2000	4.696.502	1.183.023	135.130	1.009.381	2.368.968
2001	4.593.955	1.217.765	142.154	932.076	2.301.960
2002	4.524.901	1.224.625	141.679	911.917	2.246.680
2003	4.604.522	1.284.124	146.998	941.824	2.231.576
2004	4.781.936	1.304.756	163.754	1.007.107	2.306.319
2005	4.884.760	1.307.651	177.522	1.043.188	2.356.399
2006	5.086.480	1.288.869	198.292	1.132.960	2.466.359
2007	5.133.608	1.256.577	210.221	1.185.521	2.481.289
2008	5.079.734	1.191.503	211.732	1.229.272	2.447.227
2009	4.699.987	1.131.388	214.696	1.154.675	2.199.227
2010	4.913.184	1.143.276	224.346	1.154.806	2.390.756
2011	5.053.170	1.147.827	238.028	1.200.980	2.466.335
2012	5.196.910	1.160.655	242.692	1.230.058	2.563.504
2013	5.185.312	1.153.599	244.041	1.210.696	2.576.976
2014	5.318.730	1.131.756	263.904	1.242.661	2.680.409
2015	5.377.312	1.081.656	268.325	1.268.215	2.759.115
2016	5.394.333	1.034.812	268.654	1.288.920	2.801.946
2017	5.380.886	949.009	267.554	1.284.363	2.879.959
2018	5.404.453	897.042	287.726	1.286.630	2.933.056
2019	5.304.864	856.107	285.956	1.223.983	2.938.819
2020	4.806.307	855.588	269.335	1.011.972	2.669.413
2021	5.073.242	856.651	221.816	1.095.493	2.899.282
2022	5.237.295	858.072	229.738	1.098.393	3.051.092
TCMA 93-00	3,45%	2,37%	4,56%	1,58%	4,85%
TCMA 01-18	0,90%	-1,69%	3,76%	1,78%	1,34%
TCMA 01-06	1,70%	0,95%	5,50%	3,24%	1,15%
TCMA 07-12	0,20%	-1,32%	2,39%	0,61%	0,54%
TCMA 13-18	0,69%	-4,17%	2,74%	1,01%	2,15%
TCMA 19-22	-0,32%	0,06%	-5,45%	-2,70%	0,94%

Fuente: INEGI. Sistema de cuentas nacionales. PIB. Elaborado el 02 de agosto de 2023

Cabe destacar que este documento de política pública se encuentra distante de ser un proyecto de transformación productiva. Como señala Díaz-Cayeros:

El PND de 2019-2024 de AMLO, está escrito en un estilo coloquial, incluso poco cuidadoso en su redacción, con frases repetitivas y en ocasiones hasta ambiguas y prácticamente sin dato alguno. No se trata de un documento de ciencia positivista o planeación estilo soviético, sino de una formulación programática eminentemente política (Díaz-Cayeros, 2021, p. 136).

En este contexto, a pesar de que el gobierno se ha propuesto fortalecer el papel del Estado en la economía, la inversión pública, esencial para el desarrollo industrial, representa sólo un poco más del 3% del PIB y un 23% del gasto público federal, mientras que la inversión privada disminuyó un 4,9% en 2019, lo que representa la caída más pronunciada desde 2009. (Guillén, 2021, p. 52).

Desde esta perspectiva, el gobierno de López Obrador ilustra la hipótesis central del libro, en el sentido de que el dominio del capital financiero obstaculiza una política de desarrollo centrada en la industria nacional, por lo que se profundiza el proceso de desindustrialización iniciado con el neoliberalismo, en tanto el capital financiero depreda sus bases.

Por otra parte, mientras en el cono sur los gobiernos promovieron actividades extractivas como la minería, en el caso de México esta situación no es tan definida, pues se presentan claroscuros en las políticas del ramo.

Por un lado, se nombró a Francisco Quiroga como subsecretario de minería, quien fue funcionario en los gobiernos de Zedillo y Fox y posteriormente empleado de las mineras Grupo Villacero, Coutinho—Ferrostaal y ArcelorMittal— ésta última con un historial de despojo de las comunidades. También nombró a Laura Díaz Nieves como titular de la Dirección General de Minas, quien ha sido del Consejo Directivo de la minera canadiense *Goldplay Exploration* (Ruiz Guadajajara, 2019, citada por Navarro y Linsalata, 2020, p. 338).

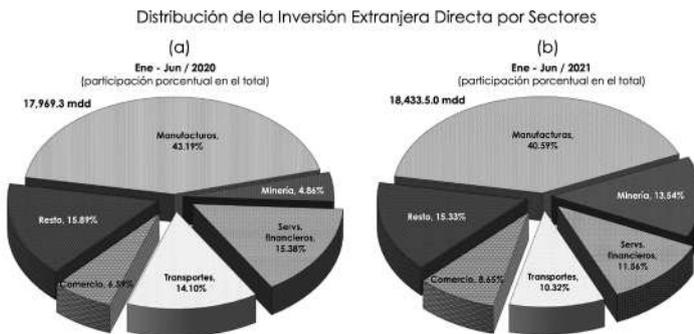
En contrapunto, el presidente decidió no otorgar más concesiones mineras, pero respetar las existentes, hecho que ha sido muy debatido por las organizaciones que luchan contra el despojo de estas

empresas, pues las hectáreas concesionadas vigentes llegan a 20 millones de hectáreas (García y Gaspar: 2020, p. 16).

Asimismo, la minería fue otra de las actividades no esenciales que se abrieron en mayo del 2020, lo que afectó fuertemente a las comunidades, pues debido al confinamiento no pudieron salir a enfrentar el despojo, a la vez que obligó a los mineros a trabajar en condiciones riesgosas.

De igual forma, se ha registrado un declive en los impuestos que paga la industria minera, pues cayeron en un 42% de 2018 a 2021 (Carbajal, 2022). Esta situación coincide con el comportamiento de la inversión extranjera directa, pues como puede observarse en la gráfica siguiente, en el período de enero — junio de 2020 a 2021, la única actividad donde ésta creció, además del comercio, fue en la minería, que pasó de 4,8% a 13,54%, un crecimiento espectacular.

**Gráfica 13**



Fuente: Elaborado por el Centro de Estudios de las Finanzas Públicas (CEFP) (2021). Comentarios al informe estadístico sobre el comportamiento de la inversión extranjera directa en México (enero-junio de 2021). p. 11

A la vez que se ha impulsado la actividad, se han puesto candados y se han abierto negociaciones con mineras canadienses, por problemas en el pago de impuestos y también por incumplimientos de las reglas de operación. Fueron las mineras *First Majestic Silver Corp* y *Americas Gold and Silver*, a quienes se amenazó con suspender la concesión, en una política que ha buscado regular la situación de las empresas. (Forbes, 2021).

En el terreno de la minería sobresale la aprobación el 19 de abril de 2022, de una reforma a la Ley Minera, según la cual el litio pasa a ser propiedad de la nación, por lo que su exploración, explotación y aprovechamiento estarán a cargo exclusivamente del Estado, en lo que sin lugar a duda, es un gran paso en el proceso de nacionalización de los recursos naturales.

Mientras en el ámbito de la minería se observan claroscuros en la política gubernamental, no ocurre así en los megaproyectos. Si bien, no se observa una política que ubique a la industria como motor de la transformación, los megaproyectos han sido defendidos por el presidente como los detonadores principales de la transformación del país.

Tal es el caso del Corredor Transistmico que unirá al Océano Atlántico con el Pacífico, y el Tren Maya, cuyos objetivos propuestos son mejorar la calidad de vida de la población, cuidar el ambiente y detonar el desarrollo sustentable. Éste último recorrerá una distancia de 1500 km., en los estados del sureste como Chiapas, Campeche, Quintana Roo, Tabasco y Yucatán.

Al igual que en el caso de Bolivia, en donde se generó un conflicto con el gobierno de Evo Morales por la construcción de una carretera que pasaba por una reserva de la biósfera; el gobierno de López Obrador ha enfrentado un fuerte conflicto con las comunidades indígenas por el hecho de que el tren pasará por la Reserva de la Biósfera de Calakmul, que por su extensión de selva constituye la segunda reserva más importante de América Central, sólo después de la Amazonía y la Reserva de la Biósfera de *Sian Ka An*, que ha sido declarada Patrimonio Intangible de la Humanidad por la UNESCO (Navarro y Linsalata, 2020, p. 340).

El Tren Maya se está construyendo por un conjunto de empresas de distintas nacionalidades, desde chinas y españolas, así como mexicanas, a la vez que la Guardia Nacional se hará cargo también de algunos tramos, supervisados por FONATUR.

Este proyecto ha enfrentado múltiples conflictos, como el caso del tramo 5, que fue suspendido por un juez, a la vez que un amplio grupo de organizaciones, entre las que se cuenta el EZLN, han impulsado movilizaciones en su contra.

Podemos concluir que la correlación de fuerzas con que cuenta el gobierno de López Obrador es desfavorable frente al capital financiero, hasta ahora hegemónico, por lo que se han dejado intactas las estructuras para su desarrollo. No existe un proyecto de industrialización nacional, en el sentido de colocar como eje de la acumulación a las empresas manufactureras, aunque se han impulsado desde el Estado las actividades energéticas (petróleo y energía eléctrica) y el litio. En cambio, el proyecto insigne del gobierno, son los megaproyectos, que generan fuertes conflictos sociales y ambientales y no producen un cambio del régimen de acumulación, sino, por el contrario, lo apuntalan.

### ***Las políticas hacia el campo***

El sector rural tuvo un rol estratégico en el desarrollo del país a partir de la segunda postguerra, en tanto permitió producir alimentos baratos con el fin de mantener bajos los salarios, captó divisas necesarias para la importación de bienes de capital, generó un importante mercado interno y liberó grandes contingentes de mano de obra para nutrir la fuerza de trabajo de la industria en consolidación, como señalamos en el capítulo dos.

Sin embargo, con el ascenso del régimen neoliberal, la agricultura (en sentido amplio) fue marginada como sector productivo y en particular los pequeños y medianos productores del campo. Se impulsó una política que privilegió la importación de bienes básicos

procedentes de Estados Unidos, en detrimento del aliento a la producción nacional. Se consideró que los bajos precios que el país del norte imponía en el ámbito mundial para dominar el mercado agroalimentario, constituían una oportunidad para ahorrar el gasto público en la agricultura. Tal situación se vio agudizada con la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, que estableció para 2008 la erradicación total de los aranceles para la importación de bienes agropecuarios, con lo cual Estados Unidos encontró la oportunidad de colocar sus excedentes en un país con un amplio mercado interno. Las grandes empresas agroalimentarias privilegiaron la compra de insumos importados, dado sus bajos precios, sobre la compra de bienes agropecuarios a los productores mexicanos. Los gobiernos redujeron el gasto público hacia el campo y lo orientaron fundamentalmente hacia los medianos, pero sobre todo grandes productores agrícolas, posicionados preferentemente en el norte del país.

Mientras en 1994 el presupuesto hacia el campo representaba el 4,10% del Presupuesto de egresos de la Federación, ya para 2016 había bajado a 2,10%.<sup>35</sup> Por su parte, el presupuesto destinado al campo en 2017 era igual en términos reales al de 2009 (Robles, 2017, p. 10).

De esta suerte, los pequeños productores agrícolas se enfrentaron a una competencia desleal ante precios *dumping* o por debajo del costo de los bienes importados y ante la carencia de subsidios y estímulos para la producción. Cuando intentaban vender sus productos, se topaban con que no encontraban comprador, o solamente a precios de ruina, con lo que sus unidades productivas se fueron desestructurando.

Por ello, el régimen neoliberal desarticuló la agricultura mexicana, a la vez que generó las condiciones para que los grandes

---

<sup>35</sup> Fuentes: Centro de Estudios de las Finanzas Públicas de la Cámara de Diputados, Evolución del gasto por Ramos (2007a y 2012) y SAT: Presupuesto de Egresos de la Federación.

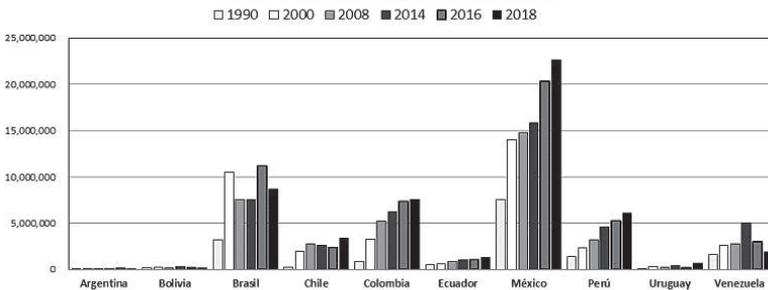
productores de maíz de Sinaloa, abastecieran el mercado interno del grano y, junto con otros estados del norte y del bajo, exportaran los bienes a los que el TLCAN había abierto las fronteras, fundamentalmente hortalizas, frutas y flores.

En consecuencia, cuando López Obrador llegó al gobierno en 2018, el sector rural se encontraba devastado. La dependencia alimentaria se había profundizado, pues se importaba el 96% de la soya consumida, el 85% del arroz, el 70% del trigo y el 38% del maíz (López Obrador, 2020, p. 539). A su vez, la participación de las importaciones de granos básicos en el consumo aparente llegaba casi al 50%.

México se había convertido en el país de América Latina con el mayor volumen de importación de granos, superior al de países como Brasil, que había sido un gran importador de cereales, como puede verse en la siguiente gráfica.

### Gráfica 14

Volumen de importación de cereales\* en América Latina  
Años seleccionados (miles de toneladas)



Fuentes: FAOSTATS <http://www.fao.org/faostat/es/#data/TP>. Actualizada el 17 de septiembre de 2020  
\*Total de la suma de importaciones de cebada, trigo, arroz, centeno, sorgo, avena y maíz para cada país.

El mercado de granos y su transformación estaban dominados por 20 empresas oligopólicas que controlaban el mercado agroalimentario: Maseca, Bimbo, Cargill, Bachoco, *Pilgrims Pride*, *Tyson*, Nestlé, Lala, Sigma, Monsanto, *Archers Daniels Midland*, *General Foods*, *Pepsico*, Coca Cola, Grupo Vis, Grupo Modelo, Grupo Cuauhtémoc, Wal-Mart, *Kansas Citiy* y Minsa;<sup>36</sup> mientras la pobreza se había acrecentado en el campo mexicano, pues la moderada se incrementó de 10.2 millones a 11.6 de 2010 a 2016 y la población con al menos una carencia social pasó de 25.4 a 26 millones en el mismo período (Coneval, 2017).

Cabe resaltar que la situación del campo no derivaba de políticas *equivocadas* o de ignorancia de los gobernantes. Se trataba del resultado de una forma de dominio agroalimentario de Estados Unidos, avalada por los gobiernos nativos, que había sido percibida con claridad por las organizaciones campesinas, por lo que demandaban una moratoria de los bienes agropecuarios en el TLCAN, pues sabían que mientras entraran bienes importados a bajos precios, no habría posibilidades de reestablecer el rol productivo al que aspiraban.

Por ello, en el Plan Nacional Siglo XXI que las organizaciones campesinas firmaron con López Obrador, habían establecido la necesidad de retirar los bienes básicos agrícolas del Tratado, posición con la cual coincidía el entonces candidato.

Visto desde esta perspectiva, la condición esencial para alcanzar la soberanía alimentaria y una vida digna para los campesinos, está sujeta a la correlación de fuerzas de los gobiernos en turno, pues implica enfrentar, no solo al gobierno de Estados Unidos, sino a los grandes exportadores mexicanos que han obtenido ventajas de los tratados comerciales y no están dispuestos a perder estas canonjías.

Como es sabido, Donald Trump impulsó la renegociación del TLCAN con el fin de beneficiar a la industria estadounidense. El nuevo tratado, denominado T-MEC se empezó a negociar en 2016 y la

---

<sup>36</sup> Imagen Agropecuaria. Boletín. Declaraciones de ANEC. 19 de enero de 2009.

firma recayó en el gobierno de López Obrador en el 2018. Enrique Peña Nieto permitió que AMLO nombrara un representante como observador en las negociaciones, para quien la preocupación central estaba orientada a impedir que el sector energético fuera incluido en el Tratado, como ya señalamos. Como esto no ocurrió, el nuevo gobernante firmó el Tratado, en el cual se expresaba una correlación de fuerzas muy desfavorable con el gobierno del norte.

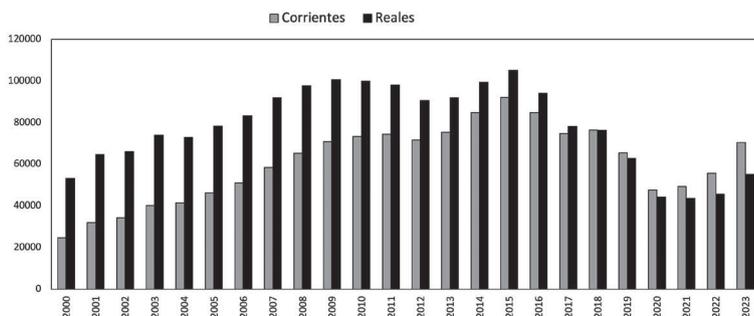
En el ámbito de lo agropecuario, el T-MEC preservó la misma situación del TLCAN según la cual quedan libres de arancel para su importación todos los productos procedentes de Estados Unidos que quedaron pactados en el 2008, pero además se prohíbe que los países impulsen políticas de apoyo a la producción que distorsionen el comercio, se renuncia a la aplicación de salvaguardas especiales para productos específicos, se permite la liberalización del mercado de la biotecnología y se prohíbe a los productores guardar y compartir semillas. Desde esta perspectiva, como ha sido planteado por múltiples analistas, el T-MEC es aún más lesivo para el campo que el propio TLCAN (Rubio, 2019).

Con este cinturón de fuerza, López Obrador inició su gobierno, y se propuso entre otros objetivos alcanzar la *autosuficiencia alimentaria*, disminuir la pobreza rural, incrementar la participación estatal en el campo, y crear opciones de empleo con el fin de que los jóvenes no se enrolaran en las redes del narcotráfico. Desde su proyecto de campaña concedió una gran importancia al sector rural, al punto que, en el Plan Nacional de Desarrollo, es el único sector productivo que aparece, junto con la industria petrolera.

Sin embargo, debido a la carencia de recursos que hemos narrado, López obrador continuó con la política instrumentada por su antecesor en el sentido de reducir el presupuesto al campo, tanto en términos nominales como reales. Como puede observarse en la siguiente gráfica, el presupuesto cayó en 2019 y 2020, y registra una leve recuperación en los años de 2021 a 2023, aun cuando en este último año, todavía era menor en términos reales al que se ejerció en el año 2000.

## Gráfica 15

Presupuesto SAGARPA/SADER, 2000 - 2023  
Millones de pesos



Fuentes: Grupo Consultor de Mercados Agrícolas, *Análisis del Presupuesto del Programa Especial Concurrente para el Desarrollo Rural Sustentable (PEC) 2023*. México.

INPC: Base 2a quincena de julio de 2018

Cabe destacar, sin embargo, que ocurrió un cambio importante a pesar de la disminución del presupuesto, pues éste se orientó en mayor medida a los pequeños y medianos productores, rompiendo con ello la estrategia de los gobiernos neoliberales de apoyar esencialmente a los empresarios agrícolas. En el año de 2019, el 79% de los recursos del Programa Producción para el Bienestar fueron destinados a los pequeños productores (Robles, 2019).

Ante ello, se inconformaron el Congreso Agrario Permanente y la Confederación Nacional Campesina, así como las organizaciones empresariales como la Confederación Nacional de Propietarios Rurales y la Confederación Nacional de Organizaciones Ganaderas. (Hernández, 2021, p. 9).

En el ámbito productivo los principales programas impulsados por el gobierno de AMLO son: Producción para el Bienestar, Precios de Garantía y Fertilizantes.

El más importante de ellos, *Producción para el Bienestar* (antes Proagro y antes Procampo), mantuvo según Ana De Ita (2022) la misma estratificación de productores y las cuotas que el programa antecesor, pero “excluyó a cualquier agricultor de más de 5 has de riego y

20 de temporal” (De Ita, 2022). Si bien el número de beneficiarios de Procampo y Proagro venía disminuyendo, pues al final del gobierno de Peña Nieto beneficiaba a 2.3 millones de productores, mientras en 1995 había apoyado a 3.6 millones, Producción para el Bienestar beneficiaba en 2020 solamente a 1.9 millones de productores de granos.

En cuanto al otro programa central, el de Precios de Garantía, se observa que tiene una cobertura muy limitada, pues como puede verse en los siguientes cuadros, en el caso del maíz solamente beneficiaba en el ciclo 2022-2023 al 2,1% de los productores a nivel nacional y al 10,89% de las toneladas producidas. En el frijol solo apoyó al 0,2% de los productores y al 0,4% de la producción. En el trigo se observa una cobertura mayor, del orden del 10,4% de los productores, pero se trata de medianos productores a quienes se les otorga un apoyo por tonelada pues no se acopia la producción.

**Tabla 02**

<b>Programa Precios de Garantía (PPG)</b>				
<b>% de producción respecto del total nacional, por tipo de producto (toneladas)</b>				
<b>Maíz</b>	<b>2019-2020</b>	<b>2020-2021</b>	<b>2021-2022</b>	<b>2022-2023</b>
Ton Nacional	27.228.000	27.425.000	27.503.000	26.553.000
Ton PPG	741.845	4.845.193	1.142.404	2.891.178
% del total	2,72	17,67	4,15	10,89
<b>Frijol</b>	<b>2019-2020</b>	<b>2020-2021</b>	<b>2021-2022</b>	<b>2021-2022</b>
Ton Nacional	879.000	1.056.000	1.289.000	965.000
Ton PPG	146.990	7.337	192.372	4.277
% del total	16,7	0,7	14,9	0,4
<b>Trigo</b>	<b>2019-2020</b>	<b>2020-2021</b>	<b>2021-2022</b>	<b>2021-2022</b>
Ton Nacional	3.244.000	2.987.000	3.284.000	3.611.000
Ton PPG	1.175.950	1.660.116	1.142.111	325.635
% del total	36,3	55,6	34,8	9,0

Fuentes: 5° Informe de gobierno de AMLO, 2023 (número de productores y toneladas a nivel nacional y dentro del programa)

Nota 1: para ciclo 2019-2020, el periodo es de enero de 2019 a junio 2020, debido a que es el inicio del programa

Nota 2: para el total nacional, se toma el total producido durante el primer año durante el ciclo respectivo

Tabla 03

Programa Precios de Garantía (PPG)				
% participación de productores por tipo de producto, respecto al total nacional*				
<b>Maíz</b>	<b>2019-2020</b>	<b>2020-2021</b>	<b>2021-2022</b>	<b>2022-2023</b>
PPG	56.995	74.790	43.879	33.642
% del total	3,56	4,67	2,74	2,10
<b>Frijol</b>	<b>2019-2020</b>	<b>2020-2021</b>	<b>2021-2022</b>	<b>2021-2022</b>
PPG	23.592	952	20.100	697
% del total	7,9	0,3	6,7	0,2
<b>Trigo</b>	<b>2019-2020</b>	<b>2020-2021</b>	<b>2021-2022</b>	<b>2021-2022</b>
PPG	23.360	13.952	9.054	4.151
% del total	58,4	34,9	22,6	10,4

Fuentes: 5° Informe de gobierno de AMLO, 2023 (número de productores y toneladas a nivel nacional y dentro del programa)

\* Total de productores para 2021, con datos de SADER: maíz (1,600,000); frijol (300,000); trigo (40,000)

Nota 1: para ciclo 2019-2020, el periodo es de enero de 2019 a junio 2020, debido a que es el inicio del programa

Nota 2: para el total nacional, se toma el total producido durante el primer año durante el ciclo respectivo

Otro problema central en este programa, consiste en que los recursos han caído drásticamente, como se observa en el siguiente cuadro con datos obtenidos de los informes de gobierno, pues el número de beneficiarios y los montos otorgados cayeron en todos los casos, pero más drásticamente en el caso del frijol que pasó de 23.592 beneficiarios en el ciclo 2019-20 a 697 en el 2022-23, mientras en el trigo pasó de 23.360 beneficiarios a 4,151 en el mismo período.

Tabla 04

Programa de Precios de Garantía a Productos Alimentarios Básicos								
Número de Beneficiarios y Montos Otorgados por tipo de producto								
Pesos mexicanos								
Ciclo	2019-2020		2020-2021		2021-2022		2022-2023	
Producto	Número de Beneficiarios	Millones de Pesos						
Maíz PP	56.995	4.998	51.525	4.017	23.779	1.718	17.831	2.676
Maíz MP	0	0	23.265	2.059	10.401	185	15.811	501
Frijol	23.592	2.170	952	106	20.100	3.078	697	74
Trigo	23.360	2.155	13.952	914	9.054	395	4.151	66
<b>TOTAL</b>	<b>103.947</b>	<b>9.323</b>	<b>89.694</b>	<b>7.097</b>	<b>63.334</b>	<b>5.376</b>	<b>38.490</b>	<b>3.317</b>

Elaboración propia con datos de los informes de gobierno 2020, 2021, 2022 y 2023. Presidencia de la República

Nota: los datos para el ciclo 2019-2020 corresponden al periodo de enero de 2019 a junio de 2020.

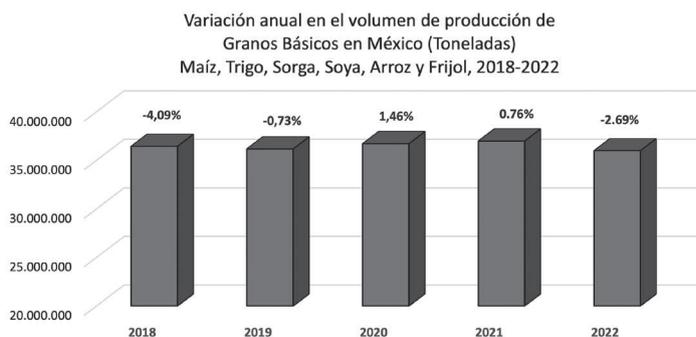
Por otra parte, el programa de precios de garantía es administrado por la instancia de gobierno llamada SEGALMEX, la cual empezó a trabajar con múltiples irregularidades, pues desde fines de 2020 las organizaciones que conforman el Movimiento Campesino Plan de Ayala Siglo XXI, enviaron una carta urgente al presidente para plantearle la deficiente funcionalidad de la Instancia gubernamental, desde el hecho de abrir solo 500 de las 800 bodegas de acopio, el pago muy lento por la adquisición del producto, el establecimiento de normas de calidad más estrictas que las de la industria y la imposición a los productores de la compra de coberturas agrícolas, como venían haciendo los gobiernos neoliberales con la Agencia de Servicios a la Comercialización y Desarrollo de Mercados Agropecuarios (ASERCA) (MCPA, 2020).

Como si esto fuera poco, en abril de 2022 la Auditoría Superior de la Federación (ASF), inició una investigación por irregularidades detectadas con relación a 12 mil millones de pesos en esta dependencia, que involucraban Diconsa, Liconsa y el Programa de Precios de Garantía, a la vez que su titular, Ignacio Ovalle Fernández fue separado de su cargo y sustituido por Leonel Cota Montaña. Cabe señalar que, pese a la lucha anticorrupción de AMLO, Ignacio Ovalle no fue sujeto a investigación y, por el contrario, fue nombrado Coordinador del Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Nacional.

En este contexto, podemos concluir, que el impacto productivo de las políticas de López Obrador ha sido poco perceptible, debido a los problemas que hemos señalado, fundamentalmente el escaso apoyo gubernamental y la persistencia de las condiciones estructurales agroalimentarias. Han influido también procesos naturales como la sequía y sobre todo, el aumento en los costos agrícolas, a raíz de la recuperación de la pandemia y la guerra de Ucrania.

En el ámbito de la producción de granos básicos, como puede verse en la gráfica siguiente, tuvo un comportamiento irregular, con una tendencia al declive, pues en 2022 cayó al -2,69%.

## Gráfica 16



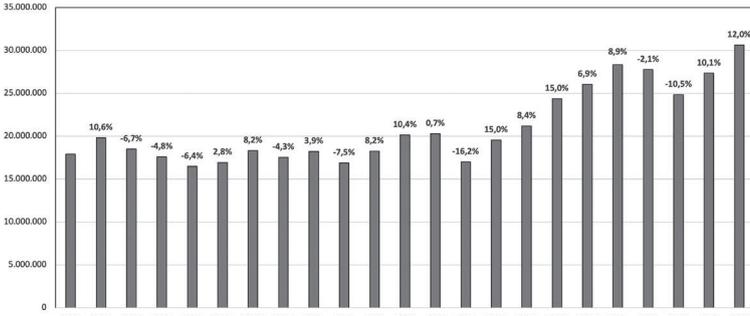
Elaboración propia con datos del 5° Informe de gobierno de AMLO, 2023. Elaborado el 12 de octubre de 2023.

Por tanto, no ha sido posible reducir la dependencia alimentaria, como fue el propósito de López Obrador, quien planteó en el Plan Nacional de Desarrollo que “en 2021 se cumplirá la meta de la autosuficiencia en maíz y frijol y tres años más tarde en arroz, carne de res, cerdo, aves y puercos” (López Obrador, 2019, p. 61).

Como puede observarse en la gráfica siguiente, las importaciones de granos básicos se dispararon tanto en volumen como en valor, fundamentalmente en los dos últimos años, como resultado del crecimiento de la demanda y de los precios internacionales. En términos de volumen, las importaciones de granos aumentaron en 10,1% de 2020 a 2021 y en 12% de 2021 a 2022, mientras que en términos de valor se incrementaron en un 59,7% de 2020 a 2021 y en 34,2% entre 2021 y 2022 (Faostats, 2023).

### Gráfica 17

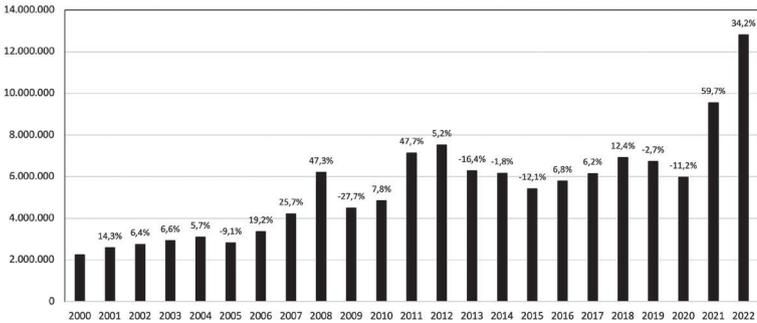
Variación anual en el volumen de importación de granos básicos\* en México (porcentaje), 2000 - 2022



Elaboración propia con datos de FAOSTATS. Consultado el 19 de abril de 2023.  
 \*Suma de las importaciones de arroz, soja, trigo, sorgo, frijo y maíz.

### Gráfica 18

Variación anual (%) en el valor de importación de granos básicos\* en México con relación al año anterior, 2000-2022



Elaboración propia con datos de FAOSTATS. Consultado el 19 de abril de 2023.  
 \*Suma de las importaciones de arroz, soja, trigo, sorgo, frijo y maíz.

En consecuencia, para 2022, el país importó el 40% del maíz, el 97% de la soya, el 83% del arroz, el 65% del trigo y el 8% del frijol.<sup>37</sup> Asimismo, el indicador de autosuficiencia bajó de 58,3% en 2020 a 54,8% en 2023 (Grupo Consultor de Mercados Agrícolas [GCMA], 2023).

Aun cuando los propósitos del gobierno expresados en el Plan Nacional de Desarrollo son de índole productiva, su programa estrella es Sembrando Vida, que es de índole social.

Mientras el presupuesto de los programas productivos juntos (Producción para el Bienestar, Precios de garantía y Fertilizantes) ascendía en 2021 a 26 mil 374 millones de pesos, el de Sembrando Vida era de 28 mil 718 millones de pesos (SAT, 2021). Sin embargo, como señala Ana de Ita, los recursos productivos van para 5,5 millones de productores mientras los de Sembrando Vida van dirigidos a 450 mil productores solamente (De Ita, 2021, p. 14).

Este programa se inició en los estados por los que va a atravesar el Tren Maya, (Chiapas, Yucatán, Quintana Roo, Campeche y Tabasco) por lo que fue interpretado como una necesidad del gobierno para legitimar el Megaproyecto. Para 2021, cubría ya 20 estados del país, beneficiaba a 450 mil personas y cubría 425 mil hectáreas (Vera-Herrera, 2021, p. 229).

Las condiciones para ingresar al Programa son: poseer o rentar 2.5 hectáreas de terreno para ser trabajadas en un proyecto agroforestal, en el que se sembrarán especies maderables previamente establecidas como cedro, caoba, tinto y tatuán, así como árboles frutales como plátano, guanábana, limón, cuajinicuil, chalahuite, dependiendo de la región que se trate. (Sobarzo, 2021, p. 204). Quienes ingresen al programa, para 2023 reciben 6 mil pesos mensuales con la opción de excluir el fondo de ahorro, que en años anteriores era de 500 pesos mensuales (Centro de Estudios de las Finanzas Públicas [CEFP], 2023a, p. 2).

---

<sup>37</sup> Datos de importación en consumo aparente, elaborados con base en el anexo estadístico del 5° Informe de Gobierno de López Obrador, 2023, Gobierno de México.

Los objetivos del programa para el gobierno son, en primer término, evitar que la población más pobre caiga en manos del narcotráfico, o bien se vea en la necesidad de emigrar. Impulsar la reforestación con una visión agroecológica y combatir la pobreza, en tanto los beneficiarios contarán con ingresos en el tiempo en que crezcan los árboles y posteriormente vivirán del usufructo de la producción. El programa también cuenta entre sus objetivos alcanzar la autosuficiencia alimentaria y frenar la degradación ambiental, con la meta de recuperar la cobertura forestal de un millón de hectáreas en el país.

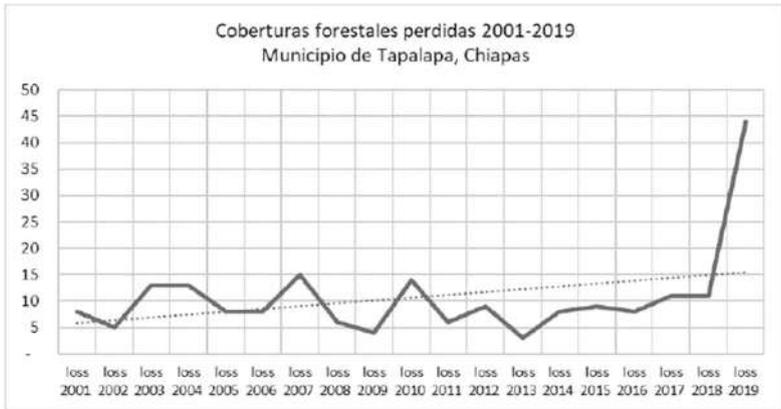
El formato del programa consiste en una entrega individualizada del recurso. Los campesinos seleccionados deberán comprar las semillas y los insumos para impulsar la producción con el dinero otorgado. Los participantes se deben integrar a una Comunidad de Aprendizaje Campesina (CAC), integrada por 25 miembros, supervisados por dos técnicos y un becario, que pertenece a los jóvenes construyendo el futuro y se encarga de dar seguimiento a los avances de cada productor.

Si bien, los campesinos beneficiados han recibido con beneplácito el programa, que les permite percibir un ingreso mensual que nunca antes habían obtenido, existen un conjunto de problemas, tanto en la instrumentación del programa como en los efectos que produce.

El primer problema que ocurrió y descalificó al programa, fue que se exigió inicialmente que la tierra estuviera limpia, lista para producir, por lo que un amplio grupo de aspirantes que tenían sembrados árboles frutales o maderables, los quitaron para poder entrar al programa. Esto llevó al absurdo de *deforestar para reforestar* y trajo consigo un incremento de la deforestación en los estados donde se inició el programa.

En varios municipios, principalmente de Chiapas y Tabasco, se registró una pérdida súbita de coberturas forestales entre 2018 y 2019, como puede verse en la siguiente gráfica, para el caso de Tapalapa, Chiapas.

## Gráfica 19



Fuente: Warman, Javier; Zúñiga, José y Cervera, Mamel (2021). *Análisis de los impactos en las coberturas forestales y potencial de mitigación en las parcelas del programa Sembrando Vida implementadas en 2019*, p. 9

Otro de los problemas principales del programa consiste en que el ingreso recibido, a pesar de que aparentemente es muy alto, debe orientarse como señalamos a comprar insumos, equipo, plántulas, semillas, fertilizantes para impulsar la producción, e implica un enorme trabajo para el beneficiario que no puede ser apoyado por su familia. Esto ha roto, en primer lugar, con la tradición de la unidad campesina del trabajo colectivo, pero además, ha generado un abandono de la milpa, que les permitía completar su alimentación con la siembra de maíz, frijol, chile y calabaza. Así lo constatan varios estudios de caso:

Quando volví a visitar Tres Reyes, en 2021, cinco años después, me llevé la sorpresa de que todo el pueblo había dejado de sembrar a la manera tradicional la milpa maya, pues todos, a excepción de una sola familia que es la única que permanece en resistencia, todos los milperos estaban ya inscritos en Sembrando Vida (Sobarzo, 2021, p. 207).

Mientras en Yucatán:

[...] de 110 productores ingresados al programa Sembrando Vida, y quienes habitualmente sembraban los cultivos tradicionales como: maíz, chigua, frijol, etc., en esta ocasión solo 20 de ellos (los que tienen un poco más de solvencia económica y pueden pagar para que les ayuden con la tumba, limpieza y mantenimiento del cultivo) hicieron milpa [...] (Ek, 2021, p. 184).

De esta suerte, los integrantes del programa, se convierten en primer lugar en jornaleros en su propia tierra (Vera, 2021, p. 244) pues pierden la autonomía en el proceso productivo, ya que los técnicos les indican qué sembrar, cómo hacerlo y son supervisados continuamente para poder recibir el estímulo. En segundo lugar, les significa un gran trabajo dedicado a una sola actividad, con lo cual se rompe la tradición pluriactiva de los campesinos, pues se ven obligados a abandonar otras actividades. Si el dinero obtenido se les va en los insumos y trabajos de los árboles, ya sin milpa, como señala Gabriela Linares (2021, p. 122) ¿De qué van a vivir, que van a comer?

Además se están planteando, sobre todo las mujeres, la cuestión de qué ocurrirá cuando crezcan los árboles. La sombra va a impedir mantener la milpa, para aquellos que la sostengan, a la vez que no está nada establecido en relación con la comercialización cuando maduren los árboles, si va a existir una sobreproducción, quien se encargará de garantizar la colocación rentable del producto.

Todos estos problemas expresan que el programa tiende a desestructurar a la economía campesina en las unidades más pobres, a la vez que afecta en mayor medida la autosuficiencia alimentaria al erradicar la milpa.

Como todos los programas que son impuestos desde arriba, sin solicitar la anuencia y acuerdo de las comunidades y también, sin definir con claridad a los beneficiarios, Sembrando Vida ha agudizado la división en las comunidades, a la vez que ha generado una estructura orgánica paralela a la asamblea comunitaria y ejidal con las CACs, más poderosa puesto que sus miembros tienen ingresos, con lo cual el programa afecta la organización de las comunidades.

Como señala Ana de Ita:

Los problemas señalados del Programa Sembrando Vida no son técnicos, sino políticos. Los recursos del programa son necesarios para apoyar y dar un impulso a la producción campesina, sin embargo, al no tomar en cuenta a las autoridades agrarias, las formas de organización en el campo, los sistemas de cargos, las formas de trabajo colectivo, las formas de tomar decisiones y al no dirigirse a los núcleos agrarios campesinos, como dueños colectivos de la tierra, sino a los individuos y seleccionar a unos y no a otros, al finalizar el sexenio el programa no marcará ninguna diferencia, ni en la disminución de la pobreza, ni en la reforestación y el cuidado del bosque (De Ita, 2021, p. 27).

En relación con la cuestión medioambiental y de la alimentación, el gobierno de López Obrador dio un salto muy importante, en primer lugar al prohibir la siembra de maíz transgénico en el país, con lo cual se definió una larga disputa entre los campesinos y las empresas transnacionales. Dicha medida fue incluida en el decreto del 31 de diciembre del 2020 en donde establece también la sustitución gradual del plaguicida glifosato y, en el que se señala que las importaciones y distribución nacional irán disminuyendo hasta el 31 de enero de 2024, fecha en la cual se suspenderá totalmente el uso nacional de este herbicida. El 13 de febrero de 2023 se firmó un segundo decreto, donde se afirma lo anterior y se prohíbe además la importación de maíz transgénico para la alimentación, a la vez que se establece un plazo para la sustitución gradual de la importación de maíz transgénico para uso industrial y la alimentación de animales.

Asimismo, el gobierno estableció el 9 de noviembre de 2019 un decreto que establece la obligación de las industrias alimentarias de imponer el etiquetado frontal a los bienes que producen y distribuyen, advirtiendo sobre el contenido energético, de azúcares y sodio, con el fin de advertir al consumidor sobre los peligros que generan algunos alimentos que producen.

Estos decretos significan un golpe muy fuerte a la industria agroalimentaria, que ha generado diversas reacciones, como amparos en el caso del glifosato, o bien la transformación de los contenidos de los alimentos para evitar los sellos, pues no han podido echar para atrás estas decisiones. Asimismo, Estados Unidos estableció un panel de controversias junto con Canadá con el fin de modificar las decisiones del gobierno mexicano con relación al glifosato y el maíz transgénico.

Al momento de escribir estas líneas no se ha llegado a una resolución de dicho panel, sin embargo se ejercieron fuertes presiones sobre el gobierno de AMLO en relación con el tema del glifosato, por lo que el 26 de marzo de 2024, el gobierno emitió un comunicado en el que planteó que, en tanto no se encuentre un sustituto adecuado del herbicida, se continuará con su importación y utilización.

En cuanto al vínculo de López Obrador con las organizaciones campesinas, como señalamos, un amplio grupo de ellas apoyó al ahora presidente en la campaña, tras la firma del Plan de Ayala Siglo XXI. Dichas organizaciones se comprometieron a conformar 25 mil comités promotores del voto libre a lo largo del territorio.

Esta cercanía, sin embargo, se vio mermada ante la iniciativa de AMLO de otorgar los apoyos directamente a los campesinos, dejando de lado a las organizaciones quienes anteriormente recibían recursos del gobierno y los canalizaban a sus bases en forma de proyectos productivos.

El problema fue no sólo de tipo administrativo, sino político, pues la fundamentación que dio el presidente para esta decisión, se basó en su concepción de que las organizaciones —en general— utilizaban los recursos a discreción y para enriquecer a los líderes, poniendo como ejemplo a las más corruptas, como ya señalamos.

La satanización de las organizaciones y el retiro de los recursos, ha generado, entre otros problemas, división al interior de las organizaciones, toda vez que, como las bases reciben recursos, no ven mal la medida presidencial, pero a la vez han perdido la capacidad de movilización para demandar y gestionar los recursos. Ha ocurrido

también la supeditación de las organizaciones a los partidos políticos, principalmente a Morena y sobre todo, priva una gran confusión, pues las críticas al gobierno son interpretadas como traición al proyecto del presidente o como alianza con la derecha, mientras que las organizaciones están conscientes de múltiples problemas de las políticas públicas: tales como improvisación, poca regulación, falta de cobertura de los recursos, despotismo de los funcionarios en el campo, corrupción etc., pero no se tienen los canales, ni la fuerza para llevar a cabo las críticas internas que permitan mejorar la gestión gubernamental.

Sin embargo, las organizaciones campesinas han tenido la claridad de que la opción gubernamental de Morena es mejor que cualquiera de los partidos de oposición, por lo que, en las elecciones intermedias de 2021, un amplio grupo de organizaciones, entre ellas las aglutinadas en el Movimiento Campesino Plan de Ayala Siglo XXI, apoyaron a los candidatos de Morena en gran parte del país.<sup>38</sup>

En cambio, las organizaciones mayoritariamente indígenas que enfrentan la expansión del capital en sus territorios, como el Consejo Nacional de Pueblos Indígenas o el EZLN, quienes junto con un amplio espectro de organizaciones se oponen a la construcción del Tren Maya y al Corredor Transistmico, tienen una posición abiertamente antigubernamental. Cuestionan la consulta que se hizo para validar el Megaproyecto, así como el programa Sembrando Vida y su retórica ambientalista.

En principio, el EZLN impulsó la candidatura de Marichuy en la campaña presidencial de 2018 y declaró a través del subcomandante Galeano: “[...] podrán cambiar el capataz, los mayordomos o caporales, pero el finquero sigue siendo el mismo” (Nájar, 2018, citado en Cerillo, 2020, p. 79).

---

<sup>38</sup> Pronunciamiento del Movimiento Campesino Plan de Ayala Siglo XXI. “Votar por la transformación de México y del campo”. 26 de mayo 2021.

El conflicto persiste también porque AMLO prometió en su campaña retomar los Acuerdos de San Andrés y, sin embargo, hasta la fecha no ha cumplido esta promesa.

Podemos concluir que el vínculo de López Obrador con los movimientos campesinos e indígenas, es débil y contradictorio, algo que nadie hubiera esperado de un gobernante de izquierda, pero que forma parte de los claroscuros de un gobierno que llegó a declarar con relación al tren maya: “Las comunidades o se suben al tren o se las lleva el tren”<sup>39</sup>

## **El gobierno de AMLO: una caracterización**

Como hemos señalado, para AMLO la corrupción es el problema principal de México. Esto significa, en primer lugar, que los problemas de explotación, exclusión y pobreza que sufre la mayoría de la población, no derivan de la forma de dominio y subordinación que ejerce el capital en el régimen de acumulación neoliberal o secundario exportador, sino que se originan en el dominio que había ejercido una burocracia corrupta, que se apropiaba de los recursos del estado para su beneficio personal. En consecuencia, al evitar esta sangría, el gobierno puede impulsar una política de redistribución del ingreso en beneficio de las grandes mayorías, así como disminuir la desigualdad y la pobreza.

Esta concepción implica que la contradicción principal no enfrenta al gobierno contra el capital, sino contra la burocracia corrupta. Por esta razón, ha llegado a expresarse que el neoliberalismo, aplicado sin corrupción, “no sería del todo malo” (Jiménez y Cruz, 2022).

Por ello, la lucha contra la corrupción es la bandera principal del presidente y para erradicarla enfrenta a un amplio espectro de

---

<sup>39</sup> Declaración de Rogelio Jiménez Pons, Director del Fondo de Fomento al Turismo (FONATUR), el 5 de febrero de 2019 (citado en Ríos, 2019, p. 155).

sectores, desde la burocracia y sus aliados, los empresarios corruptos, el poder judicial, los altos funcionarios y sus canonjías, las organizaciones sociales, las ONGs, los científicos, los empresarios evasivos de impuestos, los líderes sindicales.

En cambio, los sectores que han impuesto sus intereses al resto de la sociedad como el capital financiero y corporativo, el capital extractivo transnacional y nacional, el narco capital; no aparecen en la mira del presidente e incluso, como se verá más adelante, puede establecer pactos de gobernabilidad con algunos de ellos.

De esta visión se desprende la estrategia de combatir al huachicol, a los inversionistas del Aeropuerto Internacional, a los organismos autónomos, a las empresas morosas en el pago de impuestos, pero no tiene contemplado impulsar una reforma fiscal progresiva que cobre impuestos a los más ricos y genere ingresos para la estrategia gubernamental. No se trata solamente de una visión pragmática que observa la dificultad de afectar al capital con una medida de esta naturaleza. Se trata de no afectar al sector empresarial que se considera *moral*, en tanto el grueso de sus ingresos no provienen de la corrupción.

Desde esta perspectiva, la disputa por el excedente que establece todo gobierno como condición fundamental para impulsar un proyecto de nación, se ubica en el gobierno de López Obrador con el sector corrupto, sin importar su origen de clase.

Rescatar a PEMEX de la corrupción para otorgarle de nuevo el rol de motor del desarrollo, forma parte central de su estrategia de allegarse recursos sin endeudarse: recabar impuestos de los morosos, vender el avión presidencial, ahorrar gastos con los centros penitenciarios y reapropiarlos, desaparecer los organismos autónomos. Procesos que no obstaculizan el desarrollo capitalista del país, pero que además dejan intacto el régimen sostenido en la apertura comercial, el impulso de las maquiladoras, la agricultura de exportación, todos ellos bajo la lógica y los intereses del capital financiero.

Se trata, por tanto, de un proyecto viable políticamente, en tanto no cuestiona directamente a los poderes fácticos ni erosiona las

bases del capital, pero sí fractura al bloque hegemónico instaurado en el neoliberalismo, fundamentalmente a los sectores que habían capturado el estado y lucraban de los recursos públicos, lo cual no es poca cosa.

El pacto de gobernabilidad con el capital *moral*, por decirle de alguna manera, el que obtiene sus ganancias de la explotación de la fuerza de trabajo, del interés y de la renta, se observó desde el principio del gobierno, cuando nombró a Alfonso Romo como jefe de la oficina de gobierno, un empresario vinculado a empresas biotecnológicas. El secretario de Agricultura y Desarrollo Social, Víctor Villalobos, también un empresario y, como señalamos, el subsecretario de Minería y la directora de Minas, vinculados a empresas mineras canadienses.

En el ámbito financiero, el plan de transferencias en efectivo ha utilizado la infraestructura administrativa de Banco Azteca, cuyo propietario es el magnate Ricardo Salinas Pliego, quien ve a los receptores de dichas transferencias como posibles clientes (Ackerman, 2021a, p. 7), mientras que los Megaproyectos han contado con el acercamiento de capitales nacionales y extranjeros, aliados con el gobierno para impulsar lo que el presidente considera el verdadero detonador del desarrollo en el sureste del país.

Una alianza central que ha impulsado AMLO es aquella establecida con el ejército, con el fin de sostener su gobierno, consciente de los intentos de los sectores conservadores por minar su poder. Se impulsó inicialmente la Guardia Nacional, como una Institución civil para enfrentar la violencia en el país, pero en 2022 se planteó la necesidad de integrarla al Ejército. En los últimos años, los militares han asumido el control de las aduanas, de la construcción del Tren Maya, del tren Transístmico, del Banco del Bienestar, del nuevo aeropuerto Felipe Ángeles, del custodio y traslado de las vacunas contra el covid-19, de la implementación y reforestación del programa Sembrando Vida, del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México.

En este contexto, además de sus funciones constitucionales, el ejército es un instrumento de construcción, administración, manejo,

supervisión, con lo cual tiene un lugar preponderante, más allá de sus funciones propias, como resguardar la soberanía nacional y enfrentar los desastres, además de que, junto con la marina, nunca abandonó la lucha contra el narcotráfico.

Tal concentración del poder del ejército y la marina resulta peligrosa, pues estas fuerzas pueden ser utilizadas por intereses ajenos a los del mandatario, como ha ocurrido en otros países.

En el ámbito internacional, el gobierno de López Obrador ha fomentado una política de relaciones exteriores, retomando la más digna orientación que tornó famoso a México, como un país con gran respeto a la soberanía de los pueblos y la ayuda a los proscritos de los gobiernos de sus países. Así fue su intervención en el golpe de Estado contra Evo Morales, al ordenar una estrategia para salvarle la vida. De igual forma apoyó a países como Cuba y Venezuela que enfrentan injustos bloqueos de Estados Unidos. Ha pugnado por la participación de todos los países en la Cumbre de las Américas, y cumplió su promesa de no asistir si se excluía a aquellos considerados por el imperio como ejes del mal. Ha levantado demandas contra las empresas productoras de armas en Estados Unidos, por el impacto que tienen en la proliferación de la violencia en nuestro país y como señalamos, demandó al gobierno de Biden por apoyar a los grupos de derecha que, escudados en organizaciones contra la corrupción, trabajan para debilitar el gobierno. Asimismo, rescató a la familia del presidente defenestrado de Perú, Pedro Castillo y ha definido una posición antibélica tanto en el conflicto de Ucrania, como en el de Hamas contra Israel.

Pero al mismo tiempo, el gobierno de López Obrador, impulsa en el plano geopolítico una alianza con Estados Unidos en la confrontación de este país con China, posicionándose así como un soporte importante en la contienda por la hegemonía.

[...] Y frente a la competencia China — EEUU, el actual gobierno ha optado por priorizar los negocios con Estados Unidos, atrayendo negocios de maquila automotriz y aeroespaciales que se encontraban

en China, ofertando mano de obra más barata que la de China y con recursos minerales a bajo precio, sin importar siquiera buscar una diversificación mínima de socios comerciales (Mellano y Sánchez, 2020, pp. 86-87).

El mismo presidente lo plantea claramente:

Además, con el paso del tiempo, poco a poco, se ha ido aceptando una circunstancia favorable a nuestro país: el crecimiento desmesurado de China ha fortalecido en Estados Unidos la tendencia a vernos como aliados y no como vecinos distantes o como extranjeros peligrosos (López Obrador, 2021a, p. 295)

Con relación al poder que ha ido cobrando China y la posibilidad de ser enfrentado por Estados Unidos a través de una guerra mundial señala:

Podría suponerse de manera simplista que corresponde a cada nación asumir su responsabilidad, pero tratándose de un asunto tan delicado y entrañable, pienso que lo mejor sería fortalecernos económica y comercialmente en América del Norte y en todo el continente, con respeto al derecho ajeno y a la dependencia de cada país, por supuesto (López Obrador, 2021a, p. 297).

Esta posición difiere claramente de la de los países del cono sur, que vieron en el ascenso de China la posibilidad de enfrentar el dominio norteamericano, e incluso recurrieron a préstamos procedentes de este país que los liberó momentáneamente del sojuzgamiento del Fondo Monetario Internacional.

Como es sabido, al principio del gobierno de AMLO, se impulsó una política migratoria humanitaria que fue truncada por la presión de Trump para que frenara la entrada de migrantes centroamericanos hacia nuestro país. La Guardia Nacional tuvo entre sus primeras misiones oponer un muro en la frontera sur de México para contener la migración, con lo que surgieron de nuevo múltiples abusos contra los migrantes sureños.

Podemos concluir, que el gobierno de López Obrador, tiene un rasgo suigéneris en relación con los gobiernos populistas de los años treinta y también de los progresistas del cono sur en su primer ciclo.

Estas particularidades le han brindado la posibilidad de sostener un gobierno estable, sin fuertes golpes de los poderes fácticos, con una retórica internacional digna y un discurso popular nacionalista, con una relación de *respeto* con Estados Unidos y un proceso de redistribución del ingreso, en una coyuntura económica desfavorable, que a pesar de todo le permite mantener un alto ranking de aceptación entre la población.

## **Limitaciones, avances y contradicciones del gobierno de AMLO**

El gobierno de López Obrador enfrenta limitaciones estructurales de gran envergadura. La primera desde mi perspectiva se refiere a la relación con Estados Unidos y el T-MEC firmado en 2018, pues impide claramente impulsar una política nacionalista con el eje de la industrialización para el mercado interno, sostenida en una agricultura con soberanía alimentaria. Esto es así, debido a la apertura comercial, que impone la entrada sin arancel de bienes industriales y agrícolas que castran la producción nativa.

La segunda tiene que ver con el dominio del capital financiero que obliga a mantener la autonomía del Banco Central y el control de las variables económicas, como el tipo de cambio y la tasa de interés, que impiden que aumente la demanda en favor de la industria nacional.

La tercera es el dominio del capital corporativo transnacional incluido el capital extractivo, que somete a su lógica de funcionamiento a los sectores productivos y exige del gobierno condiciones para su desarrollo.

El presidente no cuenta con una correlación de fuerzas favorable para enfrentar estos poderes fácticos, en tanto asumió el gobierno pero no el poder, como pasa con todos los gobiernos progresistas; además de que Morena es un partido nuevo, con escaso arraigo entre la población y por si fuera poco, carcomido por prácticas electoreras que lo han debilitado. Como hicimos notar, el gobierno se ha distanciado de las organizaciones sociales, las cuales se han desmovilizado y dividido, mientras su base social se encuentra fragmentada y brinda su apoyo al gobierno en la medida en que reciba apoyos económicos.

Asimismo, la visión del presidente es en sí misma una limitación, pues no pugna por una transformación productiva y como señalamos deposita en la corrupción y no en el poder del capital, el enemigo a quien confrontar.

El presidente enfrenta también una contienda con los sectores afectados por sus políticas, fuertemente apoyados por los principales medios de comunicación del país, por lo que se ve obligado a desmentir sus acusaciones con el fin de preservar su imagen, hecho que lo mantiene en una constante tensión política.

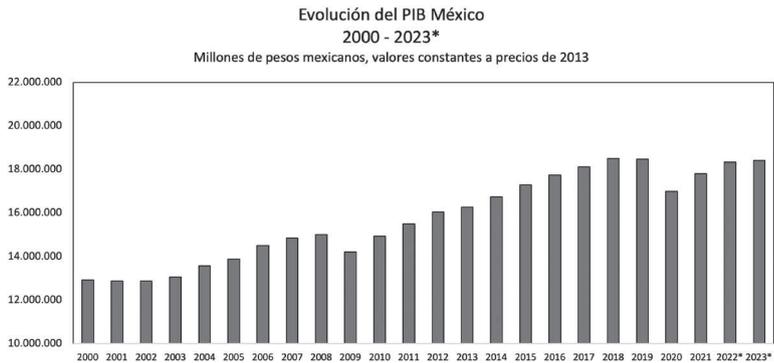
A pesar de estas limitaciones y otras de menor importancia, el gobierno ha tenido en tres años y medio un conjunto de logros, como la reapropiación de PEMEX y su ubicación como motor de desarrollo, el incremento del salario y la capacidad de compra de la población, el golpe asestado al *outsourcing*, el freno a la corrupción y la captura del excedente social, el fortalecimiento del papel del estado en la economía, la refundación del estado en sectores claves, la pérdida de la capacidad del capital para tomar posiciones, la estabilidad del país, el freno a la derecha y sostener la aceptación de la población en un ranking del 65%, en agosto de 2022, por encima del que tenía al inicio de su gobierno.<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup> Encuesta Morning Consult. 24 de agosto de 2022.

En cuanto a los factores económicos, el gobierno logró incrementar las reservas internacionales, las cuales tuvieron un monto de 204 mil 177 millones de dólares en septiembre del 2023 (Banxico, 2023a), mientras que, a pesar de la pandemia, el PIB creció moderadamente en los últimos años, como puede verse en la siguiente gráfica.

**Gráfica 20**



Fuente: Anexo Estadístico del 5° Informe de gobierno de AMLO, 2023. Gobierno de México  
\*2022 y 2023, cifras preliminares

Pese a ello, la tasa promedio anual del crecimiento del PIB de 2019 a 2024 es la más baja de todos los sexenios anteriores, excepto el de Miguel de la Madrid, como puede verse en la siguiente tabla.

**Tabla 05**

Gobierno	Periodo	Crecimiento sexenal del PIB (puntos %)	Tasa promedio anual de crecimiento del PIB (%)*	Crecimiento anual del PIB por habitante (%)**
Miguel de la Madrid	1983-1988	2,03	0,3	-1,71
Carlos Salinas	1989-1994	23,71	4,0	2,13
Ernesto Zedillo	1995-2000	19,74	3,3	1,61
Vicente Fox	2001-2006	13,27	2,2	0,47
Felipe Calderón	2007-2012	13,02	2,2	0,42
Enrique Peña	2013-2018	12,87	2,1	1,24
AMLO	2019-2024***	4,22	0,7	0,36

Elaboración propia con base en datos del BIE INEGI. Serie histórica (1982-2022); CEPAL Estudio Económico para AL (proyecciones 23-34)

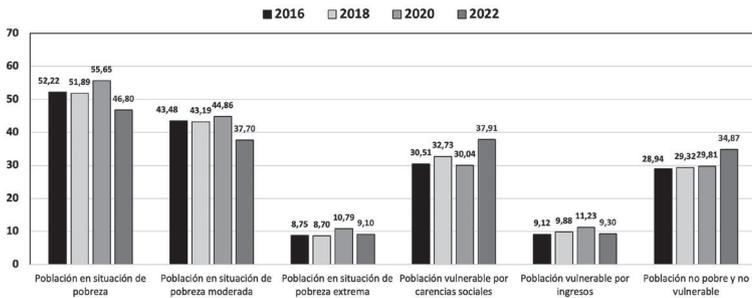
Para el PIB por habitante, fuente Banco Mundial (PIB per cápita)

\*PIB Base 2013 (BIE Inegi); \*\* Banco Mundial, base 2010; \*\*\* 2023 y 2024, proyecciones BM

Por otra parte, se observa una importante reducción de la pobreza, como ha ocurrido en la mayoría de los gobiernos progresistas. Como puede verse en la siguiente gráfica, mientras en 2020 había 55.7 millones de personas en situación de pobreza, para 2022 había bajado a 46.8, o sea que 8.5 millones de personas salieron de esta condición. El logro, sin embargo no fue tan claro en la pobreza extrema, pues aunque bajó de 2020 a 2022, en este último año había más pobres en términos absolutos que en 2016 y 2018.

### Gráfica 21

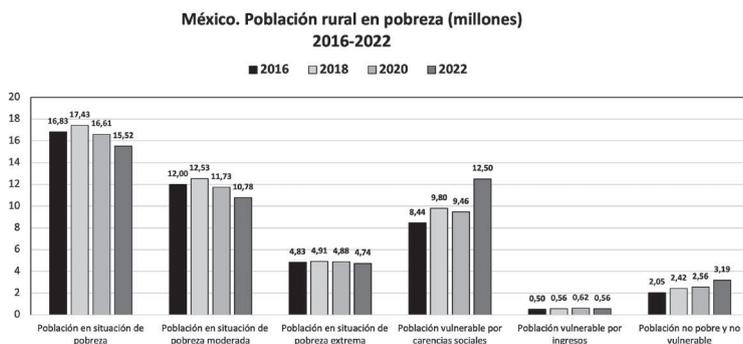
México. Millones de personas en situación de pobreza 2016-2022



Fuente: CONEVAL, medición de la pobreza 2016-2022. 11 de agosto de 2023.

En cuanto a la población rural se observa también una reducción importante de la pobreza, tanto general como en la pobreza moderada y extrema como puede verse en la siguiente gráfica.

## Gráfica 22



Fuente: CONEVAL, medición de la pobreza 2016-2022. 11 de agosto de 2023.

Podemos concluir que el gobierno de López Obrador avanzó en múltiples aspectos, a pesar de las limitaciones impuestas por la pandemia, el declive internacional de los precios, la interrupción de las cadenas de suministro y el acoso de la derecha y los medios de comunicación; lo que le permite ser uno de los gobiernos con mayor aceptación en el ámbito mundial, solamente por detrás de Narendra Modi, primer ministro de la India.

Sin embargo, es un gobierno con fuertes limitaciones para alcanzar cambios estructurales y enfrenta una serie de contradicciones, sobre todo en el ámbito político, debido a su distanciamiento con las organizaciones sociales, los sectores académicos y la intelectualidad crítica del país.

Asimismo, ha avanzado muy poco en disminuir o controlar la violencia en el país, por lo que la mayoría de la población no percibe cambios importantes en relación con los gobiernos anteriores. Como señala Armando Bartra, “México está atrapado desde hace doce años en una sangrienta pesadilla, de modo que el éxito o el fracaso de la Cuarta Transformación lo medirá su capacidad de poner términos al duelo interminable que vivimos” ( Bartra, 2019, p. 87).

Existe un conjunto de propuestas desde distintas visiones entre las que predomina la necesidad de impulsar una política fiscal progresiva para allegarse recursos y combatir la desigualdad, recuperar la capacidad del Estado como motor productivo de desarrollo centrado en la industria y transformar la relación con las organizaciones sociales, pues como señala también Armando Bartra: “Sin gremios estructurados; sin sindicatos y uniones campesinas; sin organizaciones locales, regionales, sectoriales; sin convergencias plurales y deliberativas; sin empresas asociativas de producción y servicios [...] no habrá cambio verdadero” (Bartra, 2020, p. 105).

Y es precisamente este cambio verdadero al que aspira la sociedad malherida por el neoliberalismo, aun cuando todavía no haya encontrado el camino para lograrlo.

**CAPÍTULO VI**  
**DEL POPULISMO**  
**AL PROGRESISMO:**  
**UNA REFLEXIÓN FINAL**

El objetivo del presente capítulo consiste en presentar una visión de conjunto sobre los procesos que permitieron en el populismo alcanzar cambios estructurales y aquellos que fueron desfavorables para el progresismo. Se intenta rescatar los planteamientos principales del libro y confrontar el populismo con el progresismo en sus coincidencias y diferencias con el fin de dar respuesta a los interrogantes planteados en la introducción, específicamente aquellos referidos a la capacidad transformadora de ambos fenómenos históricos. Es, en este sentido un capítulo conclusivo, pero en el cual se abordan también nuevas reflexiones, principalmente en el ámbito de la relación de los gobiernos con las élites, con el fin de demostrar que los gobiernos progresistas no representan a las clases dominantes del neoliberalismo, pero a la vez carecen de un sector capitalista de avanzada al cual impulsar en un nuevo régimen de acumulación.

## **El populismo**

El populismo es un espejo que permite identificar los procesos que dieron pie a cambios de fondo en la estructura de los países, que sin embargo, no se encuentran todavía presentes en el caso del progresismo.

El primer aspecto favorecedor, en el caso del populismo, lo constituyó el declive de la clase dominante en el ámbito mundial, pero en particular en América Latina, debido al agotamiento de la potencia hegemónica en un período relativamente rápido. Esto fue catalizado, desde mi perspectiva, por las dos guerras mundiales que ocurrieron en los períodos de 1914-1918 y 1938-1945. Desde esta perspectiva, las conflagraciones mundiales fueron procesos que aceleraron la transición, con la ventaja de que no ocurrieron en territorio latinoamericano.

Gran Bretaña inició su declive productivo con la crisis mundial de 1876, pero dicho agotamiento se potenció con la primera guerra

mundial que convirtió a la potencia en deudora neta de Estados Unidos. Después de la guerra sobrevino un fuerte proceso de sobreproducción de mercancías y materias primas que generó un fenómeno deflacionario, es decir, el declive estructural de los precios, el cual afectó fuertemente a las oligarquías exportadoras de América Latina.

A la guerra se sumó la crisis de 1929, que si bien tuvo su epicentro en Estados Unidos, afectó a Gran Bretaña, en tanto declinó su principal fuente de financiamiento. La crisis, además, redujo fuertemente la demanda de materias primas por parte de los países desarrollados, quienes eran los principales compradores de las oligarquías exportadoras, dando con ello otro golpe de gracia a las clases dominantes de la región.

El tercer golpe para la hegemonía británica lo trajo la segunda guerra mundial, en la cual, aun cuando Inglaterra fue un actor principal, perdió definitivamente su rol de vanguardia, en tanto dejó de ser el referente financiero mundial, con el ascenso del dólar como la moneda dominante.

En este contexto, el declive sistemático y sin retorno de la potencia hegemónica, llevó a que declinara la relación que existía entre los centros desarrollados y los países periféricos, fincada en el intercambio desigual de materias primas por bienes industrializados.

Las oligarquías nativas vieron así agotarse, en un lapso de 50 años, las condiciones para su desarrollo. Cayeron sus mercados, los precios, las fuentes de financiamiento y las inversiones de capital extranjero que les permitían ejercer el dominio de nuestras economías.

Junto con las oligarquías declinaba un régimen de acumulación que la Cepal llamó extrovertido, pues las turbulencias mundiales cercenaron las condiciones para los intercambios mundiales de mercancías y obligaron a los países a impulsar la producción interna fincada en el desarrollo industrial.

La implementación del *New Deal* en Estados Unidos alentó este régimen de acumulación como consecuencia de la crisis del 29, generando con ello un proceso mundial de desarrollo hacia adentro, donde el mercado interno tenía un papel privilegiado para los capitales.

Surgió así el sistema de estado populista como un modo de organización política de las relaciones de producción, que representaba a la clase emergente; una clase que por su debilidad germinal no podía dirigir el nuevo régimen y, por tanto, debía de ser comandado por el Estado. En este tenor, la burguesía industrial desarrolló, a través del Estado, el tránsito del régimen liberal al régimen de acumulación por sustitución de importaciones, que abrió el cauce para colocar a la industria en el centro y someter a su lógica de funcionamiento al resto de los sectores productivos.

La situación mundial privilegiada permitió a los gobiernos populistas implementar políticas sociales que incluyeron, en algunos casos, aumento de los salarios; impulso a la salud y la educación pública, control de los precios de los alimentos básicos y una distribución progresiva del ingreso. Ello posibilitó que el Estado se hiciera cargo de una parte de la reproducción de la fuerza de trabajo en beneficio del capital.

Toda vez que la incipiente industria nacional producía para el mercado interno, el consumo de amplias masas obreras y campesinas era fundamental para su reproducción, por lo cual la distribución del ingreso tenía el sentido de apuntalar al capital, con más énfasis que el criterio clientelar, que también existió, pero subordinado al interés económico. La necesidad que tenía el régimen por sustitución de importaciones del consumo de las clases explotadas, trajo consigo que tuviera un carácter *incluyente* dentro de los límites del capitalismo, al impulsar un régimen de acumulación *articulado*<sup>41</sup>, que trajo consigo una mejor calidad de vida de los trabajadores y un proceso de movilidad social, por el que grandes capas populares

---

<sup>41</sup> Por régimen de acumulación articulado nos referimos a aquel en el cual, el consumo de los obreros y los campesinos forma parte de la reproducción del capital, por lo que éste produce para el mercado interno y requiere que dichas clases subalternas perciban ingresos suficientes para adquirir los productos industriales. Ello lleva a un proceso incluyente, en términos capitalistas, de las clases explotadas (Teubal, 1995, p. 227).

pasaron a formar parte de la clase media, un sector que no tenía gran importancia en el régimen de acumulación anterior.

Los regímenes populistas tenían, como hemos señalado, una clara posición antiimperialista, que fue un factor relevante para impulsar el desarrollo nacional centrado en la industria, bajo la concepción promovida por la Cepal.<sup>42</sup> Por ello fue muy relevante la nacionalización de los recursos naturales, como el petróleo, los recursos mineros, la electricidad y el gas, para fortalecer la producción industrial y agrícola nacional.

En el ámbito rural el populismo trajo consigo cambios estructurales de gran envergadura, pues transformó radicalmente la relación industria — agricultura, sobre todo en los grandes países donde se desarrolló la industrialización, en los cuales colocó a la rama agrícola al servicio del sector manufacturero, hecho que no existía anteriormente.

Las divisas obtenidas por las exportaciones agropecuarias fueron utilizadas para la importación de bienes de capital para la industria; la población desplazada del campo fue convertida en el proletariado en activo y el ejército de reserva. En cuanto a la población campesina, orientada a la producción de alimentos básicos para el mercado interno, tuvo un rol fundamental al producir bienes baratos en los que no influía el peso de la renta de la tierra, por lo que constituía el mecanismo principal para mantener bajos los salarios, pero con capacidad de compra, con el fin de apuntalar la acumulación industrial.

Esto propició que en el caso de México, entre otros países, se alentara un cambio radical en el campo con la reforma agraria y la estrategia de los ejidos colectivos; el acto de armar a los campesinos para defender las tierras del embate de los terratenientes y la

---

<sup>42</sup> La Comisión Económica para América Latina, bajo la concepción de Raúl Prebisch, impulsó la visión keynesiana de industrializar las economías como un mecanismo para enfrentar los términos desfavorables del intercambio que sostenían con los países desarrollados.

creación de Instituciones Estatales para fomentar la producción básica, lo cual trajo consigo la inclusión productiva de los campesinos, quienes tuvieron, a partir de entonces, un rol funcional en el proceso de acumulación.

Si bien, los regímenes populistas fomentaron un proceso de corporativización de las clases subalternas, con lo cual se menguó su potencial de lucha, dichas clases tuvieron un papel fundamental en la transformación de los países y, sobre todo, alcanzaron el rol estratégico productivo en el régimen de acumulación. Se trataba de las principales clases explotadas del sistema capitalista, por lo que también se constituyeron en los apoyos sociales relevantes de los gobiernos.

En resumen, el declive hegemónico de Gran Bretaña, del régimen de acumulación primario exportador y de la oligarquía exportadora; permitió a los gobiernos populistas trastocar el orden establecido, impulsar un nuevo régimen de acumulación con características incluyentes con relación al anterior, y transformar las estructuras productivas que habían caracterizado la relación de dominio entre países centrales y periféricos. Por ello sentaron las bases para una nueva configuración capitalista.

Esto fue posible debido a que, en el ámbito mundial, existían las condiciones para el ascenso de un nuevo régimen de acumulación y con él, de una clase capitalista de vanguardia, que pudo abrirse paso sobre los escombros del régimen decadente y con una correlación de fuerzas favorable ante el declive de la oligarquía agroexportadora. En consecuencia, el populismo surgió en el momento exacto en el que las condiciones para el cambio estaban maduras, por lo que las transformaciones impulsadas fueron de gran calado.

## **La transición hegemónica de Estados Unidos**

Al igual que en el ascenso del populismo, la transición actual es de carácter total pues declina el poder hegemónico de Estados

Unidos, a la par que el régimen de acumulación neoliberal, lo que lleva a una etapa de grandes mudanzas, en la que imperan el caos, la degradación de las clases dominantes, así como la presencia de factores extraeconómicos como el narcotráfico, la violencia y enormes desplazamientos de poblaciones marginadas en busca de una inserción como trabajadores con ingresos para sobrevivir.

Sin embargo, a diferencia de la transición de Gran Bretaña a Estados Unidos, la actual ha avanzado con enormes dificultades, debido a que no han existido hasta ahora factores catalizadores como las guerras mundiales, a la vez que los gobiernos han sostenido al capital financiero como sector dominante, toda vez que constituye el mecanismo fundamental de dominio de Estados Unidos en el ámbito mundial, junto con las armas. Por esta situación, las condiciones para el ascenso y consolidación de los gobiernos progresistas han sido precarias.

El declive de Estados Unidos inició en los años setenta del siglo pasado, expresado en la crisis capitalista mundial que ocurrió en esta década. En tal proceso, la potencia del norte perdió su primacía productiva internacional, ante el ascenso pujante de Alemania y Japón, quienes lo superaron en la productividad del trabajo. Esta fractura llevó al gigante del norte a poner en primer plano el dominio financiero para resarcirse del declive productivo, como ha ocurrido con todas las potencias cuando inician el otoño del poder.

Sin embargo, fue hasta el año 2003 cuando la gran potencia inició propiamente la crisis de hegemonía, debido a la fallida segunda guerra de Irak, la cual tenía el propósito de apropiarse el hidrocarburo de este país, pero sin resultados; pues además de que no obtuvo el consenso de las élites mundiales para llevarla a cabo, perdió el control sobre los precios del petróleo, que se incrementaron arrastrando al conjunto de materias primas. La derrota virtual en Irak le llevó, a la postre, a ejercer el dominio sin hegemonía (Arrighi, 2007, p. 160).

Junto con el declive del poder hegemónico, en esta década se inició la decadencia del régimen de acumulación neoliberal, expresado en la crisis mundial de 2008. A pesar de que dicha crisis fue un

hecho social total, pues abarcó el ámbito productivo, financiero, alimentario y ambiental, no logró trastocar el poder establecido, pues los gobiernos de los países desarrollados, encabezados por Estados Unidos, rescataron con enormes sumas a los bancos en quiebra, con el fin de sostener el poder del capital financiero, que era quien había disparado la crisis al impulsar la separación del valor de su representación dineraria. Con ello, generaron que la crisis quedara sin resolverse, postergando su salida estructural, y conservando de manera artificial el poder financiero y especulativo que ya no tenía viabilidad histórica.

Este es un hecho muy relevante en contraste con los gobiernos populistas, pues a diferencia de la etapa de transición de principios del siglo pasado, en el progresismo la clase dominante en decadencia siguió manteniendo su poder económico, aunque generó la ruptura de las representaciones políticas, con lo cual, los líderes progresistas pudieron acceder al gobierno, acicateados por los elevados precios de las materias primas, pero sometidos al dominio del capital financiero.

Se había logrado así una transformación parcial del poder, sin que se resquebrajaran los mecanismos de sujeción sobre las clases subalternas, con lo cual los gobiernos progresistas ascendieron con una correlación de fuerzas desfavorable, sobre rupturas que no tenían el correlato del ascenso de la clase capitalista sustituta.

A pesar de la crisis del 2008 y con ella de la emergencia de China como potencia emergente, Estados Unidos conservó el poder mundial fincado en su moneda como referente universal, imponiendo con ello la forma de dominio que había ejercido. Las élites locales siguieron sujetas al poder del capital financiero internacional, y también a los cánones impuestos por el neoliberalismo. La ruptura había sido parcial y por ello, las posibilidades de transformación estructural en nuestros países estaban muy limitadas.

A partir de 2019, con la aparición de la pandemia de covid-19, ocurrieron procesos que, como se vio, fortalecieron el declive de la potencia del norte, pero sin lograr cambiar en lo esencial el dominio del

capital financiero sobre el productivo. Por ello, las desfavorables condiciones para los gobiernos progresistas continuaron sin cambio. Solamente una guerra, la de Ucrania, aceleraría el declive del capital financiero y del régimen de acumulación, pero todavía de manera muy incipiente.

Podemos concluir en este apartado, que los gobiernos progresistas surgieron de manera prematura, no en el ámbito político pero sí en el económico, en tanto no se había logrado desestructurar el pacto oligárquico.

## **Una visión comparativa entre el populismo y el progresismo**

Tanto en el populismo como en el progresismo hay un vacío de poder, pero en el populismo viene por el debilitamiento del dominio inglés y de la oligarquía terrateniente, mientras en el progresismo viene del debilitamiento en el ámbito mundial de la hegemonía norteamericana, sin que se concrete en el debilitamiento del capital financiero y corporativo.

Mientras en el populismo los gobiernos y las clases populares enfrentaron como su enemigo principal a la oligarquía terrateniente, en el progresismo, ante la ausencia de una clase de avanzada y la fortaleza del capital financiero; los gobiernos se vieron obligados a establecer pactos de gobernabilidad con el capital extractivista para enfrentar el embate de la derecha (golpe de Estado en Venezuela y motín de los policías en Ecuador, contienda separatista de Santa Cruz en Bolivia, movilizaciones de la derecha en Brasil y golpe de Estado; lucha contra las retenciones en Argentina), lo cual evidencia que la correlación de fuerzas no les fue tan favorable como en el caso del populismo. Tal situación trajo consigo que el progresismo no contara con un proyecto alternativo de transformación estructural en los países donde se instaló.

Desde la perspectiva de las políticas sociales, durante el populismo la distribución del ingreso tenía el sentido de promover la demanda popular para apuntalar a la industria. Resultaba fundamental mantener bajos los precios de los alimentos y altos los salarios reales para fortalecer el consumo popular en beneficio de la industria. En cambio, en el progresismo, las políticas distributivas han caído en el vacío, pues no apuntalan a un nuevo régimen de acumulación, y por lo tanto, se han reducido a un nivel asistencialista para fortalecer su base social de sustentación. Los recursos fueron distribuidos para atemperar la pobreza, sin tener el objetivo de incrementar el consumo, pues los sectores productivos de punta se orientan a la exportación.

Mientras el populismo se apoya en clases sociales esenciales del capitalismo como los obreros y los campesinos, en el progresismo las clases subalternas beneficiadas son sectores populares marginales, a quienes se destina prioritariamente el gasto asistencialista. Si bien existen políticas de atención a los salarios y las condiciones laborales de los obreros, son de menor importancia, en tanto dicho mejoramiento no contribuye a impulsar la producción y el consumo interno y, por tanto, a un sector del capital de avanzada.

En el ámbito rural, durante el populismo se reorganizó la relación industria — agricultura, poniendo ésta última al servicio del sector manufacturero. Asimismo se logró la inclusión productiva de los campesinos en los países donde eran importantes numéricamente.

En cambio, durante el progresismo, persistió el dominio corporativo sobre el sector rural, apuntalado por el aumento en los precios de las materias primas, con lo que los intentos de transformación del campo fueron limitados, toda vez que no ha surgido un nuevo régimen de acumulación, que ubique el rol funcional de la agricultura y los campesinos en términos productivos y ambientales.

Continuó el mecanismo de la importación abaratada de granos básicos proveniente de los Estados Unidos, mediante los acuerdos comerciales, para satisfacer la demanda a bajos costos de las grandes transnacionales, con lo que la producción alimentaria de los

pequeños productores siguió siendo marginal. Aun cuando se impulsaron programas de compras públicas para generar demanda a los productores, en los casos de Brasil y Ecuador, y de precios de garantía, en el caso de México, no dejaron de tener un rol marginal, pues la alimentación básica de la población recayó en las importaciones o bien en las grandes corporaciones agroalimentarias, con lo que persistió la exclusión productiva de los campesinos.

Tanto durante el populismo como en el progresismo existieron precios altos de las materias primas en el ámbito mundial, lo que les permitió contar con recursos para impulsar las políticas sociales, pero estas fueron de distinto contenido. En el populismo los precios elevados provenían de la segunda guerra mundial, mientras que en el progresismo fueron resultado de la crisis alimentaria. En el populismo la revalorización de las materias primas permitió impulsar la industrialización, mientras en el progresismo alentó el neoextractivismo, que sometió a los países a una mayor dependencia con el mercado mundial, a la vez que fracturó su base social, al impactar los recursos naturales de las comunidades campesinas e indígenas.

Podemos concluir entonces, que las condiciones económicas nativas y mundiales del populismo fueron favorables a la transformación e inclusión de las clases subalternas, mientras que en el progresismo las condiciones han sido adversas, por lo que los cambios han sido superficiales, de tal manera que, cuando dichos gobiernos son abatidos por la derecha, ésta puede echar por la borda las mudanzas logradas.

Aun cuando los gobiernos progresistas no afectaron básicamente los intereses de la burguesía, el capital transnacional tiende a eliminarlos con los golpes blandos y la *democracia* mediática, porque se requieren gobiernos autoritarios para elevar la cuota de explotación con el fin de salir de la crisis capitalista. Los gobiernos progresistas son por ello un obstáculo al capital transnacional.

## El vínculo entre los gobiernos y las fracciones de la burguesía

Como hemos planteado, en el populismo los gobiernos representaron a la burguesía industrial, e impulsaron su proyecto en el marco del régimen de acumulación por sustitución de importaciones.

En el progresismo, en cambio, no se construyó una relación de representación de los gobiernos con una fracción de la clase dominante, en tanto no menguó el poder del capital financiero y especulativo y no se encontraban maduras las condiciones para un nuevo régimen de acumulación. ¿Cómo puede entonces interpretarse la relación de los gobiernos con las fracciones de la burguesía que apuntalaron sus proyectos? ¿Cuál es la naturaleza del vínculo gobiernos — élites que se construyó durante el progresismo o desde una visión problematizada: ¿A quién representan los gobiernos progresistas?<sup>43</sup>

Si bien en el estudio de los casos de Brasil, Bolivia y México, se analizó el vínculo de los gobiernos con las élites de cada país, en esta sección abundamos sobre el tema, con el fin de definir con mayor claridad el carácter temprano de los gobiernos y el vacío que encontraron en términos de una clase burguesa de avanzada que pudiera impulsar cambios estructurales con relación al régimen de acumulación neoliberal.

Existe un debate en América Latina acerca de a qué sector representan los gobiernos progresistas. La primera posición que proviene de los partidos como el PT, el MAS y Morena en los casos estudiados, así como sus intelectuales orgánicos, propone que representan a las clases populares; los obreros, los campesinos y la llamada masa marginal. Existe otra posición, comandada por las organizaciones trotskistas de algunos países como Brasil, para quienes los gobiernos progresistas representan a la clase capitalista en su conjunto,

---

<sup>43</sup> Agradezco a la Dra. Gabriela Martínez Dougnac la formulación de esta pregunta que me permitió profundizar en el análisis del tema.

considerada como una clase homogénea. Una tercera posición, liderada por intelectuales ambientalistas, considera que los gobiernos progresistas representan al capital extractivo agroexportador fundamentalmente en los países del cono sur. Una cuarta posición plantea que, algunos gobiernos progresistas, representan a la burguesía interna, especialmente en el caso de Brasil (Boito, Jr., 2018, p. 305)

La posición que aquí desarrollamos sobre este debate, asume que los gobiernos progresistas no tienen un rol de representación sobre ninguna fracción del capital, pues sus intereses no coinciden con ellas, toda vez que éstas forman parte del régimen de acumulación neoliberal, al cual ellos cuestionan. Aun cuando en algunos casos proponen un modelo neodesarrollista, no existe aún la clase empresarial que lo impulse, pues la burguesía industrial y agrícola orientada al mercado interno se ha debilitado fuertemente con el proceso desindustrializador, impulsado por el régimen neoliberal.<sup>44</sup>

Cabe destacar que, mientras los gobiernos populistas abrieron el cauce para un nuevo régimen de acumulación, en la actualidad el problema es más complejo, pues las distintas fracciones del capital en la región, incluido el capital nativo orientado al mercado interno, se encuentran indisolublemente imbricados al capital transnacional, tanto comercial y productivo, pero fundamentalmente financiero y especulativo, lo cual dificulta enormemente impulsar un proyecto nacionalista centrado en la industria y la agricultura.

Actualmente, las fracciones del capital que predominan en la región son: el capital financiero y especulativo transnacional que tiene un carácter dominante, (conglomerados que unifican industrias, bancos y servicios bajo el mando de las finanzas) la burguesía transnacional que ejerce el dominio a través de las inversiones en áreas

---

<sup>44</sup> Es el caso del PT, que elaboró un “Nuevo contrato social” en el que propone impulsar a empresarios productivos de cualquier tamaño, que podrían beneficiarse de la ampliación del mercado interno y la desarticulación de la lógica financiera y especulativa (Resoluciones del doceavo Encuentro Nacional del PT) (Calvacante, 2020)

productivas, la burguesía comercial transnacional, también llamada por algunos autores como burguesía compradora de carácter extranjero, la burguesía industrial y agrícola nacional que ya mencionamos, con escasos vínculos con el capital extranjero pero muy debilitada y lo que Poulantzas llamó la Gran Burguesía Interna, que es una fracción importante y fuerte del capital nacional, vinculada al capital extranjero, pero con una base de acumulación propia<sup>45</sup> (Boito Jr. y Berringer, 2013, p. 31).

Mientras los gobiernos neoliberales que anteceden a los progresistas, representaban los intereses del capital dominante en el régimen actual de acumulación, es decir, el capital financiero y especulativo transnacional y todos los sectores subordinados por él, los gobiernos progresistas rompen esta representación, pues no va acorde con sus proyectos nacionalizadores ni con su orientación hacia las masas populares. Esto lleva a que se establezca también una relación contradictoria con el hegemon vigente, Estados Unidos, que es quien impulsa al capital financiero internacional para sostener su poder.

Sin embargo, toda vez que el poder del capital financiero y especulativo transnacional no ha menguado en la transición, esto obliga a los gobiernos progresistas a establecer una relación subordinada conflictiva con él, de la misma forma que con Estados Unidos.

Con el fin de consolidar su poder ante esta contradicción, los gobiernos establecen pactos de gobernabilidad, que no alianzas como explicamos antes, con distintas fracciones de la burguesía, según el papel que desempeñan en cada país, con el fin de captar parte del

---

<sup>45</sup> Para Poulantzas la burguesía interna se compone por: “fracciones de la burguesía con base de acumulación propia, pero que a diferencia de las burguesías nacionales, se desarrolla con un mayor grado de internacionalización, lo que afecta en sus posicionamientos ideológicos. Se configuran así, como burguesía sin interés en un proyecto de desarrollo nacional, pero que al mismo tiempo, por tener una base de acumulación interna, reivindican del Estado cierta protección frente al capital internacional” (citado en nota al pie por Calvacante, 2020, pp. 473-474)

excedente para impulsar la distribución del ingreso y mantener legitimidad y fuerza para sostenerse en el gobierno.

La diferencia con relación al populismo, es que estos pactos de gobernabilidad no permiten el impulso de un nuevo régimen de acumulación. Se dan sobre las bases y los preceptos del neoliberalismo, de una manera contradictoria y conflictiva, pues como vimos en los estudios de caso, pueden coincidir en un período y en otro romperse, pues no constituyen una alianza propiamente dicha.

Tanto en Brasil como en México y Bolivia, los gobiernos progresistas impulsaron pactos de gobernabilidad con la burguesía interna en cada país. Es decir, fracciones del capital nacional con vínculos transnacionales, pero con una base propia de acumulación que en Brasil fueron sectores industriales, banca nacional, ganaderos y agronegocios; en México banca nacional, industria de la construcción y agricultura de exportación, mientras en Bolivia fueron los agroexportadores de soya como capital dominante. Brasil es el país en el cual aparece más claramente la convergencia entre los gobiernos de Lula y Dilma con la burguesía interna, pues fue un proceso más prolongado y, por tanto, ha sido más estudiado. Enseguida ahondaremos en este proceso en cada país.

## ***Brasil***

En 2003, con el ascenso de Lula al poder, este gobernante siguió a pie puntillas las reglas del capital financiero internacional, pues como señalamos, firmó la *carta a los brasileños* en la que se comprometió a mantener la estabilidad macroeconómica iniciada por los gobiernos que le precedieron, mantener las elevadas tasas de interés, los bajos salarios, una reducida tasa inflacionaria y la apertura comercial.

Sin embargo, este capital y las fracciones nacionales subordinadas a él, impulsaron mecanismos para desestabilizar al gobierno y derrocarlo, aprovechando la debilidad que tenía al no contar con la

mayoría en el Congreso. Capitalizaron esta situación con el *Mensalao*, que estuvo a punto de llevar a Lula a un *impeachment*, del que se salvó debido al apoyo de la gran burguesía interna, un sector que, aunque asociado al capital extranjero, pugnaba por su autonomía.

A partir de ahí, Lula apoyó los intereses de esta fracción del capital, con la que coincidía en su contradicción con el gran capital financiero internacional y con Estados Unidos. Con ello construyó, lo que Boito Jr. (2018, p. 308) llamó un frente neodesarrollista, conformado por dicha fracción del capital y los sectores populares abandonados por el gobierno, en el que la gran burguesía interna era la clase dirigente.

La burguesía interna en Brasil estaba formada por la industria minera, la construcción pesada, la agroindustria exportadora, la ganadería, la celulosa, papel, electrónica y química de alimentos entre otras actividades, como los bancos de capital nacional (Boito, Jr. y Berringer, 2013, p. 32).

La manera como Lula fomentó a dicho sector fue, en primer término a través del Banco Nacional de Desarrollo que permitió financiar a la industria, resolviendo con ello la contradicción entre la burguesía interna y los bancos. En el ámbito internacional promovió el no al ALCA, que amenazaba a la burguesía interna con la importación de bienes extranjeros. En el caso de la agricultura, el gobierno promovió a las agroindustrias y con ello ralentizó la distribución de tierras, orientó los apoyos a los campesinos medios que tenían la parcela, en contraposición con los jornaleros agrícolas que pugnaban por su distribución.

Asimismo, el gobierno de Lula abrió camino para la expansión internacional de la burguesía interna:

A diferencia del populismo y los militares que utilizaban el capital extranjero para impulsar a la empresa nacional; el nuevo desarrollismo utiliza al capital estatal para articular al capital brasileño con el capital extranjero fomentando la transnacionalización de los capitales (Calvacante, 2020, p. 480).

Aun cuando la burguesía interna compartía ciertos intereses con la fracción dominante compuesta por el capital financiero y corporativo transnacional, entraba en contradicción con ella cuando quería afirmar su autonomía. Por ello, tenía alianzas puntuales con el PSDB, que representaba la fracción hegemónica, pero a la vez no logró organizar un partido propio que representara sus intereses. Por esta razón se acercó al PT, quien le brindó las bases populares para converger en una hegemonía compartida con el gobierno tanto de Dilma como de Lula.

En este punto, la burguesía interna comparte con la burguesía industrial de la etapa del populismo su incapacidad para formar una representación política propia y con ello, la necesidad de ser comandadas por el gobierno alternativo. Pero a diferencia de la burguesía industrial de la postguerra, la burguesía interna carece de la capacidad transformadora puesto que se encuentra vinculada en una relación contradictoria con el capital transnacional financiero y productivo, al cual se somete en una relación conflictiva que puede mantener alianzas y rupturas dependiendo de la situación. En consecuencia, durante los gobiernos del PT dicha burguesía pasó de una subordinación pasiva a una subordinación conflictiva con el imperialismo (Berringer y Belasques, 2020, p. 157).

Esto fue precisamente lo que ocurrió con el gobierno de Dilma, el cual debido al declive de los precios en 2014, se vio obligado a reducir los apoyos a la burguesía interna, así como a endurecer las políticas de apoyo popular, a la vez que dicha gobernante fue más radical con el capital financiero internacional, al alentar medidas antineoliberales para fomentar la industria nacional (Berringer y Belasques, 2020, pp. 159-160).

Cuando se debilitó el gobierno de Dilma, el capital financiero internacional urdió el *impeachment* comandado por el PSDB que fue secundado por la burguesía interna, en una acción que dobló la balanza en favor de la clase dominante, llevando a la paradoja de que, mientras esta fracción del capital había salvado a Lula del *impeachment*, hundió a Dilma en este proceso consumando la traición

del pacto de gobernabilidad establecido. Con ello quedaba clara la naturaleza de la burguesía interna, como un sector que no estaba realmente comprometido en una transformación neodesarrollista del país, dada su ambivalencia original de pertenecer a una fracción nacional del bloque dominante con autonomía, pero vinculada al capital financiero internacional.

Como afirma Cristina Calvacante: “El gran capital latinoamericano es transnacional y fue transnacionalizado con el apoyo del Estado, pero se dirige hacia ‘afuera’ y no está preocupado en fomentar una masa asalariada con capacidad de consumo” (Calvacante, 2020, p. 498).

### ***Bolivia***

A diferencia de Brasil, en Bolivia no hubo un proceso consolidado de industrialización durante la fase de sustitución de importaciones. Como señalamos, solo se desarrolló una industria orientada a los alimentos, las bebidas y el tabaco, mientras que los textiles, la maquinaria y los metálicos básicos tuvieron un rol marginal. En consecuencia, las élites estaban constituidas por agroexportadores, ubicados en la zona de la Media Luna, productores y exportadores de soya y azúcar, con una preeminencia importante de capital extranjero proveniente de Brasil y Argentina, aunque cumplían un papel dirigente los capitales nativos.

Por ello, podemos hablar también de una burguesía interna, con una base propia de acumulación, ligada al capital transnacional y extranjero, con una característica particular, pues se trataba de una burguesía secesionista, que había intentado en varias ocasiones separarse del país y construir su propia república.

Esta fracción de la burguesía se opuso desde un principio al gobierno del MAS y llevó a cabo una intentona separatista en 2008, que fue derrotada y trajo consigo una división del bloque opositor, entre

una fracción tradicional y una fracción *moderna*, la cual, una vez sometida, estableció negociaciones con el gobierno.

En este contexto, Evo Morales estableció un vínculo con los empresarios agroexportadores de Santa Cruz, quienes fueron colocados en una relación subordinada conflictiva, mediante pactos de gobernabilidad de carácter táctico, que le permitieron al presidente continuar en el gobierno. No existió con ello un proceso de representación del estado de los intereses capitalistas, pues el MAS tenía una visión desarrollista basada en la producción energética, del gas, el estaño y el litio, comandada por el estado, con una orientación que consistía en captar el excedente para redistribuir el ingreso en favor de las mayorías.

Al igual que en el caso de Brasil, cuando las condiciones para el desarrollo del proyecto del MAS se erosionaron, las fracciones de clase agroexportadoras participaron en el derrocamiento del gobierno, como correspondía a su naturaleza de clase.

## ***México***

El caso de México resulta más complejo que los anteriores, pues la relación con las élites ha sido diferente. En primer lugar, porque hasta el momento de escribir estas líneas, no ha existido una ruptura como en el caso de Brasil con el Mensalao o de Bolivia con las ambiciones autonomistas de la Media Luna.

En México se ha establecido una relación conflictiva y a la vez negociada, fundamentalmente con la burguesía interna, compuesta principalmente por lo que se conoce como las multinacionales mexicanas, empresas que tienen vínculos con el capital extranjero

financiero y comercial, pero a la vez tienen una base autonómica, según la definición de Poulantzas que enunciamos antes.<sup>46</sup>

El gobierno de López Obrador ha respetado los privilegios y posiciones del capital financiero internacional y nacional que constituye la clase dominante, en tanto ha mantenido alta la tasa de interés por encima de la de Estados Unidos y Europa, a la vez que ésta ha sido utilizada como el mecanismo principal para contener la inflación en el contexto de la guerra de Ucrania. Asimismo, se le ha permitido cobrar comisiones que elevan fuertemente el crédito. Como apunta José Valenzuela:

En cuanto al capital financiero, no ha sido tocado “ni con el pétalo de una rosa”. Sigue controlando el Banco Central y cobrando elevadas comisiones y altas tasas de interés. Y cuando algún parlamentario despistado ha señalado la necesidad de controlar y reducir esos cobros leoninos, entre la derecha y el mismo gobierno lo han crucificado (Valenzuela, 2020, p. 23).

En cambio, el gobierno de AMLO ubica como su enemigo principal dentro de la burguesía a la fracción cuyas ganancias no provienen de la explotación de la clase trabajadora en la producción, ni del comercio o los servicios, sino de la extracción de recursos públicos (Ackerman, 2021, p. 161).

El gobierno ha enfrentado a las empresas que se apropian de los recursos públicos, pero también a la burguesía interna, quien, además, se ha inconformado con el proyecto nacionalizador del gobierno, fundamentalmente en lo que respecta a la reforma energética, por considerar que puede ahuyentar a la inversión extranjera.

---

<sup>46</sup> Empresas que tienen una condición oligopólica, disposición de recursos financieros y un know-how productivo de distribución. (Basave, citado en Luna, 2020:489), entre las que se cuentan: Femsa, Bimbo, Gruma, Lala, Bachoco, Arca, Cemex, Vitro, Interceramic, Cementos Chihuahua, Grupo Carso, Grupo Kuo, Grupo Alfa, Xignux, Ica, Holmex, Can Luis Corp. Poreza, Ahmsa, Mabe, América Móvil, Televisa, Exichem, Grupo México, Bio Papel, Elektra, Casa Saba y Alsea entre otras (Luna, 2020, p. 489).

Otro factor de enfrentamiento lo ha constituido el impulso de los megaproyectos que el gobierno considera emblemáticos en su gestión. El tren Maya, el corredor transísmico, la refinería Dos Bocas, entre otros.

Si bien, grandes empresarios han participado en su construcción, ha sido a través de una relación conflictiva, pues el presidente ha roto algunos contratos para sustituir a las empresas por la SEDENA, o como el caso más emblemático que fue la cancelación de la concesión de vías férreas al magnate Germán Larrea en el corredor transísmico (Muñoz, 2023).

A pesar de que se mantiene una relación conflictiva del gobierno con ciertas fracciones del capital, López Obrador ha beneficiado al capital en su conjunto, al no establecer impuestos a la riqueza, pues según OXFAM (2023, p. 4), las grandes empresas pagaban hasta 2021, tasas efectivas de impuestos sobre la renta entre 1 y 8% muy por debajo de lo que establece la ley. Asimismo, los impuestos a las transacciones financieras, como el cobro sobre las acciones de Bolsa y por el pago de dividendos, se graban a una tasa menor que otros ingresos personales. Por ello, los impuestos a los contribuyentes con ingresos por arriba de 500 millones de pesos anuales, apenas representaron el 0,035% de la recaudación total de impuestos federales y 13,6% de la que corresponde a personas físicas en 2021 (OXFAM, 2023, p. 7).

De igual forma, el gobierno de López Obrador ha garantizado el libre comercio al firmar el T-MEC en 2018, que fortaleció la desregulación comercial, garantizando con ello las ganancias de los exportadores mexicanos, principalmente de las agroempresas transnacionales.

Podemos concluir que López Obrador impulsa dos ejes esenciales en su política, que corresponden a la nacionalización de los recursos naturales y al aliento de los megaproyectos, por los cuales ha tenido conflictos con el sector empresarial, a la vez que los ha golpeado la lucha del mandatario contra la corrupción y la captación de los recursos públicos.

Más allá de eso, el gobierno ha conservado los pilares del neoliberalismo y las condiciones para la acumulación de capital, por lo que ha establecido una relación subordinada con el capital financiero dominante, una relación de confrontación con la fracción capitalista que usufructúa los recursos públicos y una relación conflictiva negociadora con la burguesía interna, sin que se pueda decir que represente a ninguno de los sectores, pues no forman parte de su proyecto de nación.

### ***Visión de conjunto***

Podemos concluir que los gobiernos progresistas lograron disminuir la capacidad instrumental de las distintas fracciones del capital en América Latina (Wolff, 2016, pp. 141-142) a costa de incrementar la participación del Estado en la economía, pero, como apunta Venezuela (2020, p. 4), en el capitalismo el aparato de estado es funcional al capital y, si no se transforma, solo puede ser utilizado para impulsar el proceso de acumulación.

Los proyectos nacionalizadores de los gobiernos progresistas, que persiguen la distribución del ingreso, les ha llevado a una relación conflictiva, más o menos subordinada, dependiendo de la correlación de fuerzas, con las distintas fracciones del capital, que ha podido ser de confrontación o negociada, pero que ha garantizado las condiciones para la acumulación en el neoliberalismo. A pesar de ello, no representan a ninguna fracción del capital, pues su proyecto neodesarrollista carece de una clase de vanguardia industrial con quien establecer alianzas. Por ello, impulsan pactos de gobernabilidad con las fracciones del capital, principalmente la burguesía interna, que son inestables y pueden llevar a la ruptura y la traición como fue el caso de Brasil y Bolivia.

## Perspectivas y conclusiones

Para concluir y sin intentar ser deterministas, planteamos las tendencias que se observan para el fenómeno progresista, tomando como referente el desenlace que ocurrió en la transición hegemónica de Gran Bretaña a Estados Unidos (Arrighi, 2007, p. 326).

Partimos del principio de que la transición hegemónica y el declive neoliberal van a continuar, en tanto, han aparecido los factores de ruptura, mientras los germinales empiezan apenas a vislumbrarse.

En este tenor, el declive hegemónico de Estados Unidos se acentúa, acicateado como se pudo observar por la pandemia, proceso en el cual se evidenció su incapacidad para liderar la salida internacional; participó en la guerra de los insumos y fue uno de los países que más contagios y muertes registró.

Se observa también su declive en la guerra de Ucrania, pues a través de este conflicto intenta golpear a China, pero a pesar de los inmensos recursos erogados solo ha conseguido el acercamiento de este país con Rusia y otros países de la región.

Sin embargo, como señalamos, el conflicto bélico ha catalizado el proceso de declive de la potencia hegemónica, pues las sanciones impuestas a Rusia por Estados Unidos han traído como consecuencia el surgimiento del proceso conocido como *desdolarización*, en tanto un conjunto de países, liderados por los BRICS, está impulsando la sustitución del dólar por las monedas locales en las transacciones económicas, con lo cual empiezan ya a avizorarse los procesos sustitutos de la hegemonía financiera norteamericana.

A pesar de ello, continúa el poder del capital financiero, quien se ha enriquecido enormemente tanto con la pandemia como con la guerra de Ucrania en el ámbito mundial, mientras en la región

persiste su poder a través de los Bancos Centrales autónomos, que rigen las políticas de ajuste estructural para su conveniencia.<sup>47</sup>

Este poder lleva intrínseca la debilidad de las representaciones políticas de la derecha, quienes se ven imposibilitadas para obtener consensos, por lo que pueden recobrar el gobierno, pero por períodos breves.

Por lo tanto, una tendencia relevante lo constituye una crisis de gobernabilidad en América Latina, tanto para los gobiernos de derecha como de izquierda, en tanto avanzan las movilizaciones sociales, pero también se fortalecen los poderes extralegales como el narcotráfico, la violencia y la degradación de las élites, convertidas en lumpenburgesías o en burguesías mafiosas (Beinstein, 2016a, p. 3).

En este contexto, persisten las condiciones que hicieron surgir al progresismo en los años dos mil: el vacío de poder mundial y la crisis política de la derecha, a lo que se suma ahora la lección que dejó la pandemia con relación a la necesidad del Estado en las economías.

Ante esta situación, es factible que continúen los procesos de alternancia entre los gobiernos de izquierda y de derecha, pues desde la percepción de la población, ninguno es capaz de frenar el caos, la violencia y la incertidumbre consustanciales a la transición.

El progresismo puede fortalecerse en el caso en que Lula comande un proceso de integración en la región, siempre y cuando los gobiernos progresistas puedan aprovechar a su favor el conflicto entre Estados Unidos y la dupla China — Rusia. No será un proceso sencillo, pues no existe una cohesión como la que había en el primer ciclo del progresismo.

Otra tendencia que se observa en el plano mundial, en cuanto a los procesos emergentes, lo constituye lo que se conoce como *desglobalización*, según la cual, se está imponiendo entre los países

---

<sup>47</sup> Como un ejemplo, para el caso de México, las ganancias de los principales bancos, todos de capital extranjero se incrementaron en 30.9% en 2022 respecto a 2021 (Gutiérrez, 2023).

desarrollados la orientación de la producción industrial hacia el mercado interno, proceso iniciado con fuerza por China. Las rupturas de la cadena productiva que trajo consigo la pandemia, están llevando a los países a garantizar el abasto de las materias primas estratégicas en su zona cercana de influencia, como el fenómeno del *nearshoring* o deslocalización (Garrido, 2022, p. 16), lo cual puede romper la lógica desindustrializante del capital financiero. Aun cuando todavía se encuentra en un plano incipiente, tiene un carácter irreversible, pues el predominio del mercado mundial está en decadencia.<sup>48</sup>

También se observa en el plano internacional el ascenso del autoritarismo y la imposición de gobiernos de derecha, como una necesidad del capital para elevar la cuota de explotación con el fin de remontar la recesión y resolver la crisis del 2008, como señalamos; lo cual exacerba las contradicciones sociales e impulsa los movimientos de clase, principalmente en los países desarrollados.

En este contexto, se avizoran tres posibles escenarios: uno en el cual la decadencia de la hegemonía norteamericana y del régimen neoliberal se resuelven a través de otra crisis sistémica de gran envergadura, como la ocurrida en el 2008. Otro escenario en el cual, se resuelven a través de una guerra mundial. O bien un tercero donde ocurren tanto la crisis como la guerra. Si la humanidad sobrevive, Estados Unidos como perdedor y comandante del mundo occidental, se podría tornar en un aliado sometido a China, como ocurrió con Gran Bretaña al terminar la segunda guerra mundial. En este escenario devastador, la potencia emergente tiende a convertirse en el regente financiero mundial y el depositario del poder militar, con lo cual se reconfigura el sistema internacional.

En tales escenarios, tiende a declinar el poder del capital financiero y emerge un nuevo régimen de acumulación comandado por un

---

<sup>48</sup> Según el FMI, el retraimiento del comercio mundial de bienes, servicios y finanzas, respecto del PIB, cayó de 45 a 33%, además de que se registra un aumento de hasta 400% de medidas restrictivas y proteccionistas (García Linera, 2023).

sector productivo, que puede ser el industrial, lo cual fortalecería el proceso conocido como *desglobalización*, con el énfasis de los países hacia el mercado interno.

En cualquiera de los escenarios mencionados y mientras se construyen las hegemonías nacientes, pueden surgir progresismos realmente transformadores, aliados con la clase capitalista emergente y de avanzada, sustentados en movimientos sociales, que cambien la estructura productiva privilegiando la industria y la agricultura, con la inclusión de los obreros y los campesinos; recobren la soberanía energética y alimentaria, e impulsen políticas de redistribución del ingreso sustentadas en el empleo y el elevamiento de los ingresos por el desarrollo tecnológico. Con ello crearían condiciones productivas duraderas como las que construyó el populismo clásico en la primera mitad del siglo XX.

Sin embargo, una vez concluida la etapa de crisis o conflagración, al instaurarse y consolidarse el poder del nuevo hegemón e impulsarse el régimen de acumulación emergente, ya no tienen cabida los regímenes progresistas. Su viabilidad histórica declina, pues una vez superado el vacío de poder, la clase capitalista naciente puede tomar el poder y generar consensos que le permitan gobernar, superando así la crisis de las representaciones políticas. Pero cabe la posibilidad de que esta nueva configuración capitalista sea el resultado de intensas luchas de las clases subalternas que permitan imponer condiciones de vida en favor de las grandes mayorías.

En este contexto, podemos concluir que los gobiernos nacional — populares como el populismo y el progresismo, no son intrínsecamente transformadores o reformistas, como ha sido planteado en el debate sobre el tema. Su capacidad transformadora depende fundamentalmente de las condiciones económicas y políticas de la transición hegemónica y económica y de la madurez del cambio. Cuando ha ocurrido el declive de la clase que comandaba el régimen de acumulación decadente y la potencia hegemónica ha caído, los gobiernos nacional populares pueden lograr transformaciones radicales. Cuando perdura el poder de la clase dominante y se prolonga

el poder de la potencia hegemónica, resultan incapaces para alcanzar cambios estructurales e incluso, debido a que generan la desmobilización de las clases subalternas, pueden constituir un factor de prolongación del dominio imperial, al atemperar las contradicciones sociales.

Como apunta José Antonio Sanahuja:

El interregno es por definición, una etapa de indefinición en la que “lo nuevo no puede nacer” bien sea porque las fuerzas dominantes, incapaces de generar consentimiento, aún pueden apoyarse en elementos coercitivos del orden en declive para frenar a los actores de cambio, o recurrir al “transformismo” para insuflar algo más de vida a un orden en descomposición, o bien porque los actores de cambio son débiles y no han logrado formular estrategias alternativas, o porque emergen “monstruos” como la extrema derecha en ascenso y distintos tipos de cesarismo contemporáneo, mediáticos y digitales, que se convierten en expresiones políticas características del interregno actual (Sanahuja, 2022, p. 94).

Por ello, aun cuando el progresismo puede constituir un recurso que impulsan las clases subalternas para contener el poder del capital, depende de la correlación de fuerzas mundial para preservarse y lograr cambios duraderos que beneficien a los más necesitados.

En la transición hegemónica actual, los gobiernos progresistas tienen todavía un largo aliento, pues los factores decadentes siguen siendo predominantes y persiste la crisis de las representaciones políticas. Sin embargo, a pesar de que más países tienen gobiernos progresistas en relación con el primer ciclo, su fuerza se ha menguado, pues el avance de la transición profundiza las contradicciones, con lo que se dificulta el desarrollo de los gobiernos no alineados.

En este ámbito, se abre el camino de las luchas sociales y los movimientos antisistémicos. Sólo mediante la conjunción de las fuerzas electorales y sociales será posible aprovechar el debilitamiento de las élites y las potencias decadentes, en beneficio de los más desfavorecidos. Este es el reto que tenemos delante.

## Bibliografía

Aceves, Lisa y Cordero, Blanca (2010). La crisis de la forma política neoliberal en América Latina: impugnaciones y potencialidades desde los movimientos sociales. En Jaime Estay y Alejandro Álvarez, Alejandro (coords.), *La crisis del capitalismo. Desarrollo global y en América Latina*, (pp. 187-200). México: FE UNAM / BUAP

Ackerman, Edwin (2021). El combate a la corrupción como economía política, en Blanca Heredia y Hernán Gómez (coords.), 4T. *Claves para descifrar el rompecabezas* (pp. 159-178). México: Grijalbo

Ackerman, Edwin (2021a). Posneoliberalismo realmente existente en México. *Política y Gobierno. Dossier Tres años de la 4T, XXVIII* (2), 1-8

Acosta, Alberto (2012). Extractivismo y neoextractivismo: Dos caras de la misma maldición”, en Miriam Lang y Dunia Mokrani (comps.), *Más allá del desarrollo* (pp. 83-118). México: Fundación Rosa Luxemburg / Abya Yala

Acosta, Alberto y Cajas Guijarro, John (2016). “Patologías de la abundancia. Una lectura desde el extractivismo”, en Hans-Jürgen Burchardt, Rafael Domínguez, Carlos Larrea y Stefan Peters (eds.), *Nada dura para siempre. Neo-extractivismo tras el boom de las materias primas* (pp. 391-425). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar

Ahumada, Consuelo (2021). El golpe de estado en Bolivia y la cambian-te geopolítica regional, en Tamara Lajtman et al. (comps.), *Bolivia y las implicaciones geopolíticas del golpe de Estado* (pp. 231-256). Buenos Aires: CLACSO – IIEc UNAM

Alonso-Fradejas, Alberto (2018). El proyecto de capitalismo agroextractivo: una mirada a la cuestión agraria contemporánea desde Guatemala. En Blanca Rubio (coord.), *América Latina en la mirada. Las transformaciones rurales en la transición capitalista* (pp. 317-360). México: IIS-UNAM.

Altamira, Jorge (24 de marzo de 2022). La ocupación militar de Ucrania por parte de Rusia. *Política Obrera*. <https://politicaobrera.com/6517-la-ocupacion-militar-de-ucrania-por-parte-de-rusia>

Anderson, Perry (1999). Neoliberalismo: un balance provisorio, en Emir Sader y Pablo Gentili (comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (pp. 15-27). Buenos Aires: CLACSO-Eudeba

Anderson, Perry (2016). Crisis en Brasil, en Pablo Gentili (ed.), *Golpe en Brasil. Genealogía de una farsa* (pp. 35-63). Buenos Aires: CLACSO

Amin, Samir (2004). Geopolítica del imperialismo contemporáneo, en Noam Chomsky et al, Atilio Borón (comp.), *Nueva Hegemonía Mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales* (pp. 73-110), Buenos Aires: CLACSO

Amin, Samir (2010). *Crisis financiera económica sistémica*. Madrid, Maia.

Arancón, Fernando (30 de octubre de 2014). El descenso del precio del petróleo, un nuevo escenario geopolítico. *El Orden Mundial*. <https://elordenmundial.com/el-descenso-del-precio-del-petroleo/>

Arceo, Enrique (2006). El fracaso de la reestructuración neoliberal en América Latina. Estrategias de los sectores dominantes y alternativas populares, en Eduardo Basualdo y Enrique Arceo (coords.), *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales* (pp. 27-65). Buenos Aires: CLACSO

Arellano, Ángel (2022). ¿Una nueva 'ola progresista' en América Latina? Aproximaciones coyunturales y conceptuales. *Astrolabio. Revista Internacional de Filosofía*, (25), 73-90.

Arizmendi, Luis (2018). Geopolítica nuclear y peligro de 3ª Guerra Mundial en el Siglo XXI, en Luis Arizmendi y Jorge Beinstein, *Tiempos de peligro: Estado de excepción y Guerra Mundial* (pp. 175-210). México: Plaza y Valdés Editores / UAZ

Arizmendi, Luis (2019). México 2019: el desafío ineludible de la contrahegemonía. *SEPLA*, (5), 17-25

Arizmendi, Luis (2020). La crisis epidemiológica global en el marco de la crisis epocal del capitalismo. *Migración y Desarrollo*, 18 (34), 7-32

Arrighi, Giovanni (2007). *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal Editores.

Arrighi, Giovanni (2014). *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal Editores.

Arrighi, Giovanni y Silver, Beverly (2001). *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Madrid: Akal Editores

Arze, Carlos y Gómez, Javier (2013). Bolivia, ¿el proceso del cambio nos conduce al vivir bien?, en Edgardo Lander et al., *Promesas en su laberinto: Cambios y continuidades en los gobiernos progresistas de América Latina* (pp. 45-175). La Paz: IEE/CEDLA/CIM.

Avritzer, Leonardo (2005). El ascenso del Partido de los Trabajadores en Brasil: la democracia y la distribución participativas como alternativas al neoliberalismo, en César Rodríguez, Patrick Barret y Daniel Chávez (eds.), *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura* (pp. 67-96). Bogotá: Editorial Norma

Ayala, Gustavo (2007). Introducción. Gobernando desde abajo: el cambio social en Bolivia, en Gustavo Ayala y Luis Tapia (comps.), *Amanecer en Bolivia. Los movimientos sociales y el cambio* (pp. 7-12). Quito: Ediciones La Tierra

Azamar, Aleida y Azamar, Amílcar (2015). Las promesas del extractivismo en América Latina: luces y sombras, en Juan Carrillo, Fabiola Escárzaga y María Günther (coords.), *Los gobiernos progresistas latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos* (pp. 31-62) México: UAM-X / Ítaca

Bambirra, Vania (1974). *El capitalismo dependiente latinoamericano*. México: Siglo XXI

Banco de México (Banxico) (2021). Registran nuevo máximo histórico las reservas internacionales. [https://www.gob.mx/shcp%7Cgacetaeconomica/articulos/registran-nuevo-maximo-historico-las-reservas-internacionales#:~:text=Al%203%20de%20septiembre%20de%202021%2C%20las%20reservas%20internacionales%20\(oro,168%20mdd%20\(%2B0.08%25](https://www.gob.mx/shcp%7Cgacetaeconomica/articulos/registran-nuevo-maximo-historico-las-reservas-internacionales#:~:text=Al%203%20de%20septiembre%20de%202021%2C%20las%20reservas%20internacionales%20(oro,168%20mdd%20(%2B0.08%25)

Banco de México (Banxico) (2023). *Portal del mercado cambiario*. <https://www.banxico.org.mx/tipcamb/main.do?page=tip&idioma=sp>

Banco de México (Banxico) (2023a). *Sistema de información económica. Activos internacionales, crédito interno y base monetaria* . <https://www.banxico.org.mx/SieInternet/consultarDirectorioInternetAction.do?accion=consultarCuadro&idCuadro=CF106&locale=es&sector=4>

Banco Interamericano de Desarrollo (BID). *Estadísticas de pobreza y desigualdad*. <https://www.iadb.org/es/investigacion-y-datos/pobreza%2C7526.html>

Banco Mundial (BM) (2023). *Datos de libre acceso*. <https://datos.bancomundial.org/>

Bankinter (2014). *Informe de estrategia. Perspectivas 2015/16*. Madrid: Bankinter

Bankinter (2018). *Informe de estrategia 2018 segundo trimestre*. Madrid: Bankinter

Barbosa, Nelson (2013). Diez años de política económica, en Emir Sader (ed.), *Lula y Dilma. Diez años de gobiernos posneoliberales en Brasil* (pp. 81-120). Río de Janeiro: FLACSO -Biotiempo

Bartra, Armando (2019). *El principio. Los primeros cuatro meses*. México: Brigada para leer en libertad

Bartra, Armando (2020). *Un año ya y la cuarta va*. México: Brigada para leer en libertad

Bartra, Armando (2021). *Llegó el coronavirus y mandó parar. Apuntes desde el encierro: la 4T en el año de la pandemia*. México: Brigada para leer en libertad.

Bartra, Armando (2021a). *A medio camino*. México: Brigada para leer en libertad

Basualdo, Eduardo y Arceo, Enrique (2006). Documento inicial. Los cambios de los sectores dominantes en América Latina bajo el neoliberalismo. La problemática propuesta, en Eduardo Basualdo y Enrique Arceo (coords.), *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales* (pp. 15-26). Buenos Aires: CLACSO

Bazoberry, Oscar y Chumacero, Juan (2018). Nueva estructura agraria en Bolivia: avances y desafíos. *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales* (ReLaER), 3 (5), 1-32.

BBC (08 de septiembre de 2020). "Coronavirus en China: la ceremonia triunfal de Xi Jinping por el "éxito" en la "guerra del pueblo contra el coronavirus". *BBC Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-54080108>

Benente, Mauro (2019). De la revolución democrática al golpe de estado y la contrarrevolución. *Bordes. Revista de Política, Derecho y Sociedad*, (13), 45-51. <https://publicaciones.unpaz.edu.ar/OJS/index.php/bordes/issue/archive>

Berman, Morris (2007). *Edad oscura americana. La fase final del imperio*. México: Sexto Piso.

Beinstein, Jorge (16 de abril de 2016). Después del golpe blando; la marcha apresurada del capitalismo mafioso, *La Jornada del Campo*. <https://www.jornada.com.mx/2016/04/16/cam-marcha.html>

Beinstein, Jorge (04 de abril de 2016a). La marcha apresurada del capitalismo mafioso, *Alainet*. <https://www.alainet.org/es/articulo/176498>

Beinstein, Jorge (20 de marzo de 2018). Las nuevas dictaduras latinoamericanas. *La Tinta*. <https://latinta.com.ar/2018/03/20/las-nuevas-dictaduras-latinoamericanas/>

Beinstein, Jorge (2018a). Neofascismo y decadencia. El planeta burgués a la deriva, en Luis Arizmendi y Jorge Beinstein, *Tiempos de peligro: Estado de excepción y Guerra Mundial* (pp. 127-171). México: Plaza y Valdés Editores / UAZ

Beinstein, Jorge (2018b). Del keynesianismo militar al lumpen-militarismo, en Luis Arizmendi y Jorge Beinstein, *Tiempos de peligro: Estado de excepción y Guerra Mundial* (pp. 211-235). México: Plaza y Valdés Editores / UAZ

Bellolio, Gabriel (2023). Gabriel Boric o las peripecias de los hijos de la transición chilena, *Revista Nueva Sociedad*, edición virtual. <https://www.nuso.org/articulo/305-boric-peripecias-hijos-transicion-chilena/>

Berringer, Tatiana y Belasques, Bruna (2020). Relaciones Brasil-China en el gobierno de Lula y Dilma: burguesía, subordinación interna y conflictiva. *Rev. Carta Inter*, 15 (3), 151-173

Boito Jr., Armando (2018). Apéndice. Existe uma burguesia inteno no Brasil? Resposta a um crítico. Em Armando Boito Jr., *Reforme e crise política no Brasil: os conflitos de classe nos governos de PT* (pp 303-331). Sao Paulo: Editora UNESP

Boito Jr., Armando y Berringer, Tatiana (2013). Brasil: clases sociales, neo-desarrollismo y política externa en los gobiernos de Lula y Dilma. *Revista de Sociología e Política*, 21 (47), 31-38

Boix, Vincent (13 de enero de 2011). Especulando que es gerundio. *Diario-CoLatino*, <http://www.diariocolatino.com/es/20110113/ecologico/88391/Hacia-una-nueva-crisis-alimentaria.htm>

Borón, Atilio (1999). La sociedad civil después del diluvio neoliberal, en Emir Sader y Pablo Gentili (comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (pp. 45-87). Buenos Aires: CLACSO-Eudeba

Borón, Atilio (1999a). Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina, en Atilio Borón, *Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada* (138-156). Buenos Aires: CLACSO

Borón, Atilio (2004). La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: Promesas y desafíos, en César Rodríguez, Patrick Barret y Daniel Chávez (eds.), *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura* (pp. 405-433). Bogotá: Editorial Norma

Borón, Atilio (2012). ¿Una nueva era populista en América Latina? En Martha Márquez, Eduardo Pastrana y Guillermo Hoyos (eds.), *El eterno retorno del populismo en América Latina y el Caribe* (pp. 131-158). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana / CLACSO

Borón, Atilio (2013). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires: Editorial Luxemburg

Borón, Atilio (2020). *La pandemia y el fin de la era neoliberal. Pensar la pandemia, boletín 6*. Buenos Aires: CLACSO

Botello, Enrique (1954). El mercado mundial del trigo. *Revista de Estudios Agrosociales*, (9), 38-39. <https://dialnet.uniroja.es/servlet/articulo?codigo=2212787>

Bravo, Víctor y Michel, Marco (1994). Alianza de clases y dominación: México, 1930-1946, en Carlos Vilas (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina* (pp. 309-339). México: Conaculta

Brenner, Robert (17 de febrero 2003). Después del boom. Un diagnóstico sobre la economía mundial. *Viento Sur*. <https://vientosur.info/despues-del-boom-un-diagnostico-de-la-economia-mundial/>

Bulmer-Thomas, Víctor (1998). *La historia económica de América Latina desde la independencia*. México: FCE

Burchardt, Hans-Jürgen (2016). El neo-extractivismo en el siglo XXI. Qué podemos aprender del ciclo de desarrollo más reciente en América Latina, en Hans-Jürgen Burchardt, Rafael Domínguez, Carlos Larrea y Stefan Peters (eds.), *Nada dura para siempre. Neo-extractivismo tras el boom de las materias primas* (pp. 55-87). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar

Cabrera, Juan (2011). La construcción del territorio plurinacional. Bolivia de 1960 a 2010. *Territorios* (24), 13-58.

Calzada, Humberto (2021). El modelo económico de México lejano a la visión keynesiana, en Violeta Núñez (coord.), *La economía de la 4ª Transformación* (pp. 181-191). México: Juan Pablos Editor

Calvacante, Cristina (2020). De Lula a Bolsonaro: la crisis del progresismo en Brasil. *Cadernos do CEAS*, 45 (250), 471-501

Campa, Mario (2021). Política económica: bases para una prosperidad compartida, en Blanca Heredia y Hernán Gómez (coords.), *4T. Claves para descifrar el rompecabezas* (pp. 215-232). México: Grijalbo

Carbajal, Braulio (30 de enero de 2022). Sube valor de la producción, pero mineras pagan menos impuestos. *La Jornada*, <https://www.jornada.com.mx/notas/2022/01/30/economia/sube-valor-de-la-produccion-pero-mineras-pagan-menos-impuestos/>

Cardoso, Fernando y Faletto, Enzo (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. México: Siglo XXI Editores

Castro, Teresa; Mussali, Rina y Oliver, Lucio (2005). Revisitando al Estado. Los Estados populistas y desarrollistas: poner las cosas en su lugar, en Teresa Castro y Lucio Oliver (coords.), *Poder y política en América Latina* (pp. 17-48). México: FCPyS UNAM – Siglo XXI Editores

Cavarozzi, Marcelo (1994). Populismos y 'partidos de clase media'. Notas comparativas, en Carlos Vilas (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina* (pp. 340-380). México: Conaculta

Centro de Estudios de las Finanzas Públicas (CEFP) (2021). *Comentarios al informe estadístico sobre el comportamiento de la inversión extranjera directa en México (enero-junio)*. México: Cámara de diputados.

Centro de Estudios de las Finanzas Públicas (CEFP) (2023). *Política Social: Ramo 20 Bienestar*, PEF 2023. México: Cámara de diputados.

Centro de Estudios de las Finanzas Públicas (CEFP) (2023a). *Nota Informativa. Programa Sembrando Vida*. México: Cámara de diputados.

Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (CEDLA) (2010). Soberanía alimentaria en Bolivia, entre el discurso y la realidad. *Control Ciudadano, Boletín de seguimiento a las políticas públicas*, VII (15), 1-16

Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG) (04 de abril de 2019). *Finanzas y precios internacionales de las materias primas: un riesgo regional*. <https://www.celag.org/finanzas-precios-internacionales-materias-primas-riesgo-regional/>

Cerillo, Omar (2020). La tensión entre movimientos sociales e institucionalización en la trayectoria política de Andrés Manuel López Obrador. *Revista FARO*, 2 (32), 67-88.

ChartsBin (s/f). *Historical Crude Oil Prices*. <http://chartsbin.com/view/oau>

Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (2008). *Análisis de los mercados de materias primas agrícolas y de los precios de los alimentarios*. Santiago de Chile: CEPAL

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2016). *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: CEPAL

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2023). CEPALSTATS. *Estadísticas e Indicadores Sociales*. <https://cepalstatprod.cepal.org/cepalstat/tabulador/ConsultaIntegrada.asp?IdAplicacion=1&idTema=927&idIndicador=3335&idioma=e>

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2017). *Evolución de la pobreza 2010-2016*.

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2021). *Medición multidimensional de la pobreza 2018-2020*. [https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Pobreza\\_2020.aspx](https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Pobreza_2020.aspx)

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2023). *Medición de la pobreza*. [https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Pobreza\\_2022.aspx](https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Pobreza_2022.aspx)

Coriat, Benjamín (1979). *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. México: Siglo XXI

Córdova, Arnaldo (1974). *La política de masas del cardenismo*. México: Ediciones Era

Cotto, Carlos (21 de enero de 2017). El Salvador. Agricultura: Pequeños avances, muchas propuestas y polarización política. *La Jornada del Campo*. <https://www.jornada.com.mx/2017/01/21/cam-politica.html>

Crespo, Eduardo y Ghibaudi, Javier (2017). El proceso neoliberal de larga duración y los gobiernos progresistas en América Latina. En Daniel García y Agustina Gradin (comps.), *El neoliberalismo tardío. Teoría y praxis. Documento de trabajo No. 5* (pp. 29-39). Buenos Aires: FLACSO

Dabat, Alejandro (2016). *El capitalismo de fines del Siglo XIX y la entrada de Estados Unidos al centro de la política mundial*. Mimeo.

Dabat, Alejandro y Leal, Paulo (2019). Ascenso y declive de la hegemonía de Estados Unidos en la economía mundial. *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, 50 (199), 87-114

Dabat, Alejandro y Hernández, Alfonso (2020). Pandemia global y del neoliberalismo a un mundo multipolar e incluyente. *Economía Informa*, (422), 38-49

David S., Jacks (2019). *From Boom to Bust: A Typology of Real Commodity Prices in the Long Run*. <http://www.sfu.ca/~djacks/data/boombust/index.html>

De Ita, Ana (2021). Sembrando envidia, en Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (CECAAM), *Comunidad y autonomía frente a Sembrando Vida*, (pp. 13-28), México: CECAAM

De Ita, Ana (02 de julio de 2022). Autosuficiencia alimentaria estancada”, *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2022/07/02/opinion/013a1pol>

De Novion, Jacques (2016). El Partido de los Trabajadores en Brasil. Continuidades y rupturas políticas (1980-2015), en Juan Carrillo, Fabiola Escárzaga y María Günther (coords.), *Los gobiernos progresistas latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos* (pp. 167-203). México: UAM-X / Ítaca

De Salles, Severo (2013). Lula y el PT: la fantástica alianza de los más ricos con los más pobres (2003-2010), en Víctor Palacio y José Valenzuela (coords), *Crisis neoliberal y alternativas de izquierda en América Latina* (pp. 257-269). México: ANUIES

De Sousa, Boaventura (2020). México: la fractura entre la institucionalidad y la extrainstitucionalidad, en Boaventura De Sousa, *Izquierdas del mundo, ¡Únanse! Y otros ensayos*, Buenos Aires: CLACSO

Descamps, Elodie y Bouafia, Tarik (2016). Crónica de un golpe anunciado, en Pablo Gentili (ed.), *Golpe en Brasil. Genealogía de una farsa* (pp. 131-138). Buenos Aires: CLACSO

Deutsche Welle (DW) (30 de abril de 2013). Bolivia: vía libre para re-elección de Evo Morales. <https://www.dw.com/es/bolivia-v%C3%ADa-libre-para-re-reelecci%C3%B3n-de-evo-morales/a-16780987>

Díaz-Cayeros, Alberto (2021). Lo entendible y lo inentendible de la 4T, en Blanca Heredia y Hernán Gómez (coords.) (2021), 4T. *Claves para descifrar el rompecabezas* (pp. 131-155) México: Grijalbo

Do Alto, Hervé (2011). Un partido campesino en el poder. Una mirada sociológica del MAS boliviano. *Nueva Sociedad*, (34), 95-111

Dobb, Maurice (1975). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Dos Santos, Theotonio (1995). *Evolución histórica de Brasil. De la Colonia a la crisis de la "Nueva República"*. Brasil: Voces.

Dos Santos, Theotonio (2010). Globalización, el futuro del capitalismo y las potencias emergentes, en Marco Gandásogui y Dídimo Castillo (coords.), *Estados Unidos. La crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación* (pp. 43-62). México: CLACSO – Siglo XXI Editores

Ek, Eliceo (2021). Despojo y reordenamiento territorial, en CECCAM (coord.), *Comunidad y autonomía frente a Sembrando Vida* (pp. 179-185). México: CECCAM.

Educación Radiofónica de Bolivia (Erbol) (17 de mayo de 2019). Evo antes decía 'loco' y 'mercenario' a Almagro, ahora le llama 'hermano' y le desea éxito, *Erbol archivo*. [https://anteriorportal.erbol.com.bo/noticia/politica/17052019/evo\\_antes\\_decia\\_loco\\_y\\_mercenario\\_almagro\\_ahora\\_le\\_llama\\_hermano\\_y\\_le\\_desea\\_exit](https://anteriorportal.erbol.com.bo/noticia/politica/17052019/evo_antes_decia_loco_y_mercenario_almagro_ahora_le_llama_hermano_y_le_desea_exit)

Escárzaga, Fabiola (2016). ¿Construcción del Estado plurinacional o reconstitución del Estado nación en Ecuador y Bolivia?, en Juan Carrillo, Fabiola Escárzaga y María Günther (coords.), *Los gobiernos progresistas latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos* (pp. 15-30). México: UAM-Xochimilco / Ítaca

Espinosa, Eugenio (2012). Crisis económica y cambios políticos y sociales en América Latina, en Jairo Estrada (coord.), *La crisis capitalista mundial y América Latina. Lecturas de Economía Política* (pp. 123-141), Buenos Aires: CLACSO

Estrada, Jairo (2012). Elementos de economía política de la política social en América Latina. Reflexiones a propósito de los gobiernos progresistas, en Jairo Estrada (coord.), *La crisis capitalista mundial y América Latina. Lecturas de Economía Política* (pp. 311-329). Buenos Aires: CLACSO.

Falcón, Romana (1978). El surgimiento del agrarismo cardenista. Una revisión de las tesis populistas. *Historia Mexicana*, 27 (3), 333-386

Fausto, Boris (2003). *Historia concisa de Brasil*. Buenos Aires: FCE

Filmus, Daniel (2013). Lula: la historia de un trabajador, presidente de Brasil. Entrevista realizada por Daniel Filmus, en Daniel Filmus et al., *Lula. La esperanza vence al miedo* (pp. 55-86). Buenos Aires: CLACSO

Filmus, Daniel (2019). Es posible crecer y distribuir al mismo tiempo? La experiencia de los gobiernos latinoamericanos en la primera década del nuevo siglo, en Daniel Filmus y Lucila Rosso (comps.), *Las sendas abiertas de América Latina. Aprendizajes y desafíos para una nueva agenda de transformaciones* (pp. 23-50). Buenos Aires: CLACSO

Fiori, José (2013). Brasil y su “entorno estratégico” en la primera década del siglo XXI, en Emir Sader (ed.), *Lula y Dilma. Diez años de gobiernos posneoliberales en Brasil* (pp. 37-61). Río de Janeiro: FLACSO -Biotiempo

Flores, Víctor (1999). *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*. México: FCE

Fondo Monetario Internacional (FMI) (2015). *Las Américas. El norte se recupera, el sur aún espera*. Washington: FMI

Fondo Monetario Internacional (FMI) (2016). *Perspectivas económicas: las Américas*. Administrando transiciones y riesgos. Washington: FMI

Fondo Monetario Internacional (FMI) (2022). La guerra desata una crisis alimentaria. FMI: Washington. <https://www.imf.org/es/Publications/fandd/issues/2022/06/war-fuels-food-crisis-picture>

Fondo Monetario Internacional (FMI) (2023). *IMF Primary Commodity Prices*. <https://www.imf.org/en/Research/commodity-prices>

Food and Agriculture Organization (FAO) (2023). FAOSTATS. *Datos sobre alimentación y agricultura*. <https://www.fao.org/faostat/es/#home>

Forbes (17 de marzo de 2021). Si mineras canadienses no respetan la ley se les puede revocar concesión: AMLO. Forbes. <https://www.forbes.com.mx/mineras-canadienses-no-respetan-ley-revocar-concesion-amlo/>

Freidenberg, Flavia (2007). *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Editorial Síntesis

Fuentes, Pedro (29 de julio de 2022). Dos grandes ondas de ascenso y los nuevos gobiernos del progresismo. *Viento Sur*. <https://vientosur.info/dos-grandes-ondas-de-ascenso-y-los-nuevos-gobiernos-del-progresismo/>

Furtado, Celso (1974). *El desarrollo económico: un mito*. México: Siglo XXI Editores

Galbraith, John (2000). *El crac del 29*. Barcelona: Ariel

Galindo, Magdalena (2021). El golpe blando contra AMLO y la 4T. *Memo-ria*, (277) 3-9

Gandásegui, Marco (2017). Hegemonía, geopolítica y Estados Unidos, en Marco Gandásegui (coord.), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional* (pp. 66-83). Buenos Aires: CELA-CLACSO-Siglo XXI Editores

García Linera, Álvaro (2010). El Estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación, en Álvaro García, Raúl Prada, Luis Tapia y Óscar Vega, *El Estado. Campo de Lucha* (pp. 7-40). La Paz: CLACSO – La Muela del Diablo Editores.

García Linera, Álvaro (2015). *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. México: Siglo XXI Editores; Buenos Aires: CLACSO

García Linera, Álvaro (2015a). *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del proceso de cambio*. La Paz: Vicepresidencia de Bolivia

García Linera, Álvaro (2016). ¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias?, en Emir Sader (coord.), *Las vías abiertas de América Latina Siete ensayos en busca de una respuesta: ¿fin de ciclo o repliegue temporal?* (pp.9-48). Caracas: BANDES / Octubre Editorial

García Linera, Álvaro (2019). El futuro de la izquierda y la dignidad humana, en Daniel Filmus y Lucila Rosso (comps.), *Las sendas abiertas de América Latina. Aprendizajes y desafíos para una nueva agenda de transformaciones* (pp. 197-203). Buenos Aires: CLACSO

García Linera, Álvaro (02 de mayo de 2023). El FMI y sus huérfanos ideológicos. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2023/05/02/opinion/014a1pol>

García, Rodolfo y Gaspar, Selene (2020). El extractivismo minero en México bajo la Cuarta Transformación 2018-2024. *Revista Nuestramérica*, 8 (16), 1-25

Garrido, Celso (2022). *México en la fábrica de América del Norte y el near-shoring*. Ciudad de México: CEPAL

Gaudichaud, Franck (2019). Conflictos, sangre y esperanzas. Progresismos y movimientos populares en el torbellino de la lucha de clases latinoamericana, en Frank Gaudichaud, Jeffery Webber y Massimo Modonesi, *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica* (pp. 13-96). México: FCPyS UNAM

Gaudichaud, Franck; Webber, Jeffery y Modonesi, Massimo (2019). Presentación, en Gaudichaud, Franck; Webber, Jeffery y Modonesi, Massimo, en Frank Gaudichaud, Jeffery Webber y Massimo Modonesi, *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica* (pp. 7-12). México: FCPyS UNAM.

Gaudichaud, Franck; Webber, Jeffery y Modonesi, Massimo (2019a). Conclusiones, en Frank Gaudichaud, Jeffery Webber y Massimo Modonesi, *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica* (pp. 230-238). México: FCPyS UNAM

Gascón, Jordi (2010). ¿Del paradigma de la industrialización al de la Soberanía Alimentaria? Una comparación entre los gobiernos nacionalistas latinoamericanos del siglo XX y los posneoliberales a partir de sus políticas agrarias, en Jordi Gascón y Xavier Montagut (coords.), *Cambio de rumbo en las políticas agrarias latinoamericanas?: Estado, movimientos sociales campesinos y soberanía alimentaria* (pp. 215-259). Barcelona: Icaria

Gledhill, John (2020). En busca de salidas del laberinto neoliberal: movimientos sociales y estados reconfigurados en Brasil y México. *Revista de Antropología Social*, 29 (2), 133-150 Ediciones Complutense, Madrid.

Gómez, Carolina (19 de diciembre de 2020). Molesta a indígenas recorte a programas, *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2020/12/19/politica/018n3pol>

González, Jordana (22 de junio de 2020). Casas de la Mujer Indígena, sin recursos en medio de la pandemia, *Contralínea*. <https://contralinea.com.mx/sociedad/casas-de-la-mujer-indigena-sin-recursos-en-medio-de-la-pandemia/>

Gordillo, Gustavo (2021). El punto ciego en el régimen de AMLO. *Memoria* (228), 44-50.

Gramsci, Antonio (1975). Cuadernos de la cárcel. México: ERA.

Gramsci, Antonio (1999). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 5. México: ERA / BUAP

Grupo Consultor de Mercados Agrícolas (GCMA) (2021). *Balances Nacionales*. Diciembre. <https://gcma.com.mx/reportes/balances-nacionales/>

Grupo Consultor de Mercados Agrícolas (GCMA) (2023). *Balances Nacionales*. Septiembre. <https://gcma.com.mx/reportes/balances-nacionales/>

Grynspan, Rebeca (2019). América Latina, 1990-2018. Avances económicos, retos sociales, en Daniel Filmus y Lucila Rosso (comps.), *Las sendas abiertas de América Latina. Aprendizajes y desafíos para una nueva agenda de transformaciones* (pp. 51-62). Buenos Aires: CLACSO

Gudynas, Eduardo (2015). *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la naturaleza*. Lima: Red GE/CLAES/PDTG

Guerrero, Eduardo (2021). La esfera de la seguridad: el primer bienio, en Blanca Heredia y Hernán Gómez (coords.), *4T. Claves para descifrar el rompecabezas* (pp. 274-310). México: Grijalbo

Guillén, Arturo (2015). *La crisis global en su laberinto*, México: UAM Izta-palapa

Guillén, Arturo (2021). *El régimen de acumulación en México. Caracterización, tendencias y propuestas para su transformación*. Santiago de Chile: CEPAL

Guillén, Héctor (2013). *Las crisis. De la Gran Depresión a la primera gran crisis mundial del siglo XXI*. México: Ediciones ERA

Gutiérrez, Antonio (1992). Estados Unidos y la hegemonía financiera: ¿recomposición o declinación?, en Rosa Cusminsky (comp.), *Mito y realidad de la declinación de Estados Unidos*, México, CISEUA-UNAM

Gutiérrez, Julio (24 de enero de 2023). Ganancias de bancos se disparan 30.9%: CNBV. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2023/01/24/economia/012n1eco>

Harvey, David (2007). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal

Harvey, David (23 de marzo de 2020). Política anticapitalista en tiempos de COVID-19. *Sin Permiso*. <https://www.sinpermiso.info/textos/politica-anticapitalista-en-tiempos-de-covid-19>

Heredia, Blanca (2021). El régimen oligárquico mexicano y su complejo desmontaje, en Blanca Heredia y Hernán Gómez (coords.) 4T. *Claves para descifrar el rompecabezas* (pp. 55-75). México: Grijalbo.

Heredia, Blanca y Gómez, Hernán (2021). Introducción, en Blanca Heredia y Hernán Gómez (coords.) 4T. *Claves para descifrar el rompecabezas* (pp. 17-34). México: Grijalbo

Hernández, José (2021). La política pública hacia la agricultura protegida en el gobierno de López Obrador. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 12 (6), 1-17.

Herrera, David (2017). *Hegemonía, poder y crisis. Bifurcación, espacialidad estratégica y grandes transformaciones globales en el siglo XX*. México: Ediciones Monosílabo / FFyL UNAM

Hirst, Mónica (1990). La época de Vargas, *Crítica y Utopía*, (5), 2-10.

Hobsbawm, Eric (1994). *Historia del siglo XX 1914-1991*. Barcelona: Crítica

Hobsbawm, Eric (2013). *La era del Imperio*, Barcelona: Crítica

Hobsbawm, Eric (2019). *Guerra y Paz en el Siglo XXI*. Barcelona: Crítica

Huerta, Arturo (2021). ¿Qué tan neoliberal es el gobierno de la 4T?, en Violeta Núñez (coord.), *La economía de la 4ª Transformación* (pp. 53-69). México: Juan Pablos Editor

Hylton, Forrest y Tauss, Aaron (2023). Colombia en tiempos de Petro. Expectativas de cambio y riesgo de “empate catastrófico”. *Revista Nueva Sociedad*, edición virtual. <https://nuso.org/articulo/305-colombia-tiempos-de-petro/>

Ianni, Octavio (1973). Populismo y relaciones de clase, en Gino Germani, Torcuato di Tella y Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (pp. 83-150). México: ERA

Ianni, Octavio (1975). *La formación del Estado Populista en América Latina*. México: ERA

Ibarra, David (2020). La economía mundial y sus vericuetos (incluido el coronavirus). *Economía UNAM*, 17 (50), 3-26.

Iglesias, Esteban (2011). Los movimientos sociales bajo el gobierno de Lula Da Silva: entre la construcción del proyecto político y la institucionalización del diálogo político. *Revista SAAP Publicación de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político*, 5 (1), 131-156.

Imagen Agropecuaria (19 de enero de 2009). *Boletín. Declaraciones de ANEC*.

Instituto Nacional de Estadística (INE) (2015). *Censo de población y vivienda 2012. Bolivia*. La Paz: Estado Plurinacional de Bolivia. [https://bolivia.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/Caracteristicas\\_de\\_Poblacion\\_2012.pdf](https://bolivia.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/Caracteristicas_de_Poblacion_2012.pdf)

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2022). *Sistema de cuentas nacionales. Producto Interno Bruto*. <https://www.inegi.org.mx/temas/pib/>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2023). *Banco de Información Económica*. <https://en.www.inegi.org.mx/app/indicadores/?tm=0&t=10000215#D10000215>

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2023a). *Calculadora de la Inflación*. <https://www.inegi.org.mx/app/indicesdeprecios/CalculadoraInflacion.aspx/>

Jalife-Rahme, Alfredo (2007). *El fin de una era: turbulencias de la globalización*, México: Orfila.

Jalife-Rahme, Alfredo (30 de agosto de 2023). Los tectónicos BRICS y su desdolarización soft. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2023/08/30/opinion/012o1pol>

Jaramillo-Molina, Máximo (2019). ¿Una nueva política social?: cambios y continuidades en los programas sociales de la 4T. *Análisis Plural*, (107), 137-154.

Jiménez, Néstor y Cruz, Ángeles (26 de mayo de 2022). Neoliberalismo sin corrupción 'no sería del todo malo': AMLO. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2022/05/24/politica/neoliberalismo-sin-corrupcion-no-seria-del-todo-malo-amlo/>

Katz, Claudio (2008). *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg

Katz, Claudio (2015). Concepciones social-desarrollistas. *Mundo Siglo XXI*, X (35), 21-31

Katz, Claudio (2017). La nueva estrategia imperial de Estados Unidos, en Marco Gandásegui (coord.), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional* (pp. 119-130). Buenos Aires: CELA-CLACSO-Siglo XXI Editores

Katz, Claudio (2017a). Desenlace del ciclo progresista. *Estudios Críticos del Desarrollo*, VII (12), 87-122.

Katz, Claudio (2020). La pandemia que estremece al capitalismo (I). *Posición*, (3), 1-16. <https://posicionrevista.wixsite.com/inigeo/numero-3-2020>

Kennedy, Paul (2009). *Auge y caída de las grandes potencias*. España: DeBolsillo

Kindleberger, Charles (2009). *La crisis económica 1929-1939*. Madrid: Capitán Swing

Krugman, Paul (17 de octubre de 2015). Los magnates de Wall Street toman partido. *El País*. [https://elpais.com/economia/2015/10/16/actualidad/1445010235\\_575807.html](https://elpais.com/economia/2015/10/16/actualidad/1445010235_575807.html)

Lichtensztein, Samuel (2009). Reflexiones y balance actual sobre las nuevas políticas económicas de izquierda en América Latina, en Samuel Li-

chtensztein (comp.), *Nuevas políticas económicas de izquierda en América Latina* (pp. 163-176). México: Universidad Veracruzana.

Lichtensztein, Samuel (2010). *Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial. Instrumentos del poder financiero*. México, Universidad Veracruzana.

Linares, Gabriela (2021). Propuestas campesinas desde la Sierra Juárez, en CECCAM (coord.), *Comunidad y autonomía frente a Sembrando Vida* (pp. 117-126). México: CECCAM

Longa, Federico (2023). Argentina: elecciones, crisis e incertidumbre. *Revista Nueva Sociedad*, edición virtual. <https://nuso.org/articulo/Argentina-peronismo-elecciones/>

López Obrador, Andrés Manuel (2019). *Plan Nacional de Desarrollo 2019-2024*. México: Presidencia de la República

López Obrador, Andrés Manuel (2020). *Segundo Informe de Gobierno, 2019-2020*. México: Presidencia de la República

López Obrador, Andrés Manuel (2021). *Tercer Informe de Gobierno, 2020-2021*. México: Presidencia de la República

López Obrador, Andrés Manuel (2021a). *A la mitad del camino*. México: Planeta

López Obrador, Andrés Manuel (2022). *Cuarto Informe de Gobierno, 2020-2021*. México: Presidencia de la República

López Obrador, Andrés Manuel (2023). *Quinto Informe de Gobierno, 2020-2021*. México: Presidencia de la República

López, Francisco (2016). *América Latina: crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*. Buenos Aires: CLACSO

López, Víctor (2022). “La guerra anunciada de Ucrania en el contexto histórico de la declinación del imperio americano”, *Revista Estudios Críticos del Desarrollo*. <https://estudiosdeldesarrollo.mx/observatoriodeldesarrollo/wp-content/uploads/2022/08/Lo%CC%81pez-Villafan%CC%83e.pdf>

Luna, Matilde (2020). El vínculo entre las élites empresariales mexicanas y los expertos: expandiendo las fronteras del mercado. *Revista Española de Sociología*, 3 (29), 487-501.

Machado, Horacio (2018). El Brasil del PT. Ecología política de una frustración. *Boletín Onteaiken*, (26), 53-72.

Machado, Decio y Raúl Zibechi (2016). *Cambiar el mundo desde arriba. Los límites del progresismo*. Bogotá: Ediciones desde abajo.

Mançano, Bernardo (2013). La reforma agraria que hizo el Gobierno de Lula y la que podría hacerse, en Emir Sader (ed.), *Lula y Dilma. Diez años de gobiernos posneoliberales en Brasil* (pp. 231-248). Río de Janeiro: FLACSO -Biotiempo

Marichal, Carlos (2010). *Las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*. México: Editorial Sudamericana

Marini, Ruy Mauro (1977). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era

Mayorga, Fernando (2017). Evo Morales y el MAS. Once años consecutivos de gobierno: realizaciones y avatares, en Gerónimo de Sierra (org.), *Los progresismos en la encrucijada. Argentina, Bolivia, Brasil, Uruguay y Venezuela* (pp. 35-77). Uruguay: Universidad de la República – FCS

Mellano, Julieta y Sánchez, Magdiel (2020). ¿México ante el fin del neoliberalismo? Crisis, tensiones y reformulaciones de la dominación en el escenario pandémico, en Carolina Bautista, Anahí Durand y Hernán Ouviaña (eds.), *Estados Alterados: reconfiguraciones estatales, luchas políticas y crisis orgánica en tiempos de pandemia* (pp. 84-98). Buenos Aires: CLACSO

Melo, Sofía (2022). El trasfondo de la invasión Rusa a Ucrania. *Cuadernos de Geografía Política*, (19), 35-43.

Merino, Gabriel (2018). Del apogeo “lulista” a la destitución de Dilma: el devenir nacional popular neodesarrollista en Brasil. *Revista de Estudios Latinoamericanos*, (66), 223-259.

Merino, Gabriel (2019). Globalistas vs. Americanistas, en Gabriel Merino y Patricio Narodowski (coords.), *Geopolítica y economía mundial. El ascenso de China, la era Trump y América Latina* (pp. 81-107). Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata – FAHCE

Merino, Gabriel (2022). La guerra en Ucrania, un conflicto mundial. *Revista Estado y Políticas Públicas*, (19), 113-140.

Merino, Gabriel y Narodowski, Patricio (2019). Hacia una geografía económica y política de la complejidad, en Gabriel Merino y Patricio Narodowski (coords.), *Geopolítica y economía mundial. El ascenso de China, la era Trump y América Latina* (pp. 13-47). Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata – FAHCE

Merino, Gabriel y Stoessel, Soledad (2019). Los gobiernos nacional-populares de la región en el siglo XXI. En Gabriel Merino y Patricio Narodowski (coords.), *Geopolítica y economía mundial. El ascenso de China, la era Trump y América Latina* (pp. 235-268). Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata – FAHCE

Modonesi, Massimo (2011). El Brasil lulista: una hegemonía al revés. Entrevista a Francisco “Chico” de Oliveira”. *Revista OSAL*, XII (30), 67-75.

Modonesi, Massimo (2012). Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio del siglo, en Mabel Thwaites (ed.), *El Estado en América Latina: Continuidades y Rupturas* (pp. 139-166), Santiago de Chile: CLACSO – Editorial Arcis

Modonesi, Massimo (2012a). Gobiernos progresistas y desmovilización. ¿Revoluciones pasivas en América Latina? *Anuari dil Conflictie Social* 2012, 1367-1384. <http://revistes.ub.edu/index.php/ACS/issue/view/596/showToc>

Modonesi, Massimo (2014). Conflictividad socio-política e inicio del fin de la hegemonía progresista en América Latina. *Anuari dil Conflictie Social* 2013, 1081-1095. <https://revistes.ub.edu/index.php/ACS/article/view/10372/13162>

Modonesi, Massimo (24 de noviembre de 2017). Conversando sobre revoluciones pasivas. *Desinformémonos*. <https://desinformemonos.org/conversando-revoluciones-pasivas>

Modonesi, Massimo (2019). El progresismo latinoamericano: un debate de época, en Frank Gaudichaud, Jeffery Webber y Massimo Modonesi,

*Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica* (pp. 181-229). México: FCPyS UNAM

Modonesi, Massimo (2021). México izquierdo. *Claroscuro de las izquierdas mexicanas, 1968-2021*. México: Bibliotopía

Moira, María y Petrone, Mario (1999). Los complejos de la cenicienta, en María Moira y Mario Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (pp. 11-15). Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires - UBA

Moldiz, Hugo (2020). *Golpe de Estado en Bolivia: la soledad de Evo Morales*. Buenos Aires: OceanSur

Moldiz, Hugo (2020a). Bolivia: golpe de Estado, victoria electoral y el desafío de recuperar el Proceso de Cambio. *Revista Casa de las Américas*, (301), 21-36.

Monedero, Juan (2019). Democracia y partidos políticos en tiempos de neoliberalismo en América Latina. Perspectivas para retomar las transformaciones progresistas de este siglo, en Daniel Filmus y Lucila Rosso (comps.), *Las sendas abiertas de América Latina. Aprendizajes y desafíos para una nueva agenda de transformaciones* (pp. 173-195), Buenos Aires: CLACSO

Mondragón, Lizeth y Sunny, Villa (2020). *Política social en México. Evolución en los últimos 20 años*. México: Centro de Investigación Económica y Presupuestaria, A.C.

Montagut, Xavier y Dogliotti, Fabrizio (2008). *Alimentos globalizados. Soberanía alimentaria y comercio justo*. Barcelona: Icaria Antrazyt

Morales, Josefina (2010). América Latina en la vorágine de la crisis. De la recesión a la nueva depresión imperialista en Jaime Estay y Alejandro Álvarez (coords.), *La crisis del capitalismo. Desarrollo global y en América Latina* (pp. 161-186). México: UNAM / BUAP

Morning Consult (12 de diciembre de 2022). *AMLO Tests the Bounds of His Popularity with Push to Transform Mexican Democracy That Could Prove Crippling*. <https://morningconsult.com/2022/12/08/amlo-leader-approval-mexico-electoral-system/>

Mouzelis, Nicos (1994). Populismo y clientelismo como modos de incorporación de las masas en sistemas políticos semiperiféricos, en Carlos Vilas (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina* (pp. 458-480). México: Conaculta

Movimiento Campesino Plan de Ayala Siglo XXI (MCPA) (19 de diciembre de 2020). *Carta abierta ¡urgente! Asunto: Solicitamos su intervención en el programa Precios de Garantía*. <https://www.movimientocampesinoplantedeayalasisigloxxi.org.mx/page/10>

Movimiento Campesino Plan de Ayala siglo XXI (MCPA) (26 de mayo de 2021). Elecciones 2021. *Votar por la transformación de México y el campo*. <https://www.anec.org.mx/votar-por-la-transformacion-de-mexico-y-del-campo>

Muñoz, Alma (20 de mayo de 2023). Expropian vías de tren de Larrea para el Transistmico, *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2023/05/20/politica/expropian-vias-de-tren-de-larrea-para-el-transistmico/>

Murmis, Miguel y Portantiero, Juan ([1971] 2004). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores

Nadal, Alejandro (04 de marzo de 2020). Tasa de interés: ¿vacuna contra el coronavirus? *La Jornada*, <https://www.jornada.com.mx/2020/03/04/opinion/021a1eco>

Nahón, Cecilia (2019). Hegemonía en disputa e hiperglobalización. América Latina en la economía global, en Daniel Filmus y Lucila Rosso (comps.), *Las sendas abiertas de América Latina. Aprendizajes y desafíos para una nueva agenda de transformaciones* (pp. 77-97). Buenos Aires: CLACSO

Natanson, José (2022). La nueva izquierda. *Revista Nueva Sociedad*, (299), 25-34.

Navarro, Mina y Linsalata, Lucía (2020). Más allá de la retórica anti-neoliberal: ofensiva extractivista y megaproyectos en tiempos de la cuarta transformación. *Bajo el Volcán*, 1 (2), 329-366.

Niveau, Maurice (1974). *Historia de los hechos económicos contemporáneo*. Barcelona: Editorial Ariel.

Núñez, Hugo (2021). Las organizaciones rurales en tiempos de la 4T: ¿procesos de cooptación o el viejo dilema de las izquierdas mexicanas? *El Cotidiano*, 36 (227), 111-124.

Oglietti, Guillermo et al (2021). ¿Qué sería de Bolivia sin su política de nacionalizaciones?, en Tamara Lajtman et al. (comps.), *Bolivia y las implicaciones geopolíticas del golpe de Estado* (pp. 25-54). Buenos Aires: CLACSO – IIEc UNAM

Olivares, Emir (18 de mayo de 2023). Acepta la embajada de EU que financia a entes opositores. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2023/05/18/politica/acepta-la-embajada-de-eu-que-financia-a-entes-opositores/?from=homeonline&block=ultimasnoticias>

Oliver, Lucio (2019). Ciclos de Estado y ecuación Estado-sociedad civil en Brasil y México, en Hernán Ouviña y Mabel Thwaites (comps.), *Estados en disputa Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina* (pp. 265-299). Buenos Aires: Ediciones El Colectivo – Bajo Tierra – CLACSO

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), et. al. (2016). *Perspectivas económicas de América Latina 2017. Juventud, competencias y emprendimiento*. OCDE: París

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (07 de julio de 2020). *Se requiere acción urgente para impedir que la crisis del empleo se convierta en una crisis social*. <http://www.oecd.org/coronavirus/es/>

Organización Internacional del Café (OIC) (2013). *La organización internacional del café de 1963 a 2013: 50 años sirviendo a la comunidad cafetera mundial*. Londres: OIC. <https://www.ico.org/documents/cy2012-13/history-ico-50-years-c.pdf>

Ormachea, Enrique (2015), Pequeña y gran producción agrícola capitalista y trabajo asalariado en Bolivia, en Alberto Riella y Paola Macheroni (coords.), *Asalariados rurales en América Latina* (pp. 165-186) Montevideo: CLACSO – FCS UDELAR

Ormachea, Enrique y Ramírez, Nilton (2013). *Políticas agrarias del gobierno del MAS o la agenda del “poder empresarial-hacendal”*. La Paz: CEDLA.

Orozco, Ricardo (2021). Bifurcación sistémica, patrón de poder capitalista en América y golpe de estado en Bolivia, en Tamara Lajtman et al. (comps.), *Bolivia y las implicaciones geopolíticas del golpe de Estado* (pp. 1195-230). Buenos Aires: CLACSO – IIEc UNAM

Ortega, Jaime (2021). Despejar la ecuación: el México de López Obrador y la “cuarta transformación”. *POLIS. Revista Latinoamericana*, 21 (61), 80-97.

Ortiz, Arturo (2021). ¿Qué tan anticapitalista es AMLO?, en Violeta Núñez (coord.), *La economía de la 4ª Transformación* (pp. 143-153). México: Juan Pablos Editor

Osorio, Jaime (2016). Razones estructurales del auge y declive de los gobiernos populares, en Juan Carrillo, Fabiola Escárzaga y María Günther (coords.), *Los gobiernos progresistas latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos* (pp. 15-30). México: UAM-Xochimilco / Ítaca

Ouriques, Nildo (2013). El consenso regresivo de Fernando Henrique Cardoso, Lula y Dilma, en Víctor Palacio y José Valenzuela (coords). *Crisis neoliberal y alternativas de izquierda en América Latina* (pp. 271-279). México: ANUIES

OXFAM (2023). *¿Quién paga la cuenta? Los mitos detrás de los impuestos a las grandes fortunas en México*. México: OXFAM

Palazuelos, Enrique (2008). *El petróleo y el gas en la geoestrategia mundial*. Madrid: Akal

Palma, Gabriel (2019). Desindustrialización, desindustrialización “prematura” y “síndrome holandés”. *El Trimestre Económico*, LXXXVI (4) (344), 901-966.

Parra, Pablo (2018). Los populismos en América Latina: el caso de Vargas en Brasil. *Revista Institucional Adelante Head* (9).

Peralta, Rebeca (2021). Bolivia, de la recuperación de la soberanía a la profundización de la revolución, en Faustino Cobarrubia et al., *Desafíos para un modelo de desarrollo soberano e inclusivo en América Latina. Ensayos ganadores* (pp. 181-218). Argentina: CLACSO -UMET – IMAG

Peters, Stefan (2016). Fin del ciclo: el neo-extractivismo en Suramérica frente a la caída de los precios de las materias primas. Un análisis desde una perspectiva de la teoría rentista, en Hans-Jürgen Burchardt, Rafael Domínguez, Carlos Larrea y Stefan Peters (eds.), *Nada dura para siempre. Neo-extractivismo tras el boom de las materias primas* (pp. 21-53). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar

Petras, James y Veltmeyer, Henry (2009). *Espejismos de la izquierda en América Latina*. México: Lumen

Petrich, Blanche (11 de junio de 2023). Rechazan en Colombia el golpe blando que se gesta contra Petro, *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2023/06/08/mundo/rechazan-en-colombia-el-golpe-blando-que-se-gesta-contrapetro/>

Pipitone, Ugo (2015). *La esperanza y el delirio. Una historia de la izquierda en América Latina*. México: Taurus.

Ponce de León, Samuel y Rodríguez, Mauricio (2021). La gestión de la pandemia: aprendiendo a nadar frente a un tsunami, en Blanca Heredia y Hernán Gómez (coords.), *4T. Claves para descifrar el rompecabezas* (pp. 359-378). México: Grijalbo

Polanyi, Karl ([1975] 2013). *La gran transformación*. México: Juan Pablos Editor

Portantiero, Juan y De Ipola, Emilio (1981). Lo nacional popular y los populismos realmente existentes. *Nueva Sociedad*, (54), 7-18.

Prada, Raúl (2007). La rebelión india, en Gustavo Ayala y Luis Tapia (comps.), *Amanecer en Bolivia. Los movimientos sociales y el cambio* (pp. 57-62). Ecuador: Ediciones La Tierra

Ramírez, Berenice (2010). La crisis en México: las visiones del poder frente a la realidad nacional y regional, en Jaime Estay y Alejandro Álvarez (coords.), *La crisis del capitalismo. Desarrollo global y en América Latina* (pp. 233-252). México: UNAM / BUAP

Ramonet, Ignacio (07 de junio de 2015). La nueva geopolítica del petróleo, *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2015/06/07/opinion/022a1mun>

Ramonet, Ignacio (2020). La pandemia y el sistema-mundo. *Le Monde Diplomatique en español*. <https://mondiplo.com/la-pandemia-y-el-sistema-mundo>

Reuters (03 de julio de 2009). El desempleo en EU escaló a 9.5%, el más alto en 26 años. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2009/07/03/economia/027n1eco>

Reyes, Blanca (22 de abril de 2022). Bolivia le da la espalda a los pueblos indígenas en la conferencia del Acuerdo de Escazú, *Divergentes*. <https://www.divergentes.com/bolivia-indigenas-cop-chile/>

Ríos, Carlos (2019). ¿Cambiar el mundo o regenerar la nación? El zapatismo, la cuarta transformación y el camino hacia adelante. *El Cotidiano*, 34 (219), 146-157.

Ríos, Viri (2021). La élite tropical, en Blanca Heredia y Hernán Gómez (coords.), *4T. Claves para descifrar el rompecabezas* (pp. 77-94). México: Grijalbo

Rivero, Jesús (2019). La política de austeridad como instrumento para el bienestar y el crecimiento económico en el gobierno de la “cuarta transformación”: lógica y problemas de implementación. *Buen Gobierno*, (27), 1-10.

Robles, Héctor (2017). *Subsidios al campo en México. Los efectos del presupuesto en el sector rural*. México: Fundar

Robles, Héctor (15 de octubre de 2019). Vinculación de pequeños y medianos productores en las cadenas de valor agroalimentarias en el marco de la nueva política sectorial 2019-2024 [ponencia]. Seminario *Las políticas públicas y los desafíos de la Cuarta Transformación*, XX Aniversario del Colegio Académico del IIS UNAM.

Roelandts, Marcel (2015). *Capitalismo & Crisis Económicas*. <http://www.capitalism-and-crisis.info/es/Bienvenido/Nuevo>

Romero, Marco (2007). Entre la esperanza y los desafíos, en Gustavo Ayala y Luis Tapia (comps.), *Amanecer en Bolivia. Los movimientos sociales y el cambio* (pp. 159-177). Ecuador: Ediciones La Tierra

Rossetti, Elaine (2019). Política Social y Ajuste fiscal en el Brasil de la democratización: la persistencia de la contrarreforma neoliberal, en Paula Vidal (coord.), *Neoliberalismo, neodesarrollismo y socialismo bolivariano. Modelos de desarrollo de políticas públicas en América Latina* (pp. 190-210). Buenos Aires: CLACSO

Rubio, Blanca (2015). *El dominio del hambre. Crisis de hegemonía y alimentos*. México: Juan Pablos Editor – UACH – UAZ – Colpos.

Rubio, Blanca (2019). La exclusión de los productores rurales bajo la égida del TLCAN, en José Luis Calva (coord.), *La economía de México en el TLCAN. Balance y perspectivas frente al T-MEC*, volumen 19 de la colección México 2018-2014. *Nueva Estrategia de Desarrollo* (pp. 573-600). México: Juan Pablos Editor / Consejo Nacional de Universitarios / Universidad Autónoma Chapingo

Rubio, Blanca (2023). *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*. México: Plaza y Valdés / UACH.

Sabourin, Eric; Samper, Mario y Sotomayor, Octavio (2014). *Políticas públicas y agriculturas familiares en América Latina y el Caribe Balance, desafíos y perspectivas*. Santiago de Chile: CEPAL, IICA, CIRAD.

Sader, Emir (2008). *Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO

Sader, Emir (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Argentina: Siglo XXI

Sader, Emir (2013). “La construcción de la hegemonía posneoliberal”, en Emir Sader (ed.), *Lula y Dilma. Diez años de gobiernos posneoliberales en Brasil* (pp. 161-171). Río de Janeiro: FLACSO -Biotiempo

Sader, Emir (2016). Brasil: de Lula al golpe blanco, en Emir Sader (coord.), Alfredo Serrano y Álvaro García, *Las vías abiertas de América Latina: siete ensayos en busca de una respuesta: ¿fin de ciclo o repliegue temporal?* (pp. 117-129). Caracas: CELAG – BANDES

Sader, Emir y Gentili, Pablo (2013). Lo necesario, lo posible y lo imposible. Luiz Inácio Lula da Silva. Entrevista concedida a Emir Sader y Pablo

Gentili, en Emir Sader (ed.), *Lula y Dilma, diez años de gobiernos posneoliberales en Brasil* (pp. 11-35). Ecuador: Biotiempo

Salama, Pierre (2010). Una crisis financiera estructural. *Iconos*, (36), 19-28.

Salama, Pierre (2010a), Brasil, el legado económico de Lula: éxitos y límites. *Revista CICLOS en la historia, la economía y la sociedad*, 2-18.

Salama, Pierre (2020). ¿Por qué los países latinoamericanos sufren un estancamiento económico de largo plazo? Un estudio a partir de los casos de Argentina, Brasil y México. *El Trimestre Económico*, LXXXVII (4), (348), 1083-1132.

Salazar, Huáscar (2019). El monopolio estatal de la vida política. Entrevista a Luis Tapia sobre el devenir del Estado Plurinacional. *Bajo el Volcán*, 1 (1), 203-225.

Salcedo, Salomón, y Guzmán, Lya (eds.) (2014). *Agricultura familiar en América Latina y el Caribe. Recomendaciones de política*. Santiago de Chile: FAO

Sanahuja, José (2022). Interregno. La actualidad de un orden mundial en crisis. *Revista Nueva Sociedad*, (302), 86-94.

Sandoval, Ixchel (2017), *La geoeconomía del sistema agroalimentario mundial: del enclosure de la Pax Británica al New Deal Rosseveltiano* [Tesis de Licenciatura] Universidad Nacional Autónoma de México.

Sandoval, Antonio (14 de enero de 2020). Fobaproa, a 30 años de la tragedia que México no debe repetir. *Alto Nivel*. <https://www.altonivel.com.mx/finanzas/fobaproa-a-30-anos-de-la-tragedia-que-mexico-no-debe-repetir/>

Santucho, Mario (22 de octubre de 2020). Bolivia no tiene escrito su destino (entrevista a Álvaro García Linera). *Revista Crisis*. <https://revistacrisis.com.ar/notas/bolivia-no-tiene-escrito-su-destino?fbclid=IwAR2SPnxRMcymNyZTkGZTk5mCaxelw7D7wc-m9og8aWuO8tht-GzHEhllRTc0>

Sauer, Sergio y Mészáros, George (2018). La economía política de la lucha por la tierra bajo los gobiernos del partido de los trabajadores en Brasil, en Cristóbal Kay y Leandro Vergara-Camus (coords.), *La cuestión agraria*

*y los gobiernos de izquierda en América Latina: campesinos, agronegocio y desarrollismo* (pp. 315-347). Buenos Aires: CLACSO

Semo, Ilán (1999). El cardenismo revisado: la tercera vía y otras utopías inciertas, en María Moira y Mario Petrone (comps.) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (pp. 221-256). Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires - UBA

Servicio de Administración Tributaria (SAT) (2021). *Presupuesto de egresos de la federación, 2021*. <https://www.ppef.hacienda.gob.mx/>

Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera (SIAP) (2022). *Anuario Estadístico de la Producción Agrícola*. <https://nube.siap.gob.mx/cierreagricola/>

Shulgovski, Anatoli (1968). *México en la encrucijada de su historia*. México: Ediciones de Cultura Popular.

Skidmore, Thomas (1994). Las dimensiones económicas del populismo en Argentina y Brasil, en Carlos Vilas (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina* (pp. 219-261). México: Conaculta

Skidmore, Thomas (1999). Una Nueva Era de Vargas, 1951-1954, en María Moira y Mario Petrone (comps.) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires – UBA.

Sobarzo, Angélica (2021). ¿Un programa agroecológico?, en CECCAM (coord.), *Comunidad y autonomía frente a Sembrando Vida* (pp. 203-219). México: CECCAM

Socca, Ricardo (14 de mayo de 1997). La reelección de Cardoso peligra por un escándalo de corrupción en Brasil. *El País*. [https://elpais.com/diario/1997/05/15/internacional/863647216\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1997/05/15/internacional/863647216_850215.html)

Sotelo, Adrián (2019). *Estados Unidos en un mundo en crisis. Geopolítica de la precariedad y la superexplotación del trabajo*. México: CEIICH-UNAM / Anthropos Editorial.

Statista (2023). *Inflation rate in China from 2012 to 2022 with forecasts until 2028*. <https://www.statista.com/statistics/270338/inflation-rate-in-china/>

Stédile, Joao (2016). Los golpistas mostraron a qué vinieron, en Pablo Gentili (ed.), *Golpe en Brasil. Genealogía de una farsa* (pp. 127-129). Buenos Aires: CLACSO

Stefanoni, Pablo; Ramírez, Franklin y Svampa, Maristella (2009). *Las vías de la emancipación. Conversaciones con Álvaro García Linera*. México: Ocean Sur

Svampa, Maristella (2018). Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo. Lima: Edhasa

Svampa, Maristella (2018a). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. Guadalajara: CALAS / Universidad de Guadalajara

Tapia, Luis (2007). La composición política, o la nueva composición política en Bolivia, en Gustavo Ayala y Luis Tapia (comps.), *Amanecer en Bolivia. Los movimientos sociales y el cambio* (pp. 259-276). Ecuador: Ediciones La Tierra

Tapia, Luis (2017). Análisis de Bolivia, en Maristella Svampa et al., *América Latina, entre movilización y derechización. Cuatro análisis de país* (pp. 29-40). Quito: Fundación Rosa Luxemburg

Teubal, Miguel (1995). *Globalización y expansión agroindustrial. ¿Superación de la pobreza en América Latina?* Argentina: Corregidor

Thwaites, Mabel y Ouviaña, Hernán (2018). El ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina: auge y fractura, en Hernán Ouviaña y Mabel Thwaites (comps.), *Estados en disputa: auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina* (pp. 17-61). Buenos Aires: El Colectivo / CLACSO

Tipismana, José (2020). El auge de la derecha en la crisis posneoliberal en América Latina: casos Brasil y Argentina. *Politai: Revista de Ciencia Política*, (10), 109-135.

Torrice, Mario (2017). Introducción. Giro a la izquierda en América Latina: las explicaciones teóricas y el desempeño de los gobiernos, en Mario Torrice (ed.), *¿Fin de giro a la izquierda en América Latina? Gobiernos y políticas públicas* (pp. 9-34) México: FLACSO

Torrice, Mario (2017a). ¿Giro a la derecha en Bolivia, en Mario Torrice (ed.), en Mario Torrice (ed.), *¿Fin de giro a la izquierda en América Latina? Gobiernos y políticas públicas* (pp. 151-181). México: FLACSO

Trías, Vivian (1994). Getulio Vargas, Juan Domingo Perón y Batlle Berres-Herrera: tres rostros del populismo, en Carlos Vilas (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina* (pp. 541-559). México: Conaculta

Tribunal Superior Electoral (TSE) (2023). *Elecciones. Estadísticas*. Brasil. <https://international.tse.jus.br/es/elecciones/estadisticas>

Ugarteche, Oscar y Negrete, Armando (2021). Aproximaciones desde la geoeconomía al golpe de estado en Bolivia, en Tamara Lajtman et al (comps.), *Bolivia y las implicaciones geopolíticas del golpe de Estado* (pp. 161-193). Buenos Aires: CLACSO – IIEc UNAM

Universidad de Buenos Aires – UCA (UBA). *Observatorio de la Deuda Social, Observatorio de la Deuda Social Argentina* <http://uca.edu.ar/es/observatorio-de-la-deuda-social-argentina>

Universidad John Hopkins (UJH) (2022). Coronavirus Resource Center. *Contagios y muertes por región y país: Baltimore, Estados Unidos*. <https://coronavirus.jhu.edu/map.html>

Urioste, Miguel (2009). Desafíos de un proceso complejo. *Revista Nueva Sociedad* (223), edición virtual. <https://nuso.org/articulo/desafios-de-un-proceso-complejo/>

Urioste, Miguel (2011). *Concentración y extranjerización de la tierra en Bolivia*. La Paz: Fundación Tierra

Urioste, Miguel (26 de septiembre de 2016). Bolivia quiere ser parte de la liga mayor del agronegocio en América Latina» Entrevista por Cecilia Lanza Lobo. *Revista Nueva Sociedad*, edición virtual. <http://www.ftierra.org/index.php/acceso-uso-de-la-tierra/11-temas/transformaciones-agrarias-y-rurales/729-miguel-urioste-bolivia-quiere-ser-parte-de-la-liga-mayor-del-agronegocio-en-america-latina>

U.S. Bureau of Economic Analysis (BEA) (2015). *Gross Domestic Product (data base)*. Estados Unidos, Bureau of Economic Analysis, US Department of Commerce. <http://www.bea.gov/national/index.htm#gdp>.

U.S. Bureau of Economic Analysis (BEA) (2023). *Gross Domestic Product (data base), Gross Domestic Product, Fourth Quarter 1999 "advance"*. Estados Unidos, Bureau of Economic Analysis, US Department of Commerce. <https://www.bea.gov/news/2000/gross-domestic-product-fourth-quarter-1999-advance>

Valenzuela (2009). *La gran crisis del capital. Trasfondo estructural e impacto en México*. México: UAM

Valenzuela, José (2013). América Latina: alternativas frente a la crisis neoliberal, en Víctor Palacio y José Valenzuela (coords.), *Crisis neoliberal y alternativas de izquierda en América Latina* (pp. 359-406). México: ANUIES

Valenzuela, José (2020). El cambio estructural: Estado, bloque de poder y política económica. *Instituto de Estudios Latinoamericanos*, 1-25. <https://repositorio.ufsc.br/handle/123456789/209874>

Vargas, Getulio (13 de octubre de 1954). Carta testamento de Getulio Vargas. *Con-texto, espacio pluriversal*. <https://www.con-texto.com.ar/?p=1449>

Vázquez, Carlos (2019). La restauración conservadora en América Latina. *TLA-MELAU, Revista de Ciencias Sociales*, 14 (48), 195-209.

Vergara-Camus, Leandro y Cristóbal Kay (2018). La economía política agraria de los gobiernos de izquierda en América Latina. El agronegocio, el campesinado y los límites del neodesarrollismo. En Cristóbal Kay y Leandro Vergara-Camus *La cuestión agraria y los gobiernos de izquierda en América Latina: campesinos, agronegocio y desarrollismo* (pp. 349-395) Buenos Aires: CLACSO.

Viales, Ronny (2000). La crisis de 1929 en América Latina: Del viejo paradigma al nuevo paradigma explicativo. Alcances y limitaciones. *Revista de Historia de América*, (126), 85-111.

Viaña, Jorge (2012). Estado plurinacional y nueva fase del proceso boliviano, en Mabel Thwaites (ed.), *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas* (pp. 51-92). Santiago de Chile: CLACOS – Editorial Arcis

Viaña, Jorge (2018). El ciclo estatal boliviano 2010-2018 y la necesidad de una estrategia clasista, en Hernán Ouviña y Mabel Thwaites (comps.), *Estados en disputa: auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina* (pp. 140-159). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Colectivo / CLACSO

Viaña, Jorge (2020). Bolivia: la contrarrevolución de noviembre y la ineficacia de la revolución, en Carolina Bautista, Anahí Durand y Hernán Ouviña (eds.), *Estados Alterados: reconfiguraciones estatales, luchas políticas y crisis orgánica en tiempos de pandemia* (pp. 114-132). Buenos Aires: CLACSO

Vera-Herrera, Ramón (2021). ¿Convertir en jornaleros a milenarios guardianes?, en CECCAM (coordinación), *Comunidad y autonomía frente a Sembrando Vida* (pp. 221-247). México: CECCAM

Vergopoulos, Kostas (2011). La emergencia de nuevos poderes financieros. *Mundo Siglo XXI*, VI (24), 13-19.

Viguera, Aníbal (1993). "Populismo" y "neopopulismo" en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 55, (3), 49-66.

Vilas, Carlos (1988). El Populismo Latinoamericano: Un Enfoque Estructural. *Desarrollo Económico*, 28 (111), 1-39.

Vilas, Carlos (1994). Estudio preliminar. El populismo o la democratización fundamental en América Latina, en Carlos Vilas (comp.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, (pp. 11 – 118). México: Conaculta

Vilas, Carlos (2004). ¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del "neopopulismo" latinoamericano. *Revista Sociología Política*, (22), 135-151.

Vilas, Carlos (2005). La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares. *Nueva Sociedad*, (197), 85-99.

Warman, Javier; Zúñiga, José y Cervera, Manuel (2021). *Análisis de los impactos en las coberturas forestales y potencial de mitigación en las parcelas del programa Sembrando Vida implementadas en 2019*. México: WRI. <http://movilidadamable.org/WRIMexico/>

WRI%20M%C3%A9xico%20An%C3%A1lisis%20sobre%20los%20impac-  
tos%20ambientales%20de%20Sembrando%20Vida%20en%202019.pdf

Wallerstein, Immanuel (1996). *Después del liberalismo*, México: Siglo XXI

Wallerstein, Immanuel (2005). *La crisis estructural del capitalismo*. Méxi-  
co: CIDECI – Contrahistorias

Wallerstein, Immanuel (2010). ¿Hacia dónde se dirige el mundo?, en  
Marco Gandásegui y Dídimo Castillo (coords.), Estados Unidos. *La cri-  
sis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación* (pp. 37-42). México:  
CLACSO – Siglo XXI Editores

Wallerstein, Immanuel (2016). ¿Golpe de Estado o fiasco?, en Pablo Genti-  
li (ed.), *Golpe en Brasil. Genealogía de una farsa* (pp. 115-118). Buenos Aires:  
CLACSO

Webber, Jeffery (2018). Evo Morales, el “transformismo” y la consoli-  
dación del capitalismo agrario en Bolivia, en Cristóbal Kay y Leandro  
Vergara-Camus (coords.), *La cuestión agraria y los gobiernos de izquierda  
en América Latina: campesinos, agronegocio y desarrollismo* (pp. 189-221).  
Buenos Aires: CLACSO

Webber, Jeffery (2019). Mercado mundial, desarrollo desigual y patrones  
de acumulación: la política económica de la izquierda latinoamericana,  
en Franck Gaudichaud, Jeffery Webber y Massimo Modonesi, *Los gobier-  
nos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación  
histórica*, (pp.97-180). México: FCPyS UNAM

Weffort, Francisco (1999). El populismo en la política brasileña, en María  
Moira y Mario Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América  
Latina. El problema de la cenicienta* (pp. 135-152). Buenos Aires: Editorial  
Universitaria de Buenos Aires - UBA

Wolff, Jonas (2016). El poder empresarial y la política del posneoliberalis-  
mo: relaciones entre gobiernos y élites económicas en Bolivia y Ecuador.  
*Latin American Politics and Society*, 124-147.

Yaffe, David y Bullock, Paul (1978). La inflación, la crisis y el auge de la  
posguerra. *Críticas de la Economía Política*, (7), 3-130.

Zibechi, Raúl (2016). Lenta fragua de un nuevo ciclo en Brasil, en Pablo Gentili (ed.), *Golpe en Brasil. Genealogía de una farsa* (pp. 139-141). Buenos Aires: CLACSO

Zibechi, Raúl (16 de marzo de 2018). Contratendencias de la decadencia de EU. *La Jornada*, <https://www.jornada.com.mx/2018/03/16/opinion/021a2pol>



# TRANSICIÓN HEGEMÓNICA Y GOBIERNOS ALTERNATIVOS DEL POPULISMO AL PROGRESISMO EN AMÉRICA LATINA

El libro indaga las causas que generan la incapacidad de los gobiernos progresistas para impulsar cambios estructurales. Analizamos, por tanto, los gobiernos populistas que surgieron en la transición hegemónica de Gran Bretaña a Estados Unidos, los cuáles lograron alcanzar cambios estructurales, ya que dicha transición estaba madura; pues había declinado la clase decadente de las oligarquías agroexportadoras y estaba en ascenso el capital industrial en la región.

A contramano, los gobiernos progresistas han surgido en una fase temprana de la transición donde aún persiste el dominio neoliberal, encarnado en los capitales financiero, especulativo y corporativo; mientras no se vislumbra una clase capitalista de vanguardia que comande el nuevo régimen de acumulación, en un entorno en el cual “lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no logra surgir”.



ALASRU

Asociación Latinoamericana de Sociología Rural  
1982

